

# RESIDENCIA

Revista de la Residencia de Estudiantes

Número conmemorativo publicado en México, D. F., 1963



EL COLEGIO DE MÉXICO





# R E S I D E N C I A



# RESIDENCIA

REVISTA DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

NÚMERO CONMEMORATIVO PUBLICADO EN MÉXICO, D. F.

DICIEMBRE

1963



EL COLEGIO DE MÉXICO

066.41

R4334

2010

Residencia. Revista de la Residencia de Estudiantes :  
número conmemorativo publicado en México, D.F. :  
diciembre 1963. -- 1a ed. -- México, D.F. :  
El Colegio de México, 2010.  
119 p. ; 27 cm.

Edición facsimilar del original publicado en diciembre de 1963.

ISBN 978-607-462-197-6

1. Academias -- España -- Madrid -- Publicaciones periódicas.
2. Residencia de Estudiantes (Madrid, España) --  
Publicaciones periódicas. I. Residencia de Estudiantes  
(Madrid, España).

Primera edición, 2010

D.R. © El Colegio de México, A.C.  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D.F.  
[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 978-607-462-197-6

Impreso en México

**E**n 1910, bajo la batuta de Alberto Jiménez Fraud, surgió en España la Residencia de Estudiantes, institución que rápidamente encarnaría lo mejor del espíritu español. No se trata de insistir aquí en las importantes figuras del arte, la ciencia y la filosofía que pasaron por allí dando conferencias, cursos y enseñando de diversas maneras, ni de glosar los muchos logros que sus “residentes” han conseguido en todo tipo de terrenos y materias. Basta decir que en este año 2010 la Residencia cumple 100 años, en plena juventud, resurgida de algo que nunca fueron cenizas.

El Colegio de México, que mucho le debe a la Residencia, tanto espiritual como físicamente (muchos de sus miembros estuvieron en nuestra institución como profesores e investigadores), cumple a su vez setenta años de existencia y quiere rendir homenaje a la centenaria Residencia de Estudiantes con la publicación que el lector tiene en sus manos. La Residencia publicó por varios años una revista, y en 1963, en México, algunos de los antiguos “residentes” se juntaron para hacer un número conmemorativo, mismo que en edición facsimilar tiene en sus manos el lector, edición posible gracias a que El Ateneo Español de México conserva en su rica biblioteca un ejemplar de la revista, y sin cuyo apoyo no hubiera sido posible publicarla.

Revisar el sumario indica ya el sentido de su publicación, pero recorrer sus páginas, desde los anuncios en donde conviven las publicaciones de la Residencia con la entonces muy joven editorial Joaquín Mortiz, o con las de Costa-Amic, resulta emocionante. Estas páginas reúnen a escritores, historiadores, científicos; y desde autores de la generación del 98, como la espléndida colaboración de Juan Ramón Jiménez, hasta las en esos días jóvenes plumas, como José Ángel Valente, todos ellos encabezados por Alberto Jiménez Fraud, quien en estos primeros cien años de la Residencia y setenta de El Colegio, sigue estando, con sus obras y su legado, entre nosotros.

El Colegio de México



# RESIDENCIA

REVISTA DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES



ALBERTO JIMENEZ FRAUD  
RAMON MENENDEZ PIDAL  
IGNACIO CHAVEZ  
IGNACIO CONZALEZ GUZMAN  
AMERICO CASTRO  
EMILIO PRADOS  
JOSE ANGEL VALENTE  
GABRIEL CELAYA  
GREGORIO MARAÑÓN  
JULIO CARO BAROJA  
LUIS G. DE VALDEAVELLANO  
F. CORDON  
MIGUEL PRADOS Y SUCH  
MARTIN DOMINGUEZ  
JOSE GARCIA LORA  
RAFAEL MARTINEZ NADAL  
SEVERO OCHOA  
JOSE PUCHE  
ISAAC COSTERO  
FRANCISCO GRANDE  
JUAN RAMON JIMENEZ  
RAMON CARANDE  
JESUS BAL Y GAY  
HOMERO SERIS

ERO CONMEMORATIVO PUBLICADO EN MEXICO, D. F.

TIEMBRE

1963



# PUBLICACIONES

DE LA

## RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

AZORÍN

*Al Margen de los Clásicos*  
*El Licenciado Vidriera*  
*Un pueblecito*  
*Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín.*

BAL Y GAY, JESÚS

*Treinta Canciones de Lope de Vega.* (Transcripción de obras de Guerrero, Lasso, Palomares, Romero, Company, etc. Páginas inéditas de Ramón Menéndez Pidal y Juan Ramón Jiménez.)

BERCEO, GONZALO DE

*El Sacrificio de la Misa.* (Edición de Antonio G. de Solalinde.)

CABRERA, BLAS

*¿Qué es la electricidad?*  
*Principio de la Relatividad.*

CAMBÓ, FRANCISCO DE A.

*La Crisis económico-financiera y la Conferencia de Génova.*

CASTELLARNAU, J. M<sup>º</sup>

*La Imagen Optica; Telescopio y Microscopio.*

CLEMENTE DE DIEGO, FELIPE

*Las Fuentes del Derecho Civil Español.*

COROMINAS, PEDRO

*El Sentimiento de la Riqueza en Castilla.*

GONZÁLEZ HONTORIA, MANUEL

*El Protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción española.*

JIMÉNEZ FRAUD, ALBERTO

*Cincuentenario de la Residencia de Estudiantes. 1910-1960. Palabras del Presidente de la Residencia.*

JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN

*Platero y yo.*

MACHADO, ANTONIO

*Poesías Completas.*

MORENTE, MANUEL G.

*La Filosofía de Henri Bergson.*

ONÍS, FEDERICO DE

*Disciplina y Rebelión.*  
*Ensayos sobre el Sentido de la Cultura Española.*

ORS, EUGENIO D'

*De la Amistad y del Diálogo.*  
*Grandeza y Servidumbre de la Inteligencia.*  
*Aprendizaje y Heroísmo.*

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ

*Meditaciones del Quijote.*

PARDO BAZÁN, CONDESA DE

*Porvenir de la Literatura después de la Guerra.*

PIRRO, ANDRÉ

*Jean Sébastien Bach auteur comique.*

ROLLAND, ROMAIN

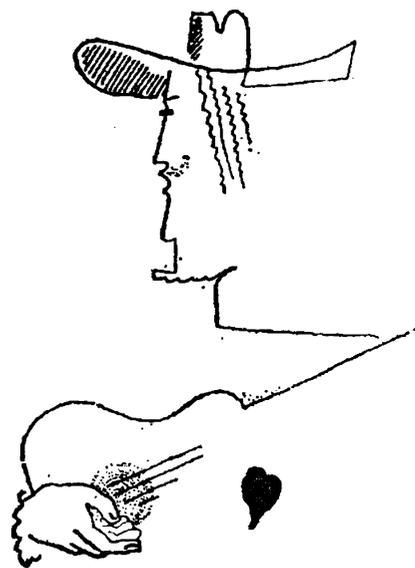
*Vida de Beethoven.* (Traducción de Juan Ramón Jiménez.)

SÁNCHEZ, Edic. de GALO

*Constituciones Baiulei Mirabeti.*

TORNER, EDUARDO M.

*Cuarenta Canciones Españolas.*  
Armonizadas para canto coral.



TURRÓ, RAMÓN

*La Base Trófica de la Inteligencia.*

UNAMUNO, MIGUEL DE

*Ensayos, tomos I, II, III, IV, V, VI y VII.*

ZULUETA, LUIS DE

*La Edad Heroica.*

# CUADERNOS AMERICANOS

No. 6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1963

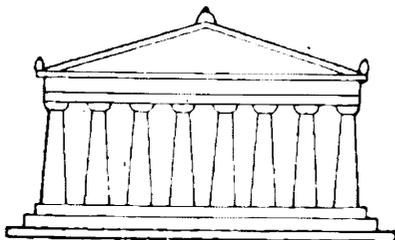
---

CONTIENE UNA ANTOLOGIA DE LEON FELIPE. Semblanzas del poeta por JESUS SILVA HERZOG, MAX. AUB y FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

---

*Precio del ejemplar \$ 20.00. De venta en las principales librerías*

---



EDITORIAL  
“EL ATENEO”  
S. A.

---

GENERAL PRIM 106

TEL. 46-68-55

MEXICO, D. F.

- MEDICINA
- ARQUITECTURA
- ECONOMIA
- FILOSOFIA - PEDAGOGIA
- LITERATURA

ENCICLOPEDIAS

---

ARGENTINA - BRASIL - ESPAÑA - MEXICO - PERU - URUGUAY Y VENEZUELA

# ECONOMIA

**HISTORIA DE LA ECONOMIA DEL MUNDO OCCIDENTAL**, por Harry Elmer Barnes. Un tomo, 910 + XVI páginas.

**ORIGENES DE LA ECONOMIA OCCIDENTAL (SIGLOS IV-XI)**, por Robert Latouche. Un tomo, 307 + XIX páginas.

**EL SOCIALISMO EN EUROPA**, por Ugoberto Alfassio Grimaldi, Manual UTEHA No. 90. 135 páginas.

**LA IDEA LIBERAL**, por Pánfilo Gentile. Manual UTEHA No. 79. 99 páginas.

**EUROPA DESDE 1918 HASTA HOY**, por Mario Rivoire. Manual UTEHA No. 88. 122 + VI páginas.

**INTRODUCCION A LA ECONOMIA**, por John V. Van Sickle y Benjamín A. Rogge. Un tomo, 801 páginas.

**TEORIA GENERAL DE LA ECONOMIA**, por el Dr. Andreas Paulsen. Manuales UTEHA Números 14, 15, 16 y 17.

**LA ECONOMIA ANTIGUA**, por J. Toutain. Un tomo, 316 + XXIV páginas.

**HISTORIA DE LAS DOCTRINAS ECONOMICAS MODERNAS**, por Jenny Griziotti Kretschmann. Manual UTEHA No. 54/54a. 217 páginas en total.

**HISTORIA DE LA BANCA**, por Leo Goldsmied. Manual UTEHA No. 95. 114 páginas.

**PUNTO DE EQUILIBRIO, PERDIDAS Y GANANCIAS**, por Howard E. Mc. T. Gaughy. Manual UTEHA No. 11. 76 páginas.

**EL COMUNISMO EN EUROPA**, por Antonio Giolitti. Manual UTEHA No. 86/86a. 360 páginas.

**HISTORIA DEL FASCISMO**, por Giampiero Carocci. Manual UTEHA No. 87. 114 + IV páginas.

**LA ECONOMIA DE LA UNION SOVIETICA**, por Luciano Cafagna. Manual UTEHA No. 76. 143 + VIII páginas.

**ECONOMIA, PRINCIPIOS Y POLITICA**, por Royall Brandis. Un tomo, 342 + XIV páginas.

**ECONOMIA DE LA ADMINISTRACION DE EMPRESAS**, por Spencer y Siegelman. Un tomo, 582 + XI páginas.

**ECONOMIA**, por John A. Guthrie. Un tomo, 675 + XVII páginas.

Las obras que forman la BIBLIOTECA UTEHA DE ECONOMIA, vienen en tamaño de 23 x 15.5 cm, encuadernadas en tela y sobrecubierta en papel cromecote a tres tintas.

Los Manuales UTEHA se presentan en tamaño de 17 x 11.5 cm,

**UNION TIPOGRAFICA EDITORIAL  
HISPANO AMERICANA**

**AV. UNIVERSIDAD, 767**

**MEXICO 12, D. F.**

## EDITORIAL HERMES, S. A.

Ignacio Mariscal 41 México 1, D. F.

PRESENTA CON LEGITIMO  
ORGULLO LA

### HISTORIA GENERAL DEL ARTE MEXICANO

Una obra que dará a conocer mundialmente la grandeza artística de nuestra patria.

- Tomo I. **ÉPOCA PREHISPÁNICA**, Raúl Flores Guerrero. \$ 250.00 m/mex.
- Tomo II. **ÉPOCA COLONIAL**, Dr. Pedro Rojas \$ 250.00 m/mex.
- Tomo III. **ÉPOCA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA**, Raquel Tíbol (en prensa).

Cada tomo 245 páginas, en formato 23 x 27.5 cm. 30 maravillosas láminas a todo color. 250 ilustraciones en blanco y negro. Lujosamente encuadernado en tela con sobrecubierta plasticada.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

## B. COSTA-AMIC EDITOR y LIBRO MEX S. de R. L.

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO  
MEXICO-LEE

Luis González Obregón 5-B, México, D. F.

ULTIMAS NOVEDADES:

- 41, O EL MUCHACHO QUE SONABA EN FANTASMAS, PAOLO PO. \$ 25.00
- PLAS OJEDA (Cuentos), JOSE CEBALLOS MALDONADO. \$ 18.00
- HISTORIA DE LA CULTURA MEXICANA, JESUS ROMERO FLORES. \$ 40.00
- LOS SUB-AMERICANOS (Ensayo). \$ 25.00
- EL SACHÉ DE LOS MAYAS (Estudio), ANTONIO BUSTILLO CARRILLO. \$ 15.00
- SAN FRANCISCO DE ASIS (Segunda Edición), ERMILO ABREU GOMEZ. \$ 20.00
- LAS PICARDIAS DE GOYO MOMO (Joterías), BENJAMIN AMERIKA. \$ 30.00
- UN SON QUE CANTA EN EL RIO (Segunda Edición), ROBERTO BLANCO MOHENO. \$ 25.00
- PICARDIA MEXICANA (Décimo sexta edición), A. JIMENEZ. \$ 35.00
- HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA (Cuarta edición), JOSE MANCISIDOR. \$ 30.00

## EDITORIAL RENACIMIENTO, S. A.

### CUENTOS INFANTILES

- Alicia en el País de las Maravillas*
- Historia de un Cascanueces*
- Cuentos de Andersen*
- Fábulas de La Fontaine*
- Blanca Nieves y otros cuentos de Grimm*
- Cuentos del País de las Nieves*
- La Bella Durmiente del Bosque y otros cuentos*
- Pulgarcito y otros cuentos*
- El libro de los animales encantados*
- Las mil y una noches*
- ¡Adiós, Cordera! y otros cuentos españoles*
- El soldadito de plomo y otros cuentos de Andersen*
- El Pájaro Verde y otros cuentos españoles*

### BIOGRAFÍAS

- Robespierre, símbolo y víctima de la Revolución Francesa*
- Memoria y Razón de Diego Rivera (2 vols.)*
- La apasionada vida de Federico Chopin*
- Gengis Kan, el conquistador del mundo*
- Sueño y realidad de Simón Bolívar*
- Sir Arturo Conan Doyle, creador de Sherlock Holmes*
- La fecunda vida de Alejandro Dumas*
- Vida de Jerónimo Savonarola*
- Clotilde de Vaux, la diosa muerta*
- La romántica vida de La Fayette*
- Vida de Nicolás Maquiavelo*
- Lucrecia Borgia, su vida y su tiempo*
- Cristina de Suecia*
- La apasionada vida de Franz Liszt*
- Guillermo Shakespeare*
- La atormentada vida de Rembrandt*

### ANTOLOGIA DE LA POESIA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

[2 vols. de 600 págs. cada uno]

**EDITORIAL JOAQUIN MORTIZ, S. A.**

**NOVELISTAS  
CONTEMPORANEOS**

Agustín Yáñez

**LAS TIERRAS FLACAS**

Jean Cau

**LA COMPASION DIVINA**

Rosario Castellanos

**OFICIO DE TINIEBLAS**

Gunter Grass

**EL TAMBOR DE HOJALATA**

Oreste del Buono

**SOLO POR INGRATITUD**

Max Aub

**CAMPO DEL MORO**

Elena Garro

**LOS RECUERDOS DEL PORVENIR**

Hervé Bazin

**EN EL NOMBRE DEL HIJO**

Otaola

**EL CORTEJO**

*serie del volador*

Juan José Arreola

**LA FERIA**

André Breton

**ÑADJA**

Luisa Josefina Hernández

**LOS PALACIOS DESIERTOS**

*en todas las librerías y en*

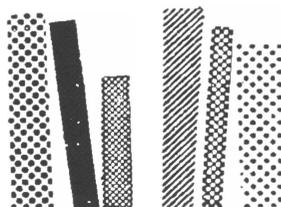
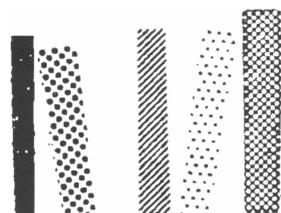
**AVANDARO, S. A.**

**AYUNTAMIENTO 162-B**

**MEXICO 1, D. F.**

# FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Entre las 1.800 ediciones aparecidas, desde su fundación, en 1934, algunas de las obras de autores españoles o acerca de España:



Oppenheimer, F. AYALA - Wiese, L. RECASENS-SICHES - **El Estado español en las Indias**, J. M. OTS CAPDEQUI - **La crisis española del siglo XX**, C. M. RAMA - **Erasmus y España**, M. BATAILLON - **El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II**, F. BRAUDEL - **La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII**, J. SARRAILH - **Historia social y política de Alemania**, A. RAMOS OLIVEIRA - **El krausismo español**, J. LOPEZ MORILLAS - **Los reinos del ser**, G. SANTAYANA - **Psicología de las situaciones vitales**, E. NICOL - **De la filosofía**, J. GAOS - **Metafísica**, J. D. GARCIA BACCA - **El pensamiento de Unamuno**, S. SERRANO PONCELA - **Manual de antropología física**, J. COMAS - **Temperamento, carácter y personalidad**, G. PITTALUGA - **Higiene y terapéutica del libro**, J. ALMELA MELIA - **La idea de la fama en la Edad Media castellana**, M. R. LIDA DE MALKIEL - **Letras hispánicas**, R. LIDA - **Historia de la literatura latina**, A. MILLARES CARLO - **Chopin**, J. BAL Y GAY - **La pintura española**, J. DE LA ENCINA - **La música orquestal en el siglo XX**, A. SALAZAR - **Poesías completas**, M. ALTOLA-GUIRRE - **Odiseo**, A. BARTRA - **La realidad y el deseo**, L. CERNUDA - **El extrañado**, J. J. DOMENCHINA - **Jornada hecha**, F. GINER DE LOS RIOS - **Canto llano**, N. PARES - **Circuncisión del sueño**, E. PRADOS - **La realidad reflejada**, J. M. QUIROGA PLA - **La manzana**, LEON FELIPE - **Jusep Torres Campalans**, M. AUB - **El desnudo impecable y otras narraciones**, P. SALINAS - **Topía y utopía**, E. IMAZ - **Sentido de la presencia**, R. XIRAU - **Ocaso y restauración (Ensayo sobre la Universidad española moderna)**, A. JIMENEZ - **Selección y reforma (Ensayo sobre la Universidad renacentista española)**, A. JIMENEZ - **Juan de Valdés y el pensamiento religioso europeo en los siglos XVI y XVII**, D. RICART - **La introducción de la filosofía moderna en España; el eclecticismo español en los siglos XVII y XVIII**, O. V. QUIROZ MARTINEZ - **Manuel B. Cossío y la educación en España**, J. XIRAU - **Pensamiento y poesía en la vida española**, M. ZAMBRANO - **Cartas al Ebro**, B. JARNES - **Fernán Caballero (Ensayo de justificación)**, J. F. MONTESINOS - **Vida en claro (Autobiografía)**, J. MORENO VILLA - **Publicaciones periodísticas anteriores a 1895**, R. DEL VALLE INCLAN - **El Unamuno contemplativo**, C. BLANCO.

## Casa Matriz:

Avenida  
Universidad 975  
México 12, D. F.

## ESPAÑA

## SUCURSALES Y REPRESENTACIONES

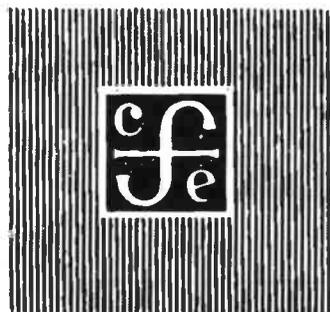
**ARGENTINA:** Córdoba 2064, Buenos Aires.

**BRASIL:** Rua Martins Fontes 99, Saõ Paulo.

**CHILE:** Amunátegui 37, Santiago de Chile.

**PERU:** Jirón Apurimac 337, Edificio Lexington "A", Lima.

**URUGUAY:** Plaza Cagancha 1342, Montevideo.





---

## SUMARIO

Alberto Jiménez Fraud, *Actualidad de la Residencia*, 1

### HOMENAJE

Ramón Menéndez Pidal, *Páginas*, 5

Ignacio Chávez, *Ocampo, el reformador*, 9

Ignacio González Guzmán, *Pío del Río Hortega*, 12

Américo Castro, *Homenaje a una sombra ilustre, la Residencia de Estudiantes*, 13

Emilio Prados, *Homenaje*, 16

José Angel Valente, *Don Antonio Machado, la Residencia y los Quinientos*, 17

Gabriel Celaya, *A Alberto Jiménez Fraud*, 20

### ESTUDIOS GENERALES

Gregorio Marañón, *Prólogo inédito a "Amor, Conveniencia y Eugenesia"*, 22

Julio Caro Baroja, *Don Quijote y la concepción mágica del mundo*, 24

Luis G. de Valdeavellano, *Los días penosos del Rey Sabio*, 28

F. Cordón, *La actividad científica y su ambiente social*, 36

Miguel Prados y Such, *El uso del cine en psicoterapia de grupo*, 44

Martín Domínguez, *Dicen que había un pastor*, 49

José García Lora, *Un desfile de fantasmas isabelino: "El espejo de Gobernantes"*, 53

Rafael Martínez Nadal, *El último día de Federico García Lorca en Madrid*, 58

### RESIDENCIA

Severo Ochoa, *Un recuerdo*, 62

José Puche, *El laboratorio de fisiología*, 63

Isaac Costero, *Ciencia y conciencia bajo los tilos*, 67

Francisco Grande, *Un estudiante de medicina*, 72

Juan Ramón Jiménez, *Lo bastante para vivir*, 74

Ramón Carande, *Fortuny*, 14, 75

Jesús Bal y Gay, *La música en la Residencia*, 77

### ACTIVIDADES Y RECUERDOS

A. J. F., *Poyo y Tafi*, 81

Homero Seris, *Edmundo M. Torner*, 86

*Celebración del cincuentenario de la Residencia*, 89

*Reuniones anuales en España*, 91

---

Al celebrarse el Cincuentenario de la fundación de la Residencia de Estudiantes de Madrid, surgió la idea de editar un número conmemorativo de *RESIDENCIA* que, además de recordar esa fecha tan importante y dar testimonio de la huella profunda y beneficiosa que en la vida española dejó nuestra Casa, iniciase una nueva etapa de su publicación.

Los Residentes que vivimos en México asumimos con entusiasmo la realización de tal idea, y logramos darle cima gracias a la colaboración de nuestros compañeros de España y el extranjero, así como de algunos ilustres amigos de la Residencia, una vez vencidos los inconvenientes propios de la dispersión en que unos y otros nos hallamos.

Esperamos firmemente que este nuevo número de *RESIDENCIA* sea un medio eficaz de comunión entre todos nosotros —Residentes y amigos de nuestra Casa— y, al mismo tiempo, dé noticia de lo que ésta fue a quienes, por su edad, no tuvieron posibilidad de conocerla.

## DIBUJOS Y FOTOGRAFIAS

- Vista panorámica de la Residencia (dibujo de Marco), 4  
Pío del Río Hortega, 12  
Entrada a la Residencia (viñeta de José Moreno Villa), 15  
El cuarto Pabellón, 19  
El canalillo (original de José Moreno Villa), 21  
Grupo de estudiantes del laboratorio de fisiología, 23  
Las pajaritas de papel de Unamuno, 27  
Autógrafo de Sir Howard Carter, 43  
Autógrafo de Mauriac, 48  
Autógrafo de Andrés Segovia, 52  
Federico García Lorca en la Residencia, 59  
Ensayo en la Barraca, 60  
Autógrafos de Federico García Lorca, 61  
Don Alberto, don Juan Negrín y don Francisco Beceña, 66  
Don Abelardo Gallego, 71  
Don Paulino Suárez, 73  
Fiesta en la Residencia, 76  
Manuel de Falla (fotografía y autógrafo), 77  
Inauguración del Colegio de España, en la ciudad universitaria de París, dirigido por Establier, 78  
Un concierto de música española en el Colegio de España, 78  
Autógrafo de Strawinsky, 80  
Autógrafos de Keyserling y Milhaud, 83  
Autógrafos de Chesterton, Walter Gropius, Leonard Woolley, Francis Poulenc y Le Corbusier, 84  
Paul Claudel, M. Jiménez, José Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Natalia Jiménez, José Moreno Villa, 85  
Sir Arthur S. Eddington, 87  
Ricardo Orueta, María de Maeztu, Ortega y Gasset, el Marques de Palomares, H. G. Wells, Marie Curie, Keynes, 88  
Marcelino. 92

ALBERTO  
JIMENEZ FRAUD

## Actualidad de la Residencia

(...y le rogamos que las palabras de introducción, además de exponer el espíritu de la obra realizada por la Residencia, hagan ver también que esa obra sigue operando en la actualidad... J. B.)

Los AÑOS que siguieron al de la fundación de la Residencia fueron de trabajos constructivos para aquella creyente y creciente minoría que desde la altura de la Colina de los Chopos, trataba de crear, con entusiasta diligencia, nuevos modos de sentir y nuevos hábitos de vida, que habrían luego de extenderse por otros lugares del suelo hispánico. "Aquella minoría, aquel enjambre, hervía, quería superarse —escribió Moreno Villa—; había un rumor renacentista que la mantenía en vilo. Durante veinte años he sentido este rumor emuladorio. Así vale la pena de vivir. ¿Qué más puede pedir un país?". Así juzga uno de nuestros poetas aquella actividad a que se entregaba la Residencia, la cual creía asistir a un proceso ascendente de la vida española, al que la primera gran guerra vino a prestar una significación inesperada: que España fuese —según opinión de eminentes personalidades europeas— como un albergue donde se hubieran refugiado los más finos valores espirituales de la cultura occidental.

Aunque en los años próximos anteriores a la guerra, esa cultura se encontraba en ese proceso de cambio en que la práctica y emoción habituales van cediendo el paso a nuevos hábitos y sentimientos, Europa creía que ese tránsito podría realizarse de manera racional y libre, sin correr el peligro de atravesar la zona de anarquía en que se agitan, en turbio y peligroso compadraje, la indigencia de lo que va a perecer y la riqueza de la nueva vida que se aproxima para reemplazarlo. Duraba aún en el mundo europeo el optimismo del siglo XIX, con su fe en el progreso y en los beneficios morales y materiales que éste traía consigo; pues hasta los que hacían

profesión de incredulidad y de escepticismo pensaban que, con pasos más o menos rápidos pero seguros, la humanidad seguiría avanzando por el camino ininterrumpido de una ideal perfección. Visión optimista propia de la ingenua actitud de los racionalistas de los siglos XVIII y XIX, algo arrogantes y confiados, quienes estimaban que la razón podría fácilmente dominar esas oscuras y violentas fuerzas irracionales que tan insegura hacen la condición humana y en tal desamparo la abandonan.

Contra esa arrogante y confiada actitud, esas fuerzas irracionales preparaban su venganza. Dominados, en apariencia —dentro de los países que presidían el progreso occidental—, el desorden y la arbitrariedad de las pasiones, por la concepción de un orden natural impuesto por la razón, las fuerzas irracionales buscaron apoyo en el campo de las relaciones internacionales, donde todas las malas artes de la naturaleza humana se pusieron al servicio de los ciegos impulsos de rivalidad y conquista que siempre animaban esas relaciones, las cuales habían aumentado su agresividad y fiereza con los enormes recursos de destrucción que las modernas técnicas habían puesto al servicio de los hombres y de los Estados. Corrompidos éstos por el poder que venía a sus manos y por el enorme desequilibrio de fuerzas nunca antes experimentado, desatáronse los miedos de todas las potencias y las ambiciones de las más grandes, rompióse el orden establecido, y todo el inflamable material de malas pasiones hizo explosión en la primera gran guerra.

Sería ingenuo relatar los males de la guerra: más aún los de una guerra de tan gigantescas proporcio-

nes como la del año catorce. Sólo repetiremos, con palabras antiguas, que la guerra es un amo salvaje que con sus crímenes degrada la índole de los hombres; que en ella las palabras pierden el valor que les presta la dignidad humana; y que la violencia (de la guerra, el más preciado atributo) incita a la llamada criatura racional a la anarquía, al aborrecimiento de la justicia y al rencor contra toda superioridad. No es extraño que en presencia de las fuerzas irracionales que desató la guerra, el hombre europeo sacudiese de sus hombros el peso que la vida de la libertad impone, que negase la realidad de ésta, y que, denunciando el progreso como una ilusión, buscase amparo u olvido en ese absoluto escepticismo que hace imposible una libre elección personal y que reniega de los sentimientos de dignidad y de responsabilidad humanas.

Esa huida de la razón y de la libertad acusaba la gravedad de una crisis que, de continuar desarrollándose, podía llevar al total empobrecimiento y final destrucción del espíritu europeo. Había que detener esa huida y proclamar que las inevitables transiciones de la historia no deben conducir a violentas rupturas con formas anteriores de vida merecedoras de amor y amparo, sino que debían ocurrir gradualmente, dando así ocasión a que diversas tradiciones culturales las moderen, modelen y perfilen. Y en cuanto a que las culturas deban sufrir fatalmente un proceso de decadencia, es algo repelente ese concepto de la historia como proceso cíclico en que lo ya ocurrido en períodos anteriores tiene fatalmente que ocurrir de nuevo en infinita y aburrida repetición que haga rechazar toda idea de progreso, sumiendo a la historia en un horrible determinismo enemigo de la libertad y adulador de los poderes arbitrarios. No había pues motivo para renunciar al generoso credo de libertad y razón, de progreso discreto y de vida razonable que constituían el patrimonio cultural de Europa.

Pero si se quería defender ese patrimonio, debían tomarse las debidas precauciones. Ni abandono a la razón, ni abandono a las pasiones. El hombre no es pura razón, ni vive en un mundo de conceptos y de abstracciones científicas. Tampoco es un puro cuerpo, sólo atento a sus impulsos pasionales y a sus necesidades materiales. Más que a poseer todos los tesoros de la ciencia o todas las riquezas de la tierra, a lo que fundamentalmente aspira el hombre es a afirmar su individualidad humana: naturaleza y razón. Y que esta última sea capaz de hacer al hombre dueño de su destino. Pero la razón debe estar sometida a un método de ensayo: de error y de acierto, capaz de cambio y de adaptación y, por tanto, de progreso. La responsabilidad del progreso queda así en manos del individuo: él domina a la naturaleza, a él le corresponde hacer la historia. Pero no debe olvidar que si las fuerzas irracionales, no sometidas

a la razón, conducen a la violencia y a la destrucción, no menos conducen a ellas la razón y la ciencia abandonadas a sí mismas y no buscando apoyo, justificación y fortaleza en la individualidad humana.

Equilibrio de fuerzas, cuidadosa táctica. El mal está latente en todos nosotros, y en todos nosotros surge con violencia cuando no tenemos preparadas o no podemos usar nuestras habituales inhibiciones, ya que contra el mal no prevalecen ni razonables argumentos ni enérgicas amonestaciones. No hay clases distintas de hombres: en todos nosotros duermen los más viciosos y bajos impulsos. Sólo pueden defendernos contra ellos, cuidadosas reglas y convenciones, creadas en largas, centenarias tradiciones de conducta. Cualquier tradición, cualquier institución histórica, cualquier costumbre antiguamente adquirida, puede ayudarnos a preservarnos contra el mal y a mantener humanos hábitos de conducta. Y no debe caerse en el error de dividir a los hombres en puros, impermeables al mal, cuya misión es defender la ciudadela de su ilustrada perfección contra los otros, los impuros, los malos, que por todas partes la cercan. Lo que no se opone a que con individuos escogidos deban formarse minorías capaces de juicio independiente y pensamiento original; minorías cuya misión consiste en enlazar debidamente al individuo con la comunidad. Así creíamos defender el espíritu europeo contra los peligros que le amenazaban.

Pero la crisis, agravada por la guerra del catorce, había entrado en un proceso de descomposición que llevó a la segunda guerra mundial, a la que precedió la guerra civil de España. Y los trabajos de aquella gran familia universitaria de la Colina de los Chopos, quedaron interrumpidos. Pero no se rompió el lazo espiritual que a sus miembros los unía, pues permanecieron en ellos esos hábitos de conducta adquiridos, a los que fueron fieles hasta en los momentos oscuros y desconcertantes en que sólo se perciben los más negros rincones de un corazón apasionado. Seguía teniendo actualidad la obra de la Residencia. "No es sólo un recuerdo mi siempre España en alto," dice nuestro Gabriel Celaya. No es sólo un recuerdo. Es también la esperanza de que seamos capaces de contribuir a moldear esa España, y con ella, esa Europa, ese mundo nuevo, difícil, complicado, peligroso, que tan cercanos pasos anuncian. La esperanza de que también nuestros hijos puedan afirmar la actualidad de la Residencia.

No es que sea esto tarea fácil. La historia camina precipitada, alocadamente. Ha entrado Europa, el mundo occidental, el mundo entero, en un período de su historia que deja atrás, que hace ya olvidar lo que los más jóvenes de los Residentes han aprendido todavía a llamar edad moderna. Un nuevo período en que las ideas de libertad y de razón han sido arrojadas, en la locura de la carrera, al borde del

camino, y en que se han edificado, con ayuda de las técnicas avanzadas y de la racionalidad de las ciencias, inmensas burocracias en las que la dignidad individual no cuenta para nada, que se utilizan como medios de tiranía, y que dan como resultado una insensibilidad moral que va convirtiendo a los hombres en instrumentos técnicos cuyas más brutales atrocidades no pueden ya siquiera llamarse inhumanas, porque el carácter que tienen, mecánico y burocrático, las hacen impersonales. Diríase que no ya la sociedad, sino la misma razón humana, se deteriora, que pierde sus calidades, y que trata de engañarse contemplando y admirando las mil invenciones tecnológicas que nos ofrece un mundo repleto de racionalidad sobre el que ya la razón no ejerce el menor imperio.

En los cincuenta años de edad que cuenta la Residencia —un espacio de tiempo más corto que el de una vida humana— el hombre moderno ha avanzado más en la invención de esos artificios, que en los milenarios desde que existe sobre la tierra. Y continuará avanzando, ya que esas invenciones, por maravillosas que se nos antojen, no son sino los productos secundarios de investigaciones que han revolucionado nuestras ideas sobre el vastísimo cosmos, del cual nuestro mundo es un tan increíblemente infinitesimal accidente; y sobre ese otro infinitamente pequeño universo del átomo, las órbitas de cuyos electrones están separadas por distancias relativamente comparables a las que nuestro planeta guarda con respecto al sol. Pero el espíritu del hombre, que a tan inmensos avances empuja, hora por hora, a las ciencias naturales, mantiene su filosofía moral en un atraso que pone de relieve la parte más bestial de la naturaleza humana: es capaz de descubrir y de aprovechar maravillas científicas, pero incapaz de manejar los mecanismos de las relaciones sociales, de las relaciones de hombre a hombre, las cuales están dominadas por emociones, hábitos y prejuicios, que, de no sufrir alteración, pueden conducir —con los medios de destrucción de que hoy se dispone— a la extinción de la especie humana.

No menos que conseguir esa alteración es la responsabilidad con que hoy nos enfrentamos. Desde hace poquitos años, desde ayer mismo, ha empezado una nueva era (podríamos llamarla la era atómica) en que la supervivencia de la humanidad depende sólo de ella, está enteramente en sus manos. Es decir, en manos de ese orden político cada día más dilatado y centralizado, menos político y más burocrático, y menos relacionado, por tanto, con ese mundo de las libres asociaciones, independientes de los intereses de las grandes corporaciones que dominan la vida económica, o de los partidos únicos que lo dominan todo. Cada día existen menos asociaciones que desempeñen la función que hemos asignado a las minorías: la de poner en contacto las

razonadas opiniones de los individuos y de los grupos más o menos numerosos, con el Estado y con las instituciones económicas y militares, en las que rápidamente se va centralizando el poder, por falta de ese vivificador contacto. La creciente centralización del poder en grupos cada vez más técnicos y reducidos, y que no pueden tener un sentimiento de responsabilidad hacia quienes han de sufrir las consecuencias de sus errores, va creando una sociedad de bajo nivel cultural, ignorante de los problemas que más directamente la afectan, y completamente ajena a las decisiones que sobre la misma existencia de la sociedad tomen esos reducidos grupos.

Nos encontramos frente a la dramática declinación de los valores que inspiran la cultura occidental, y de la sustitución que de ellos pretende hacer esa abundante tecnología puesta al servicio de grupos políticamente irresponsables, indiferentes al progreso moral e incapaces, por tanto, de tomar las decisiones que nuestros tiempos exigen. Decisiones que sólo pueden partir de minorías que, inspiradas en los valores tradicionales, sepan emplear todos los instrumentos que las ciencias actuales reclaman, y tengan además acceso a todos los medios de información necesarios. Por lo que a nosotros respecta, nuestra minoría universitaria ejerció disciplinas científicas y literarias; dispuso de laboratorios donde aprender las técnicas modernas; realizó trabajos de investigación; guardó contacto con máximas autoridades intelectuales españolas y extranjeras; y disfrutó de dirección y consejo y de una extensa información que le hacía llegar las vibraciones de la vida universal. Sembró, en suma, las semillas de una futura clase, culta y bien informada, que pudiese asumir el papel director que de ella podría quizá exigir un día el servicio de España.

La semilla germinó y produjo buenos frutos, lo que restará dificultades a la enorme empresa de hacer de nuevo fecundo el barbecho improductivo. Desmesurada empresa, porque nunca como ahora se ha dado en el mundo entero atención tan preferente a la expansión de las universidades, las cuales, con enorme diligencia y en proporciones a veces grandiosas, fundan nuevos departamentos, crean nuevas instituciones, construyen nuevos edificios, amplían los existentes, y dotan a todos ellos de materiales y medios de trabajo para todas las disciplinas, en especial para las nuevas, nacidas al calor de los formidables progresos de las ciencias naturales, muchos de cuyos departamentos requieren extraordinaria riqueza de equipos, instrumentales y de toda clase de instalaciones.

A estos aumentos de medios con que se han enriquecido las universidades, corresponden iguales aumentos de estudiantes, especialmente de estudiantes de ciencias, ya que las necesidades de la guerra estimaron como forzoso el disponer de un gran número

de científicos. Pero quizá en esta desmesurada expansión de las universidades, en que tanto valor se ha prestado a las técnicas y a las especializaciones, se haya perdido un poco de vista, y a veces se haya olvidado por completo, que la función fundamental de las universidades es educativa, que esa función requiere mantener una actitud crítica e intelectual en los problemas de investigación, y no refugiarse en empirismos que dan excesiva y hasta única importancia a técnicas prácticas, que ocupan un lugar en que sólo deben residir las cualidades intelectuales académicas.

Esta tendencia, que pudiera llamarse realista, de las universidades (y que explica la extraordinaria atención que hoy se presta a esas instituciones), representa un peligro cuya gravedad nunca será bastante destacada: el peligro de prestar atención a fines que, por importantes y urgentes que sean, son exteriores a la misión de la universidad y tratan de

ocultar el lamentable y peligroso desamparo en que la universidad deja a sus miembros, al no proporcionarles la base filosófica y moral que puede servirles de guía, prestarles inspiración e infundirles fervor para que sean obreros activos en la construcción de la nueva sociedad que se anuncia.

El haber afirmado, sin titubeos y sin desmayos, que esa función educadora era la misión esencial de la Residencia, es lo que da a nuestra minoría universitaria, en la España de hoy, en el mundo de hoy, su máxima actualidad. Y si, apoyada en los principios expresados en sus programas y en sus declaraciones, nuestra minoría, "con el pensamiento fijo en los mejores ejemplos de nuestra España", se esfuerza de nuevo en volver, con mesurado entusiasmo, "a esa tradición crítica y razonable, moderada y tolerante, que estima que sólo en una atmósfera de plena libertad puede florecer la dignidad humana", ¿qué mayor actualidad puede tener el Residente?



## Páginas de don Ramón Menéndez Pidal

Estando en Oxford este setiembre de 1962, en fructuosa conversacion con Albaladejo Jimenez y Natalia Corsio, venían a mi memoria multitud de episodios de la antigua Residencia de Estudiantes a la que este matrimonio había entregado su vivir durante un cuarto de siglo. Ahora, que desde Méjico se me piden breves cuartillas para conmemorar el cincuentenario del nacimiento de esa Residencia, me he de limitar a un fugaz recuerdo, con añoranza de aquel buen tiempo pasado en que la Junta para Ampliación de Estudios trabajaba activamente por cubrir múltiples necesidades apremiantes de nuestra vida cultural. Y entre las innovaciones ensayadas por la innovadora Junta, la Residencia fue de las más trascendentes. Ella era el necesario complemento formativo de la juventud llamada a trabajar en los varios institutos técnicos de la Junta, y es de la circunstancia de que el instituto que más fruto obtuvo de esa innovada juventud, fue sin duda el Centro de Estudios Históricos en el que yo empleaba también mi vida.

La cooperación de la Residencia y del Centro dio por resultado unos anuales Cursos de Vacaciones para Extranjeros que comenzaron en 1912, los primeros que hubo en España, y creo poderlos calificar de memorables en la historia del hispanismo. La Residencia era el plantel y la mansión de muchos profesores, a la vez que daba el local y las aulas para las conferencias; los anales de la Residencia nos repiten, en la resaca de esos cursos, nombres que perviven en la historia del humanismo hispánico. De las generaciones más antiguas a las más juvenes, ahí aparecen, entre otros, Gómez Moreno, Ramiro de Maiztegui, Américo Castro, Navarro Tomás, Onís, Pedro Salinas, Antonio G. Solalinde, Amado Alonso, Sanchez Albornoz, Sainz Rodríguez, Jorge Guillen, Dámaso Alonso, Angel Balbuena, García Bellido, Lapesa, Lafuente Ferrari... Todos

cultivadores de las ciencias histórico-filológicas, algunos, insignes en el arte literario. ¿Qué otro organismo análogo puede recordar un semejante conjunto de nombres? Ellos modelaron el concepto de la Hispanidad, y gracias a ellos se tendieron los primeros lazos de colaboración cultural con ~~los~~ otros países de Europa y sobre todo del otro lado del Atlántico; ellos fundaron centros difusores, como el Instituto de Filología Hispánica de Buenos Aires, el Instituto de las Españas, de Nueva York, el Instituto de Historia de España, también de Buenos Aires; ellos iniciaron cátedras hispánicas en Europa, ellos ejercieron los primeros como profesores visitantes en universidades de Norte-América.

Aquella Residencia cooperó en iniciar esa vasta labor cultural, porque su más alto designio era poner al estudiante en un nivel igual al exterior de España. Desde luego, se proponía sacar a los jóvenes alumnos del ambiente depresivo en que solían vivir, se quería mejorar las condiciones de su trabajo universitario, y para eso los muchachos tenían en Alberto Jimenez Fraud un excelente educador y guía, y con igual misión la similar Residencia de Señoritas contaba con la experta pedagoga María de Maestre.

Claro es que estos fines los procuran, con más o menos fortuna, todas las Residencias que han seguido a aquella; pero lo especial de aquella fue el poner, desde sus comienzos, particular esmero en que el estudiante pensara en las universidades de Europa y de América.

En otras importantes iniciativas se distinguió aquella Residencia, porque siendo la primera, lejos de la parquedad en que suelen moverse todos los primeros ensayos,

puso en ellos una intensidad realmente insuperable. Se esforzó en poner al estudiante en contacto con los más altos valores de la cultura nacional y extranjera. Allí, entre los estudiantes, concurrían frecuentemente Cajal, Ortega Gasset, Azorín, Maeztu, Gómez Moreno, Marañón dando conferencias y lecturas; los laboratorios de trabajo estudiantil eran dirigidos por Madinaveitia, Luis Calandre, Lafont, Del Río Ortega; allí se hospedaban largas temporadas Juan Ramón Jiménez, Eugenio d'Ors, Uramuno; allí, ante los estudiantes, venían Howard Carter a hablar de sus descubrimientos en la tumba de Tutankamen; el general Bruce, de su ascensión al Everest (1926); Einstein, de su relatividad; allí el estudiante tenía por sus huéspedes a Bergson (1916), a Albert Thomas (1924), a Chesterton, a Frobenius, a Paul Valéry, a Eugenio de Castro, a Paul Claudel, a Kayserling, a Madame Curie (1932), H. G. Wells, Leonard Woolley, el explorador de Ur (1929)..., todos entraban en relación con España entre los muchachos residentes, y estos se hallaban conviviendo con tan ilustres huéspedes.

Y aquella residencia que se distinguía por tan extraordinaria riqueza espiritual, se distinguía a la vez por una tan extraordinaria sencillez material. Nada de blandas alfombras, nada de muelles butacas ni poltronas, nada de vistosas mobiliarias. Las mesas, los armarios, los sillones, todo allí era de pino, de madera curvada, de mimbre; en las repisas, alguna cerámica de Talavera; en las paredes, unas artísticas fotografías, y por todo lujo, un buen piano, sobre cuyo teclado corrían las manos de Wanda Landowska (1920), de Darius Milhaud ~~de~~ (1929), de

Maurice Ravel (1928), de Falla, de Oscar Esplá. ¡ Cuantas veces vemos lo contrario en los centros oficiales, vacíos de todo contenido; hinchados de extemporáneo lujo! Contraste fundamental, pues la vanidad es indicio seguro de pobre inteligencia

Y a aquella casa, desnuda de toda comodidad aparatosa, no era raro que asistiesen Alfonso XIII, la Reina Victoria, la Infanta Isabel, con los más encumbrados personajes, atraídos por alguna notable conferencia o por cualquier otro interés residencial, y no deja de ser también sugestivo el hecho de que para varias actividades de aquella casa tan austera e instalada, era el Duque de Alba, Jacobo Stuart Folc, Presidente del Comité Hispano-Británico, el animador constante, por más de veinte años, aun en los tiempos republicanos, hasta 1935

En fin, digamos, para no seguir, que aquella primera Residencia fue todo sencillez, material y espiritual, mucha sencillez, con mucha novedad y con máxima eficacia

Madrid, diciembre 1962

R Menéndez Pidal

*Con motivo de conmemorar en México el 50ésimo aniversario de la fundación de la Residencia de Estudiantes de Madrid, un grupo de antiguos escolares de aquella Institución, amigos muy cercanos, me invitaron a colaborar en el número extraordinario de la revista Residencia. Entre aquel aniversario y la aparición del número extraordinario de la revista, tuvo lugar el centenario de la muerte del excelso patricio D. Melchor Ocampo. Releyendo el discurso que pronuncié en esa ocasión, me pareció oportuno mostrar las analogías del espíritu de mi ilustre compatriota con el ánimo que perdura en los españoles amantes de la libertad.*

LOS FUSILES asesinos de Márquez vaciaron su odio sobre el hombre que hoy venimos a honrar. Con saña le arrancaron la vida y para escarnecerlo, los verdugos colgaron su cadáver de un árbol. Le dieron lo único que le faltaba para su consagración: el martirio. Melchor Ocampo; desde ese día es uno de los santos laicos de nuestra libertad.

Fue un choque brutal en el país; una mezcla de dolor y de ira, de asombro y de desolación. El pueblo se lanzó a la calle, llorando y pidiendo castigo. El Congreso, en sesión tumultuosa, puso fuera de la ley a los asesinos. El Gobierno, consternado, declaró el duelo nacional. El cañón tronó cada cuarto de hora, por tres días, desde el alba hasta el anochecer. La gente vistió de luto y el país entero se inclinó dolorido sobre una tumba.

¿Quién era ese hombre que, solo, sin un cargo público, retirado al campo y a sus libros y a sus meditaciones, provocaba al morir tamaña conmoción? Era uno de los grandes constructores de México. Un hombre que en esa época convulsa, cuando todo en el país era guerra, nunca empuñó la espada; pero nunca, tampoco, concedió paz a su pluma. Era el pensador, el filósofo, puesto al servicio de una causa, o mejor, era como una idea en marcha, recta, inflexible, sin compromisos, siempre al servicio de la nación. Ocampo fue el intelectual que consagró toda su vida a prepararse, a definir su pensamiento y a meditar sobre los problemas de México. No tenía sino una preocupación angustiada, la de sacar al país del caos, y para ello necesitaba crear el poder del Estado, cortarles sus ataduras, robustecer el poder civil frente al eclesiástico y al militar. Junto a ésa, tenía una ambición apasionada, la de educar al pueblo, la de protegerlo con ojos justas, la de crearle un espíritu de tolerancia. "Sólo nos salvaremos por la instrucción" —decía— y agregaba como esencia de su doctrina: "es hablando y no matándonos como debemos entendernos".

Su vida no conoció tregua. Se consagró a su obra

como un predestinado. Primero, cuando niño, en el Seminario de Morelia, hasta graduarse de bachiller; después en la Universidad de México, donde cursó derecho. Desilusionado del ejercicio profesional, se negó a presentar examen y mejor se volvió del lado de las ciencias. Se absorbió en el estudio de la botánica, de la física y de la historia natural, y la casa de su hacienda en Maravatío se volvió una biblioteca, un laboratorio y un museo. Esta pasión por las ciencias lo acompañó toda su vida. Cuando fue a París, su primera visita fue para el Jardín de Plantas, y sus estudios en Europa, a lo largo de dos años, fueron preferentemente los de matemáticas, de agricultura y de botánica. A su regreso trajo plantas, experimentó cultivos, abrió canales de irrigación y difundió entre los campesinos plantas y semillas, lo mismo que consejos.

Ocampo estudiaba siempre y escribía. Su avidez intelectual no tenía límites. En sus obras lo mismo hay estudios sobre fonética del idioma náhuatl, que otros de geografía, sobre el río Lerma; lo mismo una memoria sobre las cactáceas, que una bibliografía mexicana o un ensayo filosófico sobre la tolerancia.

Un día entró en la política, después de cumplidos los treinta años, y vino como diputado liberal al Congreso de la Unión. Fue su primera experiencia y su primer choque con el Gobierno de Santa Anna. Había pedido, para que el ejército no fuese una amenaza para la libertad, que las ordenanzas permitiesen a los soldados no olvidar que son ciudadanos.

Poco después, a fines de 1846, fue Gobernador de Michoacán. Era en la hora trágica de la invasión norteamericana. Se consagró entonces a alistar voluntarios, que fueron a pelear en La Angostura y después en el Valle de México; pero en medio de la lucha, apunta ya el reformador: uno de sus primeros decretos consagra la libertad de enseñanza, un alarde de visión y de entereza para aquel medio y para aquel tiempo; crea después la Junta Directiva de Estudios, organiza la Dirección de Instrucción Pública, funda

la Dirección de Agricultura y reabre el Colegio de San Nicolás.

Mientras tanto, expira la guerra. Caen vencidas las armas mexicanas y el país no se resigna a la dolorosa mutilación. En Querétaro se reúne un grupo de Gobernadores para decidir sobre el futuro de guerra o paz. Ocampo pugna por seguir la defensa armada; pero no lo secundan y renuncia su cargo, que deja en manos de Santos Degollado. Renuncia y se duele de que no hubiésemos tenido “ni la previsión de los civilizados para evitar la guerra ni tampoco el valor de los salvajes para continuarla”.

Su vida política, sin embargo, va en ascenso. Senador, Ministro de Hacienda y, de nuevo, Gobernador de Michoacán; todo por corto tiempo, porque siempre prefiere renunciar antes que hacer concesiones que estén en contra de sus ideas. Lucas Alamán, el Pontífice de los conservadores, se alarma y denuncia a este intelectual que no tiene miedo de decir sus ideas y de chocar con el clero, como en la polémica que sostuvo con el de Michoacán para pedir la revisión de las obviaciones parroquiales. El asunto en sí era pequeño; pero el síntoma era alarmante y Santa Anna prefirió enviarlo al destierro, primero a Tulancingo, después a San Juan de Ulúa y por último al extranjero.

Con un grupo de liberales, jóvenes todos ellos, bi-sños aún en la política, Ocampo fue a Nueva Orleans, donde le acompañaban Juárez, José María Mata, Guillermo Prieto, Ponciano Arriaga y otros. El exilio y la pobreza son el mejor crisol para el espíritu y la mejor forja para la voluntad de los hombres libres. Por eso fue allá, en Nueva Orleans y en Brownsville, donde en largas veladas y bajo la inspiración de Ocampo, los desterrados discutieron y planearon la reforma de México. Allí se gestó el programa de la separación de la Iglesia y del Estado, la creación del Registro Civil y la supresión de los fueros. Allí se fijó la filosofía de lo que andando el tiempo habrían de ser la Constitución de 1857 y las leyes de Reforma. Y cuando un día los peregrinos regresaron, venían con algo más que sueños, traían un programa y una bandera, y la conciencia iluminada de su destino.

Ocampo fue llamado por los vencedores de Ayutla, para ser el Primer Ministro del nuevo Gobierno; pero no pudo entenderse con Comonfort. Apenas quince días duró en el Ministerio cuando entregó su renuncia. No podía comprender la tibieza ni la vacilación de los caudillos, obligados como estaban a cumplir sus promesas de reformas. No se explicaba su afán de equilibrar en el gabinete a los “puros”, como se llamaba a los progresistas, con los “moderados”. Ocampo los diferenciaba así: “Los progresistas dicen a la humanidad: ¡anda, perfeccionate! El conservador dice en cambio: anda o no, que de esto no me ocupo, pero no atropelles a las personas ni destruyas los intereses existentes”. Los moderados, para él, no tenían sitio propio; apenas si eran “conservadores

más despiertos, para los que nunca es tiempo de hacer reformas, porque las consideran siempre inoportunas o inmaduras”.

Como de costumbre, se volvió a su hacienda de Pomoca; pero la Asamblea Constituyente, a la que él mismo había convocado, se reunió pronto y Ocampo fue electo diputado por tres Estados. Tuvo que volver a la lucha. Y en ella estuvo, de modo intermitente, hasta que fue proclamada la nueva Constitución, en febrero de 1857.

A pesar de sus ausencias, su intervención fue decisiva. No sólo porque en el proyecto de la Carta Magna se habían vaciado ya muchas de sus ideas, como miembro que fue, junto con Arriaga, de la Comisión redactora, sino también por su briosa participación en los debates.

Sus ausencias las explicó después. No fueron, decía, “por huir compromisos, como algunos llaman al cumplimiento de sus deberes”, sino por acto deliberado de civismo, en forma de renunciación. “Tengo el hábito —decía— bueno o malo, pero arraigado en sí, de decir como pienso y de obrar como hablo”. Habiendo criticado acerbamente al Gobierno de Comonfort, temió que el disgusto oficial se volcara sobre el Congreso y estorbara el advenimiento de la nueva Constitución. A pesar de que se definía a sí mismo como “uno de los necios que se rompen antes de doblarse”, tuvo miedo por el futuro del Congreso y lo reconoció diciendo: “me vuelvo tímido cuando está de por medio el bien de la República”.

El descanso no estaba hecho para Ocampo. Otra vez tuvo que ir a la lucha, pero ésta iba a ser larga, terrible, decisiva. Fue la Guerra de Reforma, que estalló cuando Comonfort, apenas jurada la Constitución, se unió a los conservadores para desconocerla. Espíritu de dudas, enfermo mental de escrúpulos, no resistió el impacto de la gritería conservadora. Su fortaleza se le quebró lastimosamente y se sublevó contra sí mismo. Pero la Constitución mostró ser un instrumento más fuerte que la furia de los sediciosos. Ella misma dio la fórmula salvadora y Juárez la recogió, como un escudo. A él le tocaba la tarea sobrehumana de salvar a México del caos; abandonó la capital y emigró de ciudad en ciudad, con la estrella de Belén siempre al frente, con la Constitución siempre al brazo y con el espíritu del guerrero de Esparta: con ella o sobre ella.

Con Juárez iba Ocampo y con ellos iba el breve puñado de hombres que rescató el honor de aquellos días: Degollado, Prieto, Guzmán, Mata. Después se incorporaron otros, Lerdo de Tejada, González Ortega, Leandro Valle. Juntos fueron el símbolo de la Reforma, el grupo immaculado de los “puros”.

En el refugio de Veracruz libraron su gran combate. De allí salieron las leyes de Reforma, mandatos olvidados en la Constitución. Aquello acentuó la tempestad. La lucha se hizo cada vez más feroz. El país

estaba desgarrado, miserable, lleno de sufrimientos y de sangre, a punto mismo de sucumbir. Los reformadores lo resistieron todo y si en esa resistencia Juárez era el apoyo y era el símbolo, en la lucha ideológica Ocampo era el guía. Por eso sobre él se batieron los odios y los anatemas, los cargos de ser el hereje y el enemigo máximo.

Eso era un error. Si Ocampo luchaba contra el poder del clero extendido a la vida civil, no lo hacía como anticlerical. Era demasiado noble y demasiado filósofo para abanderar su vida con un "anti". El peleaba por un "pro", luchaba en favor del Estado, que no acababa de nacer. Quería crearlo, robustecerlo, arrancarlo de una tutela que le impedía ser libre y soberano. Se tachaba a Ocampo de jacobino. Era demasiado respetuoso de las ideas ajenas, demasiado apasionado por la libertad para querer aplastar las del adversario, privándolo de la soberanía de su conciencia. En las leyes de Reforma, dejó que Lerdo de Tejada, el radical, el intransigente, redactara la de desarmotización de los bienes del clero; él se reservó las otras, que fueron todas obra suya, las que aseguraban la separación de la Iglesia y del Estado, las que robustecían el poder civil, las que permitían al ciudadano nacer, vivir y morir sin ataduras a una iglesia determinada, sino en plena libertad de conciencia.

Ocampo era eso, un fanático de la libertad y de la dignidad del hombre, paladín de un Estado civil, libre de sujeciones religiosas y militares. De un lado decía: vive libre, pero limita tu poder a la esfera espiritual, y del otro: si eres soldado no olvides que también eres ciudadano.

Además de esas responsabilidades, Ocampo debió asumir otras, como Ministro de Relaciones. Tuvo que negociar con los Estados Unidos sus pretensiones de compra de Baja California y de ocupación de Tehuantepec. El Presidente Buchanan, imperioso y agresivo, proyectaba un protectorado en nuestros Estados del norte. México estaba desarmado, impotente y en plena guerra civil. Ocampo luchó sin más armas que su talento y su patriotismo. Salvó lo que pudo salvar, ni un metro de territorio fue vendido y la soberanía nacional fue respetada en Tehuantepec. Consistió en el libre tránsito del Istmo y, eventualmente, en su custodia por soldados norteamericanos; pero sin que éstos "pudiesen hacer morada o residencia ni ejercer soberanía sobre el territorio o sobre los habitantes".

El tratado fue un error. Si en teoría el decoro de

la nación y su soberanía quedaban a salvo, como estimaba Ocampo, en la realidad, el peligro hubiera sido inminente. Era ignorar el ansia de expansión de Norteamérica en aquellos días y olvidar su desprecio por nuestra debilidad.

Pero quien quiera juzgar a Ocampo, debe ponerse en la realidad de aquellos días, no en los nuestros. Días en que las negociaciones eran presión y las peticiones eran amenaza; en que México estaba disgregándose, mientras 200 000 hombres sangraban y desolaban el país; en que no teníamos armas, ni dinero, ni unidad ni autoridad; en que habíamos comprometido ya el Istmo por dos convenios anteriores, uno firmado por Arista, el liberal, y otro por Santa Anna, el conservador. Sí, es muy fácil ahora mostrarse implacable en la crítica; pero eso es olvidar que el país, hace un siglo, estaba apenas en gestación; que el mexicano no tenía aún la conciencia clara de su valor ni de su destino y que, en cambio, los extranjeros la tenían muy honda de su superioridad. Que baste con recordar escenas como la de un Encargado de Negocios, Mathews, proponiendo a Juárez que renunciara la Presidencia y dejara a las potencias extranjeras nombrar el nuevo Gobierno de México.

Si el tratado fue un error, Ocampo podría repetir lo que dijo en defensa de Arista: "¿Sabéis quién no yerra nunca? El que nada hace".

Terminó la epopeya con el triunfo de los reformadores. Ocampo volvió a la paz de su hacienda, sin saber que lo acechaba el crimen. Iba a cobrarle en sangre lo que él había dado en sudor y en sufrimiento por el país. Murió como un justo, sin un reproche, sin un temblor, presto al holocausto. "Muero creyendo que he hecho por el servicio del país cuanto he creído en conciencia que era bueno." Las balas rubricaron ese párrafo de despedida, digno de Sócrates.

Cerró así su vida este hombre superior. Los liberales lo hicieron su ídolo y los conservadores tejieron sobre su nombre la leyenda negra. Sobre su tumba, por muchos años, aulló la intolerancia. ¡Él, que había sido la bondad y la tolerancia mismas! ¡Él, que había escrito: "Amaos los unos a los otros y llegaréis más brevemente que con todas las disputas y pretensiones de mayor ciencia y de mayor virtud, a la fusión de toda la humanidad en una familia, de todas las disensiones en una creencia, de todas las leyes en una moral, de todas las rivalidades en una fraternidad...!"



*Pío del Río Hortega*

IGNACIO  
GONZALEZ GUZMAN

## Pío del Río Hortega

**C**UANDO la tragedia española lanzó fuera de su país a lo más distinguido de la intelectualidad española, tuve el placer de conocer a uno de sus más altos exponentes, Pío del Río Hortega.

Precedido de un brillante historial, nosotros los mexicanos, llegamos a pensar que don Pío era uno de esos sabios con una gran aureola, llenos de una seriedad que los hace frecuentemente intangibles, a quienes desean obtener de ellos no sólo la enseñanza científica sino también un poco de enseñanza humanística.

Don Pío, entregado en cuerpo y alma a sus brillantes investigaciones, no era uno de esos sabios, sino que era una persona sencilla, amable y comunicativa, siempre dispuesto no sólo a enseñar los primores de sus técnicas argénticas, sino también a escuchar nuestras inquietudes y nuestras esperanzas en el campo de la investigación científica.

El me enseñó muchos de los secretos para eviden-

ciar en la intimidad de las estructuras tisulares o en la finura de los organitos de las células muchas delicadezas técnicas que yo después apliqué con mínimas variaciones al estudio del aparato nucleolar. Estos procederes me fueron posteriormente de una inmensa utilidad.

Pero al mismo tiempo siempre escuchó con interés y con afecto mis inquietudes y siempre recibí de él aliento y muy valiosos consejos.

Años después de su muerte he recordado muchas veces a mi querido amigo y maestro don Pío, siempre dentro de la persona inmaculada y honesta que servía de ejemplo para muchos de sus gratuitos detractores.

Aprovecho esta oportunidad para dejar en esta página de "Residencia" unas palabras de admiración para el sabio que supo enseñarme tanto, y para la fina calidad humana de Pío del Río Hortega que fue para mí ejemplo de comprensión, de afecto y de esperanza.

**L**A RIADA trágica de 1936 anegó y dejó inútil la Residencia de Estudiantes de Alberto Jiménez; y lo que luego vino, hizo cuanto pudo por borrar el recuerdo de aquella obra, símbolo de la libertad sólo limitada por justas leyes. Mas a pesar de todo, el espíritu de la Residencia ha permanecido vivo entre muchos que, en España y fuera de ella, le deben la idea y el sentimiento de que las trabas impuestas a la inteligencia, sea cual fuere su color, son funestas para quienes las sufren. El esfuerzo en pro de la mesura y amplitud de la mente, llevado a cabo, sin descanso ni pesadumbre, por Alberto Jiménez durante veinte y seis largos años, es hoy conmemorado por muchos con ocasión del cincuentenario de la Residencia. Aunque sin tiempo y muy abrumado de tareas, es grato deber acudir a la llamada con estas breves razones.

A fines del siglo XIX preguntaba don Francisco Giner a don Manuel Ruiz Zorrilla, en trance de sublevarse y de echarlo todo a rodar, que cómo pensaba proceder si su causa triunfaba: "Pues ya veremos; depende de cómo sean las circunstancias". Sostienen hoy algunos que Giner formó buenos hombres, pero "malos ciudadanos", ilusos habitantes de cualquier luna. Callan, sin embargo, esos críticos, con heroico silencio, qué pensaban o piensan hacer con los españoles; con qué medios, de cabeza y de manos, cuentan para reconstruir la vida española, siempre tan maltrecha; o para manejar el pueblo español, el más complejo y engarabitado de Europa. Ni ocurre, tampoco, pararse a meditar sobre el absurdo de luchar simultáneamente para hacer triunfar sistemas políticos, cada uno de ellos incompatible con sus rivales. En casos así la única posible solución —una atroz solución—, es importar un sistema político, extraño y odioso, e imponerlo a la gente como una camisa de fuerza.

La ruina de la Residencia me recuerda la de otras instituciones y movimientos culturales fenecidos en España casi en el mismo momento de iniciar su vuelo histórico. Abundaron, en cambio, y se hicieron tradicionales, modos de expresión artística no fundados en planes previos y principios racionales. Ejemplo máximo de lo primero sería el *Romancero*, nacido en el siglo XIV de Castilla, y cuyas caden-

cias y melodías aún continúan acunando niños o encantando a los mayores, en escondidos rincones de la tierra leonesa, en las comunidades sefardíes de la Isla de Rodas o de Xauen y en tanto otro sitio.

No arraigaron, en cambio, instituciones de tipo minoritario que, para subsistir, exigían contrariar inclinaciones inveteradas, espirituales o intelectuales; o simplemente, constancia y rigor técnicos. Las tareas no conformistas, acabó por llevárselas pateta, sea por la ruda y hostil resistencia de quienes prefieren seguir balando gregariamente; sea por escasez de vitalidad inteligente en los llamados a proseguir la obra de los fundadores. No tenemos, por desgracia, ejemplos como el del "Collège de France", fundado por Francisco I († 1547) a fin de cultivar la ciencia al margen de la rígida y ritualizada Universidad. Los maestros de aquel "Collège", todavía vivo, gozaban de amplia libertad para organizar sus enseñanzas: no conferían grados ni examinaban. En Inglaterra ha funcionado activamente, desde hace siglos, la Bodleian Library de Oxford, restaurada en 1600 por Sir Thomas Bodley. La Smithsonian Institution, iniciada en Wáshington por James Smithson, funciona sin obstáculos desde 1846.

Huelga añadir más ejemplos, o mencionar los movimientos disidentes, religiosos o políticos, que para bien o para mal (según los gustos de cada quien) han perdurado, y en fin de cuentas enriquecido la civilización moderna con su variedad y problematismo. Para hacerse historiable, la vida historiable necesita pausas y frenos, tanto como saltos audaces y carrera sostenida.

Creaciones como las antes citadas fueron en España presentes fugaces sin ningún futuro. Recuérdese el movimiento de libre cristiandad erasmista en el siglo XVI, sofocado tanto por sus enemigos como por los mismos erasmistas. El entusiasmo y convicción de éstos fueron más lumbre de paja que fuego de leña. En plano muy distinto, recuérdese la obra admirable del *Diccionario* de la Real Academia Española, en el primer tercio del siglo XVIII, sin análogo entonces fuera de España, y reducido enseguida a un escuálido volumen, sin los ejemplos lingüísticos que tanto ayudaban a usar debidamente las palabras. La incuria y la incompetencia siguieron inspirando el *Diccionario* hasta hace muy poco; y ojalá se hagan efectivos los buenos propósitos de mejorarlo. Otro

caso significativo fue la estupenda Biblioteca Escorialense, formada por esclarecidos consejeros de Felipe II, a instancias del monarca. La Biblioteca se volvió desde luego panteón de libros y manuscritos preciosos, griegos, latinos y orientales. Nadie los usó por miedo a ser tildado de judío, según demuestran en publicaciones más recientes. Los extranjeros catalogaron a fines del siglo XIX los manuscritos griegos, y sólo modernamente algunos españoles eminentes comenzaron a servirse de lo allí sepultado. No olvidemos tampoco el Instituto establecido en Gijón por don Gaspar Melchor de Jovellanos con miras a renovar la técnica y la minería de los asturianos, y cuya más visible consecuencia fue el encierro de aquel insigne humanista y patriota en el Castillo de Bellver. Todavía hoy no dejan publicar sin expurgo los admirables *Diarios* de Jovellanos.

En nuestros días ha desaparecido la Institución Libre de Enseñanza, la creación de don Francisco Giner de los Ríos, por no enseñarse en ella el catolicismo (Los Soviets tampoco han dejado en pie escuelas en donde no se enseñen los dogmas comunistas, los de su religión). La fundación de Giner se inspiró en ideas jovellanistas, incluso en su nombre. Don Gaspar soñó en crear una Institución de Enseñanza Libre, sin enlace con la Universidad, por ser difícil, juzgaba él, modificar la rutina universitaria, tan antigua como "venerable". Jovellanos pretendió sacudir el marasmo hispánico, y también don Francisco. Nos falta, con todo, un estudio de las analogías y considerables diferencias entre las ideas jovellanistas y las ginerianas, intelectualistas las del primero, mientras las del otro vibraban de resonancias románticas. Giner aspiró a armonizar la conducta y el saber, el arte y la ciencia, la tradición popular y la más reflexiva cultura, una tarea muy necesitada de mentes y sensibilidades exquisitas. Para llegar a lo mejor de España, Giner procuró alejarse de lo peor de ella: la presunción altanera, la creencia paralítica, la rusticidad roma de cabeza y cualquier cerrado dogmatismo.

Sobre tal fondo planeó Alberto Jiménez la construcción de su Residencia de Estudiantes, que debiera estar viva si España no fuera el país, o el pueblo desventurado que es. Merecía estar viva, infundiendo savia nueva en las estructuras docentes de España, y siendo objeto de críticas constructivas, no de endechas fúnebres como ésta que pongo en el papel. Fue sacrificada en nombre de una España llamada irrisoriamente imperial, que es muy de temer si gando dando tumbos entre violencias dictatoriales de diverso color, y sometimientos, hoy a este país fuerte y mañana al otro. Lentamente, con paso vacilante, habían empezado los españoles del siglo XX a salir un poco de su miseria cultural. Las nuevas chispas comenzaban a brillar en diversos lugares, entre otros, en aquellos laboratorios de la Residencia

en donde Pío del Río Hortega —ya casi un premio Nóbel—, iniciaba en la ciencia biológica al premio Nóbel de hoy, Severo Ochoa. Se abría camino la idea, después de Cajal el histólogo, y Menéndez Pidal el lingüista, de que, después de todo, los hombres de España eran tan aptos para la ciencia como cualesquiera otros, si se les situaba a tiempo en atmósfera y condiciones adecuadas. He ahí la gran reforma iniciada en el campo propiamente pedagógico por Alberto Jiménez. Aquel joven de 1910, suave de aspecto y acerado de alma, se lanzó a ampliar nacional e internacionalmente el medio en que el estudiante madrileño se movía, un medio de "asignaturas" que había que aprobar, de bohemia barata y desorientación humana. Alberto hizo sentir a las clases directoras del país, tanto como a los mal dirigidos por aquéllas, que la juventud era la clave del futuro, y que era urgente trazarle horizontes y henchirla de posibilidades. Alberto logró que Bergson (en un momento en que la "sociedad" germanófila de Madrid cerraba sus puertas al gran filósofo) hablara a sus muchachos. Luego vinieron Einstein y muchísimos más, los más altos nombres de la civilización de Occidente. Sin aparentarlo, la Residencia laboraba calladamente para que el rencor y la ignorancia no fueran los lazos que ligaran los extremos de la sociedad española, siempre irreconciliables. A la Residencia vinieron el Rey y algunos de sus excepcionales aristócratas (no la plebe de ellos); pero también Julián Besteiro, el socialista, y Manuel de Falla, cuando apenas se sabía quién fuese, con su aire humilde y tímido, y ya desbordante de genialidad. Y allá armaba tertulias con los jóvenes Unamuno el iconoclasta; y Alberto Jiménez hacía que la Residencia editara en 1916 sus *Ensayos*, hasta entonces dispersos.

España no podía desperdiciar nada de su pasado ni de su presente con virtud edificante, constructiva. Mas el pasado tenía que ser liberado de su absurda y "oriental" (esto lo digo yo hoy) intolerancia, porque la intolerancia religiosa de los españoles no es cristiana, ni católica, sino islámica y judaica, pues son musulmanes y judíos quienes siguen hoy con sus Estados unidos a su creencia religiosa, según se ve en Marruecos y en Israel. La intolerancia española no es católica, porque el Papa recibió en 1492 muchos judíos expulsados de España; y las prensas del Vaticano publican hoy obras de judíos (como las de mi eminente amigo Cyrus Gordon sobre el ugarítico); y en una Enciclopedia Católica —no española—, se dice que Lutero fue un gran espíritu religioso. Es, por consiguiente, una insensatez que siempre acarreó y acarreará desastres, la pretensión de que necesariamente coincida el hecho de ser español con la circunstancia de ser católico. En la Residencia había católicos y no católicos, y nunca toleró Alberto

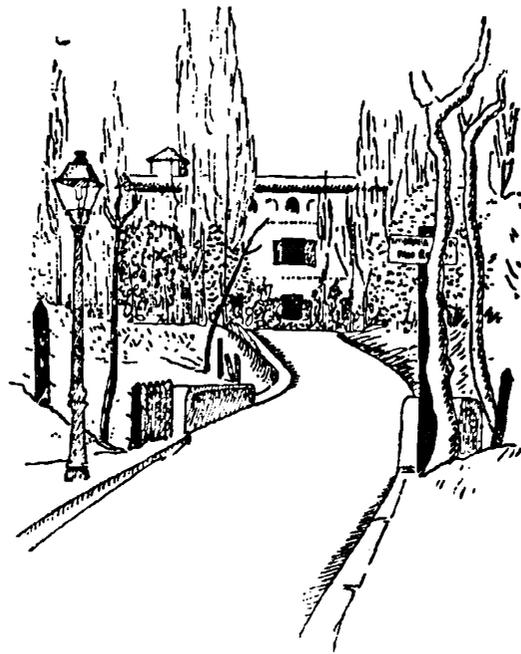
Jiménez que se hablara de ello. Pero no había capilla, y esto atrajo furias, porque en España, por lo visto, no bastaba con ser digna y plenamente humano, en alguna de sus innumerables variedades.

El mejor homenaje que hoy puede rendirse a la obra de Alberto Jiménez es analizar y hacer ver, con todas sus consecuencias, el motivo de que obras como la suya, siempre existieran en España al borde de un abismo. Sólo penetrando en la última y más profunda razón de tal absurdo, podrá ser conjurado en el futuro un mal tan funesto. La Residencia se abría humanamente a todos los horizontes, no hacía depender la vida propia de que "el otro" la perdiera, ni de que la creencia propia exigiese aniquilar la del vecino,<sup>1</sup> ni enseñó que la ciencia hubiese de ser esclava de ningún dogma. La libertad, repito, no debe tener más límite que el de las leyes inspiradas

en justos principios. La sangre vertida no se lava con nueva sangre, ni la cerrazón de mente se combate con bestialidad. La Residencia de Alberto Jiménez, como otra "cathédrale engloutie", hace oír en oscuros silencios la voz *pro Hispania* de su liturgia esperanzada y humana.

*Universidad de California,  
Los Angeles, septiembre, 1960.*

<sup>1</sup> Mi convicción de ser poco cristiana. La intolerante cerrazón religiosa se confirma al leer el libro de los dominicos franceses, los PP. Lebret y Suavet, *Rajeunir l'examen de conscience*, que hace dos años iba por la quincuagésima edición. Se dice ahí que los españoles creen estar en la cristiandad, "en chrétienté", "quand ils en sont loin". Esta popularísima obra, en la cual hay muchas punzantes observaciones acerca de los franceses, se publica con todas las imaginables licencias eclesiásticas. No es propaganda "roja".



## Homenaje



Sin palabras, ni gesto, el pensamiento  
se agrandaba: era flor que nos abría...

El gran álamo, el único —¿el maestro  
anterior?—, siempre fiel y junto al agua,  
presidía, observaba, era equilibrio  
en cada instante necesario. Allí,  
sobre el canal y casi al pie del puente,  
hacia el lado interior —cerca del alma—  
juzgó y juzga.

Una vez, el pensamiento,  
respiración y luz abrió a un muchacho  
oscuro y, por su cuerpo perseguido,  
siendo sol: ¡entró en él a iluminarlo!  
Su sangre oculta —propia— sintió ajena...  
Y, un día, cruzó el puente.

“¡Adiós!” —el álamo  
le dijo, desde adentro, al pasar—: “¡Mírame!”...  
Miró el muchacho y vio moverse al agua.  
“¡Adiós!”, dijo el reflejo al pie del árbol,  
en vértice y central, fusión de un mundo  
que no olvida...

(¡Fuí, yo!)

—Pero ¿el maestro?...

—El anterior. El fiel.

¡Aún vive el álamo!

México, 1961

## Don Antonio Machado, la Residencia y los Quinientos

**H**AY EN nuestro inmediato pasado unas cuantas figuras decisivas para la moderna historia de la inteligencia española —y para su futuro—, cuyo legado máximo ha consistido más en hombres que en libros. Han sido éstos unos pocos espíritus selectos, capaces de entender la labor de la inteligencia con una plenitud de sentido casi inédita en nuestras latitudes. Artífices de una nueva conciencia del problema español, supieron adelantar paso a paso su obra con una sencillez y humildad —o acaso con una suprema visión de lo radicalmente operante— que les hizo sacrificar la solemnidad un poco inerte de la letra a la virtud contaminadora de la palabra viva. De ellos hemos recibido en primer término y sobre todo un depósito humano, viviente.

No hace todavía dos años, y a los veinte de haber muerto don Antonio Machado, coincidimos en el pequeño cementerio de Collioure un grupo de gentes diversas por su procedencia o por su edad. ¿Qué nos llevaba allí y por qué aquel lugar en tierra ajena tenía tan honda calidad de patria? No era sólo la memoria de un poeta lo que nos convocaba, sino su valor total como símbolo de un conjunto de virtudes que él encarnó y cuya continuidad nos parecía, nos parece, como escritores y como hombres, indispensable.

Quizá entre el grupo de los más jóvenes, en el bloque relativamente numeroso de los que allí representábamos a las últimas generaciones españolas, el símbolo Machado vibrase sobre todo en su dimensión de futuro, como algo casi exclusivamente creado por la proyección de nuestra fe o de nuestra esperanza. Pero fue Machado hijo de otra fe y de otra esperanza anteriores a las nuestras, y la virtud temporal, histórica, del símbolo Machado es precisamente religarnos a ellas.

Alguien habló, en francés primero, ante la piedra sepulcral para presentar el homenaje del pueblo de Collioure y el de los escritores de Francia. Soplaban un viento delgado y tenso que cortaba las frases o las arrebatava de una a otra parte del apiñado auditorio. Llegaron después, a rachas, fragmentos del *Autorretrato*, que uno de los presentes leía, emocionantes en su desnuda sencillez. Finalmente, el último de los oradores habló con brevedad de la estirpe intelectual y moral de Machado: compuso contra el viento duro los nombres de don Francisco Giner y de don Ma-

nuel Cossío. Justa era, en efecto, esa memoria. Nos habíamos reunido allí sobre todo, y fuese cual fuese nuestra conciencia del acto, para rendir homenaje a un poeta, a un intelectual, a un hombre capaz de un tipo de virtudes que ellos habían hecho posibles en la vida española.

De la armonía totalizadora con que Giner y Cossío supieron enfocar las posibilidades de la inteligencia, de su amor por unas pocas pero decisivas virtudes de la persona, la sencillez, la claridad, la verdad, la dignidad y un supremo vuelo libre del pensamiento, nace entero el temple moral de Machado, su luminosa profundidad, su ironía, su antidogmatismo y aquella nativa —pero no casual, no distraída o cenicienta— bondad consciente:

*soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.*

Cuanto había de Giner en el ánimo de Machado late con encendido tono menor en esa mezcla de apunte elegíaco y exhortación a la esperanza escrito sobre la muerte del maestro. Es el propio Giner quien habla allí con palabras del poeta, a las que éste había de ser fiel:

*Sed buenos y no más, sed lo que he sido entre vosotros.*  
[alma.]

No es casualidad que lo más verdadero y puro del espíritu que Giner intentó insuflar en el hombre español tuviese viva encarnación en Machado. No puede ser casualidad cuando se piensa que a la obra de Giner y a la de sus continuadores iba a ir asociado lo más importante de la poesía española de este medio siglo. La labor de estos hombres parece haber resonado con especial intensidad en la conciencia poética contemporánea.

Tal fue en grado extremo el caso de la Residencia de Estudiantes, experiencia capital en la historia de nuestra universidad moderna, de cuya fundación se cumplen ahora cincuenta años. A la Residencia de Estudiantes, a la Colina de los Chopos, en los altos madrileños del viejo Hipódromo, iba a quedar definitivamente vinculado el nombre de Juan Ramón Jiménez. Allí vivió Juan Ramón hasta su matrimonio; fue él quien dio nombre a la colina y quien plantó el marco de boj escurialense y escogió

la decoración floral del que había de llamarse Patio de las Adelfas. En ese patio conoció Alberti a Federico García Lorca, recuerdo que el primero ha incorporado ahora, junto con otros de la Residencia, en ese libro de memorias cálido y acogedor que es *La arboleda perdida*. Ve Alberti allí a Federico en el primer gran impulso juvenil de las canciones y romances, unido en el entusiasmo y la amistad a otros jóvenes artistas, como Buñuel y Dalí, igualmente acogidos en la Residencia. En el mismo libro se evoca la figura de otro gran residente, José Moreno Villa, cuya obra poética (sobre todo en su desarrollo último) tiene a ojos de Alberti bastante más valor del que podría sospecharse ante el obstinado silencio de la crítica peninsular. Fue Moreno Villa uno de los más íntimos y constantes colaboradores de aquella casa, de la cual ha dejado animadas e inolvidables imágenes en su *Vida en claro*. En ella hiló también sus primeros versos Emilio Prados, y a ella llegó, bravío y adolescente —como él mismo se ha descrito— otro poeta de incorporación mucho más tardía a las letras españolas, Gabriel Celaya.

Fueron, además, familiares en aquel recinto las siluetas mayores de don Miguel de Unamuno y don Antonio Machado. Moreno Villa recuerda, emocionado y agradecido, la sencillez con que el último acudió a su habitación de la Residencia para escuchar los versos del malagueño. “El era una gran figura —escribe éste, con paralela sencillez— y yo no pasaba de un principiante.” No ha de olvidarse que una de las más finas precisiones de Machado sobre la moderna evolución de la poesía, el texto *Reflexiones sobre la lírica*, surgió como comentario al libro *Colección* (1924), de José Moreno Villa. Conviene también recordar, si se quiere hacer justicia a quienes desde lejos comenzaron a preparar la plena estimación actual de la obra machadiana, que fue en las ediciones de la Residencia de Estudiantes donde apareció la primera colección de *Poesías completas* (1917), de don Antonio.

A los nombres que hemos citado cabe añadir los de Salinas y Guillén y los de los extranjeros que desfilaron por la activa cátedra de la Residencia, como Valery, Claudel, Aragón, Max Jacob, Teixeira de Pascoaes, Marinetti, etc. Fueron, pues, los poetas beneficiarios y testigos de excepción de una rica aventura espiritual, cuyo sentido estamos lejos de haber agotado y cuya necesidad profunda puede sentirse hoy con la misma viveza y urgencia que en el momento de su iniciación.

En efecto, todo lo que la inteligencia española necesitaba de cobijo, de abrigo, de convivencia fecunda, de propagación y enlace con las generaciones jóvenes, así como la posibilidad de extraer de éstas una minoría operante y viva, fue raíz de ser, cimiento y esperanza de la Residencia de Estudiantes. Nació la Residencia sobre supuestos espirituales y de ac-

ción práctica directamente inspirados en la labor educadora de Giner y de Cossío, pero su particular perfil, su desarrollo, su existencia en suma, son creación original que lleva el personalísimo sello de otro hombre, don Alberto Jiménez Fraud. He utilizado la palabra creación porque la Residencia no es sólo fruto de una cabeza organizadora, directora, administradora, sino sobre todo de un espíritu creador, y su crecimiento y supervivencia han de verse como un proceso de creación continuamente rectificado, profundizado, insistido. Porque no fue tanto la Residencia fábrica material de organización correcta como engranaje espiritual, espíritu particularmente habitable. No creo por esa razón que la vida de la Residencia se extinguiese con los veintisiete años de existencia espacial. Tengo la certeza de que en su retiro de Oxford, donde tantas horas he podido conversar con él y donde el cauce amable, perfecto, de esa conversación tanto me ha ayudado a acercarme a mí mismo, don Alberto Jiménez ha seguido depurando su obra, perfeccionándola, allegando a ella nuevas posibilidades.

Habla Moreno Villa en algún lugar de cómo a los participantes directos de la obra de la Residencia había que añadir al extenso número de simpatizantes activos, a los que él llamaba *los Quinientos*. Pienso ahora en la modesta casa de Wellington Place, donde habita don Alberto Jiménez, en el corazón de la vieja ciudad universitaria inglesa. Allí llegan cartas de los residentes diseminados por todas las partes del mundo, pero por allí desfila también año tras año una gran cantidad de gentes jóvenes de España, que reciben siempre una palabra de aliento o de verdad, un consejo, una ayuda. Son ellos, es decir, nosotros, los llamados ahora a engrosar el número abierto de *los Quinientos*, a simpatizar activamente con lo mejor de nuestro propio pasado.

Creo, al hablar así, que la Residencia sobrevive como tarea propuesta a los grupos más jóvenes no sólo por la peculiar elasticidad de su espíritu o por la fecundidad de la semilla sembrada, sino, sobre todo, por la radical actualidad de su planteamiento. Sean cuales fueren los modelos propios o ajenos, directos o indirectos en que estuvo inspirada, esa institución nace el año 1910 en un país como el nuestro, cuya situación podría considerarse desde tantos puntos de vista marginal con respecto a la evolución europea moderna, como planteamiento original y de una actualidad extremada del problema de la educación. Responde ese planteamiento a necesidades que quizá empezaban a acusarse en aquellos años, pero cuya gravedad ha aumentado de modo alarmante, trágico en algunos aspectos, en el medio siglo transcurrido desde entonces.

La Residencia vio, en efecto, con enorme lucidez el peligro de que, como consecuencia del fraccionamiento de saberes, las distintas disciplinas girasen

en órbitas insulares, incomunicadas, destruyendo así toda posibilidad de visión unitaria o mínimamente compartida de la operación de la inteligencia. A la conciencia de ese problema respondió toda su acción práctica en la esfera educativa. Por eso, al lado de los estudios humanísticos y en estrecha convivencia con éstos, abrió paso y dio impulso vivísimo a los estudios científicos, pero cuidando siempre de mantener, sobre todo, la posibilidad de un lenguaje común y de promover un espíritu en el que, sin desmedro de la profundidad de los distintos saberes, el ejercicio de la inteligencia no perdiese su función unitaria y totalizadora.

Los hechos han demostrado hasta qué punto esta institución española se adelantaba así a una de las crisis más agudas de nuestro tiempo. Apenas podemos hacer aquí otra cosa que tocar de pasada el problema. Quisiera recordar, sin embargo, por vía de muestra, que en fecha todavía próxima la cuestión se planteó crudamente con respecto a las consecuencias esterilizadoras de la especialización en la educación, en polémica abierta por C. P. Snow con ocasión de pronunciar en Cambridge la *Rede Lecture* 1959. Al ruedo de la polémica acudieron pensadores o investigadores tan destacados como Bertrand Russell o Sir John Cockcroft. El punto de partida del citado escritor inglés es justamente la incomunica-

ción y falta absoluta de contacto creador entre la cultura tradicional de base literaria o humanística y la cultura científica. El fenómeno, que caracteriza, según él, la configuración de la moderna sociedad industrial, es gravísimo en Inglaterra y constituye el problema central que tratan de resolver en estos momentos los sistemas educativos de los Estados Unidos y de Rusia. Por supuesto, el tema ha sido planteado hace tiempo por los pensadores de órbita marxista, como crítica de las consecuencias últimas de la división social del trabajo en las estructuras capitalistas.

Quizá esa breve referencia dé idea del orden de problemas en que la Residencia insertó su acción práctica y de la rigurosa actualidad de su espíritu. Es hoy más urgente que nunca encontrar ese lenguaje común que facilite los contactos creadores y la integración total de la inteligencia en una aventura humana superior. Y probablemente ahí, en su último y más hondo sustrato, la labor del educador y la del poeta vienen a fundirse. La historia de la Residencia de Estudiantes parece dar fe de ello. Porque tampoco tiene la poesía grandes posibilidades de sobrevivir sin ese suelo común de creencias y supuestos morales compartidos que permiten al hombre —y fueron los que empleó términos familiares en aquella casa— el supremo ejercicio de la amistad y del diálogo.



## A Alberto Jiménez Fraud

Veníamos informes, feroces, de provincias,  
con un vacío dentro, con un hambre de iberos,  
muchachos educados en colegios de lujo,  
predispuestos a ser sólo pólvora y humo,  
estrépito en vacío y escéptica protesta.  
Eramos algo triste. Más también algo puro.

Llegábamos de antiguos fracasos y cansancios,  
gritos que no encajaban y una España impensable  
que a veces locamente llorábamos a solas  
tratando de arrancarla como sea adelante.  
Mas nadie en Tierra-Muerta comprendía ese anhelo  
y todo, contra el muro se volvía alarmante.

Llegábamos así, anárquicos, burlones,  
traídos y llevados mil veces, ya dudando  
de todo, de nosotros, del mundo cada día  
por el agua bañado, por el sol renovado.  
Cualquier risa era engaño. Cualquier idea, boba.  
Habíamos quemado nuestros dieciséis años.

¡Recuerdo! Yo venía, calle Pinar arriba,  
hacia la Residencia de Estudiantes, llevando  
un baúl, dos raquetas, un gramófono Deca  
y apenas estrenados mis pantalones largos.  
Yo era dios, y miraba displicente hacia fuera.  
Nada me sorprendía. ¿Cómo a mí, desalmado?

¡Cuántas veces allí señorito rebelde,  
intenté suficiencias, procuré dar estado  
a una estúpida furia y a un afán sin objeto!  
Mas era inútil. Nada gritaba yo gritando.  
Nadie me levantaba paredes, ni oponía  
a cuanto yo pedía coerciones o engaños.

Nadie me restringía. Nadie me atropellaba.  
Todo era en torno un orden tranquilo funcionando.  
Y allí Del Río Hortega, y allí García Lorca  
como locos, mas siempre fijos en su trabajo.  
Miré en torno y entonces sentí la gran vergüenza  
de ser un pobre diablo que hace gestos en vano.

No sé quién me ha enseñado. No sé cómo dictaba  
a aquellos que llegaron sólo un poco más tarde,  
con baúl y raquetas, gramófono y dandysmo,  
esto que nos hacía limpios y responsables.  
Se bebía en el aire. Se sentía en los otros.  
Era en mi Residencia como un mundo más grande.

¡Más grande! Y, sin embargo, sin gestos ni aspa-  
[vientos,  
como aquella sonrisa buida que flotaba  
en ti, Moreno Villa; como en Llorca, menudo,  
humilde y laborioso, con su corbata blanca;  
o en Ricardo Orueta con su amor: La belleza  
visible en el atleta de la última Olimpiada.

Había todo esto, y antes, la Prehistoria:  
Pepín Bello, Dalí, Lorca, Buñuel y Prados:  
Unos bellos excesos y una limpia locura  
que tras la primavera dió el fruto de un trabajo  
cumplido sin pensarlo, vivido en la alegría  
que así, contra el vacío, disparó un amor vasto.

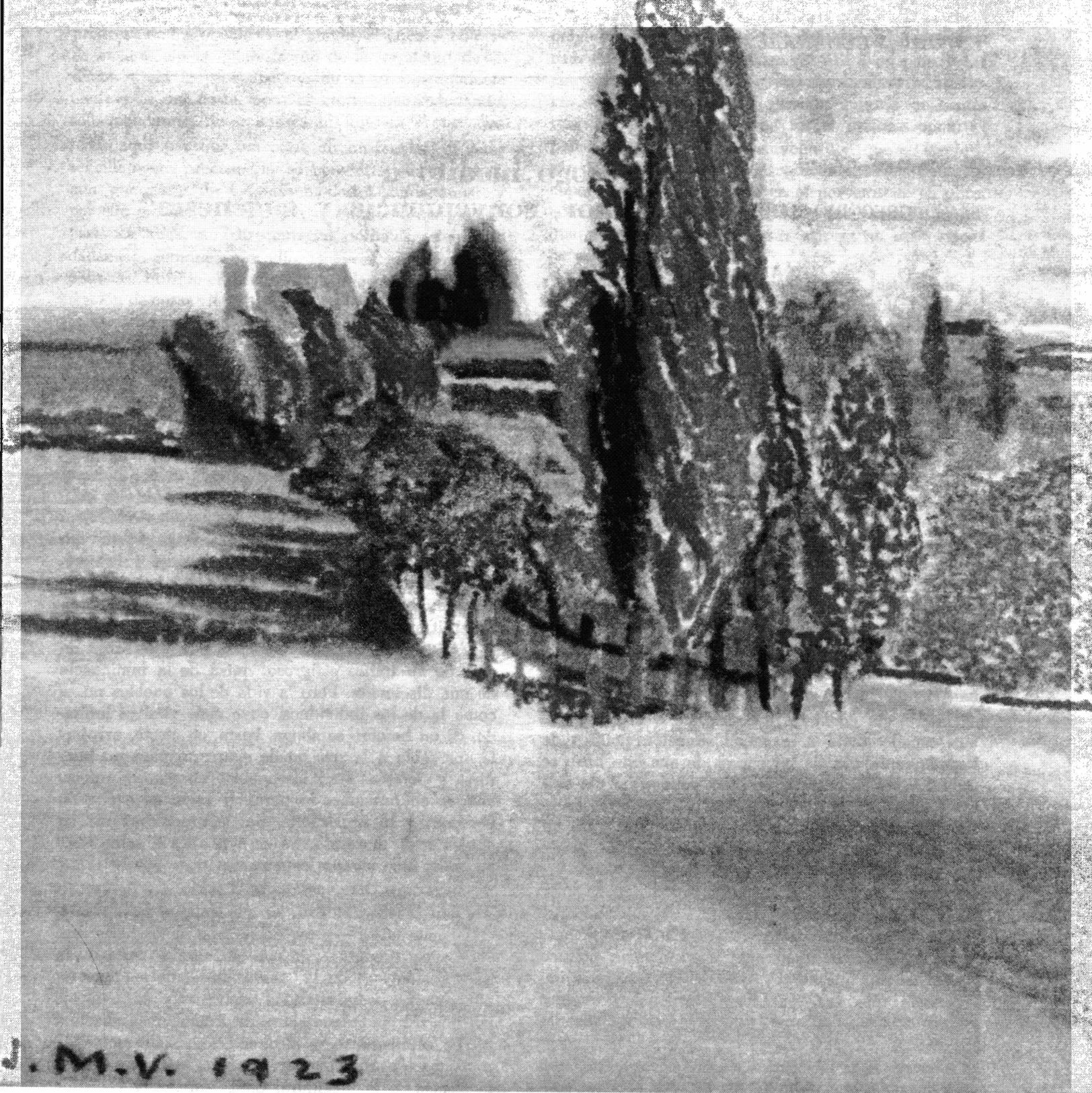
Hoy todo esto parece casi mitología.  
Mas no es sólo un recuerdo, mi siempre España en  
[alto,  
distinta de la pobre que aún estamos sufriendo.  
Porque eras tú, la indemne, posible, que he besado  
y seguiré besando, pese a todo creyendo.  
Colina de los Chopos, ¿hasta cuándo, hasta cuándo?

Mi Tercer Pabellón, mi celda limpia y clara  
abierta a un cielo grande de gloria suspendida.  
Los chopos caballeros montando su alta guardia  
de viejo señorío, y oro, y melancolía.  
Y en frente, el Guadarrama; y en loco, aquí, riendo,  
nosotros, tan seguros de una España a más vida.

Recuerdo a don Alberto Jiménez Fraud, tranquilo,  
gobernándolo todo como quien no hace nada.  
Recuerdo a don Miguel, y a Juan Ramón, y a Ortega,  
y el susto que me daban si de pronto me hablaban,  
y el interés humano que yo, estudiante equis,  
en ellos despertaba, conmigo levantaban.

Sin sentir, nos armaron hombres y aquí seguimos  
como nos enseñaron, durando contra todo,  
llorando, mas también mordiéndonos los puños,  
mordiéndolo mucha muerte mas clavando los codos,  
trabajando, mostrando que somos los de siempre,  
y hablando por España como un oculto coro.

¡Mi vieja Residencia! ¡Mi España siempre activa!  
¡Mi verdad golpeante que no es sólo un recuerdo  
nostálgico, adornado de glorias arrastradas,  
sino algo siempre claro como espejo y ejemplo!  
Porque si fuimos fruto de un árbol bien plantado,  
también somos semilla de un nuevo crecimiento.



J. M. V. 1923

GREGORIO MARAÑÓN

## Prólogo inédito a "Amor, conveniencia y eugenesia"

A Don Manuel B. Cossío

**E**STE LIBRO, tan pequeño, que me permito dedicarle, es una serie de temas ensartados, como las cuentas de un rosario, por una palabra: preocupación. Preocupación de nuestro tiempo y, por lo tanto, de mi patria; y quién sabe si también, y a mi pesar, preocupación de mí mismo.

Ya sé que el preocuparse por estas cosas esenciales es un deber que se cumple en las repúblicas bien ordenadas y por los ciudadanos conscientes, de un modo tan natural como el respirar o el mismo vivir. Pero cuando los tiempos son de crisis y se vive en un país notoriamente colocado en el vértice del remolino, ese deber sencillo, adquiere dignidad de excepción; y su expresión pública se convierte casi en una virtud.

Quiero, sin embargo, apresurarme a declarar que aun cuando aludo a la actual situación política de España como una de las causas de que este libro se publique, no se trata de un libro político; ni de esos otros, ahora frecuentes, en los que, so capa de asuntos diversos, se zahiere a nuestra dictadura. Para mí todas las dictaduras son calamidades que se abaten sobre los pueblos; tal vez como las plagas de Dios, cuando los pueblos han hecho todo lo posible para merecerlas; y jamás he empleado medias palabras ni frases de doble sentido para declararlo. Pero al lado de la reacción personal ante un fenómeno político —que en mí, que no soy político, no tiene más importancia que ésa, puramente personal— estamos obligados a estudiar, los que vivimos en la calle, las reacciones generales de los pueblos sometidos, como el nuestro, a las influencias de esta sañuda epidemia que invade a una parte de los Estados actuales, singularmente a los europeos.

Y de las dictaduras nos aterra, antes que todo, antes que la posible —y tan posible— agresión de su fuerza desatada, la muerte que perpetra en el espíritu ciudadano de las gentes. El preocuparse por las cosas que afectan a la conducta general, es un lujo que los pueblos adquieren sólo a fuerza de estar civilizados. Hasta llegar a ese nivel superior de la cul-

tura colectiva, el individuo no sabe superar con una mirada filantrópica, sus propias y egoístas preocupaciones. Por eso los pueblos semi-cultos sienten una propensión invencible a aceptar esta renuncia de sus preocupaciones generales en el mando único, que asume toda la responsabilidad nacional. Sólo las muchedumbres muy dotadas de conciencia civil saben mantenerse inmunes ante el morbo dictatorial. De no ser así, se abandonan a él con la laxitud y la complacencia con que las mujeres muy próximas todavía a la servidumbre de su sexo; se abandonan a la fuerza arbitraria del jaque... Es cierto, que a veces —se dice— un régimen de fuerza puede salvar a un país de un trance peligroso, quizá de la inminencia de una disolución. Pero la vida de los pueblos no es como la de los individuos, cuyo ciclo vital es limitado. Si un hombre se ahoga, basta, en efecto, arrojarle una tabla a la que puede agarrarse para no hundirse y perecer. Pero los pueblos no mueren nunca, aunque en ocasiones lo parezca; están en evolución perenne; y lo importante, por apurada que sea su situación de momento, no es ayudarles a salir hasta la orilla, sino enseñarles a nadar.

Ahora bien, lo grave de estos regímenes de autoridad sin responsabilidad, es que aunque sean transitoriamente útiles —y eso no se sabe nunca hasta muchos años después—, lo son siempre a costa de la disminución —o de la anulación— de las fuentes permanentes de la vitalidad espiritual y ética de los pueblos. El ciudadano sometido a una tutela absoluta pierde rápidamente, y a veces irremediamente, la preocupación directa por su país. Así lo requiere la ciencia de la dictadura. Cada mañana el Dictador declara que todo marcha bien, que "estamos mejor que nunca". Y esta fórmula oficial la cree el ciudadano medio sin ninguna dificultad, a la cuarta vez que la oye; y con dos reiteraciones más, está dispuesto a defenderla ardientemente, aun cuando su pan esté más caro, y las nubes del horizonte sean más oscuras que nunca. Su preocupación ha muerto. Y con ella la posibilidad de todo progreso. Porque el

progreso de los pueblos —el hondo, el ético— no puede hacerse sin la colaboración de la inquietud de cada uno; sin la preocupación de la propia conducta civil; y es tan triste, pero es cierto, que mandando, sólo mandando, no se enseña ni siquiera a obedecer.

He aquí por qué, en estas circunstancias, el estar sencillamente preocupado se convierte en un deber, aun por parte de los más modestos ciudadanos; y por ello me decido a entregar al público estas preocupaciones mías, no directamente políticas, sino ciudadanas; aunque por ello, tal vez, esencialmente políticas. Porque en estos tiempos de radical transformación de cosas viejas, cuando los pueblos se preparan para cambiar su ruta histórica —y es por ventura el caso de España— no hay más política posible que la formación de esa ciudadanía. Política no teórica, sino inmediata y directa. Muchos se lamentan de que en estos años de régimen excepcional, no hayan surgido partidos nuevos e ideologías políticas renovadoras. Pero no advierten estos pesimistas que las ideologías políticas no se pueden inventar, porque están ya hechas desde siempre. Lo que se precisan son hombres que las encarnen. Y los hombres que exija el porvenir sólo se edificarán sobre conductas austeras y definidas. Esta y no otra es la obra de la oposición: crear personalidades de conducta ejemplar. Los programas, los manifiestos, no tienen la menor importancia. Si los hombres se forjan en moldes rectos, de

conducta impecable, todo lo demás por sí sólo vendrá. Para que una dictadura sea útil a un país, basta con que a su sombra —a veces, la sombra del destierro o de la cárcel— se forje esta minoría de gentes refractarias y tenaces, que serán mañana como el puñado de la semilla conservada con que se sembrarán las nuevas cosechas. Un dictador sagaz se preocuparía de esto, pensando en el porvenir de su obra, como en el auge de su propia obra actual; ahora, que si fuera capaz de pensar así, ya no sería capaz de ser dictador.

Todas estas razones quisiera que justificasen la ofrenda de este libro, en ocasión del jubileo que sus discípulos celebran con el presente admirable de la recolección de su propia obra dispersa. Me atrevo a pensar que conmigo le saludan otros muchos españoles que tampoco fueron —como yo— sus discípulos directos; pero que acaso tuvieron también presente, una y otra vez, en momentos graves, su silueta recta y austera, destacada sobre el fondo enconado de nuestra España.

Se lo ofrezco también —y ahora siento más que nunca la pesadumbre de su insignificancia— en recuerdo, no en pago, claro está, de aquellas horas de su compañía incomparable en las tardes de julio de 1926.

*Aranjuez, octubre 27, 1929.*



*Morayta, Fernández Arche, Jiménez Reyna, Burón, Sebastián, Hernández Guerra, Arche, Rodríguez, Franquelo, Ruiz Olmos, Valle Benítez, del laboratorio de don Paulino Suárez.*

# El Quijote y la concepción mágica del mundo

## I

NO CREO que esté ahora muy de moda el hacer interpretaciones del Quijote, empresa que fue del gusto de muchos ensayistas de comienzos de siglo y que parece haber dado casi sus últimos frutos. Por otra parte, añadir una glosa más al texto famoso, es tarea que no puede atraer a aquellos que posean varias ediciones anotadas del mismo, útiles sin duda para los eruditos, pero engorrosas de leer para los que no pretenden obtener más que pura fruición de su lectura. Aunque, en última instancia, me cuento entre esta segunda categoría de lectores, echo de vez en cuando una mirada furtiva al comentario solemne y apelmazado de Clemencin, a las notas un poco jacarandasas de don Francisco Rodríguez Marín o a las menos personales de otros glosadores. Ensayos, notas y comentarios tienen con frecuencia un aire casticista, estrechamente nacional, que choca con la fuerza de expresión del Quijote, uno de los pocos libros verdaderamente internacionales que existen en cualquier lengua. Hace algún tiempo (en la primavera de 1961) terminé de leerlo por octava o novena vez, pero con un intervalo de varios años desde que terminé mi penúltima lectura. No es lo mismo leer el Quijote de joven que de talludo, ni seguido que a trozos, ni rápidamente que con sosiego. Si en un momento dado está uno bajo los efectos de ciertas actividades, la lectura hecha en función o a la par que se desarrollan aquéllas, hará que resalten ciertos rasgos, que no resaltarían en otra circunstancia. Así, últimamente, a la vez que leía el Quijote terminaba de corregir las pruebas de un libro en el que trato del problema que supuso en las sociedades europeas, durante siglos y aun milenios, la creencia en los efectos de la Brujería y al escribirlo tuve que realizar un esfuerzo considerable para reconstruir y hacer ver debidamente los caracteres esenciales de aquellos grupos humanos que vivieron bajo la plena convicción de que la Magia, en sus numerosas clases y matices, era cosa de efectos reales y tangibles en la vida cotidiana. Indicaré ahora que, precisamente, la concepción mágica del mundo comenzó a hacer crisis durante el Renacimiento europeo y que después, el racionalismo físico matemático del siglo XVII, el racionalismo de otro matiz o matices que dominó a los hombres más agudos del siglo XVIII, y, por úl-

timo, las diversas corrientes filosóficas que aparecen en el siglo XIX, terminaron con el prestigio de aquella concepción, con su influencia en el Derecho y en otros campos que durante mucho habían sido dominados por ella.

En mi libro hago también hincapié en que los que contribuyeron más a combatir los abusos, desórdenes, terrores y males que, en general, se derivan de estar dominado por una concepción mágica del mundo (sintetizada en la creencia vulgar en brujas) fueron los cultivadores de las artes plásticas de un lado y los novelistas de otro, los cuales pusieron siempre unas notas de ironía al hablar de tales brujas y de hechiceras, de hechizos y sortilegios.

El mismo Cervantes, en "El coloquio de los perros", discurrió sobre las brujas y sus malas artes con singular humor: esto en un momento en el que en España, y más todavía en otros países de Europa, se castigaba fieramente a hombres y mujeres acusados de actos tales como los de ir a aquelarres, volar por los aires, matar niños, maleficar campos, provocar tempestades y enfermedades, producir metamorfosis espantosas, deshacer amores y originar otros, irregulares e inmorales...

## II

Pero en el Quijote lo que combate más es otra concepción mágica, que pudiéramos definir como esencialmente *heroica* y que domina no sólo en los libros de caballerías sino también en la vieja poesía épica europea. La Magia es como un arma de muchos filos y en cada sector de la sociedad tiene expresión y función distinta. Don Quijote se siente héroe. Ya talludo y disfrutando de un decente pasar de hidalgo de pueblo, rodeado de amigos, y familiares contentos con la existencia monótona del lugarón, brota en él un deseo de realizar empresas memorables. Su locura estriba en querer reconstruir dentro de un medio social, inadecuado en absoluto, las gestas heroicas. ¡Y qué gestas! Para ello ha de rechazar, en primer término, toda la realidad exterior, según se ve con los ojos, a saber: la Mancha llana u ondulada con sus molinos de viento; las ventas, asilo eventual de vagos, maleantes, y aventureros; las dehesas y matorrals de Sierra Morena; los rebaños de cabras, ovejas y guarros que pastaban y pastan allí; las cara-

vanas de mercaderes, las cuadrillas de la Santa Hermandad, los frailes viajeros, las cuerdas de presos... Todo lo que era cotidiano en su tierra y en los confines de ella deja de existir para él. En cambio, aparecen poderosos gigantes, reyes de países extraños entablado batallas descomunales, damas encantadas, doncellas perseguidas por malvados hechiceros, paisajes irreales, como los que produce el espejismo en el desierto.

Singular locura nos diremos siguiendo servilmente a Cervantes. Pero después, reflexionando, nos damos cuenta de que Don Quijote no es un loco cualquiera, sometido a trastornos mecánicos o puramente fisiológicos con los que se altera la imaginación. Don Quijote es un hidalgo de ideas arcaizantes que llega a recrear para sí todo un mundo del que tiene noticia a través de la lectura. Y este mundo no es sólo heroico: es un mundo mágico en el que la voluntad ejerce un papel distinto al que tiene en la vida cotidiana. Al empezar la historia de Don Quijote vemos que no se trata de una representación de la lucha entre el idealismo desbocado y el realismo vulgar, según lo que comúnmente se dice y usando de conceptos modernos. Lo que está en pugna en la memorable gesta es la *concepción mágica* del mundo, medieval, antiguo, y la *concepción antimágica* en esencia, propia ya de algunos humanistas del Renacimiento y de otras personas de menos saber posteriormente.

En realidad, Don Quijote no da más signo de perturbación permanente que el de creer en bloque en los ideales de la Edad Media postrera, cuando ya se empieza a dejar de creer en ellos, por obra de muchos acontecimientos. Cree en la posibilidad de llevar la vida del caballero andante (cosa que muchos no tenidos por locos creyeron en el siglo XVI) y de vivir en el medio en que aquél ha de moverse: y esto es lo más grave.

### III

Un héroe, sea un héroe antiguo, sea un héroe medieval, puede decirse que desde el momento de ser engendrado está predestinado a serlo, porque un dios o un grupo de dioses en ocasiones, unas hadas, encantadores o nigromantes en otras, le cargan de gracias y virtudes o le "mealfadan" de suerte que su vida, ya al nacer, se halla sujeta a condiciones que no cuentan para nada en la vida de los demás mortales, condiciones específicamente suyas. Es invulnerable hasta cierto punto o su vulnerabilidad alcanza un límite particular. Podía hacer esto, mas no aquello. Tanto en horas de triunfo como en momentos de zozobra pesará sobre él un Destino casi inexorable. Es, pues, en sí, un personaje mágico que impregna de un efluvio especial a todo lo que le rodea, que lleva sobre sí unas virtudes y fuerzas y que está su-

jeto a especiales adversidades. Si unas divinidades le son propicias otras le son adversas, unos magos y encantadores le protegen, otros le acechan continua, perseverantemente.

La concepción mágica del mundo estriba en creer que no sólo estamos mediatizados de modo constante por fuerzas misteriosas que existen en la Naturaleza y a las que se puede dominar, mediante artes especiales, sino también en que estas artes o saberes los patrocinan de modo fijo, los dioses en la sociedad pagana (y por medio de distintos agentes) y los encantadores, magos y hechiceros en el mundo cristiano, asociados con el demonio (aunque no siempre de modo claro y distinto).

La voluntad y el deseo del mago actúan sobre el caballero andante, que se ve con frecuencia sometido a una operación mágica expresada por variadas dramatizaciones rituales. Tanto para encantar como para desencantar, para hechizar como para deshacer la virtud de un hechizo, hay que llevar a cabo actos complicados y de cierto riesgo. El héroe antiguo o el caballero medieval se prestan a combatir lo mismo a los enemigos materiales de la Virtud que a los enemigos espirituales. En la lucha eterna entre el Bien y el Mal, él y sus enemigos juegan un papel decisivo pero subordinado a potencias superiores. Así se da el caso de que el caballero luche a brazo partido con otros guerreros armados y numerosos en desigual combate y salga vencedor. Vence por que está cargado de gracias, de protecciones misteriosas e inefables. El mundo en que se mueve es un mundo poblado de seres, no *irreales* (esta expresión resulta grosera, anacrónica y falta de contenido al hablar de él) sino de seres *preternaturales*, movidos por resortes que nada tienen que ver con los que mueven al hombre en la vida cotidiana. Los mismos castillos y palacios, bosques y selvas, jardines y vergeles, ríos, mares, lagos, navíos y esquifes, donde se centran sus aventuras, presentan caracteres misteriosos y equívocos. Los pobladores de las extrañas tierras que recorre el caballero pueden ser seres disformes, que casi nada tienen que ver con el ser humano. Hasta los animales que le sirven o sirven a sus enemigos están cargados de atributos no naturales: los caballos vuelan o galopan de modo vertiginoso, resisten toda clase de pruebas, se alimentan con substancias insólitas e incluso comprenden razonamientos sutiles. El caballero andante recibe premios que están también fuera del orden natural y es objeto de mil prestigios hasta que termina sus días en circunstancias misteriosas a veces, o desaparece de este mundo, para volver acaso en el futuro como el rey Artur en la leyenda famosa.

### IV

Cuando Don Quijote aceptó como auténtico el mundo que pintaban los libros de caballerías, comenzó a

considerar el exterior con otros ojos. Pero su locura no se puso de manifiesto porque en privado, allá en el interior de su estudio, o en tal cual tertulia, diera en creer y manifestara fe en que abundaban sobre la tierra los castillos encantados, los hechiceros poderosos, las damas a quienes había que amparar y los gigantes a quien vencer. Probablemente muchos de sus contemporáneos creían en todo esto, pero como él hizo cuando por segunda vez compuso la celada de su casco, se abstuvieron de poner a prueba si esta clase de creencias correspondían a la realidad exterior o no. Antonio de Torquemada en el "Jardín de flores" y otros autores que leyó Cervantes, se deleitaron en dar como ciertos cantidad de hechos míticos y mágicos y nadie pensó en tratarles de locos, sino que fueron leídos y traducidos con fruición por personas de cierta cultura, antes de que empezaran a ser tachados de embusteros.

La locura de Don Quijote se manifestó al querer *vivir* aquello en que los otros se contentaban con *creer* como algo lejano o pretérito. Al convertir su ciencia o sabiduría libresca en experiencia todo se le vino encima: lo mismo el mundo físico que la sociedad. De lo más desagradable del Quijote es, sin duda, la reiteración con que el pobre hidalgo es apaleado, apedreado, maltratado de mil formas, por gentes concejiles y comunes. Más desagradable es aún ver cómo Cervantes cuenta, sin mayores signos de reprobación, las burlas de que es objeto su criatura por parte de personas encopetadas, como los duques o los caballeros de Barcelona. Todo lo que tienen de mecánicos los molimientos a que es sometido Don Quijote ya en la primera parte, se exagera en la continuación de Avellaneda. Pero aun en estos episodios tristes y monótonos de la creación cervantina se pone de relieve un hecho importante: el de que la sociedad española del siglo XVI podía responder de modo grosero y realista a la par a ciertos ideales y a ciertas concepciones. El prestigio de lo mágico está ya roto casi en su totalidad por una serie de hombres que hemos de considerar *sensatos*, sean barberos y curas de pueblo, sean mercaderes toledanos, sean hidalgos de aldea, sean canónigos y dignidades catedralicias, sean duques y caballeros linajudos. Ninguno cree en la existencia *actual* de lo que cuentan los libros de caballerías y los poemas medievales. Todos creen, sí, en las honras que emanan de la Realeza y de la Iglesia, en el valor del dinero y de la posición social. Esto implica una crisis de conciencia. Si la vida heroica no se daba como se creía que podía haberse dicho en la Antigüedad y en la Edad Media, si había que atenerse a un orden social en el que lo mágico jugaba muy poco papel y en el que lo sobrenatural estaba sujeto a reglas prescritas por una Iglesia gobernada por hombres llenos de sentido común o realismo, si las cortes y los palacios de los grandes eran lugares donde mediaban sirvien-

tes, criados y hombres avisados de todas clases, si el mundo estaba más lleno de comerciantes, arrieros, venteros, pastores, labradores y titiriteros apegados a su negocio que de gigantes, princesas y endriagos, la crítica social podía adquirir unos caracteres corrosivos que de hecho adquirió ya en época un poco posterior a la de Cervantes, en que a reyes, duques y grandes de todas clases lo mismo que a gente más menuda, se les despojó de todo atributo heroico y místico.

## V

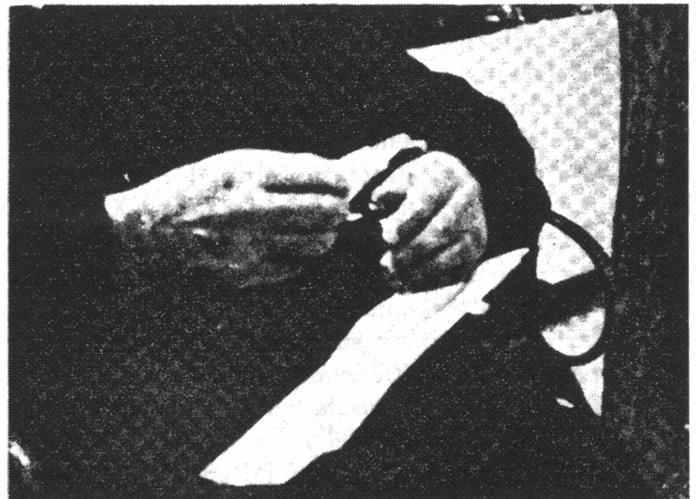
En la acción en que, de un lado, Don Quijote quiere vivir una vida heroica dentro de un mundo mágico y en la que, de otro, los que se encaran con él siguen las normas establecidas por una sociedad que no cree ya en los antiguos prestigios y maravillas, hay un personaje que se ha solido presentar como el símbolo de la plebeyez, del pensar popular y aun de la necedad, que es Sancho Panza. Los comentaristas han hablado de él de maneras muy distintas. Para mí Sancho Panza es, ante todo, el representante de una posición pragmática frente a la existencia, un personaje que simboliza el estado de vacilación ante dos sistemas o concepciones de la vida, encontradas entre sí, pero coexistentes, como son la concepción mágica descrita y la estrechamente naturalista. Don Quijote acepta la concepción mágica, sus contrincantes la naturalista. Sancho Panza *a veces* acepta las ideas de su amo, aun cuando casi siempre parte de las de sus oponentes. Acaso es el personaje más humano de todos. Permanece en un estado de indecisión, es un enemigo del determinismo aun sin saberlo. Una cosa puede ser o no ser, a veces es, a veces no. Las causas y los efectos se le presentan colocados de modos distintos según las circunstancias. Puede que Don Quijote sea un loco —piensa a menudo Sancho—... Pero... En este pero se halla implícito todo lo que cantidad de hombres y mujeres han pensado durante siglos en sociedades y culturas diferentes de la Magia y sus recetas, de las supersticiones, escrúpulos y creencias, dudas, de los mitos y fábulas. Puede que sean fantasías, absurdos... pero: ¿y si son algo efectivo y verdadero? Vamos a probar, vamos a darles categoría de verdad, que nada se pierde con ello. La experiencia cotidiana dicta una cosa, la tradición otra. Entre la experiencia propia y la tradición se mueven los deseos. Por muy estrambóticas que sean las posturas de Don Quijote, ¿por qué no aceptarlas a beneficio de inventario, si esta aceptación puede reportar algún provecho e incluso honra? El pensamiento de Sancho Panza y no otro alguno es el que ha regulado la conducta de cantidad de gentes. En último término es el que deja abierto siempre un resquicio a toda empresa heroica, a todo actuar no fundado en la experiencia cotidiana; un resquicio que los contrincantes de Don

Quijote se empeñan en cerrar, sin comprender acaso que, a la larga, ellos serán víctimas de su propia postura: porque si no existen ni existieron los héroes ni los caballeros de poderes misteriosos y fuera de lo natural, ¿qué representan los grandes de la tierra que —con frecuencia— se dicen descendientes de ellos?

## VI

El Quijote dio, pues, una fuerte embestida a la concepción mágica del mundo. Abrió también el camino a un nuevo género de novelística, basada en la observación de las virtudes y sobre todo de los vicios y debilidades del hombre. Los españoles lo leyeron durante algún tiempo como una nueva sátira literaria. Pero dejó hondas huellas en la conciencia colectiva y lo que tenía de libro regocijante para los contemporáneos de su autor, ha quedado en un plano secundario ante lo que tiene de libro preñado de interés psicológico y social. La última consecuencia que se extrae de él es amarga. Porque si de una par-

te la bondad de alma, la nobleza de conducta, el espíritu de sacrificio y la caballerosidad sin tacha han de ir unidos, no a la locura, sino más bien a una concepción arcaica de la vida, a la concepción mágica, incompatible ya con la propia de la generalidad de los hombres que vivían a fines del siglo XVI y si, por otra parte, la sindéresis y la discreción han de estar representadas por gentes de espíritu práctico y de comportamiento frío, irónico y aun cruel, el mundo está perdido. Sólo nos queda como remedio discurrir cual Sancho Panza y poner a casi todos los hechos admitidos, dados en la experiencia, un “pero”, una objeción tímida, expresiva del deseo humilde y lleno de reservas de que alguna vez Don Quijote estuviera más en lo cierto que sus contrincantes, de que alguna vez también los ensueños y los actos de un hombre solo y lleno de generosidad, puedan más que los movimientos dictados por la astucia y la cautela de una sociedad vulgar y desprovista de estímulos misteriosos o inefables, o en la que las presiones colectivas lo pueden todo.



*Las pajaritas de papel de Unamuno*

De los capítulos aún inéditos del volumen II, dedicado a la baja Edad Media, de la *Historia de España* que estoy escribiendo, extraigo unas notas para ofrecérselas al número conmemorativo de *Residencia*.

### *El fracaso de Beaucaire*

**E**L PAPA Gregorio X y Alfonso, rey de Castilla se habían reunido en la ciudad francesa de Beaucaire en los meses de mayo y junio de 1275 e iniciado una serie de entrevistas en las que el Papa mostró desde el primer momento que estaba resuelto a no hacer la menor concesión al Rey Sabio en lo que se refería a sus aspiraciones imperiales. Para Gregorio X, en efecto, no había ya más "Rey de Romanos" que Rodolfo de Habsburgo, reconocido como tal por el Pontífice; y el obstinado monarca castellano hubo de pasar por la amargura de comprobar que, después de tantos afanes, solamente había abandonado sus reinos y acudido a Beaucaire para sufrir la mayor decepción de su vida. Porque el Papa, desde sus primeras conversaciones con el rey de Castilla, se mantuvo una y otra vez firme en sus negativas a reconocer los pretendidos derechos de Alfonso X al Imperio y, de este modo, el viaje a Beaucaire, emprendido con tan engañosas ilusiones, resultaba ser el más grande de los fracasos, pues el Papa ni siquiera accedió a la petición que le hizo el Rey Sabio de que interpusiese la influencia de la sede romana para que Juana I de Navarra se desposase con algún infante castellano. Por el contrario, doña Blanca de Artois, desde su refugio de la Champaña, había concertado ya con Felipe III de Francia los esponsales de su hija con el príncipe Felipe, primogénito del monarca francés, y Gregorio X, cuando todavía no se habían dado por concluidas sus negociaciones con el rey de Castilla, no tuvo el menor inconveniente en conceder la dispensa pontificia necesaria para tales desposorios. Pero, si la actitud del Papa tenía a Alfonso X completamente desilusionado de su viaje, pronto le llegaron de Castilla noticias que hicieron aún mayor su desaliento, en cuanto le anunciaban el desembarco de los Banu Marín en Tarifa y sus correrías de saqueo por los campos jerezanos. En estas circunstancias, Alfonso X comprendió que ya no le quedaba otro remedio que acceder a los deseos del Papa de que renunciase a sus aspiraciones imperiales y, no sin muchas reser-

vas mentales, se decidió a prometer verbalmente a Gregorio X que se sometería en la cuestión del Imperio a la decisión pontificia y que no se opondría a la coronación de Rodolfo de Habsburgo como emperador. A cambio de ello, el Papa le concedió (28 julio) la percepción en León y Castilla de la décima parte de las rentas eclesiásticas, lo que suponía al menos un alivio para los agobios económicos de la hacienda castellana. Tal era finalmente el único resultado práctico del viaje a Beaucaire y de tantos años de gestiones diplomáticas, de cuantiosos desembolsos, de vanas esperanzas.

### *Mariníes y granadinos atacan a Castilla*

El gran desengaño sufrido por Alfonso X en Beaucaire no era, sin embargo, más que el principio de las nuevas y más penosas amarguras que le esperaban. Porque mientras el rey de Castilla permanecía alejado de sus reinos, los musulmanes granadinos y africanos no se habían descuidado en poner rápidamente en acción sus planes de campaña militar contra la España cristiana y el propio Emir de los Banu Marín, Abu Yusuf Ya'qub, había desembarcado en Tarifa (17 de agosto) al frente de huestes muy aguerridas y, recibido enseguida en Algeciras por Muhammad II y los Banu Ashqilula, se apresuró a ratificar los pactos de amistad concertados con el rey de Granada y con los arraeces de Málaga y Gádiz, sin que estos últimos se acordasen para nada de la protección que hasta entonces les había dispensado Alfonso el Sabio. Puestos de acuerdo para el desarrollo de la campaña, a Muhammad II le correspondió atacar al reino de Jaén y Abu Yusuf Ya'qub, en un rápido y devastador avance que por lo súbito no encontró en un principio resistencia alguna, se dirigió en dirección norte y, saqueándolo todo a su paso, en medio de la aterrorizada sorpresa de las poblaciones que atravesaba y que pasaba implacablemente a cuchillo, sin respetar las vidas de ancianos, mujeres y niños, llegó hasta el Guadalquivir por las inmediaciones del castillo de Almodóvar del Río.

Desde allí, Abu Yusuf Ya'qub se encaminó a devastar los campos de Córdoba, de Ubeda y de Baeza y, en la frontera septentrional de Castilla con el reino de Granada, tomó al asalto la fortaleza de Huelma. Esta irrupción de los Banu Marín en la Andalucía cristiana fue tan fulminante que las huestes castellanas fronterizas no pudieron impedir el avance de los africanos hasta que don Nuño González de Lara, Adelantado Mayor de la frontera, sorprendido en Córdoba por el ataque musulmán, logró reunir sus huestes y, tras enviar urgentes peticiones de socorro a don Fernando de la Cerda —que al parecer se encontraba en Burgos—, buscó una ocasión propicia de enfrentarse con los invasores mariníes. Esta ocasión no tardó en presentarse para desdicha de don Nuño porque Abu Yusuf Ya'qub, logrado ya un copioso botín, estimó prudente iniciar una retirada hacia sus bases de operaciones y, al pasar por las cercanías de Ecija, le salieron al encuentro don Nuño González de Lara y sus huestes, entablándose una encarnizada batalla (19 de septiembre) en la que pronto los cristianos llevaron la peor parte y que terminó con una gran victoria de los Banu Marín, que causaron grandes pérdidas a la hueste castellana, cuyos escasos supervivientes sólo a duras penas pudieron refugiarse al amparo de las murallas de Ecija. Durante la pelea, resultó muerto don Nuño González de Lara, y su cadáver fue decapitado por orden de Abu Yusuf Ya'qub, así como los de los demás cristianos caídos en el combate. Esta victoria militar de los Banu Marín en las proximidades de Ecija había sido, en verdad, tan aplastante que los musulmanes pudieron creer que habían vuelto los tiempos de Almorávides y Almohades, cuando las invasiones africanas eran todavía capaces de resucitar la antigua unidad de la España islámica. Según Ibn Jaldún, parece que el primero en lamentarlo, recordando lo sucedido al ziri Abd Allah con el almorávide Yusuf ben Tashufin, fue el propio Muhammad II de Granada, a quien Abu Yusuf Ya'qub envió la cabeza ensangrentada de don Nuño González de Lara y que no apreció nada el regalo en cuanto se apresuró a embalsamarla y a enviarla a Córdoba para que fuese enterrada.

Recibidos los mensajes que le anunciaban el devastador ataque de los Banu Marín, don Fernando de la Cerda convocó a toda prisa a los ricos-hombres y caballeros castellano-leoneses para que acudiesen a la frontera. La noticia de la invasión musulmana corría ya de boca en boca por León y Castilla, en todas partes se hacían preparativos para la defensa y de los primeros en reunir una hueste que oponer a los invasores fue el infante don Sancho de Aragón, hijo de Jaime I y Arzobispo de Toledo, quien al frente de los caballeros de Toledo, Madrid, Guadalajara y Talavera, se dirigió al reino de Jaén, atacado por los ejércitos de Muhammad II y de los

arraeces de Málaga y Guadix, secundados por las huestes de los príncipes mariníes Abu-l-Hasan Alí y Uthman. El Arzobispo de Toledo se detuvo en Linares y allí se enteró de que los musulmanes devastaban las cercanías de Martos, a donde se dirigió sin pérdida de tiempo para seguir luego a la cercana localidad de Torre del Campo. Sin esperar la llegada de don Lope Díaz de Haro, que venía con su mesnada a reforzar la hueste del Arzobispo toledano, don Sancho de Aragón salió al encuentro de granadinos y mariníes y las tropas musulmanas derrotaron de nuevo (¿21 de octubre?) a los castellanos e hicieron prisionero a don Sancho. A poco, el Arzobispo de Toledo sufría la misma triste suerte de don Nuño González de Lara porque, identificada su persona, una agria disputa entre los vencedores, acerca de si el cautivo debía ser entregado a Abu Yusuf Ya'qub o a Muhammad II, terminó con la muerte del hijo de Jaime I a manos de un guerrero musulmán, y el cadáver de don Sancho fue enseguida decapitado como el de don Nuño, cortándosele, además, la mano derecha como el medio más rápido de apoderarse de su anillo pastoral. Muy poco después, don Lope Díaz de Haro llegaba a Jaén con su mesnada y, enterado del desastre, pudo dar alcance a las huestes musulmanas y, en rápido combate, recuperar el mutilado cadáver y el anillo pastoral del infortunado Arzobispo. Por los mismos días de la muerte de don Sancho de Aragón, Abu Yusuf Ya'qub salía otra vez de Algeciras, se dirigía a Sevilla y plantaba su campamento ante los muros de la ciudad, al propio tiempo que los jinetes mariníes hacían correrías de saqueo por los campos sevillanos.

#### *Muerte de don Fernando de la Cerda*

Entretanto, don Fernando de la Cerda, ultimados sus preparativos militares, había salido de Burgos, donde quedó su hermano el infante don Sancho, y se encaminaba a la frontera en pequeñas jornadas para dar tiempo a que en Villa Real (Ciudad Real) se le incorporasen las mesnadas de los ricos-hombres que había convocado a las armas. Probablemente don Fernando se enteró durante el camino de las derrotas castellanas de Ecija y de Martos, así como de las desastradas muertes de don Nuño González de Lara y don Sancho de Aragón, y, una vez en Villa Real, el infante se detuvo en esta población para esperar en ella la llegada de las huestes señoriales. Pero en aquel año aciago para Castilla las desdichas se sucedían a las desdichas porque, a poco de llegar a Villa Real, don Fernando de la Cerda enfermó de gravedad y murió algunos días más tarde (¿fines de octubre?). Ausente Alfonso X de sus Estados, la inesperada muerte de don Fernando de la Cerda, cuando se dirigía a combatir a los musulmanes, dejaba a los reinos de León y Castilla, en días de angus-

tia y de peligro, sin un príncipe legítimamente investido de la potestad regia que asumiese con pleno derecho el mando supremo de la defensa armada contra los invasores. Y, al propio tiempo, iba a plantear un espinoso problema sucesorio, que será causa en los años sucesivos de graves perturbaciones. Porque, muerto su hermano mayor, el impetuoso infante don Sancho —segundo hijo varón de Alfonso X— podía alegar derechos a la sucesión de los reinos y, por su parte, don Fernando de la Cerda dejaba descendencia masculina y parece que, al sentirse morir, había llamado a su presencia a don Juan Núñez de Lara para rogarle que cuidase de que su hijo primogénito, don Alfonso de la Cerda, sucediese a Alfonso el Sabio como rey de León y Castilla. Por el momento, el infante don Sancho había salido también de Burgos en dirección a la frontera y, al recibir la noticia de la muerte de su hermano, se dirigió a toda prisa a Villa Real y llegó a esta población poco después de que llegase a la misma don Lope Díaz de Haro, quien, sabedor de la muerte de don Fernando de la Cerda, venía apresuradamente desde Jaén. Por la misma época, Alfonso X, desalentado por el irremediable fracaso de su viaje y apenadísimo, sobre todo, por haber recibido ya la noticia de las derrotas castellanas en que habían perdido la vida don Nuño de Lara y don Sancho de Aragón, salió de Beaucaire y, por Montpellier, emprendió el triste camino del regreso a sus Estados.

Apenas llegó a Villa Real (¿noviembre?), el infante don Sancho mostró que estaba resuelto a que, desaparecido su hermano mayor, se le considerase como el legítimo heredero de los reinos de León y Castilla. Así, parece que don Sancho hizo prometer a don Lope Díaz que le prestaría su apoyo para que se le reconociese como infante heredero; y, como tal, se presentó, desde luego, ante los ricos-hombres y caballeros llegados a Villa Real, a los cuales hizo saber que tomaba a su cargo el mando supremo y que, en ausencia de su padre, se disponía a asumir la dirección de la guerra contra los musulmanes. En medio del desconcierto que había producido la inesperada muerte de don Fernando de la Cerda, nadie se atrevió a discutir la decisión del infante, y, poco después, al frente de las huestes castellano-leonesas, se encaminaba don Sancho a Córdoba, donde se concentrarían las milicias señoriales y concejiles que iban a combatir a los Banu Marín. Sin pérdida de tiempo, el infante don Sancho tomó en Córdoba enérgicas medidas para la defensa de la frontera y envió a Ecija, una de las plazas fronterizas más avanzadas, a don Lope Díaz y su mesnada, mientras confiaba a los maestros de las órdenes de Calatrava y Santiago la defensa de Jaén. Por su parte, don Sancho se dirigió enseguida a Sevilla, cuyas cercanías devastaba Abu Yusuf Ya'qub, y allí ordenó que se aparejase y armase una flota destinada a impedir que las hues-

tes musulmanas fuesen abastecidas por vía marítima. Y la presencia en Sevilla de don Sancho y de sus huestes hizo sentir pronto sus efectos, porque Abu Yusuf Ya'qub levantó el campamento desde el cual hostilizaba a la ciudad y, devastándolo todo a su paso, regresó a Algeciras (19 de noviembre). Entretanto, Alfonso X, sorprendido probablemente en Montpellier por la fatal noticia de la muerte de su primogénito, había caído enfermo en esa ciudad, abrumado, sin duda, por el peso de tanta pesadumbre. Pero poco después, repuesto ya de su enfermedad, Alfonso el Sabio proseguía su viaje y, atravesando los Estados de su suegro el rey de Aragón, entraba en Castilla en el mes de diciembre y se dirigía a Huete y Brihuega, para trasladarse probablemente luego a Alcalá de Henares, donde parece ser que se le informó acerca de las medidas tomadas por el infante don Sancho para hacer frente a los Banu Marín.

Ya en el año 1276, a poco de regresar Alfonso X a Castilla, empezó a advertirse que la invasión mariní y los ataques de Muhammad II de Granada, si bien habían logrado espectaculares victorias como las de Ecija y Martos y causado enormes depredaciones en los campos andaluces, eran, sin embargo, incapaces de poner seriamente en peligro al reino de Castilla, como en un principio debió de parecerles a las atemorizadas poblaciones invadidas. Y pronto hubo de notarse también la decisiva eficacia de las medidas de defensa adoptadas por el infante don Sancho, sobre todo al disponer el aparejamiento de una flota que bloquease los puertos de Tarifa y Algeciras. Este bloqueo, en efecto, salvó a los cristianos de nuevos ataques musulmanes porque Abu Yusuf Ya'qub no persistió en sus correrías, sino que, por el contrario, dio por terminada —al menos de momento— su campaña militar en la Península y regresó a Marruecos (20 de enero) con la mayor parte de sus huestes, aunque otras quedaron de guarnición en Algeciras y Tarifa, peligrosas cabezas de puente para futuras invasiones. Unos meses después, Alfonso X, deseando evitar por el momento nuevos ataques musulmanes, negoció con Abu Yusuf Ya'qub y Muhammad II de Granada una tregua de dos años.

#### *La cuestión sucesoria*

Aunque el Rey Sabio se veía libre por el momento del peligro mariní, en León y Castilla estaba ya planteado el problema sucesorio originado por la muerte de don Fernando de la Cerda, quien dejaba dos hijos varones nacidos de su matrimonio con Blanca de Francia, hija del santo rey Luis IX y hermana del monarca reinante Felipe III llamado "el Atrevido". Estos príncipes eran los infantes don Alfonso y don Fernando de la Cerda, cuyos derechos a la sucesión defendía don Juan Núñez de Lara y que contaban con la decidida protección de su abue-

la la reina Violante y la más poderosa de su tío carnal el rey de Francia, quien se había declarado en favor de los derechos hereditarios de sus sobrinos, frente a las pretensiones sucesorias del infante don Sancho. y había confiado la misión de defenderlos al gobernador francés de Navarra Eustaquio de Beaumarchais. Pero el infante don Sancho, que recientemente había sabido salvar a Castilla de la invasión de los Banu Marín, no era hombre que se aviniese fácilmente a que se le desposeyese de lo que creía corresponderle de derecho y, desde la muerte de su hermano, había mostrado claramente su voluntad de que se le reconociese como heredero de los reinos de León y Castilla, con lo que había quedado planteada la cuestión sucesoria derivada de la muerte de don Fernando de la Cerda. De carácter violento y arrebatado, áspero de genio —y de ahí que se le llamase Sancho “el Bravo”, o sea el colérico—, desde el regreso de su padre a Castilla el infante debió de adoptar en la cuestión sucesoria una actitud que, apoyada por don Lope Díaz y otros ricos-hombres, nada auguraba de bueno para la paz del reino. si conforme al derecho tradicional, Alfonso X no le reconocía por su heredero y declaraba como tal a don Alfonso de la Cerda, en virtud del principio de representación, novedad que el Rey Sabio había incorporado a las reglas que regían el orden de suceder a la corona.

El orden de sucesión al trono que la costumbre había llegado a imponer en León y Castilla atribuía la herencia de los reinos al hijo mayor del rey, aunque no fuese el primogénito por haber muerto éste y aunque quedasen hijos del mismo al ocurrir la muerte de su abuelo; y el orden de suceder no hacía mucho que había sido regulado por el “Libro de las Leyes” o “Siete Partidas”, la gran compilación jurídica —a la vez legal y doctrinal— que, inspirada, sobre todo, en el derecho romano, había sido compuesta por iniciativa del Rey Sabio y que, sin haber sido promulgada como ley, gozaba ya de gran autoridad. Pero, frente a la tesis sostenida en 1255 por el arzobispo y el cabildo de Santiago de Compostela de que el rey no podía modificar el orden de suceder tradicional, la influencia del derecho romano justiniano había llevado a Alfonso X y a los redactores de las “Partidas” a introducir en las antiguas reglas sucesorias la innovación del llamado “derecho de representación”, sancionado por la Novela 118 de Justiniano al admitir que, en la sucesión legítima, los hijos del heredero premuerto heredasen la herencia que hubiese correspondido a su padre. Por eso, en virtud del “derecho de representación” reconocido por la Partida II, 15, 2, la corona la heredaría en adelante el hijo varón primogénito, o la hija mayor a falta de varones, o, en el caso de haber fallecido el hijo mayor, los hijos o descendientes legítimos de éste por “derecho de representación” (“... si el fi-

jo mayor muriese antes que heredase, si dejase fijo o fija, que oviese de su mujer legítima, que aquel o aquella lo oviese, e non otro ninguno...”). La muerte, pues, de don Fernando de la Cerda planteaba la cuestión de si debía aplicarse el principio de representación que reconocían las “Partidas”, y según el cual la herencia de los reinos de León y Castilla correspondía al infante don Alfonso de la Cerda, porque, en caso de no atenerse a ese principio, el heredero legítimo, según el orden de suceder tradicional, era indudablemente el infante don Sancho. quien, por otra parte, no estaba dispuesto a tolerar que le apartase del trono tan reciente innovación en el orden sucesorio. Impresionado todavía por la muerte de su primogénito y el irremediable fracaso de sus aspiraciones imperiales, el ánimo indeciso de Alfonso X debió, sin duda, de pasar por muy amargas dudas antes de tomar una decisión en asunto tan delicado, pero el impaciente don Sancho no admitía dilaciones y contaba con el apoyo de don Lope Díaz y de otros influyentes ricos-hombres, y posiblemente no mucho después de que muriese Jaime I de Aragón (27 de julio de 1276), el Rey Sabio se resolvió a seguir el consejo —que siempre estimó en mucho— de su hermano don Manuel y reconoció como su heredero al infante don Sancho, sin que este reconocimiento calmase las pasiones despertadas en la corte regia por la pugna entre los partidarios de don Sancho y los del infante don Alfonso de la Cerda. Por lo pronto, el reconocimiento de don Sancho como infante heredero, al redundar en perjuicio de los infantes de la Cerda, situaba francamente a Alfonso el Sabio frente a Felipe III de Francia y a su delegado en Navarra Eustaquio de Beaumarchais. receloso, además, este último, del rey de Castilla, en cuanto las huestes castellanas que guarnecían la Rioja estaban en relación con los ricos-hombres rebeldes a su autoridad y Alfonso X no había renunciado a sus pretensiones al trono navarro.

### *Los infantes de la Cerda*

El reconocimiento por Alfonso X de su hijo don Sancho como infante heredero no había hecho disminuir ni mucho menos la tensión que la cuestión sucesoria había provocado en la corte regia, donde la reina Violante creía que su marido había desposeído injustamente a sus nietos los infantes don Alfonso y don Fernando de la Cerda y la madre de éstos, Blanca de Francia, sabía que sus hijos contaban con el poderoso apoyo de su hermano Felipe III “el Atrevido”. El propio don Sancho, conocedor de la debilidad de carácter de su padre y del apoyo del rey de Francia a sus sobrinos, debía de seguir viendo en los infantes de la Cerda un viviente obstáculo para sus pretensiones de ser algún día rey de Castilla y, movido por los arrebatos de su genio, qui-

zás profiriese en alguna ocasión amenazas más o menos violentas contra sus sobrinos. En todo caso, algo debieron de temer la reina Violante y doña Blanca de los impulsos irreflexivos del infante don Sancho, cuando la primera se decidió a dar un paso de indudable gravedad, tal vez con la encubierta complicidad del infante don Fadrique, hermano del Rey Sabio. Porque la reina Violante, en su deseo de poner a salvo a sus nietos, escribió a su hermano Pedro III de Aragón diciéndole que quería entrevistarse con él y, sin autorización ni conocimiento de Alfonso X, se encaminó secretamente a Aragón (fines de diciembre), acompañada de su nuera y de los infantes de la Cerda, sin que su marido lograra impedir esta huida cuando se enteró de ella, a pesar de que trató de que los fugitivos fuesen detenidos en el curso de su viaje. No mucho después, la reina Violante, doña Blanca y los infantes de la Cerda eran acogidos en Ariza por Pedro III de Aragón (8 de enero de 1277), quien, según parece, les acompañó hasta Calatayud. Pues bien: dos años más tarde, en el de 1279, la permanencia en Aragón de la reina Violante y de sus nietos los infantes de la Cerda seguía siendo un serio motivo de preocupación para Alfonso X y se hacía necesario poner término cuanto antes al voluntario exilio de la reina de Castilla. Por eso el infante don Sancho, interesado en que el regreso de su madre a la corte castellana produjese la impresión de que se avenía a su reconocimiento como infante heredero, se había puesto en relación con doña Violante y con Pedro III y trataba de lograr que la reina regresase a Castilla, siempre que continuasen en Aragón los infantes don Alfonso y don Fernando de la Cerda. Pedro III, que tenía en gran estima a su sobrino don Sancho, puesto de acuerdo con éste, hizo todo lo posible para convencer a su hermana de que debía regresar a su reino y prometió a don Sancho que, una vez doña Violante en Castilla, haría encarcelar a los infantes de la Cerda para evitar que estos fuesen llevados a Francia, bajo el amparo de su tío Felipe "el Atrevido", con lo que Pedro III servía, más que los intereses políticos de don Sancho, los suyos propios, en cuanto los infantes de la Cerda podían ser en su poder un medio excelente de contar siempre con la amistad y el apoyo del infante castellano y de ejercer presión sobre el rey de Francia. La reina Violante regresó, pues, a Castilla (¿junio? de 1279), sin que Pedro III consintiese en que la acompañasen don Alfonso y don Fernando de la Cerda, quienes fueron encarcelados en el castillo de Játiva por orden del rey de Aragón. Su madre, doña Blanca, no tuvo algún tiempo más tarde otro recurso que el de refugiarse en Francia.

Presos en el castillo de Játiva los infantes don Alfonso y don Fernando de la Cerda, Felipe III de Francia, que deseaba llegar a alguna solución de con-

cordia en el asunto de sus sobrinos, escribió a mediados del año 1280 al Rey Sabio, sugiriéndole que, ya que don Sancho había sido reconocido heredero de León y Castilla, se atribuyese al menos algún territorio a don Alfonso de la Cerda. Por su parte, también Alfonso X debía de desear que se pusiera término a la situación de sus nietos. Así, Alfonso el Sabio entró en negociaciones con Felipe III "el Atrevido" y concertó con el mismo una entrevista, que se celebró unos meses más tarde (30 de diciembre de 1280) en la ciudad francesa de Bayona, donde ambos reyes trataron acerca de la posibilidad de constituir un reino de Jaén, del que sería monarca don Alfonso de la Cerda con la obligación de prestar vasallaje al rey de Castilla. Pero el infante don Sancho, que había ido con su padre a Bayona, al enterarse de tal proyecto, se opuso enérgicamente al mismo y aconsejó al Rey Sabio que, en vez de negociar con el rey de Francia, lo hiciese con Pedro III de Aragón, que era quien tenía preso en Játiva a don Alfonso de la Cerda. Siempre indeciso, Alfonso X no se resolvió finalmente a pactar con Felipe III sobre la base de la constitución de un reino de Jaén para don Alfonso de la Cerda y, en vista de ello, el monarca francés se retiró a Sauveterre, mientras el Rey Sabio y el infante don Sancho regresaban a Castilla (enero de 1281).

Unos meses después (julio de 1281), Alfonso X se encontraba en una situación financiera difícil porque recientemente le habían ocasionado grandes gastos las bodas de sus hijos don Pedro y don Juan, celebradas en Burgos no hacía mucho, y hubo de verse en la necesidad de solicitar de las Cortes, reunidas en Sevilla en octubre, que le autorizasen para proceder a una nueva alteración del valor de la moneda, autorización que, según su Crónica real, le fue concedida "con más temor que con amor". Por otra parte, Alfonso el Sabio, con su versatilidad característica, debía de estar ya arrepentido de no haber proseguido sus negociaciones con el rey de Francia acerca del asunto de los infantes de la Cerda, a los que quería liberrar de su prisión, y parece ser que reanudó en secreto sus tratos con Felipe "el Atrevido", al propio tiempo que se ponía también en relación con el Papa Martín IV para ver de conseguir de Pedro III que pusiese en libertad a los infantes prisioneros. Algo barruntó el infante don Sancho de esas negociaciones secretas, y su padre tuvo que tomar la decisión de informarle de las mismas por mediación de fray Adhemaro, obispo electo de Avila, con el cual tuvo el irritable don Sancho una entrevista borrascosa en la que trató de loco al prelado, lo que determinó al Rey Sabio a dar cuenta por sí mismo al infante de sus planes de hacer todo lo posible para que los cautivos de Játiva fuesen liberados, sin otro resultado que una agria disputa entre padre e hijo, precursora de próximos y muy graves

acontecimientos. En estas circunstancias, los procuradores de los Consejos castellano-leoneses, descontentos por haber tenido que acceder en las Cortes de Sevilla a la nueva alteración del valor de la moneda, pidieron al infante don Sancho —y éste se lo prometió así— que en lo sucesivo los amparase y defendiese contra la desastrosa política económica de su padre.

### *Rebelión del infante don Sancho*

De este modo, las disensiones de Alfonso X con el infante don Sancho estaban a punto de derivar en una ruptura entre padre e hijo que podía ser de muy graves consecuencias para la paz pública de sus reinos. Don Sancho, en efecto, enojado con su padre por la solución que éste quería dar al asunto de los infantes de la Cerda, había salido de Sevilla en un estado de gran irritación y, llegado a Córdoba, le había jurado fidelidad el Concejo de esta ciudad, y sus hermanos don Juan y don Pedro se habían reunido con él para prometerle su ayuda si se determinaba a alzarse contra el Rey Sabio. Al mismo tiempo, el infante don Sancho había cuidado también de asegurarse la amistad de Muhammad II de Granada, con el que suscribió un pacto de alianza, y, mientras su hermano don Juan recorría las ciudades del reino de León para tratar de ganarlas para la causa del infante heredero (1282, ¿enero?), el propio don Sancho conseguía la adhesión de Ubeda, Jaén y Andujar, lograba también la de los maestros de las órdenes de Calatrava y Santiago y enviaba mensajes a todos los prelados y concejos de León y Castilla anunciándoles sus propósitos de defenderles contra la política de su padre y convocándoles para que en el próximo mes de abril se reuniesen en Valladolid en una Junta de Nobles, Obispos y representantes de los Concejos castellano-leoneses. La ruptura entre Alfonso X y su hijo don Sancho parecía, pues, consumada, porque el infante no ocultaba sus intenciones de rebeldía y muchos Concejos se habían adherido a su causa, como el de Toledo y poco después los de Avila y Segovia. Así, don Sancho fue a Valladolid, donde se reunió con su madre la reina Violante —esta vez de parte de su hijo—, con su tío el infante don Manuel y con sus hermanos don Pedro y don Juan, dispuestos todos a asistir a la Junta que el infante heredero había convocado en aquella ciudad. Evitar la ruptura entre padre e hijo era ya poco menos que imposible, pero Pedro III de Aragón lo intentó, sin embargo, y escribió a Alfonso X y al infante don Sancho (12 de abril de 1282) exhortándoles a que viesen de resolver amistosamente sus diferencias. Nada se consiguió porque don Sancho, apoyado en un gran número de magnates y ciudades, había ido demasiado lejos en su actitud de rebeldía, y unas semanas más tarde infantes, prelados, ricos-

hombres, caballeros y los procuradores de muchos concejos se reunieron en Valladolid en una Junta magna (¿21 de abril?), que no, sin protesta de algunos de los reunidos, tomó decisiones que equivalían a la exoneración de Alfonso X como rey de León y Castilla. Así, la Junta de Valladolid acordó que don Sancho asumiese el ejercicio de la potestad regia e incluso que tomase el título de rey, y, aunque don Sancho se negó a esto último mientras viviese su padre, Alfonso X, por acuerdo de la Junta, quedó de todas maneras privado de la facultad de administrar justicia y del derecho a percibir las rentas reales, decisión que, como se advierte, tenía el carácter de una verdadera sentencia contra el Rey Sabio, quien hubo de pasar por la amargura de que la hiciese pública precisamente el infante don Manuel, el más querido de sus hermanos. A pesar de todo, los obispos de Burgos y de Palencia, el prior provincial de los dominicos en España y los priores de la misma orden en León y Palencia suscribieron inmediatamente contra el acuerdo de Valladolid un documento de protesta. Con ello, el reino de León y Castilla quedaba expuesto a los peligros y calamidades de una guerra civil y venía a escindirse en dos facciones adversas: la del infante don Sancho, que contaba con el apoyo de la mayor parte de los magnates y Concejos del país, y la de Alfonso el Sabio, que a la sazón vivía en Sevilla los días más penosos de su vida: herido en su dignidad de rey y en sus afectos familiares, viejo, solitario, abandonado de todos.

### *El Rey Sabio pide auxilio a los Banu Marín*

Exonerado por la Junta de Valladolid, Alfonso X de Castilla apenas si contaba con algunas huestes leales que oponer a su hijo don Sancho, sostenido en su rebeldía por la mayor parte de los magnates y por muchas ciudades del reino leonés-castellano. Pero, en medio de la abrumadora soledad en que se encontraba, con su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus vasallos por enemigos, triste “Rey Lear”, humillado y desengañado de recibir los auxilios solicitados de Aragón, de Francia, de Inglaterra y de su nieto el rey Dionís de Portugal; “desapoderado de todas las cosas del mundo, sino es tan solamente de la merced de Dios” —como él mismo escribirá más tarde en su testamento—, el Rey Sabio ni quiso, ni supo, resignarse a verse suplantado por el infante don Sancho en el ejercicio de la potestad regia y, en su amargura y aislamiento, no se le ocurrió medio mejor de hacer frente a tan adversas circunstancias que el de cometer una nueva torpeza: la de pedir auxilio al más falaz de sus enemigos, a Abu Yusuf Ya'qub de Marruecos, lo que equivalía a abrir de nuevo las puertas de la España cristiana a los siempre temibles mariníes africanos. Así, Alfonso X envió

desde Sevilla un mensaje a Marraquex en el que preguntaba al emir de los Banu Marín si estaría dispuesto a ayudarle contra el infante don Sancho. "Estoy presto. acudo", parece que fue la respuesta inmediata de Abu Yusuf Ya'qub, según el "Rawd al-Qirtas" de Ibn Abí Zara, y, en efecto, muy poco después el emir marini salía de Marraquex y a toda prisa se dirigía al puerto de Alcazarseguer, entre Tánger y Ceuta, dispuesto a cruzar una vez más el estrecho. Entretanto el infante don Sancho había ido a Toledo y, enamorado desde hacía tiempo de una prima carnal de su padre, la hermosa y discreta María de Molina, hija del infante don Alfonso —hermano de Fernando III— y de su tercera mujer doña Mayor Alfonso de Meneses, contrajo matrimonio con ella (julio de 1282), sin tener para nada en cuenta los graves impedimentos canónicos que a tal unión se oponían. Poco después de su boda, don Sancho y doña María de Molina marcharon a Córdoba, donde les esperaban malas noticias porque allí se enteró el infante de que la ciudad de Badajoz se había declarado contra él. La guerra civil, en efecto, era ya en León y Castilla una triste realidad, faltaban todavía a don Sancho muchas adhesiones y bastantes Concejos vacilaban aún en ponerse de su parte. Aunque don Sancho fue a Badajoz, esta ciudad se negó a abrirles sus puertas y el infante tuvo que retirarse a Mérida. Por otra parte, Abu Yusuf Ya'qub había desembarcado ya en Algeciras con sus huestes, dispuesto a ayudar a Alfonso X, y poco después se entrevistaba con el rey de Castilla. Ibn Abí Zar nos ha transmitido un relato de esta entrevista que presenta al Rey Sabio en una actitud tal de humillación y decaimiento ante el emir africano que es lícito pensar que el historiador árabe se dejó llevar en su narración de su partidismo musulmán para realzar de este modo la generosidad de Abu Yusuf Ya'qub con el monarca castellano. Porque, según el relato de Ibn Abí Zar, Alfonso X, apremiado por sus dificultades económicas, no sólo pidió a Abu Yusuf Ya'qub que le prestase las sumas que necesitaba para hacer frente a la rebelión del infante don Sancho, sino que llegó al extremo de entregarle su corona en garantía de los cien mil dinares que facilitó el emir de los Banu Marín. "No espero otros subsidios —le dijo Alfonso el Sabio a Abu Yusuf Ya'qub, según Ibn Abí Zar— que los que me concedas, ni confío en otras victorias que las que tú consigas. No me quedan otros bienes que mi corona. Es la de mi padre y la de mis abuelos. Tómala en prenda y dame el dinero necesario para reponer mi hacienda". De ser esto cierto, no podía, en verdad, llegar a menos un rey de Castilla que en tantas ocasiones había combatido valerosamente contra los musulmanes y que pasaba ahora por la humillación de tener que combatir a su hijo y heredero con el auxilio de los Banu Marín. Porque, mientras el infante don Sancho estaba en Ecija, Alfonso X y

Abu Yusuf Ya'qub, al frente de las huestes mariníes, se encaminaron a Córdoba (¿agosto?) y don Sancho tuvo que dirigirse a toda prisa a dicha ciudad, donde quedó sitiado por los Banu Marín, que combatieron los muros de la plaza y se entregaron por unos días a una implacable devastación de la campiña cordobesa.

Así, por los días en que Pedro III de Aragón se adueñaba de Sicilia, Abu Yusuf Ya'qub de Marruecos entendía a su manera la prestación de auxilio a Alfonso X de Castilla y, abandonando el asedio de Córdoba, se había dedicado a devastar los campos de Andújar, de Jaén y de Ubeda, para cruzar después el puerto de Muradal y, arrasándolo todo a su paso, mostrar al mundo islámico cómo un emir africano podía aún llegar en sus correrías por la España cristiana hasta los alrededores mismos de Toledo, e incluso avanzar hasta cerca de Madrid, y retirarse finalmente a Algeciras por causa de la proximidad del invierno. No obstante, esta campaña del marini Abu Yusuf Ya'qub será la última en que un ejército musulmán logre llegar hasta el centro geográfico de la Península. Y, entretanto, seguía la guerra civil entre los partidarios de Alfonso X y los del infante don Sancho, quien, a la alianza de su padre con Abu Yusuf Ya'qub, había respondido suscribiendo él a su vez un pacto de mutua ayuda con Muhammad II de Granada. Al bando del Rey Sabio acababan de pasarse su hijo el infante don Juan, que fue a reunirse con su padre en Sevilla, y algunos caballeros castellanos, como son Fernando Pérez Ponce, y la alianza de don Sancho con Muhammad II hubo de proporcionar a Abu Yusuf Ya'qub un excelente pretexto para simular que ayudaba al rey de Castilla mientras hacía la guerra a su enemigo nazari.

#### *Ultimos días del Rey Sabio*

En el año 1283 el reino de León y Castilla seguía desgarrado por la discordia civil entre los partidarios de Alfonso X y los de su hijo don Sancho, y el Rey Sabio, a quien de nada había servido el auxilio solicitado de Abu Yusuf Ya'qub, llevaba meses encerrado en su palacio de Sevilla, sin otra compañía que la de su hija doña Beatriz, reina viuda de Portugal. En esta situación, Alfonso X recibió por fin algunos subsidios de los que hasta entonces había solicitado en vano de Felipe III de Francia, pero el viejo y abatido monarca apenas si tenía ya iniciativa ni voluntad para tratar de imponer su autoridad regia al infante don Sancho y a sus seguidores, a pesar de que bastantes ciudades y villas le permanecían fieles y, entre ellas, algunas tan importantes como Sevilla, Murcia y Badajoz. Por aquellos días, Alfonso X era ya más que sexagenario y, al peso de sus muchas amarguras, desilusiones y fracasos, se unía ahora la

e de los años. Por eso, más que en luchar mas contra el infante don Sancho, el Rey camente pensó ya en el castigo del hijo se decidió a despojarle por vía testamenta- derechos sucesorios. Así, Alfonso X otor- illa (8 de noviembre de 1283) un testa- el que desheredaba y maldecía a don San- opio tiempo que disponía que la herencia leonés-castellano correspondiese a don Al- a Cerda, el prisionero de Játiva, y que, si hermano menor don Fernando morían sin ia, el heredero de León y Castilla fuese elipe III de Francia, como nieto que era de Castilla y bisnieto de Alfonso VIII. tamento, Alfonso el Sabio quería, sin dur- la deslealtad e ingratitud de todos sus excepción alguna, ya que todos quedaban le la sucesión al trono, y deseaba, en cam- se grato a Felipe "el Atrevido", enemigo de don Sancho y de su aliado Pedro III . Pero, en las circunstancias en que se en- l reino de León y Castilla, la deshereda- on Sancho resultaba más formularia que orque la autoridad del infante era ya de nocida por la mayor parte de la población eonesa, a pesar de lo cual parece que don seó llegar a una avenencia con su padre, isamente por los días en que abandonaba la el más temible de sus enemigos, Abu jub, quien dio por terminadas sus devas- rrerías por la España cristiana y, cargado egresó a Marruecos en el mes de noviem- 3.

nento otorgado por Alfonso X venía, en reconocer tardiamente la innovación en sucesorio del reino leonés-castellano que Rey Sabio había incorporado a las "Parti- lmitir éstas el llamado "derecho de repre- : pero hacía, en cambio, caso omiso de reglas sucesorias establecidas por aquella n jurídica, en cuanto, a falta de descen- los infantes de la Cerda, los tíos de éstos mados a la herencia del reino. Pero Al- bió pronto de darse cuenta de que las cir- hacían muy difícil, si no imposible, el ito de sus últimas voluntades y, en un co- testamento (22 de enero de 1284), admitió ad de que el infante don Sancho le sucedie- an el mismo dispuso que su corona "e otras es que pertenecen al rey" fuesen a su "aquél que con derecho por nos heredase el

nuestro señorío mayor de Castilla e León". En este codicilo, el Rey Sabio, menos alejado ahora de la realidad de las cosas, no excluía ya a todos sus hijos de la herencia, sino que atribuía al infante don Juan los reinos de Sevilla y Badajoz y a don Jaime el de Murcia, y preveía, además, la "gran desventura" de que su sucesor fuese el infante don Sancho. La verdad es que éste, de cuyo partido habían desertado sus hermanos don Juan y don Jaime, no deseaba ya otra cosa que reconciliarse con su padre, por mediación de su mujer María de Molina y de su hermana doña Beatriz de Portugal, y que esa reconciliación era también, según parece, el íntimo deseo del Rey Sabio. Sin embargo, padre e hijo no llegaron a avenirse, porque el infante don Sancho enfermó por entonces en Salamanca (¿febrero?), de tanta gravedad que incluso llegó a difundirse la noticia de que había muerto, y no pudo trasladarse en el momento oportuno a Sevilla, donde la noticia de su muerte llegó a Alfonso X, quien lloró amargamente al saberla, aunque su orgullo de rey y de padre ofendido le hizo responder a los que no comprendían aquel llanto por el hijo rebelde: "non lloro por el infame don Sancho, más lloro por mí, mezquino viejo", según las palabras que le atribuye su "Crónica". ¡Mezquino viejo, es decir, pobre viejo, en verdad, aquel sabio monarca castellano, que, después de haber aspirado a imperios imposibles, veía acercarse el término de sus días sin otro patrimonio que sus desengaños! Legislador y poeta, historiador y astrónomo, de poco le había servido a Alfonso X de Castilla un saber que no le había enseñado a gobernar los reinos heredados de su padre y para quien, en fin de cuentas, habían resultado letra vana estas palabras de sus "Siete Partidas": "Acucioso debe el rey seer en aprender los saberes, ca por ellos entenderá las cosas de raíz; et sabrá mejor obrar en ellas". Así, cuando apenas si podía ya llamarse rey más que de unas cuantas ciudades de sus Estados, Alfonso X enfermó en Sevilla y, ya en trance de muerte, parece que hizo saber a los que le rodeaban que perdonaba al infante don Sancho y a "todos los naturales de sus reinos el yerro que hicieron contra él". Poco después, el Rey Sabio comulgaba devotamente y su vida se extinguía el 4 de abril de 1284 en Sevilla, la ciudad que siempre le fue fiel y en cuya catedral se enterró su cadáver. Grandes habían sido, sin duda, los "saberes" que "acucioso", aprendió Alfonso de Castilla, pero, si "entendió las cosas de raíz" para "mejor obrar en ellas", como dicen las "Partidas", estas cosas no fueron ciertamente las cosas políticas.

**L**A MAYORIA cumplimos una función social a la que nos han empujado circunstancias de las que no nos hemos hecho conscientes y, en consecuencia, solemos desconocer, a veces gravemente, el significado profundo de nuestras tareas. De hecho, este significado sólo suele irse precisando en el ejercicio mismo de ellas, y únicamente en la medida en que este ejercicio se cumple con sinceridad. No me parece, pues, tiempo perdido utilizar esta coyuntura para hacer examen de conciencia en el ambiente semi-íntimo que ustedes me ofrecen y preguntarme en qué consiste la actividad científica, a la que me dedico, y cómo debe cumplirse para su mayor eficacia.

Ahora bien, ninguna actividad genuinamente humana se cumple en aislamiento; todas, por definición, están condicionadas por el ámbito social. Así, pues, mi examen de conciencia exige, complementariamente, el examen del ámbito social en que mis actividades se desenvuelven. Aunque bien sé que no es justo les pido que personifiquen ustedes el ambiente social que la ciencia encuentra entre nosotros. De este modo sentiré que mi conferencia salta de ser un monólogo frío a un vivo diálogo y que tiende a un provecho general y no particular mío.

El interés público por la ciencia se ha hecho (con algunos logros sensacionales como los antibióticos y los satélites artificiales) tan intenso y notorio que no voy a insistir sobre él. Todos saben que de la ciencia puede sacarse provecho general y todos temen que de ella pueda también derivarse un daño general de alcance incalculable. Así, pues, el público sigue con una mezcla de entusiasta pasión y de prevención angustiada los avances de la ciencia. Se leen con interés las obras de divulgación científica y han llegado a constituir un género las novelas de anticipación en que se fantasea sobre las posibilidades futuras de la técnica. Ahora bien, este rato en que vamos a estar juntos deseo reflexionar, no sobre los resultados de la investigación científica, sino sobre el ejercicio mismo de esta actividad. Pienso que, aunque el tema

tal vez no ofrezca tanto atractivo, tiene mucha más importancia efectiva, nos compete a todos mucho más directamente. Y ello por dos importantes razones.

### *La actividad científica y las restantes actividades humanas*

Una primera razón es que entender la actividad científica —el ejercicio de la investigación— contribuye en alto grado a entender la actividad humana en general. Si bien se mira, lo que distingue la actividad humana de la actividad de los animales es que, en éstos, el conocimiento del medio (la experiencia) que cada individuo va ganando en el curso de la peripecia individual no puede transmitirse a los otros individuos de la propia especie, si no es por la vía del ejemplo directo, y aún esto en contados casos. En cambio, el conocimiento de la realidad que adquiere cada hombre es transmisible como tal a otros hombres que así aprovechan la experiencia del prójimo. De este modo, cada hombre está protegido y orientado, en todas sus actividades no animales, por la experiencia, por los conocimientos, que han ido consiguiendo e incorporando al pensamiento común individuos humanos de un ámbito más o menos extenso y más o menos antiguo.

Precisamente lo que nos confiere a los humanos, por encima de nuestra naturaleza animal ancestral y básica, una nueva naturaleza (que, sin duda, como todos sabemos y olvidamos, en cuanto superior conviene que rija a aquélla) es nuestra aptitud congénita de engarzarnos en un medio colectivo, que nosotros mismos formamos, en el que la actividad debe estar informada y dirigida por una experiencia común que, nacida y estructurada por todos, cada uno debe esforzarse en enriquecer y en depurar en beneficio general.

Es evidente que todas las formas de actividad humana (nuestras reacciones ante la naturaleza y los seres naturales, nuestro comportamiento en las variadísimas formas de relación social, nuestro ejercicio de las actividades profesionales cualesquiera que sean, etc.) están informadas por experiencia humana general y se cumplen de un modo tanto más cierto cuanto más y mejor informadas estén por la experiencia colectiva. Sólo la profunda asimilación de

\* Conferencia pronunciada por el autor, jefe del departamento de investigación del Instituto Ibyss, de Madrid, en la Asociación Española de Mujeres Universitarias (Miguel Ángel 8, Madrid).

esta experiencia permite comportarse ante lo impre- visto con inteligente improvisación, con espontanei- dad. Se comprende, pues, que sirva de norma útil para toda forma de actividad humana el ejercicio de la investigación científica ya que ésta, por defini- ción, ha de apoyarse en toda la experiencia reunida por la humanidad sobre un tema dado con el propó- sito de extenderla.

Hay una segunda razón, inversa de la anterior y en mi sentir mucho más importante, para que tenga un gran interés público la consideración del ejercicio de la investigación científica. Esta razón es la estre- chísima dependencia en que está la investigación científica de las restantes actividades humanas, de modo que sólo un excelente concierto de todas estas actividades puede permitir un florecimiento real y fecundo de la actividad científica.

Un movimiento científico poderoso no puede fun- darse sino sobre una noble coordinación de las más diversas actividades humanas porque la ciencia no es una experiencia abstracta, sino la experiencia in- tegrada de toda la humanidad. Beneficia a todos y es un resultado último de la actividad de todos. El in- vestigador científico no hace sino ocupar un puesto y una función determinadas en una enorme tarea multitudinaria en la que todos han de cooperar y en la que, de hecho, todos cooperan tanto más eficaz- mente cuanto más perfecta es la coordinación de las múltiples actividades humanas, cuanto más iniciati- va y más pensamiento despierte esta coordinación en el ejercicio de cada una de ellas.

Para que florezca la investigación científica (por el alto nivel integrador de otras actividades que esta actividad implica) es indispensable que muy diver- sas actividades se cumplan bien, esto es guiadas por el pensamiento (racionalmente) conforme a la natu- raleza humana. Es evidente que el ejercicio de la actividad científica exige en quien la practica fe en el pensamiento, confianza plena en el resultado del juego del pensamiento, cuando la libertad de este juego no está impedida por pasiones personales de otro tipo. Esta fe en el pensamiento se basa en la convicción de que para cada problema hay una sola solución verdadera, que una vez descubierta se reve- la a todos como evidente; es decir, que nos impone la realidad por encima de inclinaciones y opiniones previas particulares. Pero, además, a esta fe la alien- ta la convicción (que yo, como científico, comparto y que podría razonar) de que estas verdades concretas indiscutibles, así nacidas del libre juego del pensa- miento, constituyen el único guía certero para la ac- tividad del hombre (hijo al fin de la realidad). Por nuestra misma índole, la fuente más segura de feli-

cidad está en someternos activamente, gustosamente, a este pensamiento integrador de voluntades, sacrifi- cando continuamente nuestros preconceptos equivo- cados y renunciando al error y al engaño.

Ahora bien, esta fe en el pensamiento, esta volun- tad decidida de ayudar a su progreso que se nos im- ponen como condiciones indispensables de la ac- tividad científica, son de hecho definidoras de la actividad humana en general. Son, por tanto, indis- pensables para que se cumplan (con el ajuste que pide la concurrencia científica) toda la completa gama de actividades sobre cuyo ejercicio coordinado los investigadores de vanguardia pueden únicamente sos- tenerse con firmeza y tenacidad en el frente real del progreso.

### *La investigación científica necesita la racionalidad del medio social*

Es, en efecto, muy fácil ver (más o menos clara- mente está en la conciencia de todos) que el progre- so de la ciencia necesita que en una amplia gama de otras actividades, en un extenso sector, se haya im- puesto socialmente el ir, sin partido tomado, libre- mente, a la verdad, de modo que, en todo momento, ésta sea manifiesta, y conduzca y contraste las deci- siones.

El ejercicio de la actividad científica percibe esta necesidad tan agudamente que dondequiera que se trabaje científicamente de modo sincero se constitu- ye un núcleo que se esfuerza (como condición misma de supervivencia) en extender un ámbito de racio- nalidad, es decir un ámbito de relaciones humanas conducidas por el pensamiento. Concretemos, ahora, en unos ejemplos esta necesidad que la investigación científica tiene de la racionalidad del ámbito social.

En primer lugar, es evidente que la investigación científica necesita personas sólidamente preparadas y de las convenientes aptitudes. Las cualidades de un investigador se desarrollan, en general, tarde y sólo en un medio adecuado. Naturalmente que a la uni- versidad incumbe despertar y fomentar estas cuali- dades, que al fin y al cabo no son sino la aplicación a un propósito particular, ampliar el frente del co- nocimiento, del ejercicio correcto y organizado del pensamiento. ¿Qué y cómo tiene que enseñar la uni- versidad para que los estudiantes descubran su vo- cación de investigadores y se seleccionen por su ap- titud para la investigación?

Ante todo, me parece que la universidad ha de en- señar la ciencia no dogmáticamente —como un sis- tema de conocimientos firmemente establecido que presentan los profesores como autoridades inapelables— sino críticamente o históricamente —como un sistema de conocimientos resultado de una enorme

suma de colisiones pequeñas de pensamiento humano y cuyo desarrollo es tal que, en general, sus éxitos verdaderos son fecundos en cuanto descubren la propia limitación e incitan nuevo pensamiento.

Sin duda, los profesores para dar esta enseñanza han de desplegar una gran iniciativa pedagógica. No pueden limitarse a conocer librescamente las opiniones científicas vigentes y a enseñar sus pruebas experimentales. Conviene que cada ley, cada fenómeno que se enseñe se relacione, no sólo con los hechos concretos que la apoyan, sino con los que la contradicen. Para que el profesor eduque al espíritu crítico de sus alumnos y fomente su iniciativa intelectual, sometiénola a la vez a autodisciplina, es importante que enseñe a mirar y contrastar mutuamente los fenómenos reales con el proceso del pensamiento humano y hacer ver éste como lo que realmente es: obra de todos a cuyo desarrollo, bien entrenados, todos podemos participar. A este fin, es esencialísimo que el profesor manifieste con la más veraz serenidad no ya las limitaciones de la sabiduría colectiva, sino muy especialmente las suyas propias. Es muy importante que el alumno perciba en el ejemplo vivo del maestro que del tosco barro de la mente individual el pensamiento colectivo (que alternativamente brinda problemas y medios cada vez más perfectos) consigue moldear obras sorprendentemente importantes, al parecer muy por encima de la aptitud del realizador. Así aprende la altísima lección de que la gloria y la satisfacción de la naturaleza humana no es sino engarzar libremente el ejercicio del propio pensamiento —por pequeño que sea— en el inmenso proceso del pensamiento general.

Claro está que esta aptitud de estimular la colaboración crítica de los alumnos y conseguir provecho real de ella (esto es, robustecer el pensamiento de los alumnos con el ejemplo del ejercicio de la propia debilidad) exige que los profesores sean hombres de ciencia que vivan profundamente las líneas de pensamiento operantes en sus disciplinas. Ahora bien, claustros universitarios de esta altura no pueden surgir sino de un ámbito social donde abunden los hombres de ciencia absolutamente entregados a la verdad y que los descubra y los aprecie.

Naturalmente que los hombres de ciencia no pueden ser llamados a la universidad sino por la labor realizada y por el modo ejemplar de haberla realizado. Criterio de selección que exige, a su vez, en los seleccionadores un pensamiento muy elevado e independiente. Parece que un modo conforme a la marcha de pensamiento de incorporar nuevos profesores podría ser que las personas autorizadas en las que la universidad delegara la selección actuaran no pasivamente sino activa y explícitamente. A este fin bastaría que su decisión se basara razonadamente en un estudio objetivo de la labor de todas las personas propuestas. Este estudio hecho público facilitaría a

toda persona interesada por la ciencia comprobar, no sólo la justicia e independencia, sino la información y la altura de pensamiento con que se efectúa la selección del profesorado. La selección de nuevos profesores vendría de este modo a exigir de los antiguos un esfuerzo de verdadera creación por el que servirían a la continuidad del pensamiento humano sobre lo efímero de la labor individual. Por otra parte, el derecho de juzgar de este tribunal tendría la contrapartida del deber de someter a juicio sus decisiones: norma importante, no sólo por ser justa y garantía de justicia, sino porque permite que se vaya afinando la aptitud crítica de los jueces, esto es que el tribunal aumente su experiencia.

Sea por el procedimiento propuesto o por otro similar, el desarrollo de la universidad no puede cumplirse sino por una exploración activa y una asimilación del pensamiento del país. Sólo una universidad que así se desarrolle devuelve a su vez al país un pensamiento de acuerdo con las necesidades vivas de él, y repercute favorablemente en el desarrollo de este pensamiento científico general.

No necesitamos señalar que no nos parece nada adecuado nuestro método actual de oposiciones. Para elegir personas cuya cualidad más destacada ha de ser enseñar con el ejemplo a someter los intereses personales a la busca de la verdad, resulta incongruente usar una prueba que lo que realmente aprecia (en el mejor de los casos) es la energía y la habilidad para imponer la propia personalidad en una lucha abierta con otras. En resumidas cuentas, este método parece convenir mejor para elegir personas capaces de poseer, propagar y defender el pensamiento constituido: para elegir profesores dogmáticos.

Recapitulando, la existencia de un movimiento científico necesita investigadores: éstos han de formarse en una universidad cuya enseñanza sea esencialmente crítica y no dogmática, en una universidad que fomente, que provoque la libre interacción del pensamiento y enseñe a percibir (en lucha consciente con los propios preconceptos) la ruta de la verdad: esta universidad ha de nutrirse y necesita del pensamiento científico general del país. No puede constituirse ni sostenerse con vida sana sin una actividad general del país presidida por un pensamiento racional.

En efecto, incluso una universidad científicamente progresiva como la señalada degeneraría necesariamente en cuanto se viera desasistida del conveniente ámbito social: de un ámbito capaz de ejercer una inspección crítica sobre la actividad universitaria y, sobre todo, capaz de acoger a los hombres de ciencia que la universidad forme, de aprovecharlos. Ningún artifice empeñado en una obra de creación puede

dirigir convenientemente su trabajo si no es por el examen de los resultados que vaya obteniendo. Sólo de la obra nace pensamiento creador de nueva obra. Según esto, una tal universidad ¿cómo podría dirigir su propio trabajo si no puede apreciar la eficacia de éste porque los licenciados que produce no son acogidos por el ámbito social para un trabajo creador? Cuando la sociedad no exige a las universidades un elevado rendimiento en profesionales superiores preparados (cuando la labor formativa de la actividad científica apenas se aprovecha), inevitablemente desaparece la concurrencia entre universidades y éstas actúan desmayadamente y degeneran. Les es objetivamente imposible depurar sus métodos pedagógicos ni ajustar sus enseñanzas a unas necesidades nacionales que colectivamente no se sienten. Desconectado de la realidad nacional, el cuadro de profesores más eminente imaginable no puede cumplir sino una labor abstracta (amenazada inevitablemente de caer en el dogmatismo) y en el mejor de los casos forma científicos cuyas cualidades y conocimientos resultan inapropiados para impulsar el progreso sobre las guías de la realidad autóctona. inmediata.

Hemos visto la estrecha dependencia en que está el ejercicio de la actividad científica con respecto al ámbito social en que aquélla se cumple, en cuanto, simplemente, a la formación de investigadores. No hace falta destacar ahora hasta qué grado necesita el investigador en activo la racionalidad general para poder desarrollar con provecho su iniciativa. El investigador científico profesionalmente es un descubridor de verdades generales preñadas de nueva verdad. Para que sus verdades alumbren otras verdades, necesitan ser acogidas por el ámbito de dos maneras. Una es informadamente, críticamente, esto es sabiendo apreciar exactamente los quilates de verdad de cada descubrimiento; y otra es con una aptitud racionalmente educada frente a la verdad en general, a saber con el convencimiento de que la verdad más amarga mitiga enormemente sus efectos (comienza de hecho a echar la base de felicidad) en cuanto es descubierta, entendida y abordada abiertamente, y que el error por ignorancia, por pasividad, por fraude, termina siempre cobrando a un precio altísimo el provecho inmediato.

#### *Cómo puede contribuir el científico a la racionalización de su medio social*

Preguntemos ahora ¿qué cabe hacer? Hemos visto que la racionalización del ámbito social necesita, como ejemplo y como conductor eficiente en muchas de sus actividades, de la investigación científica. Y

también que, inversamente, la investigación científica para prosperar necesita de un ámbito racionalizado. Lo anterior implica un círculo vicioso que se opone al desarrollo de la actividad científica incipiente, círculo vicioso que parece difícil de romper por la concurrencia de la investigación científica arraigada firmemente en otros países. Es, pues, momento de que nos preguntemos si es posible salir de esta situación y cómo hacerlo.

El hecho de que me dedique a la investigación y a la investigación en España, significa que, en mi opinión, es posible hacerlo. Es más, pienso se hará inevitablemente, está en la lógica de las cosas que suceda. Por paradójico que parezca, lo que hace inevitable el desarrollo de la actividad científica es que la racionalización del ámbito, el obrar conforme a pensamiento y conforme a pensamiento verdadero, está continuamente pugando por entronizarse en todos los niveles de actividad, en nuestro país, como en todos. Está operando, naturalmente, porque obrar sobre la experiencia humana y en cooperación con el prójimo de un modo presidido por la verdad significa, de hecho, vivir en un medio humano conforme a nuestra naturaleza y por tanto del único modo en que es posible una felicidad y satisfacción superior. Por ello, el hombre continuamente está procurando entender y además forzar el entenderse con los demás. Por tanto, aun las relaciones y las acciones humanas más irracionales están amasadas con una proporción creciente de racionalidad, y se enfrentan con la oposición de una racionalidad creciente; de modo que la pugna constante entre lo irracional (siempre conducido por un egoísmo mal entendido) y lo racional nos lleva a actuar unas veces racionalmente y otras a que se nos maneje irracionalmente o a obligar a que otros actúen irracionalmente. Cuando nuestra posición social hace agudos estos saltos de las acciones instintivas a las racionales y viceversa (sobre todo cuando las primeras se sufren) supone una fuente de descontento tan aguda que, seguramente, constituye la causa más frecuente de las psicosis.

Sea como fuere, cada hombre en todo momento en que no cae al nivel animal está tejiendo medio humano, está procurando (consciente o inconscientemente) racionalizar el medio. Sin duda en campos más o menos extensos, con móviles más o menos profundos, miles y millones de cabezas constituyen pequeños centros que continuamente expanden racionalidad (de mí sé decir que muchas veces el mero hecho de ver dos o tres personas hablando reflexivamente con animación, me da alegría, creo percibir que crean o reconstruyen mi medio natural); y estos focos de racionalidad, de estar dispersos, por el pasado, por la incomprensión, pasan a hacerse tan densos que se conectan y conquistan áreas crecientes para el pensamiento. Estas áreas, por conformes con la

naturaleza humana, se afianzan fuertemente y de modo inexorable preparan el clima que exige la investigación científica, el proceso del pensamiento integrado general. Por lo demás, la investigación científica extranjera, lejos de oponerse permite y ayuda, debidamente enfocada, a la investigación nacional.

Ahora bien, el saber que inevitablemente nos acercamos a un momento en que se impondrá, en bien general, una investigación científica firmemente enlazada con la vida del país, no nos exime de procurar ayudar ese acontecimiento. Bien al contrario, según lo dicho, a todos compete ayudarlo en cuanto cada uno, como ser humano, constituimos uno de esos focos pequeños de racionalidad que continuamente pugnan por potenciarse por la unión. Lo que me resta de tiempo deseo reflexionar llanamente acerca de cómo se puede trabajar en favor de ello complementariamente desde la investigación científica y desde el ámbito social de esta investigación.

Consideremos, pues, primero cómo conviene practicar entre nosotros la investigación científica para que ayude a fomentar la investigación y, asimismo, a extender la racionalidad general. En lo que sigue voy a usar como base de mi reflexión la experiencia personal.

#### *La selección de colaboradores*

Voy a enseñarles, en primer lugar, cómo entendemos y practicamos la ampliación de nuestro núcleo de investigación. Cuando por primera vez hace unos años se nos planteó la necesidad de buscar colaboradores, nos esforzamos en idear un método racional que conviniera con nuestra situación. El método tenía que descubrir en potencia las cualidades de un investigador y, además, ser justo y responsable. He aquí lo que, por último, decidimos: pedimos a sendos profesores de las distintas facultades (de ciencias químicas en este primer caso) que nos seleccionaran uno o dos recién licenciados en la facultad respectiva que consideraran los más destacados de su promoción: convocamos este grupo de preseleccionados y le leímos un trabajo de investigación nuestro, inédito, que ofrecía cierta dificultad, cierta novedad de concepto, aunque, por otra parte, estaba perfectamente al alcance del bagaje teórico de los licenciados. En días sucesivos me entrevisté cada día con uno de ellos sin límite de tiempo (cada conversación duró de 3 a 6 horas); en la entrevista, para la que procuramos un clima de gran libertad y confianza, se dio la iniciativa total del diálogo al concursante que preguntó cuanto quiso a fin de adquirir un conocimiento crítico del trabajo, de su fundamento, perspectivas, etc., tomando notas hasta que estimó que estaba bien enterado y no deseaba ni sabía preguntar más.

Como ven ustedes, la prueba ideada consiste en un

examen inverso del ordinario ya que se dio la oportunidad a cada concursante de que explorara a fondo mi propio conocimiento sobre el tema común. Al día siguiente de su prueba cada concursante, sin límite de tiempo y consultando todas sus notas (que pudo elaborar durante 24 horas), respondió a un cuestionario común para todos muy general e inequívoco sobre el trabajo discutido. Para terminar puntuamos a cada concursante con arreglo a dos cuadros de cualidades muy pensados (ponderando tanto la importancia de cada cualidad como la facilidad de apreciarla); en el primer cuadro recogí mi impresión del concursante inmediatamente que me separé de él y en el segundo, nuestro juicio del examen escrito. A todo concursante se le dio el derecho de comparar su trabajo con el de los concursantes admitidos y nuestros juicios correspondientes.

He de decir que la prueba resulta grata para los concursantes: el tener la iniciativa de las preguntas hace que no experimenten ninguna impresión de violencia, bien al contrario la prueba consiste en una especie de colaboración, en vez del antagonismo más o menos sordo de un examen de otro tipo. Realmente lo que se intenta medir es la eficacia de esa colaboración ante el pensamiento del grupo de investigación, que anuncia la futura labor en equipo. Que la prueba establezca y se cumpla en un clima agradable no quita que sea muy intensa, sobre todo para el que hace la selección (una de las tres veces que la he practicado me llevó un mes de incesante trabajo); en efecto, hay que someterse pasivamente, y sin embargo prestando un eco vivo y alentador, a una continua pesquisa del propio pensamiento, pesquisa que unas veces se practica por vehementes y certeros sondeos en direcciones imprevisibles y otras por una pausada exploración, pero cuyo método sentimos casi físicamente y que igualmente nos extrae el pensamiento adquirido; y ello contrasta con otras exploraciones vacilantes y someras. De hecho se percibe pronto el techo del pensamiento del concursante al que él se acerca rápida o lentamente pero que una vez alcanzado no puede rebasar por mucho que insista. Ahora bien, la dureza de la prueba queda sobradamente compensada por la imagen directa que ofrece de la capacidad de orientación mental, de la profundidad de juicio, de la continuidad de pensamiento, del rigor, de la receptividad y de la capacidad crítica, cualidades esenciales para el hombre de ciencia. De hecho, la prueba en nuestras manos ha dado resultados excelentes.

Deseo, por último, hacerles notar lo que he llamado justicia de la prueba; no se trata sólo de dar garantías contrastables de que se eligen los que satisfacen mejor la prueba (ya que esto lo aconseja nuestro interés y, sobre todo, una elemental honradez); la prueba hace que recíprocamente también el examinado examine al examinador. le permite for-

marse un juicio de quien en el futuro habrá de dirigir su labor y, así, desecharlo de antemano si percibe que su pensamiento es ajeno al propio o inepto.

### *El trabajo científico en equipo*

Naturalmente que la atención prestada a la elección de colaboradores y a las cualidades que se espera de ellos depende de nuestro modo de entender la investigación científica y cómo practicarla en equipo. La investigación científica ha de cumplir, por definición, una labor creadora (ha de tejer pensamiento, conocimiento original); pero, por otra parte, esta labor creadora ha de apoyarse sobre todo el conocimiento pertinente acumulado por la humanidad y extenderlo noblemente por las líneas que piden su desarrollo y no baldíamente; de este modo, la labor creadora ha de apoyarse en una disciplina mental enérgica. Este crear sobre la realidad exige, no ya personas dotadas de imaginación y de rigor mental en su trabajo, sino un conjunto de personas cuyo trabajo se armonice de modo que posea las dos capacidades (en cierto modo complementarias y antitéticas) de poseer el pensamiento vigente, adquirido, y, sin embargo, de reaccionar constantemente contra él a fin de corregirlo y ampliarlo.

Voy a procurar dar una noción de cómo, en líneas generales, entiendo la organización de un equipo de investigación científica. El ideal de esta organización conviene, en mi sentir, al de la organización de conjuntos humanos para otros diversos fines. La organización ha de descubrir y potenciar al máximo la iniciativa individual si bien encauzándola debidamente: este encauzamiento corresponde a la dirección del equipo, dirección que no merece su autoridad (que no la posee de derecho) si no personifica en todo momento la experiencia adquirida, el pensamiento y la voluntad colectivas. Naturalmente, esta integración de pensamiento y de voluntad exige que en el interior del equipo se contrasten críticamente de modo continuo las opiniones que se van formando en cada uno de los miembros, a fin de que de la constante colisión de los pensamientos individuales (enfocados muchas veces unilateralmente) vayan surgiendo conclusiones superiores y problemas a los que abordar organizadamente. En una palabra, la labor en equipo exige un hondo sentido de colaboración que sólo se consigue cuando el trabajo constituye la entrega a una labor superior a la individual y, a la vez, en ésta no se pierden los contornos, los objetivos ni los resultados de la propia tarea particular.

Para que una organización cualquiera trabaje en equipo, pensamos que la dirección de ella debe dar plena iniciativa (plena confianza) a la labor particular y no obstante estar pendiente de ella, sentirla vital para el propio desarrollo; recíprocamente, la labor particular debe sentirse personificada en la di-

rección, percibir que en ella (como plasmación de una experiencia, de un pensamiento elaborado entre todos) adquiere pleno sentido y eficacia el logro particular.

Volviendo al caso concreto de la organización de la investigación científica, parece indudable que los miembros del equipo (el jefe del equipo, los jefes de laboratorio o sección, y los investigadores) deban estructurarse según el nivel teórico de los problemas en que se ocupan. Bien entendido que la altura del nivel no prejuzga de la originalidad, iniciativa y talento con que se trabaje en él; sino que lo que de hecho implica (o debe implicar) es una genuina especialización. En cualquiera de los tres niveles dichos de trabajo hay que cumplir, guiado por la propia iniciativa, labor original, de creación; ahora bien, el investigador que se ocupa de un problema concreto experimental se enfrenta directamente con un aspecto muy particular de la naturaleza, lo que exige, en general, un conocimiento especializado y un gran entrenamiento técnico. Es casi inevitable que el sostenimiento de la atención (la educación de la observación) sobre fenómenos particulares y el dominio creciente de una técnica que condiciona ya un tipo de problemas distraigan al investigador de atender continuamente a contrastar el valor de sus resultados con el proceso general del pensamiento científico para evitar que su experimentación se trivialice. De este riesgo, tan extendido en la investigación actual, debe proteger la labor en equipo. Por el contrario el jefe del equipo debe especializarse como labor genuina en contrastar continuamente los problemas del equipo con el proceso general del pensamiento científico; esta labor tiene por su parte el riesgo de desvincularse de la realidad y por ello agotarse o volverse abstracta. Una buena organización en equipo potencia mutuamente ambas especializaciones; dota continuamente el trabajo experimental de un pensamiento teórico alerta que le ofrece una problemática significativa para el progreso, y, a la inversa, somete la labor teórica al contraste crítico y a las sugerencias del examen directo de la naturaleza.

### *La elección de problemas de valor social*

Planteémonos, ahora, la cuestión, muy relacionada con lo anterior, de cuáles son los problemas a que debe dedicar su esfuerzo un equipo de investigación. Cuestión delicada a la que no puede darse una respuesta simplista. En líneas generales, un equipo de investigación debe atacar los problemas más profundos cuya solución esté a su alcance. Debe abandonar el caso particular por el estudio de la ley y la ley particular por la general. Como norma todo lo aconseja: la ciencia se guía por la actividad humana y persigue fines prácticos e indudablemente el alcance práctico de lo general incluye el de lo par-

ticular. Así, pues, habitualmente lo más económico es ahorrar experimentación mediante una enérgica elaboración mental para elevar la altura teórica de los problemas.

Lo dicho es cierto y debe presidir activamente la tendencia de toda investigación científica, constituyendo su estrategia. Pero hay que tener muy en cuenta que todo equipo de investigación trabaja en un determinado ambiente social del que forma parte integrante, que le sostiene y al que debe servir. No cabe duda de que las posibilidades y necesidades científicas generales de su ámbito deben condicionar la elección de problemas, la táctica del equipo, para que éste vea acogido su trabajo y pueda irlo elevando paulatinamente contribuyendo, a la vez, a la racionalidad general.

En la elaboración de sus planes de trabajo el equipo debe, pues, armonizar su esfuerzo para empujar el avance científico universal del modo más eficiente posible (esfuerzo que debe presidir su estrategia) y la consideración continua de los problemas científicos nacionales (que debe presidir su táctica).

En un ambiente de gran densidad científica, capaz de acoger con mucha sensibilidad y ponderación todo brote de pensamiento, llegarían a confundirse la estrategia y la táctica. Los equipos coordinarían fácilmente sus tareas según la altura teórica de sus problemas respectivos y de este modo se lograría el máximo progreso científico general. Pero este caso, de numerosos equipos cubriendo todos los niveles teóricos de la problemática y estableciendo entre ellos una división de funciones análogas a la postulada entre los investigadores en el interior de un equipo, es un caso ideal, del que se está lejísimo incluso en los países más progresivos. Todo equipo debe tener presentes las condiciones de su ámbito real. Para no ser utópico y a la vez sacar todo el provecho posible de su actitud debe inquirir sistemáticamente los problemas nacionales (no hacer un trasplante obtuso de los extranjeros), y, aunque estos problemas estén por debajo de la altura teórica, abordarlos decididamente.

Sin duda esto disminuirá la eficacia con que el equipo contribuya al progreso científico universal, pero esta merma de eficacia se verá compensada con creces con la contribución del equipo a la racionalidad general del ambiente, a la costumbre de resolver por sí eficazmente y conforme a razón los problemas. Hay que ser hijos tanto del lugar como del tiempo y saber profundamente que no cabe progreso particular que rebase, al menos en un entorno extenso, el grado de progreso general del país en un momento dado.

### *Cómo se puede contribuir, desde el ámbito social, al progreso de la ciencia*

Hemos reflexionado someramente sobre el modo

de practicar la investigación científica que —por su conformidad con la naturaleza de esta actividad— la hacen eficaz y contribuye a racionalizar el ámbito social. Falta considerar, necesariamente de modo muy sucinto —apuntando ideas—, el problema inverso e igualmente importante que nos atañe a todos: a saber, cómo se puede contribuir desde el ámbito social al progreso de la investigación científica.

Un primer modo, muy positivo, es cambiar radicalmente nuestra actitud ante la ciencia y decidimos a ocuparla y ayudarla todos desde dentro de ella. Hay pues que luchar contra la noción mágica, hoy en buena parte imperante, de la ciencia. Impugnar firmemente la opinión de que la ciencia es obra misteriosa de una minoría cuyo pensamiento está separado por un abismo insondable del pensamiento común. Para este prejuicio difundido, la ciencia es algo surgido de pensamiento común, pero que, de pronto, se animó de una prodigiosa vida autóctona, sustantiva, que ha terminado desvinculándolo del pensamiento general que inicialmente lo nutría. La ciencia, para este sentir, es obra de una clase especial de hombres de facultades y conocimientos extraordinarios a los que, de un modo necio se ha dado en llamar sabios. Estos sabios mágicamente separados de la actividad y del pensamiento generales, segrean la ciencia.

Naturalmente esta idea de la ciencia es totalmente falsa, se opone diametralmente a la naturaleza del proceso científico. Puede nutrir la vanidad científica pero es perfectamente anticientífica. La ciencia, como enseñanza general, nos impone el hecho de que todo ser está sostenido (sostenido coherentemente) por el proceso de su ámbito. Y el proceso del pensamiento científico no contradice esta conclusión general de la ciencia. La ciencia progresa codo a codo con el progreso del pensamiento general y éste con el de la actividad general, social. Lo que define la naturaleza humana es la racionalidad general (la que todos usamos cuando actuamos como hombres de acuerdo con la experiencia humana): y sólo sobre el progreso de esta racionalidad y como aspecto, o resultante, superior va avanzando en vanguardia la ciencia. (La ciencia en cada momento y país tiene la misma edad que la racionalidad general.) No nos engañemos, por consiguiente, no son hombres dotados de cualidades intrínsecas extraordinarias lo que necesita la ciencia para su progreso, sino hombres dotados de un favorable medio humano que todos progresivamente hemos de formar en beneficio de las aptitudes individuales.

En lo que respecta a mi íntima experiencia puedo decir que, por hábito ya hecho consciente, procuro contrastar continuamente mi pensamiento científico con mi pensamiento general. Es decir, mi yo cientí-

fico (el hombre que estudia especializadamente un pequeño aspecto de la realidad) no encuentra crítico más certero que mi yo humano simplemente (el hombre que se esfuerza en poseer organizadamente el pensamiento general de mi momento y de mi país). Me sentiría bajo el efecto de una insufrible desarmonía interna si no fuera así: y, de hecho, puedo decir que un mismo sistema de pensamiento preside mi pesquisa científica, mi modo de entender mi propia actividad de que he procurado dar idea, y mi modo general de entender la realidad. Hay más, la idea, básica de la ciencia, de la coherencia de los procesos de la realidad (coherencia que permite que los conocimientos antes inconexos se vayan integrando en teorías cada vez más generales) hace que en esta aplicación del pensamiento científico a la vida —en esta racionalización del ámbito—, y en la enseñanza que del conocimiento general logro sacar para mi conocimiento científico, encuentre el único sintoma seguro de que mi pensamiento progresa debidamente.

Por eso en cuanto científico siento muy agudamente la falta del impulso, por sostenimiento o por rectificación, que el pensamiento científico propio podría recibir de un pensamiento general vivo y crítico. Por ello sé también que todos podemos ayudar eficazmente a este impulso.

Actualmente comienza a propagarse entre nosotros (más ostensiblemente que con efectividad) el mecenazgo científico. A mí me parece que este mecenazgo, si no nace de una asimilación profunda del pensamiento al que se ayuda, es casi ofensivo y en líneas generales muy poco operante. Lo que realmente necesita el progreso de la verdadera ciencia es el eco fecundador del pensamiento; y cuando éste se da, el mecenazgo eficaz deja de llamarse mecenazgo. Pues bien, todos podemos contribuir a que se produzca este eco si desnudados de todo respeto irracional nos decidimos a acercarnos, armados del pensamiento general, al conocimiento científico. Por lo demás sólo por el libre y habitual juego de la crítica se de-

senvuelve el pensamiento general y sólo por éste resulta posible un avance real (en profundidad, no aparente, o sólo en extensión) del conocimiento científico.

Así, pues, del examen de la actividad científica, como del análisis de cualquier otra actividad humana, se saca una lección de profunda solidaridad. A veces se oye decir que la ciencia actual, a semejanza del arte actual, es desintegradora. Pero, indudablemente, no lo es, como no lo son el arte y ciencia verdaderos de ningún momento. Ciencia desintegradora puede serlo la ciencia hecha, que se ha vuelto privilegio de unos pocos. Nunca la ciencia en desarrollo, la ciencia viva que sólo puede progresar con el concurso de todos.

De este modo, la actividad científica verdadera está estrechamente vinculada con la actividad y con el proceso del pensamiento generales del propio país. Necesita del concurso del país entero pero debe, a su vez, reaccionar continuamente sobre éste. A mi modo de sentir hay un solo modo legítimo de estar orgulloso del propio país, como de la propia familia, y es cuando siguiendo su tradición nos sentimos factor de concordia y de cooperación humana. El movimiento del pensamiento ejercido por interacción crítica, nos enlaza con todos, nos hace percibir la dirección de su corriente, nos organiza para la acción; nos hace sentirnos una pequeña parte del enorme medio humano, pero una parte tal que consigue integrar en cada persona el profundo y cambiante sentido del conjunto.

En conclusión, en provecho de la actividad científica es necesario sacar estas conclusiones afirmativas: 1), que cuanto yo puedo hacer de humano es en virtud del ámbito humano que me rodea; 2), que una acción mía, cualquiera que sea, conforme a racionalidad, repercute sobre mi ámbito humano y ayuda a su progreso; y 3), que no cabe en ninguno de nosotros actividad operante, útil, si excede, si insolidariamente se despega de su ámbito de pensamiento.

*Del álbum de la Residencia*

*May the Gods of the Sky Grant me wings  
 As These in flight. This is my wish  
 Yours.*



132122

*Howard Carter  
 May 1928*

*Autógrafo de Sir Howard Carter.*

## El uso del cine en psicoterapia de grupo

**E**L INTERES despertado en los círculos psiquiátricos por la psicoterapia de grupo se ha manifestado en una rápida evolución de las técnicas empleadas ante el deseo de perfeccionar e intensificar los resultados terapéuticos. Entre las varias innovaciones introducidas, la terapéutica por el cine, imaginada por nosotros, ha sido la primera de una serie que hemos llamado de "proyección", diferenciándola así de otras más clásicamente analíticas o "pedagógicas".

En sus comienzos los grupos eran "dirigidos" por el terapeuta que, en forma más o menos magistral, trataba de familiarizar al grupo de enfermos con la naturaleza y la psicogénesis de la formación de los síntomas neuróticos y de las manifestaciones sintomáticas de tipo somático que acompañan las alteraciones emocionales.

Rápidamente observamos que cuando el terapeuta se desprendía de la rigidez pedagógica y permitía un libre intercambio de opiniones entre los enfermos y con él mismo, el interés del grupo se intensificaba y se podía apreciar que la discusión conducía a mayores posibilidades terapéuticas que la simple "conferencia" que a lo sumo podría sólo efectuar en los enfermos una toma de conciencia intelectual de su estado, pero sin la necesaria abreacción emocional. En vista de esta experiencia, enseguida nos decidimos a sustituir la técnica *pedagógica*, hasta entonces clásica, por la de la discusión libre, en la que la intervención del terapeuta se dirigía, fundamentalmente, a estimular y provocar la libre discusión entre los enfermos, limitando su actuación lo más posible, a ciertas interpretaciones a fin de conducir la discusión en el sentido eficaz que pudiera llevar a la aceptación, por los enfermos, de las motivaciones inconscientes de sus manifestaciones neuróticas.

Sin embargo, una observación de la conducta del grupo durante el período de terapéutica pedagógica, nos condujo a imaginar un cambio de orientación de la técnica con la que esperábamos poder alcanzar mejores resultados. Esta observación fue provocada por el hecho de que habíamos utilizado, a fin de facilitar la comprensión de las explicaciones ofrecidas, grandes láminas murales en las que, con la colaboración de un artista interesado en nuestro trabajo, presentábamos de una manera esquemática, no sólo

la anatomofisiología de los grandes sistemas (endocrino, digestivo, nervioso, etc.) sino también algunos de los mecanismos de defensa del yo, que representábamos arbitrariamente en forma plástica y archisimplificada.

Enseguida nos dimos cuenta que la discusión entre los enfermos se determinaba más por los elementos sensoriales visuales, color, forma, espacio, etc., que por el contenido ideológico de las láminas. En otras palabras, el enfermo bajo la influencia de la regresión operada en el grupo y utilizando percepciones visuales como estímulo, *proyectaba* sus propias memorias, ansiedades y conflictos en la discusión, de manera semejante a como proyecta el sujeto estimulado por las manchas del test de Rorschach, o las láminas del test de la apercepción temática. Fue entonces cuando se nos ocurrió la idea de utilizar películas cinematográficas, especialmente producidas para este objeto. Pensábamos que la confrontación con las imágenes visuales, auditivas y kinéticas de los films, y en virtud de la estimulación sensorial producida, podría provocar en el sujeto la movilización de los sistemas defensivos del yo y de los mecanismos de formación de síntomas, así como la expresión de recuerdos reprimidos, de manera semejante a cómo las experiencias diurnas se utilizan y se proyectan en la pantalla del sueño para la expresión plástica de memorias reprimidas.

Con la ayuda económica del Ministerio de Asistencia Pública del Canadá, y la técnica de la Oficina Nacional del Cine, pudimos producir una serie de cuatro films, basados en historias clínicas de nuestra experiencia, en los que presentábamos a grandes líneas el desarrollo de la formación de los síntomas y de la personalidad neurótica, tal como nos había sido revelada a lo largo de las sesiones psicoterápicas mantenidas con el enfermo. Decidimos, a fin de ofrecer una mayor impresión de espontaneidad y realismo, que los actores no fueran profesionales, sino escogidos entre aquellos individuos que, por estimar que pudieran tener cierta afinidad emocional con los personajes principales de la película, produjeran una mejor dramatización. El argumento, basado como indicamos en historias clínicas bien conocidas por nosotros, lo desarrollamos en un diálogo y comentario también escrito por nosotros mismos, con

la ayuda y colaboración de varios colegas del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de McGill de Montreal.

La primera de estas películas que se tituló *Mecanismos de Rechazo* y de una duración de unos 20 minutos, nos sirvió de base para el experimento, observación y estudio de las posibilidades terapéuticas, algunos de cuyos resultados presentamos a continuación. En vista de los resultados positivos obtenidos, a esta primera película siguieron otras tres que respectivamente presentaban los mecanismos de desarrollo de actitudes de *dependencia, hostilidad y depresión*.

La técnica empleada para la utilización terapéutica de las películas consistió en anunciar primero, en una reunión del grupo, que en la próxima se proyectaría una película que esperábamos pudiera facilitar la toma de conciencia de mecanismos inconscientes de los miembros. A la reunión siguiente, una semana después, todos los enfermos acudieron en un gran estado de impaciencia y de excitación. Terminada la proyección de la película, se organizó la discusión en el grupo durante una hora, limitándonos nosotros a estimular la participación de los miembros a expresar libremente sus sentimientos y reacción a la película, al mismo tiempo que una secretaria registraba taquigráficamente la discusión.

Inmediatamente pudimos confirmar que el cine provoca en el individuo, en el grupo, una reacción semejante a la de las experiencias diurnas en la proyección onírica. El grupo se sitúa frente a la película en forma análoga a la que adoptamos cuando nos disponemos a dormir. Como en este caso, existe una semejante regresión narcisista que en el grupo se suma, como demostró Freud, a una sumisión semejante a la del hipnotizado, debido a la presión sugestiva que los miembros sienten que reciben del terapeuta.

Como es sabido, el contenido latente de los sueños está basado en arcaicas memorias infantiles que tratan de expresarse. Estas memorias se movilizan por las experiencias diurnas, y de éstas el sujeto escoge aquellos elementos que le son apropiados para construir su sueño. Si los pensamientos se transforman en imágenes visuales en el sueño es, según Freud, debido a la atracción producida por el recuerdo visualmente representado, que intenta resucitar sobre los pensamientos que se han desconectado de la conciencia y que luchan por manifestarse. Las imágenes visuales kinéticas y auditivas de nuestras películas facilitan grandemente este tipo de trabajo en el inconsciente, no sólo debido al contenido de las ideas sino, sobre todo, porque el elemento sensorial, especialmente el visual y auditivo, atraviesa el sistema preconscious y sus defensas y establecen contacto con huellas pnémicas reales de la infancia que se eliminaron de la conciencia por represión.

En la pantalla, como en el sueño, el sujeto ve pen-

samientos y emociones representados plásticamente por imágenes visuales en movimiento. Envidia, rivalidad, celos, agresión y hostilidad, así como amor, ternura y cariño dejan de ser conceptos o palabras que fácilmente pierden su contenido emocional, para convertirse en imágenes concretas dramatizadas en una *acción*, tal como sucede en el sueño, y como en éste, las imágenes aparecen cargadas de energía instintiva. Además, en la situación del grupo terapéutico, el sujeto siente que estas imágenes le han sido *dadas* a él, ofrecidas, por decirlo así, con amor y se siente animado a expresarse él mismo con menos restricciones, prohibiciones o limitaciones que las impuestas por su propio neuroticismo en situaciones ordinarias.

Los miembros del grupo regresan, debido a estas circunstancias, al estado *oral pasivo*, y las imágenes vistas y oídas en la película se incorporan por los ojos y oídos, que se han *oralizado*, por decirlo así. Esta incorporación se realiza igualmente tanto con los objetos-imágenes queridos, como con los odiados. El sujeto absorbe los diversos personajes de la película: ama, odia y ríe cuando el personaje ama, odia o ríe. Esta integración de sí mismo con la imagen percibida, facilita la toma de conciencia de la existencia en el paciente de idénticas emociones e impulsos, sin que sienta excesivo miedo o culpa. Este proceso es también importante en la movilización de recuerdos. El peligro de un excesivo *acting out* de afectos queda parcialmente controlado, porque el sujeto utilizando proyección y desplazamiento como mecanismos de defensa, deja al objeto-imagen actuar en lugar de él, y gratifica en forma vicariante los impulsos del *ello*, al mismo tiempo que se siente protegido contra el peligro de llevarlos él mismo a la acción. Estos dos mecanismos ayudan también al enfermo a sentirse protegido contra la angustia producida por la *intensidad* de sus impulsos, asociados a los recuerdos infantiles que tan poderosamente emergen durante la confrontación con la película. Naturalmente que existen otros factores, tales como la organización del grupo y las identificaciones con los diversos miembros del mismo que le ayudan a sentirse seguro y tranquilizado, no obstante la gran exaltación de los sentimientos e impulsos provocados por la experiencia cinematográfica.

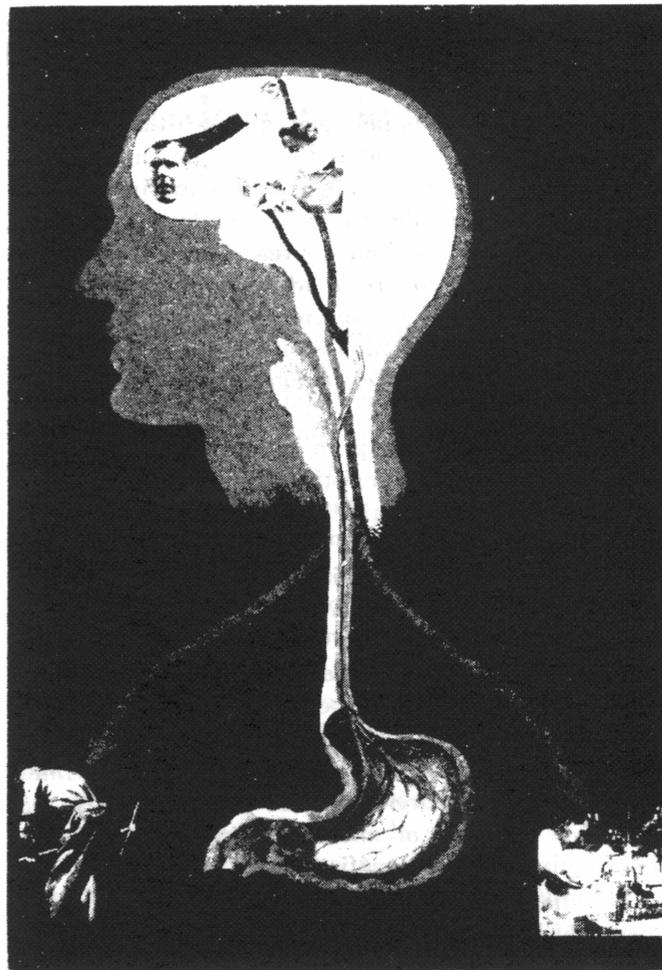
Sin embargo, si el terapeuta no procede con cautela, es posible que la experiencia pueda acarrear dificultades tanto al paciente como al grupo. El grupo, como unidad, experimenta hacia el terapeuta sentimientos hostiles y agresivos, especialmente al final de la representación cinematográfica, a pesar de que los miembros, individualmente, no sean conscientes sino de afecto y consideración hacia él. Al terminar la proyección de la película, cuando se ilumina de nuevo el salón, el grupo reacciona inmediatamente con desencanto y resentimiento, simple-

mente porque sus tendencias pasivas orales han dejado de ser gratificadas. El terapeuta deja de ser automáticamente un proveedor *maternal* de alimentos narcisistas, y el grupo se siente, en cambio, como si aquél le exigiera algo en recompensa. En general, la hostilidad debida a la frustración oral-pasiva domina sobre el sentimiento de sentirse obligado a comportarse a la altura de lo que el miembro, como el grupo, consideran ser las esperanzas del terapeuta.

Este período de transición, hasta que el grupo vuelve a recuperar el estado emocional anterior a la experiencia cinematográfica, está, como decimos, sobrecargado de hostilidad y angustia. Es en este momento cuando el terapeuta necesita hacer uso de su habilidad para evitar excesiva expresión de agresividad que pueda desintegrar la unidad terapéutica del grupo, sin que se obstaculice el efecto beneficioso sobre el enfermo de adquirir conciencia de su sentimiento de hostilidad. El terapeuta debe vigilar especialmente aquel o aquellos miembros que hayan demostrado más capacidad destructiva hacia el grupo, porque se puede producir muy fácilmente una identificación con él del resto de los miembros, con gran detrimento de la posibilidad terapéutica. No es muy difícil para el terapeuta experimentado, controlar esta situación por medio de interpretaciones.

En general, al terminar la proyección, sigue un período de silencio que es una expresión de la perplejidad del yo que se encuentra cogido entre la cantidad y diversidad de estímulos sensoriales de un lado, y de otro por la movilización de los recuerdos arcaicos que se han recargado de energía instintiva. El grupo se siente frustrado de una manera semejante a como se siente el sujeto a quien despiertan bruscamente en lo mejor de su sueño. Y de igual manera que el soñar es el mejor guardián del dormir, así la película ejerce análoga acción sobre el grupo que se siente, al terminar la película, irritable y frustrado por sentirse privado de esta gratificación narcisista.

El silencio se utiliza también, secundariamente, para expresar el resentimiento y hostilidad hacia el terapeuta a quien se hace responsable de esa frustración. Pasado este breve período, los miembros empiezan a expresar opiniones relacionadas con la película, particularmente desde el punto de vista de la técnica, tanto fotográfica, como de la actuación de los personajes, estableciendo comparaciones, naturalmente derogatorias, con las películas que ordinariamente se proyectan en los cines. El sonido y la música también se utilizan para expresar su hostilidad en forma de crítica. El terapeuta tiene que darse cuenta, también, de que, análogamente, los sentimientos de aprobación pueden expresar una defensa contra sentimientos de culpa por hostilidad reprimida. Otra manera como el grupo manifiesta hostilidad es, cuando en la discusión que sigue a la película, tra-



Ejemplo de las láminas murales ideadas en los comienzos de nuestra experiencia con psicoterapia de grupo para facilitar la comprensión de la formación de síntomas somáticos que acompañan algunos estados neuróticos. En esta lámina se trata de explicar esquemáticamente el mecanismo de los síntomas gástricos de origen psicógeno.

Los sentimientos arcaicos infantiles reprimidos de naturaleza oral-pasiva, han sido representados plásticamente, por la madre alimentando a su bebé y localizados, arbitrariamente, por razones didácticas, en las regiones subcorticales del encéfalo. Cuando estos sentimientos tratan de alcanzar la conciencia, localizada, también arbitrariamente, en la región frontal, provocan una reacción violenta del super-yo (representado por una cara adulta de expresión indignada) que ordena a la corteza motora del cerebro una conducta totalmente opuesta a la reprimida, en forma de trabajo activo, intelectual o manual. Pero los sentimientos orales-pasivos no satisfechos, estimulan el sistema neurovegetativo y producen una hiperactividad visceral gástrica, representada plásticamente por la cara del bebé llorando localizada en el antro pilórico.

tan de eliminar toda referencia a la misma o al terapeuta *responsable*. En este caso, es frecuente observar que el material de discusión está asociado a la relación con los padres, los superiores en autoridad o en conocimiento, como la expresión de una protesta contra un *super yo* infantil y totalitario. Cuando esto sucede, el grupo debe ser estimulado a discutir el material con la máxima libertad de expresión. La interpretación dada por el terapeuta de que todos estos sentimientos se hayan dirigido inconscientemente hacia él mismo, produce, en general, un resultado beneficioso inmediato. Los miembros del grupo admiten fácilmente la interpretación de la transferencia entre sorpresa y broma, y ello les permite expresar sus sentimientos más abiertamente y con menos culpa y angustia.

El análisis de los comentarios de los pacientes recogido taquígraficamente durante la discusión, demostró que la película había producido una gran reacción catártica con gran abreacción de afectos, demostrada por intensas identificaciones narcisistas, la movilización de recuerdos y la expresión de impulsos suprimidos, en su mayoría de naturaleza agresiva. También produjo una cierta toma de conciencia sobre el origen infantil de estas actitudes, así como de la necesidad de desarrollar mecanismos más de acuerdo con la realidad. Esta respuesta del grupo la consideramos facilitada por dos factores: la película de un lado, y de otro la situación del grupo, en la cual, como es sabido, el individuo siente sus defensas y resistencias narcisistas fuertemente debilitadas. Como consecuencia, se produce una regresión en la que se utilizan mecanismos más primitivos de proyección y desplazamiento de afecto. Las intervenciones e interpretaciones del terapeuta se aceptan con cierta facilidad, consiguiéndose que esta regresión pueda ser utilizada *al servicio del yo*, lográndose de esta manera una mejor toma de conciencia y un más intenso contacto con la realidad objetiva a expensas de la subjetiva e infantil de la mentalidad neurótica.

#### *Reacción tardía*

Nos interesamos también en investigar la intensidad y la duración del efecto producido por la película, y para ello hicimos circular entre el grupo de trece enfermos que habían asistido a esta primera proyección, un cuestionario *seis meses después*, insistiendo en que describieran con absoluta sinceridad, sus opiniones acerca de la película, y sobre si creían que la proyección les había producido alguna reacción emocional (beneficiosa o perturbadora) o si les había dejado indiferentes. En caso afirmativo, deberían indicar en qué sentido creían que les había influido. La primera observación interesante fue el comprobar la exactitud con que los enfermos recordaban la película aun en sus más insignificantes detalles. Si tenemos en cuenta que la duración de la película fue sólo de 20 minutos y que el plazo transcurrido fue de seis meses, es forzoso reconocer que el impacto emocional producido fue profundo e importante. También resultó muy interesante la observación de que cada paciente acentuaba aquella parte, escena, o personaje de la película que se relacionaba más directamente con sus conflictos y mecanismos de defensa personales. En ocasiones, un detalle de la película, de brevísima duración, como por ejemplo cuando el personaje principal, en una escena infantil, se lleva el dedo a la boca en una situación de frustración, fue retenida por el paciente y utilizada para la toma de conciencia de situaciones semejantes de su infancia y sus manifestaciones en la edad

adulto. La mayoría de los enfermos manifestaron haber recordado la película, o alguna de sus escenas, con motivo de alguna experiencia actual de su vida diaria, y afirmaban que esta asociación les había sido muy beneficiosa para la comprensión de su reacción emocional a dicha experiencia. He aquí ejemplos de algunas de las respuestas recibidas:

“La película me ha ayudado grandemente a recordar situaciones de mi infancia con mayor facilidad. Todas las discusiones e interpretaciones sobre mis sentimientos de envidia, resentimiento y celos hacia mi madre no me produjeron tanta reacción emocional como cuando los vi representados en la pantalla. La historia de Margarita (el personaje central de la película) me produjo una impresión profundísima y me podía reconocer a mí misma en Margarita en numerosas escenas. Aun cuando mi historia personal no coincide, en general, con la de ella, algunas de las escenas vistas en la pantalla me impresionaron con una fuerza violenta. La película me ha ayudado también para producir cierta continuidad en mis recuerdos. Hace muchos meses que vi la película y, sin embargo, la semana pasada cuando descubrí un fuerte sentimiento de envidia hacia mi hermana, pensé: ‘Ahora me doy cuenta de cómo se sintió Margarita’.”

Otra enferma cuya manifestación central consistía en intensas cefaleas psicógenas, de varios años de duración, escribió:

“Me parece evidente, ahora, que los dolores de cabeza se desarrollaron en parte (en Margarita) como resultado de una rebeldía pasiva contra su tendencia a someterse a las exigencias de los demás y ser amable con ellos”.

Otro enfermo dijo:

“Cada vez que siento un dolor de cabeza se me presenta la imagen de Margarita y su conflicto entre su hostilidad y su sumisión”.

Estas manifestaciones de los enfermos resultan más convincentes si tenemos en cuenta que en la película no se hace comentario alguno sobre estos tipos de conflictos en el personaje, sino que la situación es simplemente representada.

Después de recibidas las respuestas, y en la misma reunión del grupo en que fueron entregadas, procedimos, sin previo aviso, a una segunda proyección de la misma película. Nos interesaba averiguar la reacción del grupo a esta segunda proyección a los seis meses de la primera.

La discusión que siguió a esta proyección se caracterizó por muy poca o ninguna manifestación de

hostilidad: la participación de los enfermos en la discusión fue mucho más activa y se observó una mayor tendencia, por parte del grupo, a hacer interpretaciones mucho más profundas. Los recuerdos infantiles despertados fueron mucho más frecuentes que los recientes. Los enfermos del grupo manifestaron mayor toma de conciencia sobre sus propias motivaciones, y como consecuencia adoptaban una actitud de mayor tolerancia hacia sus padres y hermanos, expresando mayor comprensión de la propia conducta neurótica. En resumen, la respuesta del grupo demostró mayor contacto con la realidad y, consecuentemente, una mayor utilización del raciocinio para juzgar tanto las situaciones propias como las de la pantalla, de una manera más racional y menos subjetiva e infantil.

Mientras que la primera proyección produjo una intensa reacción catártica con gran abreacción de afectos y liberación de impulsos agresivos, la segunda, seis meses después, y como consecuencia de una mayor toma de conciencia de la naturaleza neurótica infantil de la propia conducta y un trabajo interno de adaptación a la realidad objetiva, el sujeto podía utilizar mecanismos más adecuados y, sobre todo, su raciocinio lógico para juzgar de manera más adulta tanto su pasado como su presente. Se inculpaba menos al ambiente familiar y social por sus propios sentimientos neuróticos, y se aceptaban con menor humillación narcisística las propias dificultades, inhibiciones e ineficacias de conducta, sobre todo en función de las relaciones interpersonales.

Debemos subrayar el papel que el sonido y, sobre todo la palabra hablada de la película desempeña en la situación del grupo terapéutico. Como es sabido, Freud demostró que en la palabra tiene el *superyo* sus raíces más profundas, sobre todo en su as-

pecto de crítico y censor, y Spitz recientemente nos ha enseñado que la palabra *no* es la primera que el niño percibe y utiliza a su vez para expresar sentimientos y actitudes de hostilidad. El individuo en toda situación psicoterapéutica reacciona más fuertemente a la voz que a la palabra, que fácilmente desconecta del contenido "idea" de la misma. Durante la segunda proyección, la palabra-idea era más fácilmente percibida que la palabra-voz y por consiguiente el contacto con la realidad objetiva y lógica era más estrecho y más persuasivo que durante la primera proyección en que la palabra era percibida y consiguientemente "proyectada" por el enfermo como la expresión de sentimientos —sobre todo hostiles— más que como la expresión de ideas.

Desde nuestros primeros ensayos, hace ya más de diez años, la terapéutica por el cine, que algunos terapeutas han llamado *audiovisual*, se ha generalizado bastante, y en muchos hospitales psiquiátricos se utiliza como tratamiento de rutina. Naturalmente, a nuestras primeras películas han seguido muchas otras, tanto en Canadá como en los Estados Unidos producidas por psiquiatras, psicólogos y trabajadores sociales. Este método se emplea en la actualidad, no sólo con los enfermos, sino también con los íntimos allegados de los mismos, así como en la enseñanza de los estudiantes de psiquiatría, en las Facultades de Medicina y de Trabajo Social.\*

Montreal, Canadá

\* El lector interesado puede encontrar más detallado estudio en las siguientes publicaciones:

Prados, Miguel. "The use of pictorial images in group psychotherapy", *The Amer. J. Psychotherapy*, 1951, Vol. V, No. 2.

Prados, Miguel. "The use of films in psychotherapy", *The Amer. J. Orthopsych.*, 1951, Vol. XXI, No. 1.

Del álbum de la Residencia

Mauricio  
 bar lui. même  
 Juin 1929



Autógrafo de Mauriac

**A** si empezaba uno de esos cuentecillos de nunca acabar, que de niño me incomodaban. Y como voy a referirme a cosas que llevan pocas trazas de acabarse, y no más de acomodarme, el título viene al caso. Que es el de lamentar lo poco que se va llevando en este pícaro mundo el espíritu liberal que uno, nieto e hijo de liberales, espera con el favor de Dios, transmitir a sus hijos. ¡Lucido patrimonio, con los tiempos que corren!

Y ahora viene lo mejor... Es una lección inolvidable, de ese Santo Espíritu recibida. No me resisto a repasarla. La ocasionaba, recién llegado yo a la Residencia, mi deseo de ir a esquiar al Guadarrama, sin por eso dejar de oír misa los domingos y fiestas de guardar. Para alcanzar, con la lengua afuera, la que a las seis de mañana se rezaba en San Fermín de los Navarros, había que desbocarse calle del Pinar abajo, alborotando al galope la madrugada. Un "Ite Misa est" cavernoso era la señal para salir en tromba por la puerta, a saltar a un simón que ya arrancaba Paseo del Cisne arriba, rumbo a la estación del Norte, para coger por los pelos el tren de Cercedilla. En el simón, dando bandazos perezosos por las calles de Madrid, regresaba a la Residencia, a tratar de reconciliar un sueño irremisiblemente perdido, don Alberto Jiménez. Para que un solo residente pudiera ir a patinar oída su misa, lo esperaba él a la puerta de San Fermín, de noche aún.

Sé, por habérmelo dicho alguna que otra vez el propio cosechero, que a Cándido Caloría no le hacía ninguna gracia aquella diana que le obligaba a salir tiritando antes del alba, a buscar un simón a hora "tan temerosa", como él decía. Me sospecho que no fuera el único, entre españoles, que no entendieron nunca ciertas cosas. Precisamente, de las que más debiendo unirnos, a menudo nos separan. Una de éstas empecé yo a comprender, y a sentir a mi manera, gracias a Unamuno. Una noche que, en Fortuny, nos tenía embobados con sus juegos de palabras mientras nos los hacía de manos redoblando algunas de sus fabulosas cacotologías. Como quién no quiere la cosa, nos soltó lo de "españoles españolizantes", objeto frecuente de su predilección. ¿Con qué se comería eso, Señor? Por lo visto, había que ir al Escorial para averiguarlo. Y al Escorial me fui,

a poco, por vez primera. Muchas volví desde entonces, ya que aquello no es para menos.

Conocía yo, de oídas de bachillerato, al Austria nacido en Valladolid y educado en Salamanca; y no me resultaba santo de muy especial devoción. Pero me ganó al tratarlo en el Escorial en que decidió pudrirse, con todos los de su linaje. Para mí es, desde entonces, el Rey por antonomasia. Quién, de la terna propuesta por los geógrafos y físicos nombrada al efecto, eligió para comunión cotidiana aquel paisaje alucinante en que la Mancha sube, encrespándose bravía en oleadas de berrueco, a estrellarse contra el bastión inexpugnable del Guadarrama, tenía que ser un gran rey; empezando —buen principio para reyes—, por tener muy en su orden y policía su propio reino interior. Para mí, el gran monarca, lejos de adaptarse a tamaño escenario, lo señoreó, enrolándolo a servir su majestuoso designio. Y allí nos legó, mensaje de su Corona, su "Alma en piedra erigida", entrañable aspiración testamentaria ésta de Señores de España, como nos tiene dicho, tan bien por cierto, el Gran Señor de la Puebla gallega del Caramiñal. Dos siglos más tarde, en la plenitud amable del XVIII, el tercero de los Carlos sintió vigente aquel Mensaje; y se apresuró a defender el Monasterio de los desmanes ciertos del poblado de veraneantes que devendría el Real Sitio, flanqueándolo de fábricas tan discretas y corteses como lo son las Casas de Oficios y de Infantes; trazadas por Villanueva, pasan casi desapercibidas a pesar de sus colosales dimensiones. Y ni siquiera las dos risueñas joyas que son las Casitas de Arriba y de Abajo pudieron sustraerse del todo a la continencia impuesta por el adusto ceño de la concepción filipina.

Un amigo mío calificaba de lupina la sonrisa de Felipe II, al que consideraba "hielo y cuarzo en la abrasada mística española". No lo veo así. Mal pudiera serlo quien se formó en Salamanca bajo la tutela de Juan Martínez Guisjarro, investido luego Cardenal Silíceo. El del ingente epitafio de: "Toda cosa me fue eslabón". Más bien cuidó con amor de esa lumbre en que se abrasaron Teresa de Avila y Juan de la Cruz.

Gran Lama de la gigantesca quimera ecuménica y católica que el genio de exégetas españoles supo inspirar al Emperador, su padre; clarividente del efi-

mero destino de tal empeño; aherrojado a un sentir trágico y muy nuestro de la vida, don Felipe II quiso dejarnos prenda tangible y viva del sueño llamado a desvanecerse en un despertar inexorable. El Rey, como quien lo es, acepta impasible su terrible destino sobrehumano. Se encierra en una soledad sin otra parigual, como no sea la que conoció Moisés después del Sinaí; ha de cegar para sí las fuentes por las que el pecado y dolor que nos visitan humanizan al común de los mortales. Y, llegada su gran hora, se adentra por la muerte silencioso, estoico, velando tras una leve sonrisa de suprema elegancia, sólo Dios sabe qué desolados paisajes interiores.

Nos lo cuenta el jerónimo fray José de Sigüenza, testigo presencial del suceso. Sintiendo enfermo en Madrid, el Rey se ha hecho trasladar a su Escorial. Seis días, a tumbos lacerantes de litera, por el Pardo, Las Rozas, Torrelodones, berrocales arriba. Cincuenta días y cincuenta noches tardó el Rey, pudiéndose en vida y sobrellevando su calvario con entereza y paciencia ejemplares, en rendirse a su adversidad. "Como en todo fue tan Rey y de tan alto ánimo este príncipe, parece que aun quiso reynar y enseñorearse sobre la muerte", nos dice Sigüenza. Ya se ha hecho pasear, verdadero Vía Crucis, por todas las salas, galerías, claustros, capillas y oratorios de San Lorenzo. Ya ha llamado a su lado al príncipe y a Isabel, sus hijos: "He querido que os halléis presentes en este acto, para que veáis en qué para todo". En el *pulvis eris* que él tenía, de años atrás, tan bien previsto. Dos horas antes había rechazado la candela bendita en Monserrate que le habían ofrecido: "Guárdala, que aún no es tiempo"; pero al ofrecérsela de nuevo, a las tres de la mañana don Fernando de Toledo, "le miró riéndosele, y tomándola de la mano dixo: Dadla acá, que ya es hora". Y dos más tarde: "... besando mil veces su crucifijo (teniale en la una mano y en la otra la candela y delante la reliquia de San Albano por la indulgencia), se fue acabando poco a poco, de suerte que con un pequeño movimiento, dando dos o tres boqueadas, salió aquella alma y se fue, según lo dicen tantas pruebas, a gozar del Reyno soberano. Durmió en el Señor el gran Felipe segundo, hijo del Emperador Carlos quinto, en la misma casa y templo de San Lorenzo que avía edificado y casi encima de su misma sepultura, a las cinco de la mañana, cuando el alva rompía por el Oriente trayendo el sol la luz del domingo, día de luz y del Señor de la Luz y estando cantando la misa del alba los niños del seminario, la postrera que se dixo por su vida y la primera de su muerte, a treze de septiembre, en las octavas de la Natividad de nuestra señora, Vigilia de la Exaltación de la Cruz, al año MDXCVIII, en el mismo día que catorce años antes avía puesto la postrera piedra de todo el cuadro y fábrica desta casa".

No fue cómodo, que se diga, el cliente que se echa-

ron los arquitectos, pintores, escultores, orfebres, tallistas y maestros de todas clases a quiénes encomendó la realización de su gran Fábrica. Sabía demasiado para serlo, desde sus días mozos de Salamanca, de arquitectura, de pintura, de escultura, de artes, de ciencias y humanidades. Sabía, sobre todo, lo que quería. Y tenía prisa. Veinte años vivió temiéndose le llegara su hora antes de ver terminada la colosal obra emprendida. No podía desfallecer. Infalible el ojo, firme la mano, acotado de acero el corazón, inspira, guía, espolea, en prosecución acuciosa de la tremenda demanda en que se ve empeñado. Con mal contenida impaciencia sobrelleva las frecuentes dilaciones que le impone el exangüe tesoro de la monarquía explotadora de las Indias fabulosas... Y forja en su fragua interior, plasmándola en la metarquitectura de aquel cósmico Escorial, toda su apasionada angustia, toda su atormentada ansia comunicativa de hombre señalado por el dedo de Dios.

¡Qué lejos su Escorial de ser "un frío gigante sin una sola voluptuosidad arquitectónica"! Lleno, como lo está toda obra humana que brota a borbotones de una intención apasionada; lleno, digo, de maravillosas incorrecciones, preñado de originalidad inventiva, acendrado de expresión, palpita con una sensualidad que a muchos se les escapa por hallarse recatada tras una elegancia y buen gusto culminantes allí como en ningún otro tiempo, ni bajo ningún otro cielo, culminaron.

El aire de sutileza tal que produce euforia respirarlo, desnuda castamente el monasterio sus purísimas formas geométricas, librándolas al drama eterno y siempre nuevo del juego de la luz y de la sombra. Ingrávidas ambas allí, nos hablan en el más llano lenguaje jamás usado por la arquitectura. Si España ha aportado algo al mundo sensual es, ante todo, el deleite en lo elemental. De ahí que sea tan infundiblemente español el acento con que los chapiteles que rematan las torres y cúpulas del Monasterio claman al cielo su solemne *De Profundis*.

Por todas partes una ingeniosidad inventiva inagotable dejó allí su huella profunda. Por primera vez la Real Fábrica eleva la simple fenestración desnuda de todo ornamento al rango, que allí tiene, de expresión emocional. Y pensar que gentes aún hoy, a 400 años vista, se ufanan de que ésta sea gran aportación de las babilonias modernas a la arquitectura...

¿Quién se atrevería a reputar de frío el patio de los evangelistas? Los reflejos de las cuatro fuentes aligeran las formas del templete central; los arrayanes y adelfas libran al ambiente su suave fragancia: a todas horas hay una soleada galería al socaire del vienteccillo serrano, sin que falte otra a la sombra, para quien la hubiera menester. Por ellas —y por muchas otras de las que allí hay—, agachándose o de hinojos entre los andamios en que quizá se enca-

ramaban Pantoja y Coello, o Granelo y Fabricio para pintar sus frescos de epopeya. discurrió el propio rey en procesión rogativa ocasionada por una horrorosa tormenta que amenazaba arrasar las techumbres a la sazón en construcción del edificio. Sobre el campo azul que en el cielo recortan sus aleros, las águilas carpetanas dictan diaria lección de altanería a las que campean en el escudo de los Austrias.

¿Y qué orifice florentino afiligranó nunca nada para comparar con la Galería de Convalecientes? La misma que luego hubo que prolongar hasta la Compañía: que el viento siempre andaba descablando frailes, con pizarras disparadas desde los tejados, entre aquella y el Monasterio. Abre esa galería su grandiosa sonrisa sobre el gigantesco tapiz que tenzan los hojes en el Jardín de los Frailes, magnífico exponente de la infalible sensibilidad que presidió la concepción total de San Lorenzo. Imposible imaginar más acertado tránsito entre tamaño monumento y el monumental paisaje circundante. Y ¿qué decir de la emoción de examinar, trazados de propia mano de Herrera con tinta ya desvaída por los siglos: la piedra miliaria, los largos bancos que se derraman cuesta abajo, y la alameda que sombrea el repecho final que gana la Lonja, formando así la rústica antesala a la que llevaban todos los caminos de aquel Mundo? Indica para mí tan minucioso cuidado del detalle, todo, menos descuido del deleite de los sentidos.

Es, precisamente, el perfecto equilibrio entre ese deleite y el ideal ascético tenazmente perseguido, de lo que más me interesa en el Escorial. El contrapunto, de mano maestra logrado, de lo epicúreo y lo estoico, perfectamente integrados en aquella suma. No la pompa y circunstancia del Patio de los Reyes, de ciclópea estercotomía alabado: "Seis Reyes y un Santo —salieron de este canto— Y sobró para otro tanto": no las maravillas en tono mayor de los Leoni, el Greco, Ticiano, o Benvenuto: no los patentes aciertos con que están tratados la plata y bronce, los mármoles y maderas preciosas en lo más suntuario de la Basílica, Salas Capitulares y Biblioteca, son en el Escorial lo más significativo para mí. Es otra cosa.

Para entenderla bien, los Reales Aposentos del Monarca más poderoso que han conocido los siglos. Barro, del corriente en los tejares de Segovia, calza de rojo vivo las estancias. En los zócalos loza de la vidriada en Talavera repite, blanca y azul, el brillo glacial de Maliciosa que, a lo lejos, centellea. Enjabelga la cal los muros, y las bóvedas que arrancando de ellos coronan con infinita variedad las piezas y cuarteles. En sus ámbitos, pendientes de monásticos cordones de lana merina rematados en pomposas borlas, cuelgan arañas forjadas con enfática sencillez expresiva por herreros toledanos. El hierro, de mi-

lagrosa prestancia revestido, soporta gruesos cirios en que arde la fragante cera gualda que destila la Alcañal. Puertas y postigos, en las que desnudos cuarterones conservan toda la fuerza de su escueta geometría, celan los huecos. El vidrio de las ventanas parece estremecerse todavía bajo la trémula caricia de las llamas que le dieron transparencia: y a su través, Castilla inmensa, amortajada de nieve o dorada de mieses, se ensancha hasta perderse en la lejanía plata o azul del horizonte. Cuando fuera aúllan los lobos mordidos por la ventisca, en la galería que pasean los embajadores de los poderosos del orbe, las negras fauces de unas chimeneas elementales devoran, relamiéndose con regustosos chasquidos, olorosas trozas del Real Pinar de Balsaín.

Don Manuel Bartolomé Cossío —estampa de Apóstol arrancado a la Gloria compostelana para catequizar a escépticos— le dijo un día a Le Corbusier: "Es que en España, señor, aún no hemos hecho el elogio debido a la pobreza". Cumplido lo hizo en sus aposentos el rey, sin conseguir empañarlo con algún que otro cuero repujado en Córdoba; ni con tal cual frailerito aterciopelado en Valencia; ni con este cortinaje brocado en Murcia, o aquel bargueño, en la propia Bargas estofado. Y no creo que aumentaran la hosquedad de sus estancias las garbosas Gallardas, Pavanas y Diferencias de Luis Milán: que por algo el rey aprendió de Narváez y su "Delfín de Música" a puntear nuestra vihuela. De seguro que abreviaban las largas horas, maitines y tinieblas las magistrales polifonías de Victoria, antecedentes dos veces centenarias de la música del gran Juan Sebastián, retumbando en sonoro tropel por las bóvedas de la Basílica. Y de haber ocios que distraer, a mano estaba la fabulosa Biblioteca, enriquecida por el tesoro de Humanidades acopiado y catalogado por el propio Real Graduado salmantino.

Poco tiene de particular que algunos ilustres visitantes del Escorial hayan tomado allí el rábano por las hojas. Gautier y Dumas, pongo por mal ejemplo. Se les conoce que aprendieron geografía de aquel Sol de geógrafo que nos resultó ser Luis XIV, con tan sonado tropezón como dio en los Pirineos... No son los únicos con tales mañas.

La austera sencillez, buscada a ultranza por el rey en el Escorial, fue bien comprendida por los principales colaboradores de su obra. La comprendieron bien Fray Juan de Colmenar, Fray Juan de San Jerónimo, Fray Antonio de Villacastín, Fray Francisco de Cuéllar, Fray Alonso de Madrid, Fray José de Sigüenza, y cuantos jerónimos, con su trabajo o buen consejo, contribuyeron a la obra. Y la comprendió bien, sobre todo, Juan de Herrera, servidor de Carlos V en su Guardia Imperial.

En Tercios y Armadas sirvieron, como él, Loyola y Ercilla, Garcilaso y Lope. Cervantes y tantos más que a otros timbres de su gloria añaden la impere-

cedera que ganaron al servicio del famoso Imperio. Del que quedaron. previo el depósito de grandeza que ellos hicieron por España, y que marca la ley inapelable de la vida, prohibidas todas las reproducciones. Falta de juicio denotan, al mío, las que se han intentado. Como falta de respeto demuestra el fomentar la frívola imitación —pura pacotilla— de escoriales de vía estrecha, a diestro y siniestro.

Un gran español, complutense como Cervantes, y como éste de claro y jugoso decir. se formó en el recoleto recato escurialense. En su ensayo sobre la *Invencción del Quijote*, y en prosa de la más hermosa nunca escrita en lengua castellana, don Manuel Azaña discurre magistralmente sobre la luz declinante que ilumina la vida española en la época en que España alumbró al Escorial y la Inmortal Novela. No está solo al lamentar el mal uso que por muchos se hace de nuestra historia, no siempre bien entendida.

Mal entienden sus ejemplos quienes no han sabido ver, en "Las Lanzas" velazqueñas, aquel dechado de caballerosa comprensión que es Antonio Spínola al recibir las llaves de Breda que le rinde Justino de Nassau. No saben Historia de España quienes se conducen como si no se hubieran enterado de que aquellos caballeros descubiertos lo están en honor del valeroso enemigo vencido. ¿A quién sino a éste, que va a desfilar entre ellas con todas sus armas, honran aquellas lanzas vencedoras enhiestas?

En sus *Milagros del Desprecio*, pone Lope en

boca de Hernando. al regresar éste de aquella guerra en Flandes:

“Bien mirado, ¿qué me han hecho los Luteranos a mí? Jesucristo los crió. y puede por varios modos si quiere, acabar con todos mucho más fácil que yo”.

Menos tolerantes que las del XVII. hay gentes que se pirran por enmendarle la plana a Lope, y hasta a Jesucristo; y en nombre, nada menos, que de una España católica. ¿No cabría recordarles que el Rey Prudente, de quién tanto ejemplo algunos hacen de boquilla, usó de su mucha influencia para librar a la Maestra Seráfica madre Santa Teresa de Jesús de ciertos enredos en que la tenía trabada la Suprema Inquisición, por mor de sus *Conceptos del Amor Divino*?

Flaco servicio cabe hacérsele al común acervo español a menos de comprenderlo, y respetarlo, en su espléndida y total integridad. Para él no hay levas de talión de ojo por diente que valgan: que, de siempre, lo empobrecen. Jamás nuestra historia se ha enriquecido metida, de pata de pastor de cuento. en uno de los de nunca acabar.

Universidad de Cornell  
Ithaca, Nueva York  
Febrero de 1962

Del álbum de la Residencia



ya echo, echo...  
 A Segovia →  
 25 Nov 1962

Autógrafo de Andrés Segovia

## Un desfile de fantasmas isabelino: "El espejo de gobernantes"

“EL ESPEJO de Gobernantes” se publica en Inglaterra en 1559.<sup>1</sup> Es una compilación de “biografías” versificadas por diversos autores (“dyuers learned men”). Su lectura nos sitúa en una de las tradiciones que Shakespeare utilizó para sus dramas históricos. Al hallar en el “Espejo” algunos de los relatos del poeta recordamos la prudente norma shakespereana - e isabelina— de no inventar argumentos, de recogerlos “prefabricados” de las historias, de las crónicas, de los cuentos renacentistas. Esa práctica le permitía seguir infaliblemente el gusto de la época —asegurarse el pan, como Lope— y, con la trama preparada de antemano, dar rienda suelta al genio para insuflar vida y poesía hasta al último de sus personajes. Es, al fin y al cabo, la gran tradición, la de Esquilo que presenta ya a sus auditorios leyendas de todos conocidas.

Por Shakespeare precisamente, es hoy más interesante asomarse a este “Espejo”. Gozó de popularidad desde su aparición, pues a lo largo del siglo XVI se renuevan las ediciones, invariablemente “aumentadas”. Hasta 1571 el aumento consiste en nuevas biografías de personajes ingleses entresacadas de crónicas e historias, abarcando en total un período de unos 200 años, desde Ricardo II (1377) hasta María Tudor (1558). En ediciones posteriores se añade todavía una continuación de Higgins que amplía aún el período en el espacio y en el tiempo, retrocediendo hasta los grandes imperios de la antigüedad, e incluyendo entre otras la tragedia de Cordilia: la Cordelia del *Rey Lear* de Shakespeare.

En todo el libro se adopta una misma convención literaria: los protagonistas biografiados —o mejor dicho, sus “fantasmas” puesto que su voz nos llega desde ultratumba— cuentan sus malandanzas en primera persona. Se intenta así indudablemente dar mayor fuerza didáctica a sus palabras. Los compiladores han ido seleccionando deliberadamente los casos por su valor “ejemplar”, siguiendo la teoría de que la Historia es un espejo que se pasea, no ya por los caminos como la novela stendhaliana, sino más bien por las conciencias para mostrar las acciones y conductas que acarrearán el infortunio a hombres y pue-

blos. No hay aquí afán de analizar la Historia científicamente, sino de “utilizarla” con fines propagandistas, de bucear en ella y sacar aquellos ejemplos que sirven para ilustrar una teoría, desechando los demás, como el pescador de perlas devuelve al mar las ostras inútiles.

Tal teoría de la Historia se ajusta —claro— a la política de los Tudores. Queda resumida en las últimas palabras de Sir Thomas Wyatt antes de ser decapitado por haber participado en la rebelión de 1554. (Sólo cinco años antes de la publicación del “Espejo”.) Ya en el patíbulo pidió permiso para dirigir la palabra a los concurrentes, se le concedió, y según Richard Grafton en su *A Chronicle at Large* (Londres, 1568) dijo:

“Me confieso culpable... Ved en mí el fin que tienen todos los que intentan igual empresa... Podéis leer todas las crónicas y veréis que nunca la rebelión de los súbditos contra sus príncipes y países... prospera... salvo en el caso de Enrique IV que aunque llegó al trono [y lo retuvo] su acción fue la de un rebelde... Y aunque prosperó por algún tiempo, no fue mucho, cuando se tiene en cuenta que sus herederos fueron destronados, y la usurpación que perpetró fue así expiada por los de su propia sangre, lo que demuestra que la larga dilación de la venganza divina, sólo fue para castigar más duramente a la tercera y cuarta generación...”

La teoría —la rebelión nunca triunfa a la larga— se va demostrando en el “Espejo” por el método acumulativo, lo que revela una herencia medieval muy directa: la fe en los catálogos, cuya fuerza convincente se considera irrefutable. Es la creencia que motiva el famoso *ubi sunt*, truco empleado con delectación por los poetas medievales —pensemos en la elegía de Manrique o el “Testamento” de Villon— para consolarse y consolarnos de la brevedad y miserias de la existencia. Basta la larga lista de ejemplos —cuanto más larga, mejor— para demostrar la verdad de nuestro alegato. Es una creencia que subsiste en el renacimiento, de la que encontramos “fósiles” alegremente grotescos en el entusiasmo de Rabelais por las enumeraciones y por la descabellada

<sup>1</sup> Varios impresores inician el proyecto de *The Mirrour for Magistrates* hacia 1553, para continuar *The Fall of Princes*, famosa versión inglesa del *De Casibus Virorum Illustrium* de Boccaccio.

acumulación de adjetivos (“gros, gras, grand, gris, joly, petit, moisy livret.”).

En el “Espejo”, se prolonga la larga lista de ejemplos. Y al leerlos comprendemos mejor todo lo que Shakespeare tiene de hombre de su época, todo lo que en su obra hay de originario antes que original.<sup>2</sup> La filosofía político-social de sus dramas coincide exactamente con la de las “tragedias” del “Espejo de Gobernantes”. En *Troilo y Cresida*, Shakespeare la expone muy explícitamente, en la famosa reunión del Estado Mayor del ejército griego ante Troya. Ulises hace su rimbombante discurso —de general y de político— ante sus colegas:

“Los mismos cielos, los planetas y este centro obedecen el orden (*degree*), prioridad y rango, persistencia, curso, proporción, estación, forma, escalafón y costumbre, en toda la línea de gradación. Y así, en su trono, eminencia y esfera entre los de [más está el glorioso planeta Sol que, ojo avizor, corrige las errabundas tendencias de los planetas [aviesos y extiende su benéfica influencia, como el mandato [de un rey, irremisiblemente, a buenos y malos. Pero cuando los planetas, en insubordinada confusión tienden al desorden, ¡qué plagas, qué portentos, qué motines, qué forma de embravecerse el mar, temblar la tierra, desencadenarse los vientos!...”

El Universo está, pues, estructurado, en lo cósmico como en lo social, según un orden muy riguroso cuya alteración produce siempre calamitosas consecuencias. Ese orden en sí (*degree*) adquiere el valor de una entidad mística. Todo depende de su preservación. Por eso los versos que sirven de clave y aun de clavija que articula ese importante discurso del Ulises shakespereano son:

“Si elimináis el orden (*degree*), si desafináis esa [cuerda, la disonancia que resulta es ensordecedora.”<sup>3</sup>

En la “tragedia” titulada “Caída del Herrero y estúpido fin de Lord Awdeley” del “Espejo de Gobernantes”, escrita cuarenta años antes que la pieza de Shakespeare, se expresa exactamente la misma idea pero sin aquellos vistosos adornos retóricos o poéticos:

<sup>2</sup> “Lo verdaderamente original es lo originario.” Unamuno. *En torno al casticismo*.

<sup>3</sup> Tal metáfora musical nos hace pensar en otro símbolo de la suprema armonía del universo: la música de las esferas que, precisamente por su absoluta perfección, no se oye. Sólo el desorden —cometas, meteoros, eclipses, etc.— provoca estrépito y disonancia.

“La Naturaleza ha colocado a cada cual en su sitio (*degree*): Los cangrejos tienen que arrastrarse y andar como [cangrejos y el astuto zorro de muy distinta manera que la [inocente oveja.”

Vemos que una vez más, Shakespeare no ha hecho sino vestir de gala los lugares comunes de su época.

Todos los protagonistas del “Espejo” son héroes de tragedia, precisamente por haber intentado aflojar o “desafinar” la cuerda del delicado instrumento político-social, produciendo la “disonancia” o discordia que nunca queda sin castigo. La intención de intimidar a los posibles rebeldes, es evidente. A ello se une la exhortación al gobernante para que no avasalle a los pueblos. Y tras ambas cosas, también, el deseo de explicar el misterio, de trazar una carta de mear del hombre y de su destino.

Se asume que es carta de fácil navegación. Su Rosa Náutica sería la Rueda de la Fortuna, tan volteada y manipulada en toda la Edad Media, llave maestra de las explicaciones político-sociológico-religiosas al uso, y que obliga a Shakespeare a prolongar la serie de sus dramas históricos hasta el fin del reinado de Ricardo III, es decir, hasta el punto en que la Fortuna dinástica de Inglaterra ha completado, según el modo de ver de la época, un vasto círculo.

Es evidente, además, que las moralejas del “Espejo” no pueden limitarse a lo político-social; ha de darse una lección general sobre la incertidumbre de todas las cosas humanas, pues es gran error confiarse, siquiera un momento. Vivamos bajo el signo del temor. La sensación de seguridad es casi un pecado, y el que la experimenta parece provocar y atraer la catástrofe. Lo mejor, la regla dorada, es no olvidar que

“la rueda gira hacia arriba, pero enseguida sigue hacia abajo.”

Los reyes, los gobernantes, son quizá quienes menos deben confiarse. En efecto:

“Dios, el distribuidor de empleos<sup>4</sup> aunque permita, para castigo de los pueblos, que los puestos de mando sean ocupados por los Derrochadores y Judases (*sic*) antes que por los Trabajadores o Justos... no les deja sin castigo, porque le deshonoran. Es un cargo divino el que ocupan y degradan.”

La Divinidad no sale muy bien parada de ese razonamiento, pues si como azote de los pueblos envía malos gobernantes, parece injusto que luego los castigue, precisamente por haber sido malos. A pesar de la falta de lógica, se percibe la doble advertencia: ni los súbditos deben rebelarse, ni los reyes tiranizar.

<sup>4</sup> Curiosa definición que recuerda la de Luis en *Miau* de Galdós.

En virtud del derecho divino de los monarcas —son mensajeros de Dios— no hay más remedio que obedecerlos. Contra sus desmanes sólo cabe un recurso: la oración. Collingbourne (uno de los “fantasmas” biografiados) dice que su propio caso, como el resto de los ejemplos debe servir para

“enseñar a todos los súbditos  
a no inmiscuirse en los asuntos de los gobernantes  
sino rezar a Dios para que los enmiende, si es ne-  
[cesario.”

Y Buckingham, otro de los fantasmagóricos protagonistas advierte muy enfáticamente a

“reyes y césares, en todos los estados, que tengan  
[cuidado.  
Y les recuerdo de mi parte, por propia experien-  
[cia,  
que quien tiraniza, pronto acaba lamentándolo.”

La “Inducción” o introducción de Sackville a la vida del Duque de Buckingham es un curioso poema según la tradición alegórico-dantesca (más bien virgiliana, teniendo en cuenta el Libro VI de la Eneida) seguida ya antes en España por Mena y Santillana. El ambiente es de ultratumba, indicando que la sanción se nos impone en la otra vida (si no llega en ésta). En eso es aún medieval. El ejemplo mismo o “tragedia” de Buckingham entra ya de lleno en el renacimiento. Hay que recibirla también aquí, por si acaso.

Buckingham (es decir, Enrique, Duque de Buckingham) en colaboración con Ricardo, Duque de Gloucester, pone en marcha la rueda de su fatídica Fortuna. Entre los dos “no perdonamos a nadie” cuya vida se interponía entre Ricardo y el trono. Así, al morir Eduardo IV, sus dos hijos —sobrinos de Ricardo— aún muy niños, son los herederos. Buckingham los asesina, en la Torre de Londres, para agrandar a su amo y compinche, el mismo Ricardo. Es sólo el primero de toda una serie de asesinatos cometidos con el mismo fin:

“una vez arrancadas esas rocas en que podíamos  
[encallar  
parecimos navegar mucho más seguros.  
¡Quién más satisfecho que nosotros y, sin embar-  
[go, quién más amenazado!”

Eliminados de tal forma todos los herederos, Ricardo logra al fin el trono. Sackville, el poeta que narra los acontecimientos en el “Espejo”, le imagina agobiado entonces por el remordimiento. Shakespeare, más perspicaz, le presenta ingenioso e impenitente hasta la muerte, villano empedernido y descaradamente cínico, mucho más interesante desde el punto de vista dramático, un poco cómico incluso,

por su tremebundismo. Casi en el momento de empezar a reinar, se “enfria” hacia Buckingham, hasta el extremo de que éste tiene que huir de la corte para salvar el pellejo, sin lograrlo, naturalmente, pues de nuevo el exceso de confianza “acarrea la desgracia”. Buckingham se fía de sus propios allegados. Acude a Banaistair, amigo añejo y probado. Es el momento ideal para que el poeta nos encaje un catálogo demostrando que no debe uno fiarse ni de los amigos: Camilo, Escipión, Milciades y sobre todo Aníbal, acabaron de mala manera por cometer ese error, por no haber, digamos, leído a tiempo “El Espejo de Gobernantes”. Banaistair traiciona, pues, a Buckingham y se lo entrega a Ricardo por mil libras. Ricardo ordena inmediatamente que lo lleven a Salisbury, donde según la propia versión de este fantasma de Buckingham que ahora nos habla y que parece sufrir cierta confusión de ultratumba en cuanto al orden exacto de los acontecimientos:

“Perdí la vida y la cabeza.”

Naturalmente, no nos libramos del segundo catálogo: el de los que recibieron merecido fin, al morir asesinados como sus propias víctimas: “Pensad en Ciro, recordad a Cambises en su día aciago... Bruto y Casio, muerto éste con la misma espada que usó contra César... Bessus, Macedonio, Clito...”

La demostración busca así la mayor contundencia posible, en todos los frentes. Una vez puesta en marcha la Rueda —Buckingham lo hace con el primer asesinato de los niños— es imposible detener su aceleración. El impulso se transmite a todos los culpables. El lector del siglo XVI sabía perfectamente que el mismo Ricardo no podía escapar impunemente. El castigo para rey tan despiadado había de ser excepcionalmente ejemplar. En la tragedia de Shakespeare, en el último momento está dispuesto a cambiar el reino, que tantos crímenes le costó, por un caballo (*My kingdom for a horse!*). Y claro es que no consigue ni el caballo.

En los otros ejemplos de la colección, la moraleja se repite machaconamente demostrando al mismo tiempo que la Rueda de la Fortuna es mecanismo de precisión, bien engrasado. El más leve toque inicia la rotación completa. Thomas Woodstock (tío de Ricardo II y hermano del Príncipe Negro) “por orgullo” aduló al príncipe; con ello causa su propia muerte, y esa muerte empieza a su vez el largo ciclo de la Guerra de las Dos Rosas. Varias generaciones reciben en ella un castigo totalmente desproporcionado con el “delito” original. Esa disparidad —falla moral evidente en todo el sistema— no inquieta a los poetas y autores del “Espejo”. Al revés. Si el castigo es tan terriblemente injusto, razón de más para estarse quietos, para evitar toda transgresión. Nuestro más leve gesto impropio puede originar un holocausto prolongado durante varias generaciones.

El caso del poeta Collingbourne evoca en el autor de su biografía cierta simpatía profesional. Collingbourne era una especie de Quevedo medieval a quien durante el reinado de Ricardo III se le ocurrió difundir el pareado siguiente:

“El Gato, la Rata y Lovel, nuestro Perro  
gobiernan toda Inglaterra, bajo un Cerdo.”  
(The Cat, the Rat and Lovel, our Dog  
Do rule all England, under a Hog.)”

El Gato (*Cat*) —término ya de por sí insultante en inglés— es *Catesby*, uno de los favoritos del rey. La Rata (*Rat*) es *Ratcliffe*, otro. Se dice abiertamente, que Lovel es un perro. El cerdo es nada menos que el rey, Ricardo III. Se necesitaba un valor extraordinario para difundir un verso así en cualquier reinado, y más aún con un rey tan bárbaro como Ricardo III. Este reaccionó enseguida típicamente, ordenando que se diera a Collingbourne la muerte correspondiente a los traidores: primero, la horca; después hacerlo cuartos, exponiendo los macabros restos por la ciudad. Collingbourne al oír la sentencia tuvo aún el valor físico y moral de protestar y calificarla de tiránica, en vista de lo cual, el ferroz usurpador ordenó que en vez de pasar por la horca, fuese descuartizado *vivo*, casi como en un ritual azteca. El fantasma de Collingbourne se lamenta aún en el poema con cierta gracia ingenua:

“Y eso que yo no nombraba directamente a nadie,  
sino por acertijo...”

¡Buen acertijo! Este oscuro poeta inglés no hubiera nunca lucido como diplomático, pero sentimos por él una entrañable predilección. Además de su rasgo archiquevedesco, Collingbourne es interesante intrínsecamente por tener —según el poema— ideas claras y nobles sobre la misión del poeta:

“Debe proponerse un sólo fin:  
respetar la verdad para no desorientar a nadie,  
y decirla sin ningún temor...”

Y muestra su perspicacia al aconsejar a todo el que quiera escribir, que trate primero de eliminar los prejuicios de la mente del lector:

“Porque sin arrancarle los prejuicios al que los co-  
[bija,  
vano es decirle la verdad o darle buenos consejos.”<sup>5</sup>

Propugna finalmente Collingbourne, muy a lo renacentista, la libertad de palabra para el poeta, li-

<sup>5</sup> Palabras que parecen saltar varios siglos por ser un anticipo casi exacto de las de Shelley, en el prólogo de su *Prometeo Descadenado*: “En tanto que el espíritu del hombre no sea capaz de amar y admitir y confiar y esperar y soportar, los principios razonados de conducta moral son semillas desperdigadas en el camino de la vida...”

bertad para decir las verdades “como en tiempos antiguos.” Y sobre todo pide —algo inconsecuente en vista de su caso particular— “el derecho a ser juzgado por el verdadero significado de sus palabras.”

La “tragedia” de Jane Shore es la de una persona de origen humilde. Coloca su pequeño relato al lado del de los príncipes, magnates y gobernantes, su “breve candela a la luz de las antorchas”, porque sigue la estructura general de los del “Espejo”. Fue el suyo un intento más de alterar el orden social y, por lo tanto, el cósmico. En ningún caso debía reinar una mujer del pueblo y ella llegó a manceba de Eduardo IV, dominándole completamente y, por ello, reinando de hecho en el país. Además cometió el error de sentirse segura, segura en el amor del rey. Su caída es patética, por haber sido buena, interviniendo invariablemente para salvar la vida de los inocentes. Pero el orden social (¡el rígido *degree!*) no perdona. La Fortuna es inexorable. Jane Shore había arrojado su moneda de orgullo en el automático mecanismo y la rueda gira, derribándola de su breve atalaya. A la muerte del rey, tiene que arrosar la vergüenza pública y acaba mendigando su alimento de puerta en puerta. La lección es la de siempre:

“La mente tranquila elude las veleidades de la  
[Fortuna.

Los que no aspiran no necesitan temer.  
pero los que trepan viven siempre inquietos  
porque cuando caen, no lo hacen muy suavemente.”

Dos graves dificultades ideológicas hallan los editores y compiladores del “Espejo”. Primeramente, ¿cómo explicar la “caída”, es decir, el sufrimiento y la trágica muerte de los inocentes? Tal es el caso del Duque de Clarence, relatado también por Shakespeare, en su tragedia histórica, *Ricardo III*.

Jorge Plantagenet, Duque de Clarence, era un hermano mayor de Ricardo, Duque de Gloucester (luego Ricardo III) y por lo tanto anterior a él en la sucesión al trono. Es todo su delito. Por eso solamente, su propio hermano Ricardo, Duque de Gloucester, lo manda asesinar. El poeta que cuenta la tragedia de Clarence en el “Espejo” tiene que forzar las situaciones para que se ajusten a la teoría general del libro. Hay que encontrar una falla en el personaje que “justifique” su asesinato. Sorprendentemente, la encuentra en lo que a nosotros hoy quizá nos parezca una loable virtud burguesa:

“Estimé la belleza de mi mujer  
más que a mí mismo y que el resto del mundo.”

El infortunado fantasma de Clarence se adelanta a la superficie del “Espejo” —como actor que avan-

za a las candilejas— para afirmar su inocencia y, como fue ahogado por sus asesinos en un barril de vino de malvasía, permitirse un chiste alusivo a su extraño fin:

“No miento, *in vino veritas*.”<sup>6</sup>

Varias veces a lo largo del poema, Clarence proclama su inocencia:

“Ved en mí uno de los de la secta de los castigados  
[erróneamente:  
primero encarcelado, acusado sin motivo,  
y ejecutado sin recurrir a la ley.”

Y más adelante, muy explícitamente:

“Así fui ahogado, sin merecérmelo.”

El autor del poema debiera sentirse aquí en gran aprieto. ¿Cómo no dejó ejemplo tan inconveniente fuera de la colección? Probablemente, el reinado de Ricardo III era tan conocido, que no podía omitirse ninguno de sus personajes. En tan molesta situación, el autor soslaya la enojosa inconsistencia ética, desviando el interés del lector mediante un largo alegato contra las profecías, tema apasionante entonces. Efectivamente, Clarence estaba en la prisión cuando le asesinaron, enviado allí por su hermano mayor, Eduardo, a causa de una profecía que decía que sus propios hijos serían asesinados por una G. Como Clarence era el hermano a quien, una vez suprimidos los hijos de Eduardo, correspondía inmediatamente la sucesión, y su nombre (George) empezaba por una G, su encarcelamiento perpetuo era un medio de vencer la profecía. Allí en la prisión, indefenso, Clarence muere en su barril de malvasía, asesinado por orden del otro hermano, Ricardo, Duque de Gloucester y por lo tanto la verdadera G de la profecía (que cumplió plenamente asesinando también a sus sobrinos, con la ayuda de Buckingham). En esta profecía, como en las de los oráculos de la antigüedad, había, pues, equívoco.<sup>7</sup> El poeta del “Espejo” aprovecha el legendario detalle para la moraleja de su poema:

“Advertid a todos los príncipes, que no atiendan a  
[las profecías.”

<sup>6</sup> Balzac, por boca de Rastignac en *La Peau de Chagrin* hace otro chiste sobre este barril macabro. Para disuadir a otro personaje de arrojarse al Sena, Rastignac le sugiere que ahogue las penas en alcohol. Y añade la frase: “Le tonneau de malvoisie du duc de Clarence, n'a-t-il pas meilleur gout que les bourbes de la Seine?”.

<sup>7</sup> En el mismo teatro de Shakespeare, una de las más equívocas profecías es la que las brujas hacen a Macbeth. Por eso éste, al final, se queja muy sentidamente contra “esos demonios escamoteadores que nos trastean con sus equívocos.”

Ha sido una prestidigitación hábil, interesante para sus contemporáneos. Pero no oculta la injusticia de la muerte de Clarence, cuya inocencia resalta aún más patéticamente en la obra de Shakespeare, cuando invoca a sus asesinos:

“¿Os han llamado del mundo de los hombres para asesinar al inocente? ¿Cuál es mi ofensa? ¿Dónde está la evidencia contra mí? ¿Qué encuesta legal ha presentado su veredicto al ceñudo juez? ¿O quién ha pronunciado la amarga sentencia de muerte ante el pobre Clarence?”

Sin ser juzgado por debido procedimiento es muy ilegal amenazarme con la muerte.”

El inocente ha sido castigado y la teoría muestra aquí una falla inexplicable. La segunda grave dificultad ideológica se plantea en los casos siguientes: ¿qué han de hacer los vasallos cuando el rey no sólo es tiránico, sino que ni siquiera es oficialmente cristiano? ¿Está también en este caso prohibida la rebelión?

Se esboza de pasada la cuestión en el poema de “La Caída del Herrero y final estúpido de Lord Awdeley”. El poeta la resuelve sin vacilar:

“Un súbdito cristiano debe obedecer a su soberano, con todos los honores, *aunque sea judío*”.

La solución sorprende por ir tan en contra de los sentimientos antisemitas de la época, recogidos en obras como *El judío de Malta* de Marlowe, o *El Mercader de Venecia*, pero quizá se deba a que el autor contaba hipócritamente con la imposibilidad de que un judío llegase a regir una nación cristiana. Así se permite el lujo de encajar dentro del axioma general —nunca rebelarse— un caso irreductible según el pensar de la época.

El “Espejo” continúa acumulando un largo y curioso catálogo de biografías, como fiscal que hace desfilar los testigos, omitiendo los que puede, y disimulando o tergiversando todo lo que, aun después de la previa selección, va contra sus dogmas e intereses.

Más que “Espejo” nos resulta “cúpula de cristales multicolores”<sup>8</sup> que al girar infatigablemente sobre su idea-eje, funde sus reflejos en un solo haz blanco dirigido como reflector escénico sobre la Rueda de la Fortuna, para enseñarnos que en su medieval rotación va constantemente castigando a tiranos, rebeldes... ¡e inocentes!

<sup>8</sup> Life, like a dome of many-coloured glass... Shelley. *Adonais*.

## El último día de Federico García Lorca en Madrid

AQUEL 16 de julio de 1936 Federico comía en mi casa. "Pero ven a recogerme a eso de la una". me dijo la vispera. Era el encargo que hacía cuando quería estar seguro de cumplir una promesa: para despertarle, si se había retirado muy avanzada la madrugada, o para arrancarle de las visitas, ya numerosas, que acudían después del mediodía, única hora relativamente fácil de encontrarle en casa.

Un poco antes de las dos, subí al piso alegre y alto que ocupaba la familia García Lorca en el número 102 de la calle de Alcalá. Federico estaba todavía a medio vestir, envuelto en albornoz blanco, con aquella impresión de salud, pulcritud y biendormido que daba siempre al salir por primera vez a la calle, muy entrado el día, como si a diario reestrenara, sólo por unas horas, su mejor figura de cinco o diez años atrás. En su cuarto quedaba una visita, un viejo actor sin trabajo en busca de recomendación. Federico terminó la carta empezada y al entregarla le vi deslizar en el bolsillo del visitante un billete de veinticinco pesetas.

Del portal de su casa a la parada de taxis, distante unos cincuenta metros, tres veces le detuvieron para estrechar su mano y cambiar unas palabras: el dueño del bar de la esquina, que estaba sentado a la puerta de su establecimiento, y un estudiante universitario y una señora que pasaban por la acera en aquel momento.

—Federico —le dije—, ya no se puede andar contigo por la calle; es como ir al lado de un torero de fama.

—Tienes razón, es demasiado —me contestó seriamente.

La inquietud que sentíamos todos los españoles tomaba en él forma de desorientación y abatimiento; desde la publicación del *Romancero gitano* no recordaba haberle visto tan deprimido como en aquellos últimos días de Madrid. Las causas eran distintas pero, súbitamente, allí estaba la misma sensación de verle y verse solo, vacilante, perdido el timón; como entonces, rehuía ahora a la gente y se refugiaba en la intimidad de algunos viejos amigos. Durante la comida no cesaba de preguntarme:

—Pero tú, ¿qué crees que va a pasar?

Y dirigiéndose a mi madre:

—Doña Lola, qué me aconseja usted, ¿me quedo en Madrid o me marchó a Granada?

La alternativa le obsesionaba desde el asesinato de Calvo Sotelo.

Mi madre se escudaba en refranes.

Mediada la comida pareció animarse. Hablaba del éxito de "Doña Rosita" en Barcelona y prodigaba elogios a Margarita Xirgu; hablaba de su próximo viaje a México, de lo que le atraía ese país y sus gentes, de los poetas y escritores que esperaba conocer personalmente y repitió lo que ya le había oído en otras ocasiones: "Sólo en los pueblos de Hispanoamérica se adquiere verdadera conciencia de la potencialidad del idioma y de la responsabilidad de ser escritor español". A los postres, la conversación volvió al tema que le inquietaba:

—Si al menos los Morla se quedaran en Madrid, yo me iría con ellos. Ahora me da horror dormir yo solo en el piso de Alcalá.

Mi madre le interrumpió. Si era eso únicamente lo que le impedía permanecer en Madrid, la habitación de mi hermano Alfredo, a la sazón destinado en Barcelona, estaba libre y podía habitarla todo el tiempo que quisiera. Mi hermana y yo le animábamos.

—Me quedaría encantado, pero es que el 18 es mi santo y el de mi padre.

El recuerdo del día y de los suyos avivó su imaginación y al instante trazó rápido diseño de lo que era el día de San Federico en la casa de campo, en la Huerta de San Vicente: el despertar afanoso de criados y familiares, las felicitaciones de unos y otros, la llegada de parientes y amigos, los regalos y bebidas; la madre, inteligente y activa, discretamente vigilando todo y a todos, y en el centro, dominando hijos, familiares y amigos, la figura patriarcal de Don Federico, temible si alguna torpeza despertaba su impaciencia, pródigo de calor humano, parco de gesto y palabra, imprevisibles las salidas de su humor sentencioso. A sus ojos no se escapaban las flaquezas de sus más allegados o íntimos, pero nunca perdía la conciencia del tesoro humano, afectivo y cultural que le rodeaba. Por eso, su ironía carecía de malicia; su cariño, de sensiblerías. Y Federico terminaba:

—Este año no estarán ni mi hermano Paco, ni Isabelita; si yo no fuera, mis padres se llevarían un disgustazo enorme.

Lorca pertenecía a su familia y ambiente como un

árbol pertenece a la tierra en que crece. Se levantó de la mesa y, sonriendo, habló a mi hermana: —Mira, Lolita, si me voy o no lo vamos a decidir Rafael y yo ante un coñac pirulado en Puerta de Hierro.

Tomamos un taxi. Bajando por la calle de Goya, Federico me animaba una vez más a que me fuera con él a Granada y me recordaba que en diciembre yo les había prometido, a él y a sus padres, pasar dos semanas en La Huerta.

—Mis padres te esperan y no puedes hacerles esc feo. Además, yo no me fui ya a Granada por esperarte a ti y hacer el viaje juntos.

La promesa era cierta. En lo segundo, y aunque yo sabía bien hasta qué punto exageraba, algo había de verdad. Federico tenía interés en encontrarse conmigo porque desde enero no nos habíamos visto, y porque una de las conferencias que yo había dado en el mes de abril por los países escandinavos era precisamente sobre la obra poética y dramática de Lorca. En Estocolmo se había hablado de la urgencia de traducir algunos de sus dramas al sueco. Todo esto lo sabía Federico por una nota publicada en *El Sol* de Madrid y por carta particular de su amigo Alfonso Fisçowich, ministro plenipotenciario de España en Estocolmo. Con aquella generosidad con que elogiaba todo lo que hacían sus amigos, Federico exageraba mi pequeño éxito de conferenciante. Bajaba el taxi por el Parque del Oeste y Federico insistía:

—Tú, que estás tan metido en mi obra, tienes la obligación de venir conmigo a Granada. Quiero que estés allí el día de mi santo, que veas conmigo el pueblo en donde nací y que conozcas los lugares y personas que rodearon mi infancia.

Le repetí lo que le venía diciendo desde mi llegada: que no me gustaba nada el ambiente que había encontrado en España y que ese verano yo no pensaba moverme de Madrid. Y otra vez volvía la pregunta que más que a mí parecía hacérsela a él mismo:

—Pero tú, ¿qué crees que va a pasar?

En Puerta de Hierro hacía calor, pero no excesivo. La terraza del kiosquillo que frecuentaba Federico estaba desierta. Nos sentamos y pedimos dos dobles de Fundador. El taxista bebía en otro velador con el camarero. Serio, más que triste, Federico tarareaba su ausencia. Yo ensayaba temas de conversación que le sacaran de su ensimismamiento, pero los temas se agotaban apenas iniciados. Al fin, yo también callé. Pasado un gran rato, y como siguiendo en voz alta una conversación íntima:

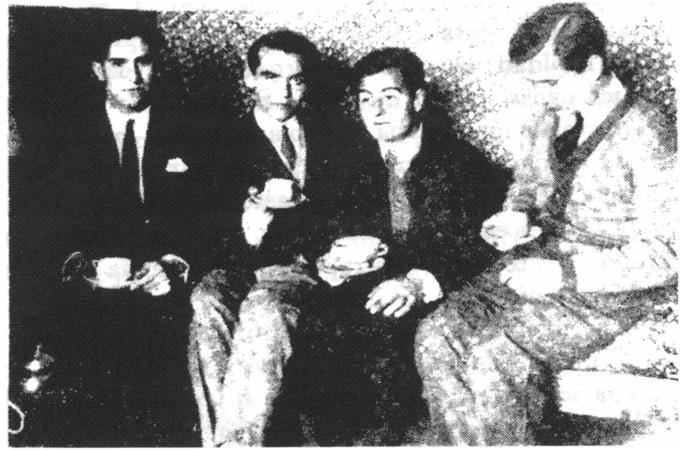
—Entonces, tú no vienes a Granada.

—No, Federico.

—¿Y de verdad crees que me puedo quedar en tu casa?

—Naturalmente.

Y tras larga pausa:



*Federico en la Residencia*

—En mi lugar, ¿tú que harías?

No supe qué contestarle y pedimos otros dos dobles de coñac.

Reconcentrado, con los codos sobre el velador y la mirada fija en la lejanía, Federico fumaba incesantemente; torpe el cigarrillo entre los dedos, torpes las frecuentes chupadas. Cosa rara: Federico que a veces fumaba muchísimo nunca daba la impresión de fumador. Siempre parecía que el pitillo que tenía en los dedos era el primero que encendía en su vida.

Y fue entonces cuando, sin cambiar de postura, ni alterar el tono de voz, me dijo:

—Rafael, estos campos se van a llenar de muertos.

Si no hubiera comentado aquella misma noche la frase con mi familia y, sobre todo, si unas horas más tarde no hubiera anotado toda la conversación de aquel día, hoy no podría afirmar que esa frase no es invención mía. De pronto, aplastando un pitillo recién encendido, se puso en pie:

—Está decidido. Me voy a Granada y sea lo que Dios quiera.

La decisión pareció animarle. En el taxi, de regreso a Madrid, me hablaba de sus proyectos, de la trilogía bíblica que hacía años venía rumiando.

—El drama de Tamar y Amnón me atrae enormemente. Desde Tirso no se ha hecho nada serio con ese estupendo incesto. Pero quizá escriba primero *La Destrucción de Sodoma*. Ya lo tengo todo pensado. Fíjate qué final de segundo acto.

Era el momento en que Lot conducía a los dos ángeles a su casa, seguidos, espiados por algunos muchachos de Sodoma.

—Al fondo de la plaza, en la izquierda, estará la casa de Lot, con una gran galería abierta donde se celebrará el banquete. Todo tendrá un ambiente pompeyano, de una Pompeya vista por Giotto.

Y en aquel taxi, camino del centro de Madrid, su palabra creaba plaza y casa, las llenaba de conversación y vida, de poesía y sexo. En la galería se des-

arrollaba la conversación de Lot y su mujer con los dos ángeles, entrecortada por los apartes de las dos hijas, hambrientas de hombre, que se preguntaban si la frialdad de aquellos varones no se debería a la misma causa que la de los de Sodoma. De la galería la conversación saltaba a la plaza, donde los hombres de la ciudad se iban congregando para comentar la llegada de los misteriosos forasteros y elogiar su belleza. La escena se desenvolvía en dos planos, con ritmo de creciente contrapunto que rompía un coro de voces pidiendo la entrega de los extranjeros. En la descripción de esta escena había ecos del "despierte la novia" de *Bodas de sangre*, cortado aquí por la aparición de Lot con sus dos hijas en lo alto de la galería. Y era allí la lucha desesperada de Lot por salvar a los dos varones, y el ofrecer a los sodomitas la belleza virgen de sus dos hijas a cambio de que respetaran a sus huéspedes, pero el coro de voces repetía incesantemente las palabras del Génesis: "Sácanos los varones, sácanoslos, para que los conozcamos". A la entrada de la casa de Lot aparecían los dos ángeles, cegaban a los hombres de Sodoma y conducían fuera de la ciudad a Lot, a su mujer y a sus dos hijas mientras la multitud en la plaza se fatigaba por hallar las puertas. Federico terminaba:

—Se oirá el canto lejano de un pastorcillo, cortado por la nota sostenida y aguda de un violín. Repartidos por toda la escena, los actores se quedarán quietos en sus puestos como si se detuviera de repente la cinta cinematográfica de un ballet. El telón caerá lentamente.

El drama terminaba con la segunda borrachera de Lot abrazado a su hija menor. La obra estaba concebida con todo detalle.

—¡Qué magnífico tema! —resumía Federico— Jehová destruye la ciudad por el pecado de Sodoma y el resultado es el pecado del incesto. ¡Qué gran lec-

ción contra los fallos de la justicia, y los dos pecados, qué manifestación de la fuerza del sexo!

En la Gran Vía nos detuvimos unos minutos en la librería alemana, para comprar unos libros suyos que quería que yo enviara a los amigos escandinavos, y en casa Cook, para reservar cama en el expreso de Andalucía. Llegamos a su casa. La repentina euforia que le había impulsado a contarme con tanto detalle su Destrucción de Sodoma había pasado. Al empezar a hacer las maletas —cosa que siempre le descomponía— se le veía cansado y triste. Con desgana y torpeza, iba acumulando, en total desorden, libros, ropas y papeles. Las maletas no cerraban. Sudoroso, desalentado, se dejó caer en una silla.

—Nada, que no me puedo ir.

Riendo, saqué todas sus cosas y se las puse un poco en orden. Las maletas cerraban perfectamente.

—¿Tú ves, Rafael? Muchos viajes, muchos éxitos y muchos proyectos, pero yo cada día más cateto.

Cuando ya íbamos a salir, volvió a su cuarto, abrió el cajón de su mesa y sacando un paquete me dijo:

—Toma. Guárdame esto. Si me pasara algo lo destruyes todo. Si no, ya me lo darás cuando nos veamos.

Antes de ir a la estación quiso pasar por casa de mi madre para despedirse de ella y de mi hermana.

—Doña Lola, me marchó por mis padres y porque quiero escribir este verano en La Huerta.

Instalado en el coche cama, Federico desempaquetó los libros que había comprado y allí mismo los dedicó, los últimos que iba a firmar en Madrid y tal vez los últimos que firmó en su vida. Iban destinados al hispanista noruego Magnus Gronwold, al director de escena Jacob Nielsen, al periodista español en Estocolmo Ernesto Dethorey y a Alfonso Fiscowich. Cumplí el encargo que me dio de echarlos al correo, pero el de Fiscowich me lo devolvían unos días más tarde.



Los actores de la Barraca en un ensayo de Fuenteovejuna.

Alguien pasó por el pasillo del coche cama. Federico, volviéndose rápidamente de espaldas, agitaba en el aire sus dos manos con los índices y meñiques extendidos:

—¡Lagarto, lagarto, lagarto!

Le pregunté quién era.

—Un diputado por Granada. Un gafe y una mala persona.

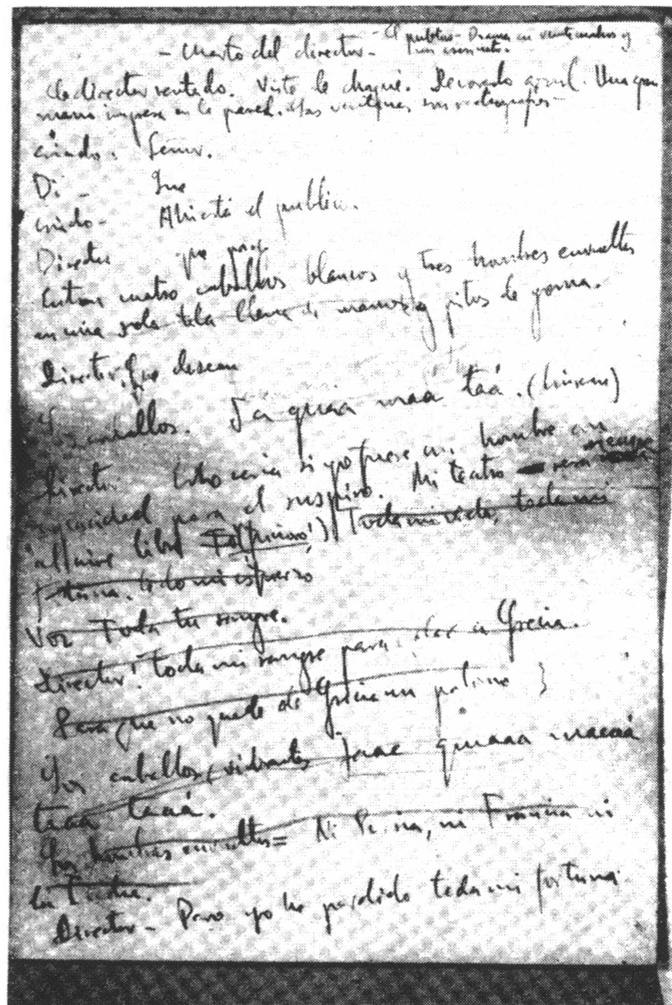
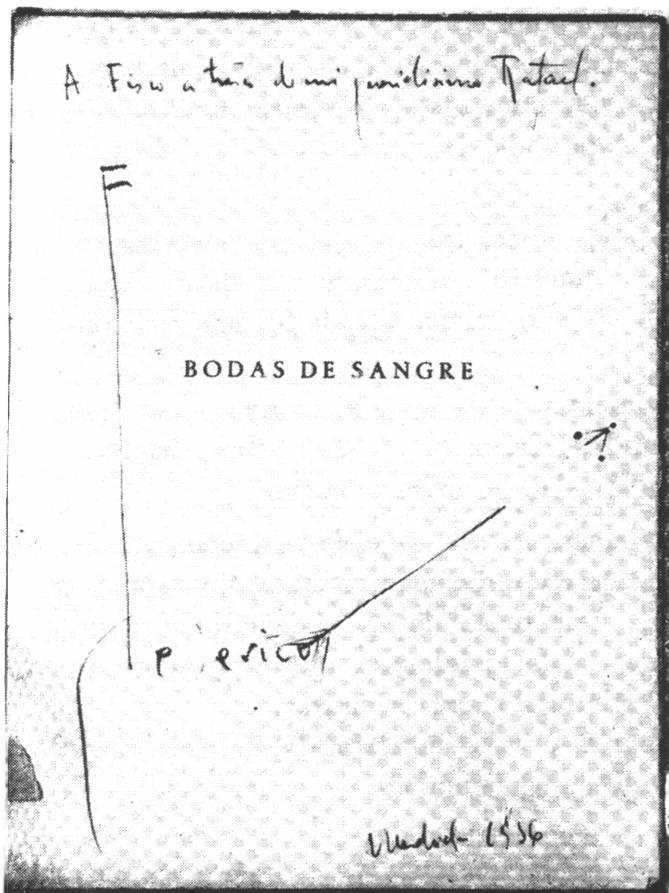
Claramente nervioso y disgustado, Federico se puso en pie.

—Mira, Rafael, vete y no te quedes en el andén.

Voy a echar las cortinillas y me voy a meter en cama para que no me vea ni me hable ese bicho.

Nos dimos un rápido abrazo y por primera vez dejaba yo a Federico en un tren sin esperar la partida, sin reír ni bromear hasta el último instante.

Al llegar a mi casa, abrí el paquete que Federico me había entregado. Entre papeles personales, estaba lo que parece primer borrador de cinco escenas de su drama, todavía inédito, *El público*. El encargo de destruirlo todo no podía aplicarse a este manuscrito.



—El público— Drama en veinte cuadros y un asesinato.  
—Cuarto del director—

El director sentado. Viste de chaqué. Decorado azul.  
Una gran mano impresa en la pared. Las ventanas son radiografías—  
Criado: Señor.  
Dí— Que  
Criado— Ahí está el público.  
Director que pase.  
Entran cuatro caballos blancos y [tres hombres envueltos en una sola tela llena de manos y pitos de goma.]  
Director. Que desean  
Los caballos. [Ja queá maá taá (?) (brincan)] (a lápiz) tocan sus trompetas  
Director. Esto sería si yo fuese un hombre con capcidad para el suspiro. Mi teatro [no] sera [nunca] siempre al aire libre [To] ¡(furioso!) Toda mi vida, toda mi fortuna, todo mi esfuerzo  
Voz Toda su sangre.  
Director ¡Toda mi sangre para volar a Grecia. Para que no quede de Grecia un palomo  
Los caballos. (vibrantes) jana guaaa maerá taua tauá. (?)  
Los hombres envueltos—Ni Persia, ni Francia ni la India.]  
Director— Pero yo he perdido toda mi fortuna

Última dedicatoria que García Lorca firmó en Madrid y, posiblemente, la última que firmó en su vida. Ejemplar de *Bodas de sangre*, edición Cruz y Raya, 1936.

**E**STE AÑO, en que se conmemora el 50 aniversario de la Fundación de la Residencia de Estudiantes, los “Residentes” diseminados por el mundo recordamos con más intensidad nuestros años mozos en la Residencia, nuestros años de formación que tanto debe a aquella “casa”. Nos recordamos unos a otros más que nunca y, sobre todo, recordamos con cariño, reverencia y admiración a su presidente, Alberto Jiménez Fraud, que con su espíritu sutil, fino y delicado como pocos, su cultura y su humanismo sin igual, nos transmitió su entusiasmo y dedicación a la causa noble y elevada de laborar por una España mejor.

Con emoción he leído las “Palabras” de D. Alberto con las que sucíntamente nos recuerda la labor de 27 años, reiterando su credo —nuestro credo—, y nos insta a continuarla. ¡Cuánto hemos hablado de todo esto en los años en que tuve la fortuna de “convivir” con don Alberto en Oxford!

También he leído con emoción la poesía y los comentarios de Gabriel Celaya a las “palabras” de don Alberto en el número de *Insula*, con los dibujos de Moreno Villa y las fotografías de Jiménez, en que se recuerda el 50 aniversario de la Residencia.

Los recuerdos se agolpan y aprietan en mi memoria; la vida sencilla pero cómoda, las clases de matemáticas con Velayos, las de alemán, las conferencias y conciertos, y sobre todo el ambiente culto y refinado, sin exageraciones, respetuoso de la personalidad y las ideas. Recuerdo mis primeros pasos en el laboratorio de Fisiología, ¡qué gran oportunidad para un joven estudiante de Medicina que, estimulado por la lectura de Cajal, el ejemplo de Río Hortega, y la presentación por Negrín y otros maestros de amplios horizontes y modernos conceptos científicos, estaba ávido de conocimientos y de iniciarse en la investigación!

Don Alberto puede estar orgulloso de su obra y seguro de su perduración. La semilla sembrada en la Colina de los Chopos ha germinado en todos los ámbitos de España y se ha esparcido a muchas partes del mundo. No se extinguirá.

*Forest Hills, N. Y.*

*Febrero de 1961.*

**E**L TRANSITO hacia la decena de los treinta fue crucial para los españoles. Veníamos de soportar la dictadura que pretendiendo apuntalar a la monarquía acabó con ella. Los sublevados de entonces provocaron la repulsa general del país y aceleraron el advenimiento de una República —breve paréntesis de optimismo y esperanza— que tuvo necesidad de recurrir apresuradamente a cuanto sonaba a cierto e improvisar todo lo demás. Tarea comprometida, especialmente, para los que confían en su buena maña para la improvisación y en sus dotes naturales, como acontece con muchos de nuestros coterráneos, los pobladores del ecumene ibérico.

La Residencia de Estudiantes ofrecía, por aquellos días, la madurez de un ensayo pedagógico afortunado, culminación de otros meritísimos anteriores, encaminados a incorporar europeidad en la educación de nuestra juventud. Laudables propósitos que no eran extraños a las auténticas tradiciones culturales españolas que, si en algunos momentos históricos pudieron dar el tono a las otras naciones, ahora necesitaban remozarse, hacerse al compás de los tiempos actuales. Era menester adoptar fórmulas adecuadas con nuestras peculiaridades que ofrecieran a la juventud vista a un mundo más amplio. Por supuesto, observábase allí el mayor respeto ante la conciencia ajena, neutralidad que en lugar de promover sentimientos afines atrajo adversidades apasionadas de quienes consideran pernicioso cualquier cambio.

Civilidad, afán de conocimiento y tolerancia eran los rasgos más acusados del que pudiéramos llamar "sentido corporativo" de la Residencia. Profesores y escolares convivían en aquella comunidad docente de suerte que los reglamentos no necesitaban ser invocados. Su funcionamiento quedaba garantizado sencillamente con la gracia de las buenas maneras. Don Alberto Jiménez las manejaba con acierto exquisito, esforzándose en inculcar a los residentes un nuevo estilo de vida. Sus admoniciones calaban hondo en la mente de los jóvenes educandos, como la lluvia densa y persistente fecunda los sembrados. En las horas de la comida, en los campos deportivos, en las salas de conferencias y en el goce de la naturaleza —maravillosa desde el Cerro del Aire— el director, sus amigos los "dones", los residentes veteranos y los más jóvenes, compartían amistosamente la vida cotidiana. Aprendían a comportarse con decencia y sosiego, a buscar la verdad, a competir limpiamente en los juegos, y también a templar el alma ante los avatares de la existencia humana.

El Laboratorio de Fisiología ocupaba no más de

un centenar de metros en el pabellón destinado a los laboratorios científicos. En aquel recinto limitado fueron aposentados con decoro los laboratorios de demostración, los dedicados a los investigadores, la biblioteca, y un simpático rincón donde, después de la refacción, un grupo de amigos solíamos charlar despreocupadamente ante unas tazas de buen café preparado al uso de la Gran Canaria. Entre sorbo y sorbo, oyendo las anécdotas del día, podíamos ojear libros y revistas recientes. La información que allí se recibía era de primer orden, como seleccionada por nuestro anfitrión, don Juan Negrín, que colmado de lauros académicos acababa de regresar de Alemania. La Junta para Ampliación de Estudios tuvo el acierto de atraerlo a la dirección del Laboratorio de Fisiología donde, rodeado de un grupo de discípulos, continuamente renovado, realizó una labor insuperable durante bastantes años. En aquellos Laboratorios de la Residencia dieron sus primeros pasos algunos investigadores que, algún tiempo después, habrían de conquistar prestigio universal para la olvidada contribución de España a la Ciencia.

Cuando me inicié en estas gratas relaciones retornábamos de un viaje de información por distintas universidades europeas, a las que fuimos, con Jaime Pi-Suñer, en calidad de becarios de la Mancomunidad de Cataluña. Ante la pobreza de nuestros medios e instalaciones científicas, trataba de confortarme recordando la aseveración de Haeckel, cuando decía: "el nivel de los rendimientos científicos suele estar en razón inversa con el tamaño de los Institutos". Las experiencias que veníamos de pasar parecían confirmar la validez de la sentencia del sabio alemán. Pudimos ver, en efecto, grandes y pequeños Institutos. Algunos en plena producción, como el de C. Heymans, en Gante, y el de Thunberg, en Lund, tan modestos como los que funcionaban en nuestro país. Otros, mucho más amplios, como el Instituto de Bioquímica de Ivar Bang, menos activos. El de Magnus, en aquella sazón, estaba sumergido y paralizado por las obras del gran Instituto de Utrech. Algo de lo que tendríamos poco más tarde que afrontar en nuestra crisis de crecimiento en la Ciudad Universitaria de Madrid. Luego, al conocer las grandes instalaciones científicas de los Estados Unidos de Norteamérica en plena producción, y otras de la misma Europa, consideré que no era posible compartir la afirmación de Haeckel. El éxito de las empresas científicas depende principalmente, no del tamaño de los institutos, sino de la capacidad, de la iniciativa, del entusiasmo de los hombres que trabajan en ellos,

y además del ambiente en que viven: de la libertad, de la asistencia, de los medios que les ofrezca la comunidad de que forman parte. Estos factores decisivos se dieron o se crearon en la Residencia de Estudiantes donde quedó establecido un ambiente favorable, tan alejado del esnobismo imitativo como de las tiesuras tradicionales. Algo parecido al que podía apreciarse en algunas universidades inglesas.

El acceso a los laboratorios de la Residencia era libre. Al de Fisiología acudían preceptivamente los residentes que estudiaban Medicina, pero también podían hacerlo estudiantes de otras disciplinas, y escolares no residentes, que tuvieran alguna relación con los trabajos que allí se realizaban. Régimen de puerta abierta que era, además, muy beneficioso para los escolares con apetencias de conocimientos más profundos o más actuales. Esta posibilidad atraía a jóvenes universitarios que preferían las enseñanzas de los laboratorios de la Residencia a la que profesaban en las Facultades. El cupo limitado de estas admisiones, la lejanía, y otras dificultades determinaban una selección positiva de los asistentes.

Al visitar por primera vez el Laboratorio de Fisiología, en ausencia eventual de sus moradores, no pude advertir sensible diferencia con otras instalaciones de su clase. Las mismas mesas, idénticos aparatos, material semejante. Si acaso el conocedor podía descubrir algunas innovaciones en el equipo instrumental, parte del cual era de procedencia distinta a la de los abastecedores habituales: Boullitte, Palmer, Zimmermann, etc. Tratábase de aparatos de precisión de factura española. Diseñados por Negrín eran contruidos por el Sr. Costa en los cercanos laboratorios de Torres Quevedo. Pero aquel simpático lugar de trabajo adquiría interés inusitado cuando su titular hallábase presente. D. Juan, como le nombrábamos respetuosamente sus discípulos y amigos, confería un dinamismo peculiar a aquel modesto recinto. El tiempo parecía discurrir más aprisa y el trabajo era más efectivo. La amplitud y la seguridad de los conocimientos de Negrín, nos ahorrraba, a quienes le escuchábamos, muchas horas de lectura y no pocas perplejidades. Muchas veces el problema consistía en captar de una vez su caudalosa información pero cuando D. Juan advertía llegado el punto de saturación de sus interlocutores cambiaba jovialmente de tema o nos llevaba con él a otros lugares donde era requerida su atención sobre variadas y urgentes actividades.

Cuando D. Juan nos conducía a la Ciudad Universitaria, en la que actuaba como secretario y de "factotum", sus acompañantes debíamos, tras una breve contemplación de los planos en las oficinas, prepararnos a trepar juntos por los andamios y ver cómo lo revisaba todo: las construcciones de los últimos días, el trabajo de los albañiles y de los carpinteros, el ajuste de las estructuras y la calidad de las mues-

tras de mobiliario que iban llegando sin cesar. En otras ocasiones, el incansable profesor nos conducía a la vieja Facultad de Medicina, en Atocha, donde con ritmo apresurado despachaba el tremendo expediente que los oficiales de la secretaría le tenían preparado. Alguna vez recalábamos en su laboratorio particular de la calle de Serrano; en un dos por tres, resolvía los problemas pendientes. Más tarde tuvo necesidad de alargar sus extenuantes jornadas, dedicando muchas horas al trabajo parlamentario. En el anonimato de las Comisiones estudiaba los problemas del país. Su inteligencia y su generosidad se prodigaban, conciliando asperezas partidistas, elaborando ponencias y materiales sustantivos que luego habrían de servir para dar contenido a los torneos de elocuencia verbal de las sesiones públicas. En aquel ir y venir la enorme personalidad de Negrín conservaba íntegramente su prodigiosa eficacia. Cuántas veces me ocurrió pensar lo que pudo haber hecho esta persona excepcional de haber podido concentrar sus esfuerzos en la estricta investigación científica. ¿Cuál pudo ser su frustrado destino? Frustrado, es cierto, en la grandiosa medida que las circunstancias frustraron también el destino de dos generaciones españolas.

Pero volvamos a la Residencia. El colaborador más inmediato de Negrín fue Hernández Guerra, residente veterano, isleño también, algo pariente suyo y persona de calidad incomparable. Muy inteligente, bondadoso al extremo, Guerra lograba modular el torrencial dinamismo de su maestro y amigo convirtiéndolo a tonos más suaves. Tenía a su cargo la dirección inmediata de los muchachos del Laboratorio a los que con dulzura y firmeza iba entrenando, para que pudieran acomodarse luego al paso del maestro. Cuando trabajamos amistad, Guerra alternaba con los "dones" actuando como "don" muchas veces. Ya catedrático, no se decidía a renunciar a las costumbres y al ritmo vital de los residentes. Los jóvenes y los veteranos veían en la personalidad de Guerra, ya conseguida, la calidad, la cifra más alta de sus aspiraciones. Murió joven, en la edad que los antiguos consideraban propia de las grandes aventuras. Dejó su puesto vacío, ya que no se atrevió a ocuparlo ninguno de los amigos que mejor le conocíamos. ¡Tales eran las dificultades y tan grandes sus virtudes!

El antecesor de Guerra en el Laboratorio había sido J. M. Corral fisiólogo muy distinguido, persona ecuánime a la que D. Juan siempre tuvo en grande aprecio. Interesado por los problemas de Fisiopatología pasó a otros servicios de la Facultad de Medicina que le parecieron más de acuerdo con sus preferencias.

Negrín como jefe era enérgico y riguroso. No admitía en sus discípulos asomo de pereza, detestaba la doblez y la pedantería. Toleraba mejor la timidez o la ignorancia pensando que acaso tuvieran compos-

tura. Poco aficionado a las definiciones, alguna vez dejaba oír su sentir más profundo. Su devoción por la ciencia se manifestaba de manera tajante, alguna vez le oí decir: "La Ciencia debe ser cultivada con esfuerzo y el ferviente propósito de servir a la verdad". "Un solo hecho bien observado y ordenado puede ejercer más influencia en el saber científico que miriadas de hipótesis imaginadas". Guiados por estas directrices y otras semejantes iba modelando, sobre aquellas mentes juveniles, las vocaciones que les habían de conducir a los grandes descubrimientos, en alguna ocasión, y al cumplimiento eficaz de sus tareas, siempre. Muy parco en los elogios a sus discípulos comentaba, cuando no estaban presentes, con fruición y alegría, sus progresos. Gustaba de hostigarlos con pullas, cuando advertía en su gesto cualquier dejo de vanidad o presunción al discutir sus resultados. Aquellos suaves palmetazos servían para ocultar sus espontáneos sentimientos, la emoción que le producía comprobar los avances logrados. Su cordialidad, siempre latente, solía manifestarse ante cualquier ocurrencia graciosa de los muchachos. Valdecasas, con su imperturbable seriedad, conocía el secreto de lo que había que hacer —y también Méndez con su chistoso desparpajo— para desarrugar el ceño de aquella gran persona.

Ochoa, Valdecasas y Grande formaron un equipo de investigación. El núcleo inicial los dos primeros, Paco Grande, el más joven del trío, fue incorporado después. El despejo, la buena disposición de estos jóvenes, despuntó muy pronto. Estudiantes entonces de los primeros cursos de Medicina, prendió en ellos con vigor la llama que no se apaga nunca, el afán de saber. D. Juan les había señalado como tema de sus primeros trabajos el estudio de las variaciones de la creatinina muscular. Lo primero que hicieron fue inventar un micrométodo para la determinación de la creatinina. Seguros de la fidelidad de su instrumento analítico siguieron adelante y comenzaron sus publicaciones en las revistas especializadas. Severo Ochoa, tres décadas después, sin apartarse un solo día de su trabajo científico, provisto de una inteligencia superior y de un tesón inigualable, alcanzó la distinción más alta en el mundo de la Ciencia, el premio Nobel de Fisiología y Medicina de 1959. García Valdecasas, tras de una brillante actuación como investigador, fue nombrado catedrático de Fisiología. Paco Grande, como muchos de nosotros, tuvo que interrumpir sus trabajos a causa de la guerra. En aquellas circunstancias realizó investigaciones sobre las deficiencias nutritivas que acosaban a la población civil de Madrid. Luego pudo reanudar sus actividades docentes y de investigación. Catedrático de Fisiología en la Facultad de Zaragoza, unos años después, pasó luego a los Estados Unidos donde trabaja actualmente sobre Fisiología de la Nutrición.

Al referirme al grupo de Ochoa, quizá el más representativo del Laboratorio de Fisiología de la Residencia, no significa que hayamos de olvidar los grandes merecimientos de otros escolares que allí se formaron, o tuvieron relación con sus actividades. Investigadores científicos, residentes afamados, hombres buenos. La enumeración resultaría engorrosa e incompleta. Sin embargo, no es posible eludir algunos nombres de los que trabajaron allí, de un modo asiduo o temporal, y luego se orientaron hacia actividades diversas. De aquel tiempo, o un poco después, recuerdo a M. Castañeda, a Blas Cabrera, a Germán García. En circunstancias y lugares próximos, a Pérez Cirera, a Diego Díaz, a Barreda, a R. Delgado y a José Llamas. Exiliados, en su mayor parte, de todos sé que pudieron hacer honor a su origen y a su maestro. Mereció la amistad y el aprecio de los que trabajaron en el Laboratorio un mozo burgalés de continente reposado, honradez intachable y buena disposición, Elías Delgado. Sus primeros menesteres subalternos fueron cambiando por otros más complejos al adquirir los conocimientos y la soltura que da la veteranía. Cuidaba del material, de la pequeña administración y de otras útiles funciones que su buena voluntad le deparaba. Su lealtad, a prueba muchas veces, prevaleció en cualquier circunstancia.

El Laboratorio de Fisiología irradiaba su influencia sobre los laboratorios aledaños y sobre otros servicios e instituciones que estaban en trance de transformación. Al desaparecer Achúcarro, Del Río Hortega continuó laborando con la brillantez y eficacia que todos admiramos en aquellos excepcionales investigadores. Pero Del Río Hortega, atormentado por su timidez, necesitaba la compañía de temperamentos más desenvueltos. Achúcarro se completaba con don Pío de tal suerte que al morir lo dejó un poco huérfano. Esta orfandad afectiva la llenaba poco después la amistad y el aliento de Negrín.

Otras veces D. Juan se veía obligado a ceder alguno de sus discípulos para trabajos afines. Así fue como Rafael Méndez, al ser "traspasado" al Departamento de Farmacología se avino definitivamente con esta especialidad, dentro de la cual se ha hecho una personalidad muy destacada.

Cuando Cajal estaba seleccionando sus colaboradores para trasladarse al Instituto que lleva su nombre pidió a Negrín que se hiciera cargo del departamento de fisiología cerebral. La muerte de D. Santiago y poco después la guerra, que había de malograr tantas cosas, dejó sin efecto estos proyectos y hasta el normal desarrollo de la escuela de neurología española.

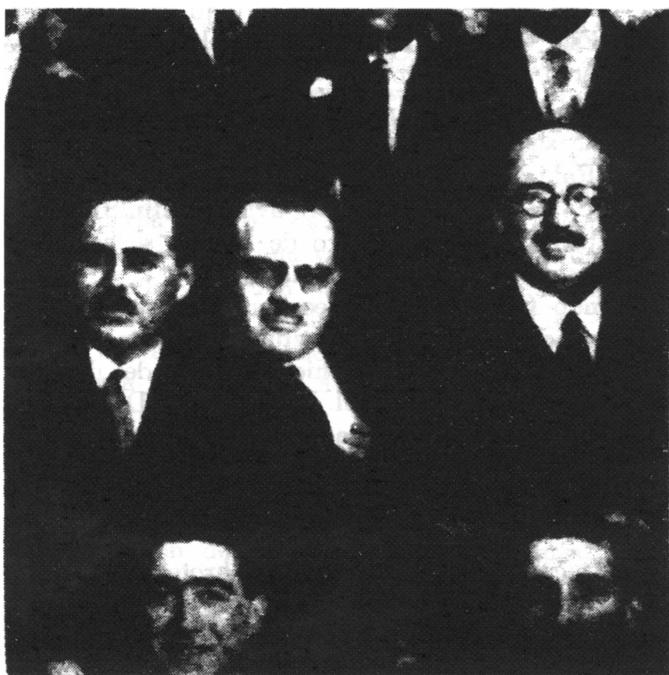
La tragedia española arrasó los brotes que habían logrado arraigar la inteligencia, el patriotismo, el trabajo de muchos.

Hace poco, antiguos residentes amigos, trajeron

de Madrid información gráfica de lo que fue la Residencia. Lo que permite recordar lo que nosotros conocimos es la fábrica externa y también el paisaje. Los chopos más crecidos dan sombra al canalillo, que sigue con el arrullo de su curso incesante. Transcurridos cinco lustros, quedan allí quienes guardan respeto por lo que hicimos y quienes comparten lo que aspiramos a realizar: una Patria donde quepan los españoles todos, cabal, no adolorida, sin enconos. Una España universal, como otras veces, reconciliada, presta al ejercicio de virtudes sustanciales, suscitadora de

energía, de entusiasmos y realidades nuevos, digna de las generaciones que pasaron y ejemplo para las que van surgiendo. También, creemos percibir algunas voces que dejaron de ser airadas y muéstranse comprensivas ahora.

Con la emoción de estos recuerdos y desde esta rivera, que nos acoge amiga, quisiera invocar a aquellos españoles, que ya no hemos podido conocer pero que amamos, para que aprendan a vivir con libertad y con esperanza y se esfuercen en lograr para todos, mejor entendimiento y dignidad humanos.



*Don Alberto, don Juan Negrín y don Francisco Becuña*

LA ASERRADA silueta que ofrecía la Residencia de Estudiantes de Madrid durante los prolongados atardeceres del verano, recortándose sobre los rígidos techos del Museo de Historia Natural, constituye el recuerdo de juventud más estimulante que conservo.

Subí por primera vez el casi centenar de escalones que llevaban hasta la cumbre de la colina, donde la Residencia estaba edificada, uno de los primeros días de junio de 1922. Me conducía la emoción de haber logrado el propósito aparentemente más alejado de mis posibilidades materiales y espirituales: entrar como trabajador en uno de los laboratorios que habían dado a España prestigio científico en el extranjero, y donde el ejemplo de Cajal —modelo y guía eternos para los estudiantes de habla española— había producido sus mejores frutos. El triunfo fue precedido por una larga serie de tropiezos, lo que le hacía más sabroso, y llegaba cuando mis recursos económicos habían quedado reducidos, por azares de la imprevisible fortuna, al importe de mi billete en la bien ventilada tercera clase del tren correo de Zaragoza, más el pago de los tres meses de “patrona”, a 6 pesetas diarias; pero esto no era sino dar al suceso, por lo demás vulgar, un atractivo aire de aventura.

Esa mi primera “patrona” —nunca después vi viuda que me pareciese más garbosa— vivía en la Costanilla de los Angeles, junto a Atocha; la Residencia estaba en los altos del Hipódromo, al terminar la Castellana. Por lo tanto, día a día me recorrí todo ese largo paseo, más el de Recoletos, de ida hacia las 3 de la tarde, buscando el necesario abrigo de los árboles, de regreso hacia las 9 de la noche, con las estrellas brillando entre los opacos faroles, el apetito de par en par tras tan larga caminata. Por cierto que alguna noche de aquel tórrido agosto sucumbí a la tentación del despilfarro —¿qué joven no lo ha hecho?— y me senté durante un par de horas en las sillas plegables con las que se improvisaba de vez en cuando un cine al aire libre, bajo las amplias palmeras de Recoletos, acertado precursor de los modernos autocinemas. Contemplando las entonces ya viejas escenas presentadas por la ojerosa Pearl White, el impetuoso Douglas Fairbanks y el jovenzuelo Charles Chaplin, me bebía mi buen vaso de agua del Lozoya, con sus microbios atarantados por la acción directa de generoso chorro de cazalla, que la hacía deliciosamente opalina, y endulzada con un no muy soluble ni blanco azucarillo, colmo y fin de mi dispendiosa “parranda”.

Los escalones que subían a la Residencia termina-

ban, entre densas matas de laurel cerezo, en la calzada bordeada de tilos que corría a lo largo de los edificios. El Laboratorio de Histología Normal y Patológica, señalado por una discreta placa metálica clavada junto a su puerta, estaba al final de la anteúltima construcción y ocupaba el lugar originalmente concebido por el arquitecto para ser una galería al aire libre. Pero la tal galería fue ingeniosamente transformada en laboratorios y, después de la adaptación, la esquina norte fue ocupada por Del Río Hortega, en tanto que su simétrica, en el extremo meridional, quedó para albergar el laboratorio de Microbiología, a cargo del Dr. Paulino Suárez. El resto, intermedio, conservando su carácter de pasillo abierto, daba entrada a los laboratorios de Histología Comparada, con el Dr. Luis Calandre como cabeza, y los de Fisiología, bajo la dirección del Dr. Juan Negrín. Este último resultó a la postre el más afortunado, ya que de él salieron nada menos que un extraordinario Jefe de Gobierno y un Premio Nobel.

Don Pío tenía una especial habilidad para tales adaptaciones. Contagiado por el espíritu ahorrativo de su primer maestro en Valladolid, el Dr. López García, y por el aún más desarrollado —aunque pareciese imposible— del Secretario de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas —de la que dependían todos los mencionados laboratorios— el insigne y preclaro don José Castillejo, supo sacar un partido máximo al ángulo que le fue designado. Ocho mesas individuales, con suficiente amplitud para recibir todo el material indispensable a cada trabajador y cuidadosamente pintadas cada año con nogalina por manos de su afortunado usufructuario, dejaban todavía espacio para los microtomos Sartorius, el aparato de microfotografía de Edinger, los armarios para reactivos, la estufa para las incubaciones y otras pequeñeces más. Bien es verdad que no era posible la circulación de dos personas al mismo tiempo por el espacio restante, pero eso tuvo la ventaja de adiestrarnos en la cortesía más depurada y de estimular el respeto mutuo.

Casi todas las paredes que limitaban el laboratorio daban al exterior, eran de mampostería sólo hasta los 80 cm. de altura que tenían las mesas y el resto estaba cubierto por madera y vidrios; éstos se protegían por fuera con densas parras y por dentro con verdes persianas de madera ligera. La iluminación distaba, pues, de las comodidades deseables para un departamento de microscopía, y la temperatura interior andaba pareja con la exterior, tanto durante el bochornoso verano como en el gélido invierno. Di-

chas circunstancias físicas se ponían de relieve en detalles como los que siguen. En verano llegábamos al laboratorio hacia las 3.30 de la tarde, marcando el termómetro por encima de 30°C a la sombra; el implacable sol tostaba las espaldas tanto durante la subida de la escalera como al atravesar la no corta distancia comprendida entre la parada del 8 (el tranvía del Hipódromo) y la puerta del laboratorio. La primera operación de cada recién llegado consistía en poner los brazos desnudos bajo el chorro del agua, afortunadamente fresca como si saliese directamente del glaciar del Guadarrama, su natural procedencia; así se refrigeraba el cuerpo lo suficiente para recuperar las fuerzas, desear las buenas tardes a los precedentes y a comenzar la tarea. En invierno, la salida del laboratorio se caracterizaba por ruidosas carreras a lo largo del pasillo abierto, en un casi siempre fallido intento de recuperar la sensibilidad en los pies, olvidados por la circulación sanguínea tras varias horas de reposo bajo el microscopio. No pude averiguar quién difundió en aquella época la especie de que el paso repentino de un lugar abrigado a la fría calle era peligroso engendrador de pulmonías. Como obviamente no se podría calentar la calle, se decidió dejar frío el laboratorio. Por fortuna, la experiencia demostró pronto que una buena estufa de carbón disminuía en forma estadísticamente convincente la frecuencia de catarros interminables entre los trabajadores, y los inviernos se hicieron desde entonces más llevaderos.

En primavera el penetrante y dulce perfume de los tilos que nos cobijaban, en otoño el agrio tufillo de los pámpanos y de las uvas maduras, llenaban de ambiente campirano el laboratorio; con las ventanas abiertas a los cuatro vientos, era cuando la euforia estimulaba a varios de nuestros compañeros, quienes, primero muy bajito —para ver cómo reaccionaba don Pío— luego progresivamente más alto y en improvisado coro, silbaban dilatados fragmentos de música clásica. Entonces sólo había en Madrid dos estaciones radiodifusoras, que debían escucharse con sencillos aparatos de galena: Unión Radio y Radio España, más algún apeadero (ésta es frase de don Abelardo Gallego). Rimski-Korsakov con Scherezada, Beethoven con su 5ª sinfonía y Wagner con su tetralogía eran los preferidos; por supuesto, Bach y Haendel no escapaban tampoco a las correspondientes “ejecuciones”. López Enríquez y Vázquez López eran los más decididos melómanos.

Lo malo era que tilos y parras llamaban con sus incitantes perfumes a legión de abejas, avispa y abejorros. ¡Qué apuros, si zumbaba un rollizo y decidido díptero a pocos centímetros de mis ojos, precisamente cuando ya sólo me faltaban por extender los dos últimos pequeños pliegues y tenía a punto de montar una amplia preparación de cerebelo! Allí aprendí a cazar a los inoportunos insectos dejándo-

les caer una gota de xilol en pleno viaje, con lo que no llegaban vivos al suelo y quedaban incapaces de usar su doloroso aguijón. Esto, claro está, a espaldas de don Pío, que nunca hubiese aprobado la caza del abejorro ni, mucho menos, el desperdicio del caro xilol en tarea tan poco histopatológica. Cuando nuestro espíritu investigador alcanzó suficiente desarrollo averiguamos que, si en lugar de usar esencias de bergamota o de orégano empleábamos para aclarar los cortes fétida creosota, los abejorros no cambiaban las uvas o las florecillas del tilo por nuestra mesa aunque les llamásemos con los más atractivos terrones de azúcar.

Fue Pío del Río Horteiga ejemplo de maestros, de hombres íntegros y de amigos. Su aspecto impecable, que retocaba cada mañana en su cuarto de baño un peluquero, correspondía con una mezcla, no menos pulcra, de los sentimientos más nobles y delicados que haya podido reunir hombre alguno. Entre su alma eternamente nítida y su traje siempre recién planchado se deslizaba una capa de timidez, casi invisible pero que le aislaba decisivamente del medio; por ello pasó ante muchos de sus conocidos como un ser algo descentrado. Miembro de familia acomodada y habituado a vivir con holgura, nunca dudó de compartir todo lo suyo con quien él supusiese que lo necesitaba, y no raras veces tal desprendimiento le costó renunciar a las pequeñas comodidades que constituían su frugal vida cotidiana. Y esto lo sé muy bien, porque de su desprendimiento fui yo mismo uno de los beneficiados, precisamente cuando apenas me conocía y no podía esperar de mí sino un convencional agradecimiento.

Sin embargo, y como con frecuencia suele suceder a los espíritus desprendidos, creo que, respecto a bienes materiales, logró don Pío la mayor ilusión de su vida: ser dueño del Castillo medieval a cuya sombra se cobija el caserío de Portillo de Valladolid, lugar de su nacimiento y procedencia de la familia. Por supuesto, el Castillo, con su alta muralla, su pesada puerta, su medio derruido foso, sus amplios y temerosos subterráneos —donde es fama estuvo encerrado don Alvaro de Luna— y su orgullosa torre del homenaje, sin faltar el sello de garantía en su escudo nobiliario, era la estampa misma de la ruina, asiento de tupida alfombra de cardos borriqueros y otras espinosas plantas silvestres, salpicadas por tal cual escondida y perfumada labiada; habitación confortable sólo para escarabajos y lagartijas, que las había en profusión. Pero don Pío tenía espíritu de castellano nato y, figurar como tal de hecho en el catastro de Valladolid, debió llenarle de mística satisfacción. Con gesto magnánimo, no del todo extraño al remedo de Marqués de Bradomín que encerraba todos los días al abrochar su terso chaleco, dejó el mencionado Castillo a la Diputación de Valladolid, así como sus notas, libros y preparaciones a la Facul-

tad de Medicina, cuando escribió serenamente su testamento.

Las costumbres y, sobre todo, la educación —tantas veces llevada hasta la domesticación— ocultan con frecuencia la verdadera faz de las gentes. Pero dos circunstancias la develan sin contemplaciones y dejan al individuo desnudo de arrumacos: una buena revolución, si surge inesperada, y la muerte, cuando llega paso a paso, de frente y sin disimulos. El tímido y descentrado don Pío encaró ambas pruebas con singular denuedo.

Cuando las tropas del ejército regular revoltoso, reforzadas por unidades especialmente adiestradas de alemanes e italianos, atacaron a los obreros armados apresuradamente en Madrid, el principal campo de lucha se constituyó en la Ciudad Universitaria. Y quizá no fue esto una simple casualidad, sino una bien meditada labor logística planeada por expertos, ya que en las aulas universitarias encontraron siempre militares y paisanos muro de contención a sus egoístas —para ellos patrióticas— aspiraciones. Durante la depuración a cañonazos de los edificios, muchos todavía en fase de construcción, y durante los meses en los que se disputó el terreno palmo a palmo y las construcciones piso a piso, a veces, cuarto por cuarto, el Instituto Nacional de Oncología, del que entonces era don Pío director, quedó dentro de la tierra de nadie. Allí estaban los libros, el material y los instrumentos, con los resultados que ellos habían proporcionado durante una docena de años de labor. Don Pío dejó bien guardada su timidez en la alacena de su casa, vistió un “mono” sobre su traje inglés, se metió como pudo en un ruidoso y aceitado tanque y, conducido por un corazón así de grande y por unos pocos desconocidos milicianos, llegó al edificio principal de su Instituto. Las lágrimas nublaron sus ojos cuando vio las colecciones de revistas, reunidas con tanto esfuerzo, usadas para proteger las ventanas tras las que disparaban sus fusiles los últimos desarraigados voluntarios. Lleno de comprensión se acercó don Pío al comandante del reducto para advertirle que debían sentirse orgullosos de protegerse tras muro tan valioso, pero que convendría disponer los libros de plano, pues de perfil, como estaban colocados, constituían pobre defensa, ya que las balas enemigas pasarían fácilmente el obstáculo “en sedal” por entre las hojas impresas. Salió de allí entre cascotes, cargando con sus compañeros el rádium —que significaba un peligro para quienes pudiesen tomarlo ignorando sus propiedades— algunos microscopios ya descascarillados por la metralla y unos pocos papeles personales. En el mismo tanque llegó la extraña comitiva hasta el Banco de España, en el corazón de la sitiada ciudad, y allí hizo don Pío el depósito de todo lo materialmente valioso; ni decir tiene —el comunismo no había pensado aún en combatir las costumbres burguesas de los madrile-

ños— con todas las formalidades legales y a cambio del recibo correspondiente.

La muerte se anunció en forma solapada, a modo de trastornos aparentemente triviales en París, cuando el sacrificio español estaba consumándose. Se hizo presente, pero aún disfrazada de indisposiciones pasajeras, en Oxford, durante las primeras atrocidades de la segunda guerra mundial que, por comparación, redujeron a la nada los problemas individuales. Y se desenmascaró al mismo tiempo que los alemanes arrasaban Coventry; fue el propio don Pío quien hizo el estudio de la biopsia. En seguida se trasladó a Buenos Aires, donde uno de su más viejos y queridos amigos le operó —¿cuándo acabarán las tremendas mutilaciones a que nos obliga el cáncer, tantas veces insuficientes para obtener resultados curativos?— en el más completo secreto. Así se prolongó su actividad científica durante un año más.

Cuando le vi por última vez pasaba toda la jornada de trabajo en el laboratorio que hoy lleva su nombre y que fundara con algunos nuevos colaboradores argentinos, entre los que distinguió especialmente a los Drs. Moisés Polak y Julián M. Prado. El nuevo sitio de trabajo era semejante en todo al de Madrid, con ligero acento criollo. Hombre que nunca durmió ni 5 horas diarias, el tiempo intermedio se le hacía inacabable. Cuando me llevó a ver una película de Errol Flynn, en la que mutilados piratas conquistaban a mandobles viejas monedas de oro y jóvenes muchachas rubias, una atroz congoja apretó mi corazón. Don Pío nunca fue a los bullangueros cines de Madrid —¿se acuerda alguien de las pregonadas “avellanas tostadas y acarameladas”...? ¿Y de las butacas “especiales”, conseguidas a través de la amistad interesada de la taquillera, cuya virtud consistía en la vecindad de alguna muchacha de aspecto acogedor?—. Su miopía hacía del oscuro espectáculo algo muy parecido a un tormento y para don Pío, madrileño cabal, nada podía oponerse más al placer de una buena tertulia que el ominoso silencio del cinematógrafo. Su asiduidad a las salas bonaerenses manifestaba el sacrificio que se imponía, ya que, sólo y casi ignorado, ni frente a su desaparición próxima e inevitable quiso ceder a los impulsos que le empujaban hacia su terruño, por el que sentía adoración sin límites. Todavía en el entreacto, mientras el bello Errol se reponía del motín para comenzar el abordaje, evocó una vez más don Pío el Campo Grande de Valladolid, jardín a ningún otro comparable; menos aún a su inmensa Plaza Mayor, festoneada de arcos berroqueños; y ni pensar en encontrar un parangón a su afamada Facultad de Medicina, donde existe el mejor y más antiguo Instituto Anatómico del mundo entero. Pero don Pío era amigo genérico de los humildes y amigo específico de don Juan Negrín; aunque la política militante nunca fue su fuerte, ante esos dos afectos el atractivo del

terruño quedaba en segunda fila dentro de su prioridad sentimental. Así, murió en un sanatorio, bajo nombre fingido y simulando fantástico viaje "al extranjero", para evitarnos a los amigos el dolor de contemplar impotentes su consumación física y sus dolores morales. Renunció a contemplar por última vez su Castillo y aceptó ser enterrado en país extraño, a cambio de hacerlo limpiamente envuelto en una vieja bandera española atravesada de punta a punta por la ancha franja morada de la República.

La nobleza de don Pío era de la mejor ley y procedía de rancia estirpe. Su ya nombrado primer maestro, don Leopoldo López García, fue distinguido y fiel discípulo de Ranvier. Me correspondió sustituirle en su cátedra de Valladolid y tuve la fortuna de conocerle personalmente cuando llegué a tomar posesión de mi cargo. Me llevó a su casa y me presentó el propio don Pío, que no hubiese cambiado esa obligación moral por nada de este mundo. Fue lo primero que hicimos en cuanto pisamos la ciudad; la veneración del discípulo y el afecto paternal del maestro, de que hicieran gala mutuamente en mi presencia, constituyó para mí lección inolvidable. Luego me enseñó don Pío, durante tres días, las bellezas y tesoros de su tierra natal: primero, claro es, la Universidad, con su vieja fachada labrada en piedra, sus gabinetes y laboratorios, sin faltar el Excelentísimo Señor Rector y algunos de los más distinguidos profesores, desde entonces mis compañeros. En seguida, la Facultad de Medicina, de cuyos laboratorios de Histología y Anatomía Patológica, extendidos por todo el tercer piso de la construcción principal, me había entregado ceremoniosamente las llaves don Leopoldo. En fin: la hermosa fachada de San Gregorio, el Museo de Madera Policromada donde Berruguete dejó muestras de su increíble habilidad para estofar y dar vida a la madera; el rápido y cenagoso Pisuerga atravesando la desolada campiña; los pinares vecinos a las riveras del Adaja adonde fuimos para saludar a un destacado catedrático, entonces reposando su tuberculosis pulmonar; y, claro está, Portillo con su ruinoso castillo señorial.

Tras don Leopoldo tuvo la fortuna don Pío de conocer a Nicolás Achúcarro, uno de los cerebros mejor organizados que puedan encontrarse, educado directamente con Simarro, Pierre Marie y Kraepelin. Pronto fue su discípulo y su amigo en el laboratorio de Cajal, donde el ya doctor del Río Hortega supo de las ventajas y de las asechanzas que la gran ciudad tiene para los inexpertos y confiados provincianos. Fue Achúcarro para don Pío prudente consejero, sabio maestro e incondicional defensor y paladín, por cuyo intermedio pudo aprovechar en su inmenso valer el ejemplo de don Santiago. Con Achúcarro aprendió los secretos de las impregnaciones argentícas iniciadas por Simarro y tan sabiamente aprovechadas por Cajal, y a su sombra elaboró los métodos

que luego le llevaron al éxito científico. Quizá la producción de la ciencia médica española en general y la de del Río Hortega en particular se hubiesen multiplicado si Nicolás Achúcarro no hubiese sido víctima, a los 37 años, de una linfogranulomatosis maligna.

En mesa vecina a la de don Pío, en el Laboratorio de la Residencia, trabajaba entonces don Abelardo Gallego, polemista permanente de cuantas ideas científicas o filosóficas pudieran ponerse a discusión. Padre de ocho hijos, sin más ingresos que los correspondientes a los de profesor en la Escuela Superior de Veterinaria y a los de trabajador en el Laboratorio de la Junta —emolumentos ambos nunca calculados para investigadores tan prolíficos— era hombre bien fuera de lo común, cuya vida podría relatarse en forma de ininterrumpida serie de extraordinarias anécdotas. No puedo resistir la tentación de relatar alguna.

Conocí a don Abelardo a raíz del nacimiento de su octavo vástago, suceso feliz que fue precedido de ocho meses de lamentaciones crematísticas. Cada uno de sus amigos inventamos una manera —siempre por él rechazada— de aumentar sus ingresos a fin de cubrir el siempre creciente presupuesto familiar. Porque debe saberse de una buena vez que don Abelardo, trabajador infatigable, sostenía la razonable tesis de que su trabajo como profesor e investigador era de suficiente importancia para que, sólo por él, le pagasen lo que necesitaba para alimentar, vestir y educar a su prole. Estaba dispuesto a sufrir no importa qué penalidades para vergüenza del Gobierno, antes que claudicar distrayendo su tiempo de profesor e investigador en otras actividades remuneradas. Con más precisión: conseguir ingresos extraordinarios por cualquier otro camino le parecía tapar la inmoralidad oficial con la propia, cosa intolerable para su exquisita conciencia.

Conociendo sus puntos de vista al respecto se comprenderá mejor lo que sigue. Bajábamos una de aquellas luminosas tardes de verano las escaleras de la Residencia, después de larga jornada; nadie se atrevía a felicitar abiertamente al ya por octava vez padre, dados los mencionados antecedentes; pero algo había que decir, y don Pío aceptó la responsabilidad de jefe mencionando sentenciosamente al nuevo Galleguito y cantando las bellezas de las familias numerosas. Esto provocó la esperada reacción en don Abelardo: ¿cómo mantener decorosamente a tanta familia? ¿Qué hacer para descargar a su esposa de trabajo material tan pesado como era cuidar de tamaña chiquillería?

Un Dr. Collado, por entonces asistente al laboratorio, sin duda influido por las ideas "capitalistas" del ambiente y mal informado de las de nuestro admirable maestro, no pudo contenerse y le dijo algo parecido a esto:

—Pero, don Abelardo; en verdad que no entiendo

de qué se queja. ¿Quién, sino usted mismo, es el principal responsable de tener tantos hijos...?

¡Pobre Collado! ¡Nunca hubiera pronunciado tanta blasfemia! Paróse don Abelardo donde le sorprendiera el exabrupto, sobre un escalón de piedra que parecía oscilar bajo sus pies al impulso de su indignación; se creció como el Genio al salir de la lámpara de Aladino, miró de arriba abajo al sacrilego, ignorante, amoral, curioso impertinente, y haciendo un sobrehumano esfuerzo para dominar el espasmo laríngeo con que le ahogaba la vergüenza dijo:

—¿Qué está usted diciendo, joven loco? ¿Me está usted sugiriendo que haga trampas...?

Puedo aún recordar con precisión, después de tantos años, el efecto que en nosotros hizo su tremendamente sincera reacción. Todos callamos con un nudo en la garganta... y Collado cambió tan antinómico Laboratorio por una plaza en cierta razonable y afamada firma de Seguros de Vida.

Mi inolvidable don Abelardo: tu bondad de inaudita pureza, sin una sola mella después de pasar las pruebas más duras, ha sido un consuelo de la mejor ley durante la vida de éste tu discípulo, tampoco desprovista de incidentes amargos. Encontré en este México, extensión firme y tierna de nuestra patria, un retrato tuyo. ¡No te admires! Es un ejemplar del único retrato que te hiciste en tu vida; lo descubrió otro gran admirador tuyo, el Dr. Germán Somolinos, en la Lagunilla, lugar noble y de prosapia, donde de vez en cuando se descubren ricos tesoros descansando sobre la realidad del suelo y acompañados de las más deliciosas trivialidades. Es un lugar tan lleno de atractivos como nuestro Rastro, allí tras la estatua del Cascorro. Para mí fue un valioso encuentro por el

que —¡ignorante mercachifle!— sólo pidieron un limpio peso de plata. Desde entonces honra mi laboratorio, no lejos de la fotografía que el Dr. Wilder Penfield, nuestro gran amigo canadiense, tomó a don Pío cuando trabajó con nosotros en la Residencia. Las dos fotografías presiden otras, muy pocas más, de maestros y amigos, para mi disfrute personal y para ejemplo entre mis discípulos.

Muchas otras personas dignas de recordación pasaron por aquel laboratorio. Felipe Jiménez de Asúa, Enrique Vázquez López, Antonio Llombart, Rafael Vara López, Román Alberca, José Sacristán, José María Aldama y Manuel López Enriquez son los que más pronto acuden a mi memoria, porque con ellos compartí años de trabajo estimulante y de compañerismo sincero. Pero esta deshilada serie de recuerdos va siendo ya demasiado larga y conviene interrumpirla hasta otra ocasión, si alguna vez se presenta. Fueron realmente don Pío y don Abelardo quienes forjaron las bases del trabajo desarrollado en el laboratorio de Anatomía Patológica de la Junta para Ampliación de Estudios en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Ellos, sin embargo, no eran sino cuentas, aunque capitales, en un largo rosario iniciado de manera inmediata por Cajal y Castillejo; desde mucho antes, por legión de otros hombres transparentes que, al serlo, no siempre se encuentran en las historias ni en las consejas de nuestros tiempos, pero que viven en nosotros como obstinada continuación de su fe y sus convicciones. Ojalá de alguna manera, al pasar los tiempos difíciles que vivimos, la misma fe resurja de las ahora dispersas piezas hasta formar de nuevo permanente e indestructible continuidad.



*Don Abelardo Gallego*

**S**I SE CONSIDERA la significación de la Residencia en la vida cultural española anterior a 1936, sorprende ver lo poco que se ha escrito sobre ella en los últimos años. Parece como si la actitud de los residentes y amigos de la Residencia hubiera sido la de contestar con el silencio a la campaña, tan llena de odio como de desconocimiento, emprendida contra ella después de 1936. Es grato señalar que esta campaña parece acallada por el momento y ha sido para mí una gran alegría el ver que recientemente se han publicado en España comentarios elogiosos para la obra de la Residencia.

La celebración este año del cincuentenario de su fundación ofrece una oportunidad que no debemos desaprovechar, para dar a conocer lo que la Residencia fue y lo que significó en la vida cultural de nuestro país. Pienso que todos los residentes tenemos el deber de refrescar nuestros recuerdos, no sólo para recordar lo que fue para todos nosotros una feliz época de nuestra vida, sino para que las nuevas generaciones españolas sepan la verdad de lo que fue la Residencia.

No entra dentro de mi intención analizar en detalle todos los aspectos de la obra de la Residencia en este momento, y desearía limitarme tan sólo a recoger aquí algunos recuerdos que estoy seguro comparten conmigo muchos médicos españoles que tuvieron, como yo, la fortuna de vivir en la Residencia durante su época estudiantil. Para el estudiante de Medicina ofrecía la Residencia un estímulo poderoso debido al contacto personal con algunas de las principales figuras médicas de la época; y a la existencia de los Laboratorios, en los que muchos de nosotros vimos despertarse nuestra afición por las disciplinas básicas de la Medicina.

Cuando yo comencé mis estudios de Medicina en Madrid en 1926, Cajal, jubilado ya de su cátedra era la figura dominante en la vida médica española y ejercía una atracción indudable sobre los que llegábamos a Madrid para comenzar nuestra carrera. Por aquella época Cajal salía poco de su casa, pero visitaba la Residencia en alguna ocasión, y una de mis primeras experiencias memorables de aquel tiempo fue la de ver en la Residencia la película hecha poco antes con motivo de una de las visitas de Cajal. Muchas de las grandes figuras de la Medicina española pasaron por la Residencia y entre los conferenciantes que desfilaron por ella hubo un buen número de médicos famosos.

Los estudiantes de Medicina de la Residencia disfrutamos de la ayuda y el consejo de dos médicos

que creo influyeron mucho en encauzar nuestros estudios y en despertar nuestras aficiones dentro de la Medicina. Todos recordaremos siempre con cariño y agradecimiento a don Paulino Suárez y a don Luis Calandre. Don Paulino, que vivía también en la Residencia y dirigía el Laboratorio de Bacteriología, era al mismo tiempo un amigo y un maestro. Todos admirábamos su buen juicio en los problemas médicos y no médicos, su paciencia y la socarronería gallega con que sabía suavizar sus advertencias. Don Paulino tenía un interés personal en cada uno de nosotros y todos acudíamos a él con nuestros problemas, en la seguridad de encontrarlo siempre dispuesto a escuchar con simpatía y a ayudar con eficacia.

Don Luis Calandre era entonces el más distinguido cardiólogo de Madrid y su contacto con nosotros no era tan estrecho como el que teníamos con don Paulino; pero era nuestro médico y todos le respetábamos. Como Director del Laboratorio de Anatomía Microscópica don Luis tenía la misión de enseñar Histología a los que cursábamos el primer año de Medicina. En aquel laboratorio aprendimos a teñir cortes y montar preparaciones muchas generaciones de residentes, y gracias a la paciencia de don Luis y los incansables esfuerzos del inolvidable Enrique Vázquez López, entonces interno del laboratorio, todos nosotros adquirimos una preparación en Histología muy por encima de la que podía adquirirse en la Facultad, donde Tello luchaba denodadamente por enseñar Histología a 600 alumnos con elementos de Laboratorio y personal muy reducidos. Pero quizás más importante que la Histología que aprendimos fue sin duda el estímulo que representó para muchos de nosotros el encontrarnos por primera vez trabajando en un laboratorio y el adquirir un conocimiento directo de los problemas. Hablando por mí creo que el curso de Histología del Laboratorio de la Residencia fue fundamental en el desarrollo de mi vocación; pero creo además que fue igualmente importante para la mayoría de mis compañeros, aunque sus aficiones les llevasen más tarde hacia las disciplinas clínicas.

El Laboratorio de Anatomía microscópica estaba directamente relacionado con el Laboratorio de Histopatología que dirigía don Pío del Río Hortega, quien en aquellos años estaba publicando algunos de sus hallazgos más famosos sobre la neuroglia.

Don Pío era una figura familiar para todos los residentes, aun para los no médicos. Todos conocíamos su categoría científica y creo que todos nos sentíamos orgullosos de que su Laboratorio estuviese en la Residencia. Los que tuvimos la fortuna de co-

nocerle más de cerca recordaremos siempre a don Pío, no sólo como un gran investigador sino como un gran maestro y como persona de gran calidad humana, que su timidez no dejaba apreciar las primeras veces que se le trataba.

Otra persona que influyó mucho sobre los residentes estudiantes de Medicina, fue don Juan López Suárez, que por aquel entonces había abandonado sus trabajos de Laboratorio; pero que frecuentaba la Residencia y se interesaba por los problemas de educación médica en los que tenía especial interés y gran experiencia.

El Laboratorio de Fisiología dirigido por don Juan Negrín no desarrollaba un programa de enseñanza, pero Negrín, lo mismo que Hernández Guerra, que vivía en la Residencia, y más tarde Ochoa, tuvieron siempre gran interés en despertar la afición a la Fisiología entre los residentes estudiantes de Medicina. En mi caso me parece indudable que sin la presencia del Laboratorio de Fisiología en la Residencia y sin el estímulo y la ayuda que recibí de Negrín, Guerra y Ochoa, no hubiera seguido el mismo camino.

El Laboratorio de Bacteriología organizado de manera análoga al de Anatomía microscópica daba todos los años un curso que seguían los estudiantes de tercer año, en que aprendíamos las técnicas bacteriológicas generales. Don Paulino era un maestro excelente, con una paciencia inagotable, y un especial talento para interesarnos por la Bacteriología. Esta no estaba separada como asignatura independiente en mi época, y por ello los residentes pudimos adquirir una forma-

*Don Paulino Suárez*



ción bacteriológica muy superior a la que se podía obtener entonces en la Facultad.

Pienso que la Residencia nos daba a los estudiantes de Medicina, no sólo las posibilidades de adquirir una formación más sólida que la que podía obtenerse en la Facultad, sino sobre todo que nos permitía ver más de cerca e interesarnos por la Medicina en sus aspectos más científicos. En contraste con la desorientación de tantos estudiantes de nuestra época, creo que los que vivíamos en la Residencia teníamos una mayor facilidad para encauzar nuestra vocación, y no tengo duda de que la proporción de residentes que han llegado a ser médicos distinguidos es mucho más alta que entre el resto de los estudiantes de la misma época.

Pero no sólo debemos a la Residencia un ambiente que nos permitía ser mejores estudiantes de Medicina, sino que tuvimos la oportunidad de interesarnos por otras cosas y de completar nuestra formación cultural en otros aspectos. Las excursiones con don Ricardo Orueta, las visitas al Museo del Prado con Moreno Villa, las conferencias, los conciertos y las conversaciones sobre música con Jesús Bal; las charlas con don Angel Llorca y tantas y tantas cosas que ahora vienen a mi memoria, sirvieron para hacer una realidad del pensamiento fundamental de don Alberto Jiménez.

Lo que don Alberto pretendió y consiguió de modo innegable fue el crear las condiciones para que los estudiantes españoles pudieran tener una formación cultural adecuada a nuestra época. Los estudiantes de Medicina recibimos un estímulo para ser mejores médicos, pero recibimos también un estímulo para interesarnos por otras manifestaciones de la actividad cultural. Aprendimos por experiencia lo que hay de verdad en el aforismo letamendiano: "El médico que sólo sabe Medicina, ni Medicina sabe".

Al recordar hoy lo que la Residencia fue y lo que consiguió sólo quiero añadir el deseo de que la obra admirable emprendida por don Alberto Jiménez vuelva a tener realidad. El ejemplo de la Residencia no podrá perderse y espero que no esté lejano el día en que la Residencia vuelva a ser lo que fue multiplicada en todas las universidades españolas. La frase de Cajal "El problema de España es un problema de cultura", sigue teniendo más actualidad que cuando él la escribió. La Residencia ofreció una solución a este problema en el ámbito universitario, cuya validez no ha sido superada. A ella habrá que volver cuando los españoles podamos enfrentarnos con la solución de nuestros problemas culturales. Y ésta será la mejor prueba de la eficacia de la obra emprendida hace 50 años por don Alberto Jiménez, a quien todos los residentes enviamos nuestra gratitud. Que en su retiro de Oxford pueda disfrutar de la satisfacción de ver que su obra no ha sido en vano.

UN ANDALUZ DE FUEGO

*Piedra de llama*

**Lo bastante para vivir**

*a Alberto Jiménez Fraud*

**E**L AGUA es más sensual; quiere, guarda, acaricia, necesita más; también el aire insiste y respeta mucho, y la misma tierra, es devoradora lenta y cómoda. Y las combinaciones de tierra, agua y aire son más exigentes, más plásticas, necesitan más presencia perdurable de lo ajeno. El agua, la tierra, el aire se entienden mejor, se necesitan más entre sí y celebran sus circunloquios sobre los seres humanos. Pero el fuego, el fuego es más él, está más solo, necesita menos. Lo que no necesita lo quema, lo destruye. Y aunque arda y sea punto de comparación de lo que arde sin arder, el fuego diría que es más sencillo, más finamente espartano.

Andalucía, sur de España y norte de Africa, que tiene en el fondo tan fogosa fusión del deleite oriental, aire y agua y tierra, vive en la dureza espartana fuego y un poco de tierra llena de fuego, de lava, conjunto que predomina. Si se compara el lujo español, la comodidad andaluza con las de otros países, España se queda fuera, a la izquierda del camino. El lujo es para verlo no para vivirlo ella. Pero su virtud de fuerza y permanencia de lava está en eso precisamente. Francisco Giner que era piedra de llama, lo había visto como nadie.

Una mesa, cuatro sillas, una estera de esparto o cuerda, unos cacharros son cosas que suele respetar el fuego cuando vive con el hombre y el león. Pero no la modestia odiosa negada feísima de tal ermita de Córdoba, farsa de sencillez. Todo bello, duramente bello, con esa belleza escueta de lo popular mejor, de lo artesano digno que ignora, al crear su belleza, la blandura ajena. Materia y línea sin adorno, sin más, con todo lo menos posible. Francisco Giner (él nombraba siempre a Don Juan Facundo Riaño) fue de los primeros que vieron en España la gran belleza de lo popular acendrado, fogoso, no plebeyo. Nada más lejano de lo popular que el chabacanismo plebeyo, el brillo, ese aquí estoy yo de la abundancia desmedida. Y con la medida, el tacto que luego tantos legos continuadores, por incomprensiva imitación sin criterio, han perdido. En España hay que ser fuego sobre piedra, que no unen. Para su secreto el fuego necesita dureza y orden; si no aparece y destruye.

La ropa suficiente y corriente también, lo más cerca posible de lo popular atípico ciudadano, con la única excelencia de la limpieza, hasta el pulido bajo ella, hasta la trama en la ropa. También de esto el cursi afectado ha dicho cursi. Cursi es lo que quiere llamar la atención con lo provocativo, corbata de ajedrez, pañuelo de flores, calcetín, bastón, modo de afeitarse, etc. Si la barba y el bigote crecen hacia abajo, dejarlos que crezcan hacia abajo recortándolos lo bastante para que no moleste uno a los demás. En la comida lo español corriente, con cierta concesión cuando había invitados, condescendencia y reserva para los otros. Flores del huerto o del campo, mejor del campo, del monte, la sierra. Y traídas por él en la mano.

Y el orden sobre todo. Gran lujo de lo suficiente, el orden que es la libertad y la fuerza de la vida. El orden, aristocracia de la costumbre. La aristocracia auténtica, sin nombre, anterior al nombre, a su nombre, no la aristocracia par de la plebeyez, resplandecía en Francisco Giner por la excelencia conjunta del espíritu ardiente, su residencia real. Le horrorizaba lo elegante que está tan cerca de lo cursi. Cursi, elegante ¡qué palabras! Estaba a igual distancia de lo uno y de lo otro. Digo, tan lejos. Tan lejos de la imitación, la simulación, el parecido, la exajeración, toda esa poca calidad. Porque la norma de la vida consciente y fogosa es lo bastante. Lo bastante para uno y también lo bastante para todos los que vienen con uno.

**N**O SERA aventurado decir que si los promotores de la Residencia de Estudiantes se limitaron a albergar, en 1910, nada más que un número muy corto de éstos, tendrían sus razones para proceder paso a paso, además de exigirle la escasa, escasísima, dotación que lucía en los Presupuestos de los servicios de Instrucción Pública. A partir de pocos años antes, las autoridades de este ramo de la Administración contemplaban amplios horizontes y hacia ellos avanzaban, con ojo avizor, pero con pies de plomo. Iniciaban nuevas tareas y considerables rectificaciones cuyo arraigo hubiera podido malograr la prisa y el afán desmedido de conquistas radicales, cuando tanto quedaba por hacer. El avance firme requiere calma, y el crecimiento, madurez. Los reformadores, bien enterados, temieron siempre los excesos de optimismo y los arrebatos y las improvisaciones. Creyeron que llegando despacio, lo oportuno, no llegaría tarde.

Sin mencionarlas todas, pues algunas más surgieron, evocaré tres creaciones antecedentes que acarrearían partos ulteriores: la Dirección General de Instrucción Primaria, la Escuela Superior del Magisterio y la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Ninguna de ellas reclamaba edificios monumentales, ni mobiliario suntuoso, ni copiosas nóminas. El director general, primero de la serie, don Rafael Altamira, se instaló, claro está, en un despacho del Ministerio, que aún no se había emancipado del caserón velazqueño (Velázquez y Bosco) de Fomento. La Escuela, abrió sus aulas en una casa de la calle de Montalbán; allí explicó sus primeras lecciones don José Ortega y Gasset, sobre el "Discurso del método". La Junta tuvo su primer local en un piso de la plaza de Bilbao, esquina a la calle de San Bartolomé; en la habitación angular recibía don José Castillejo. Este nombre no es hoy, con evidente injusticia, uno de los más repetidos (por eso lo subrayo) y es de esperar que alguien puntualice la magnitud de los desvelos de Castillejo por la educación y los que dedicó a la enseñanza, en todos sus grados.

Cerrando esta digresión volveré a la primera Residencia. Nació chiquitita en la calle de Fortuny, en la acera de los pares, en su último tramo, inmediato a Obelisco (hoy Martínez Campos). En un hotelito vivían unos cuantos muchachos encomendados a la tutela de Alberto Jiménez. Si fue o no acertada la elección de director, fácil será decirlo teniendo presente lo que, al cabo del tiempo, y siempre con Jiménez al frente, llegó a ser la Residencia. Mientras a

lo largo de 27 años se sucedían crecientes tripulaciones, continuaba el mismo piloto gobernando una y otra de las sucesivas naves, de gran porte la última. En torno suyo formaba, dentro de la casa, colaboradores llamados a desarrollar un programa presentado que introduciría, a medida que fue realizándose, un tipo de vida espiritual esperanzador en la sociedad española de nuestro tiempo.

En aquel pequeño grupo de residentes, que procedían de diversas regiones, predominaban, si no me engaño, los andaluces; varios de ellos malagueños y cordobeses.

Sería una andaluzada, por mi parte, pretender que la Residencia de Fortuny acusara rasgos espartanos; pero, sin llegar a tanto, imperaba la sobriedad y aquellos jóvenes no carecían de arrestos. Era notorio el contraste entre la curiosidad expansiva de los polluelos y lo diminuto de la jaula. La cabida de las habitaciones, ceñidas a lo indispensable, no permitía apenas, en más de un caso, abrir del todo la puerta si ocasionalmente, ocupaba el cuarto, en aquel momento, más de una persona. El ajuar era humilde; un baño portatil quedaba oculto durante el día, bajo la cama. No creo que fuesen más de dos, y ninguna demasiado amplia, las piezas destinadas a la vida de relación: el comedor y la sala de estar. Si no recuerdo mal, únicamente a partir de una ampliación sobre la casa contigua, con jardín, llegó a instalarse una biblioteca y en alguno de sus estantes aparecerían pronto, luciendo el sello de la casa, libros editados por la Residencia tales como uno de Ors y otros de Ortega, Azorín, Pedro Corominas y, sin tardar, la serie de Ensayos de Unamuno que, en sus viajes a Madrid, fue residente honoris causa. El texto del folleto de Xenius lo leyó inédito su autor en el local anexo, que acabo de citar. Aquella memorable lectura tuvo lugar, por lo tanto, en los albores de la era de crecimiento y, siendo así, sin quererlo, estoy rebasando el área de la primera época de la casa, la época de sementera, de la que me propongo no salir en este recordatorio.

La voz grave de mando la emitía un gong que reclamaba puntualidad, la regla más elemental de cortesía y de respeto. Los estudiantes de aquella época, incluso los que vivíamos en el seno de nuestra familia, sabemos bastante del aspecto y las vicisitudes de innumerables casas de huéspedes pobladas por los estudiantes que, de provincias, llegaban a la corte y se instalaban en calles inmediatas al edificio de la vieja Universidad (Hita, Estrella, Horno de la Mata, Abades, Tudescos, Jacometrezo y tantas otras hoy

desaparecidas, total o parcialmente). En Fortuny, sus pocos inquilinos, apretados, estaban libres de aglomeraciones; tenían cerca otra vecindad y compartían otro género de hábitos (¡lástima que, al empezar, favoreciese la nueva instalación únicamente a una minoría mínima!). En Fortuny no se trasnochaba: se madrugaba. Las horas de estudio tenían un marco adecuado y los ocios distinto cariz. A la tertulia de cualquier café sustituía la charla de sobremesa, en la propia casa; a los bailes de la Bombilla y a la cuarta de Apolo o de Romea, la visita a Museos y la asistencia a conciertos; y en los días festivos, sobre todo —cuando aún no habían llegado a España los esquís— las excursiones a la sierra, en el invierno sobre nieve, eran frequentísimas y compatibles con los recorridos de viejas ciudades, sitios reales y otros lugares atrayentes del contorno madrileño, más o menos distantes.

Mencionar estos hábitos que pronto adquirieron propagación extraordinaria más allá de los estudiantes, hasta hacerse casi imperativos, me lleva a la corriente que fluía sobre un sector más importante que extenso de la sociedad madrileña, desde el venero originario, muy próximo de Fortuny, desde Obe-

lisco 8, precisamente. Una alusión a esta casa y a sus habitantes es obligada cuando se recuerdan los primeros pasos de los residentes. En efecto, la Institución Libre de Enseñanza, discreta siempre, no incuriría en intromisión alguna sobre la Residencia de Estudiantes y, sin embargo, bien puede creerse que hubo de inspirar la idea de su establecimiento.

Lo conseguido con el desarrollo de la Residencia está a la vista de cuantos no quieran cerrar los ojos; pero esta evocación que sólo se refiere a los primeros pasos, dados en Fortuny, no podrán hoy hacerla apenas más que los que estamos cerca de los 80 años y, siendo muy pocos de ellos los que vivimos, tal vez no sea ociosa, por muy imperfecta que parezca. Podrá servir para mostrar de qué manera “comenzó” la labor de un hombre bien inspirado y dispuesto a recoger la feraz cosecha de una buena semilla, a costa, se comprende, de entusiasmo, de abnegación, de perseverancia y de fe en la verdad y en el buen ejemplo. Un interés que no tiene este recordatorio tendría, en cambio, la versión auténtica que Alberto Jiménez hiciese algún día de los titubeos, de los desalientos y de los consuelos reconfortantes experimentados a lo largo de 50 años.



*Fiesta en la Residencia con motivo de un concurso atlético anual*

LA MÚSICA vivió y fue vivida en la Residencia de todos los modos posibles: conciertos públicos, conciertos privados, conferencias, reuniones de aficionados —ya en el salón, en torno al piano, ya en el cuarto de alguno de nosotros, ante el gramófono— y publicaciones. No se la cultivó allí como elemento más o menos ornamental, sino como elemento estructural de todo un sistema educativo que, al igual que en los demás planos de la cultura, trascendía los límites institucionales. Buena parte de lo hecho por la Residencia en este terreno llenó lagunas que los organismos especializados, a los que plenamente correspondía impulsar la vida musical española, iban dejando por timidez, desidia o falta de imaginación.

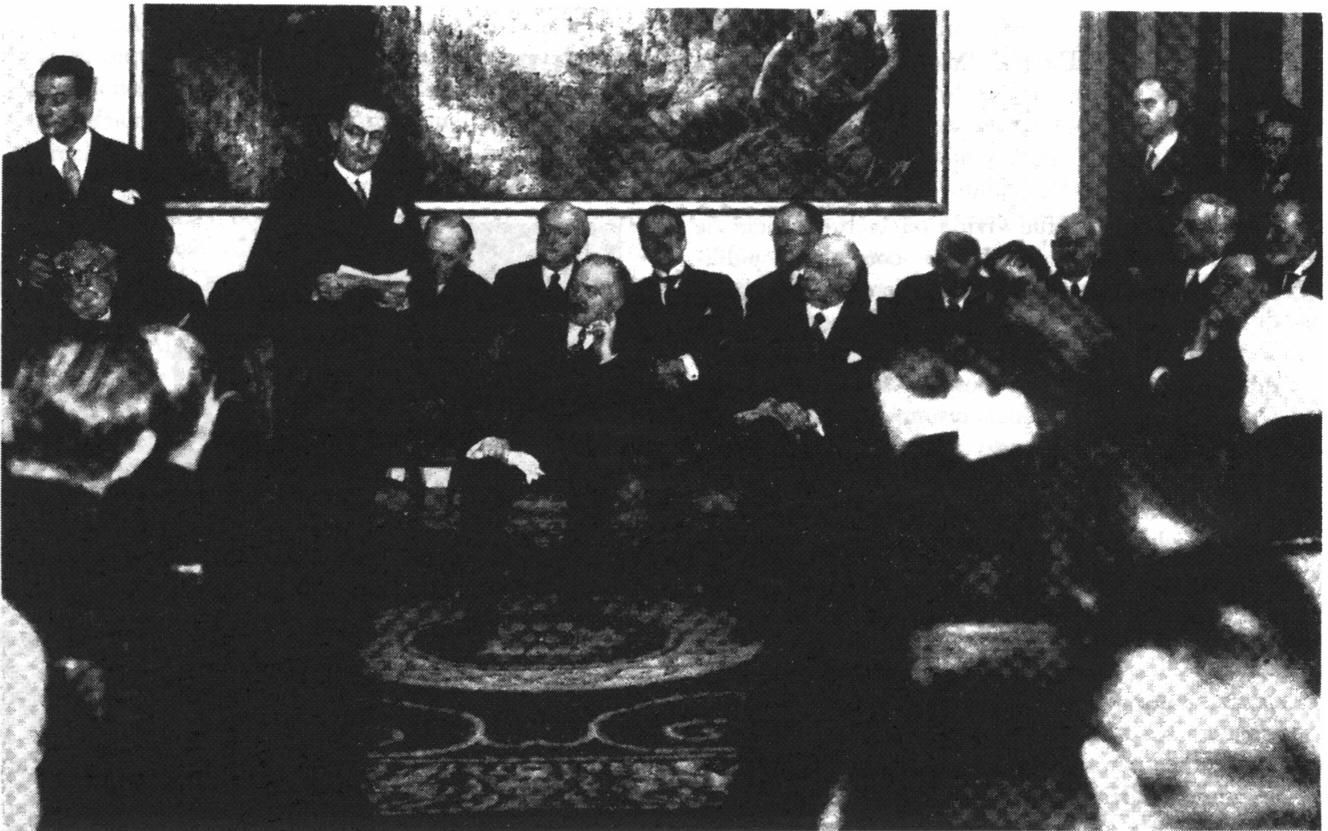
La primera audición —y representación— en Madrid de *La Historia del Soldado* tuvo lugar en la Residencia. La primera vez que se oyeron en Madrid los mejores madrigales ingleses, interpretados con toda autoridad por *The New English Singers*, fue en la Residencia. Allí también el público madrileño pudo conocer el *Concerto para cuatro claves* que Bach escribió sobre un *Concerto* de Vivaldi, varias obras de Stravinsky, además de la que ya mencioné, de Poulenc, de Milhaud, de Ravel, de Schoenberg, de Alan Berg, de Rietti, de Weill. Allí también volvieron a resonar, después de tres siglos de haber enmudecido, las músicas con que los compositores de 1600 animaban los versos de Lope de Vega. Y, en fin, allí se oyeron por primera vez obras del grupo llamado *Los Ocho*: Bacarisse, Bautista, Rosita García Ascot, Ernesto y Rodolfo Halffter, Mantecón, Pittaluga y Remacha.

Fueron amigos de la Residencia y en ella actuaron como concertistas Manuel de Falla, Wanda Landowska, Ricardo Viñes, Milhaud, Stravinsky, Poulenc, Ravel, Madeleine Grey, Claude Levy, Samuel Dushkin, Turina y los ya mencionados *New English Singers*. A esos nombres hay que añadir los de Curt Sachs, Adolfo Salazar, J. B. Trend y Federico García Lorca como conferenciantes sobre temas musicales. Todos esos nombres vienen a mi memoria asociados con reuniones celebradas casi siempre a las 6 de la tarde en el salón de aquella casa —recinto decorado sobriamente y de una intimidad sobremanera acogedora— o, ya en los últimos años de nuestra institución, en el Auditorium, erigido para dar acomodo a un público cada día más numeroso que excedía, con mucho, la capacidad de nuestro salón. Casi todas esas reuniones estaban comprendidas en las actividades de la Sociedad de Cursos y Conferencias y del Comité

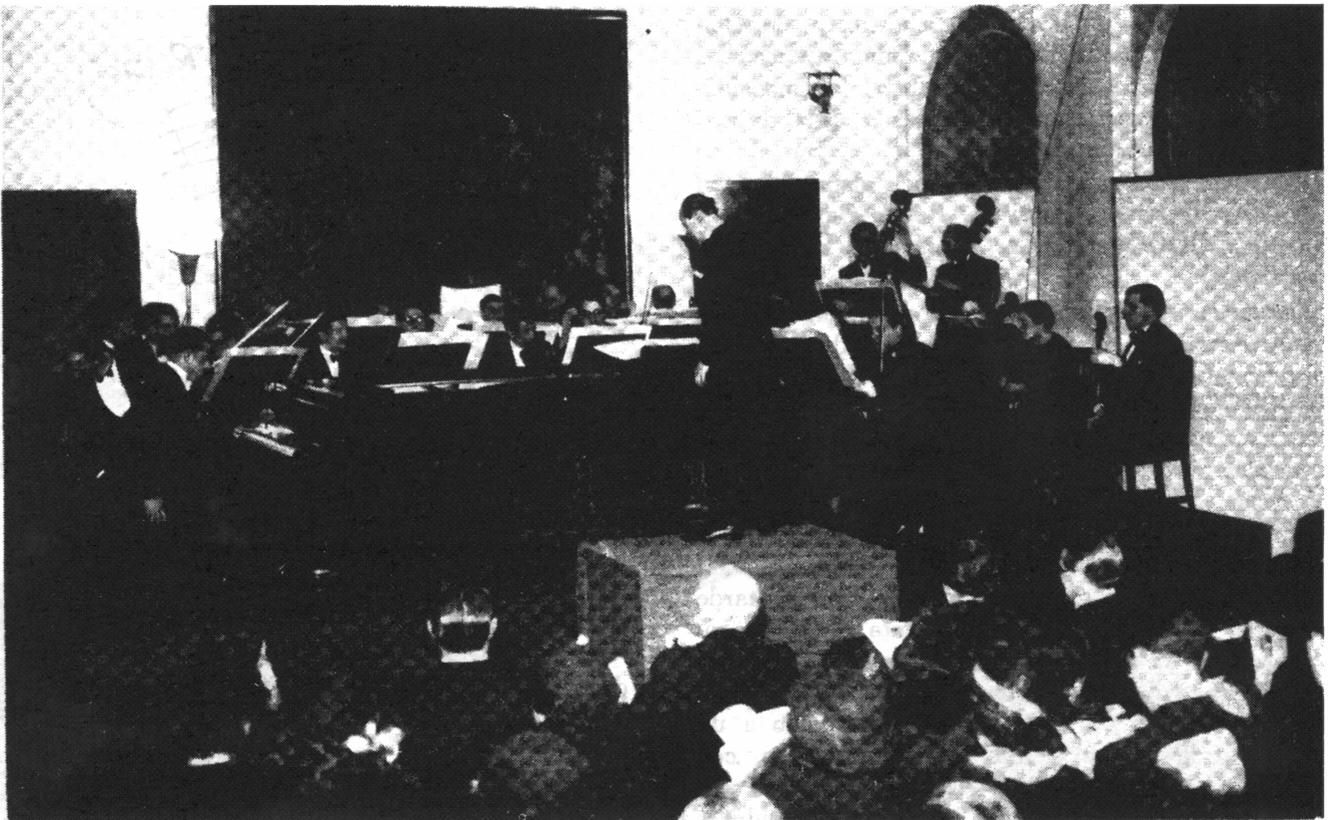


Falla en la Residencia: Retrato y autógrafo

Hispano-Inglés, dos organizaciones creadas por la Residencia que pronto adquirieron el mayor prestigio dentro y fuera de España. “La tarde que hay reunión —escribió Alfonso Reyes, cordial amigo de la Residencia— suenan los autos por la calzada del Pinar, y el salón se puebla de damas y diplomáticos. Los estudiantes ofrecen su casa a lo más selecto de la ciudad, como unos señores ingleses ofrecen su castillo a los amigos de la partida campestre”. Eran, aquéllas, reuniones de *tiros largos* que suscitaban en nosotros



*Inauguración del Colegio de España de la ciudad universitaria de París dirigido por Establier*



*Un concierto de música española en el Colegio de España*

los muchachos que allí vivíamos una muy legítima reverencia, tanto por la calidad de la persona que en ellas hablaba o tocaba como por la del público que había venido a escucharla, un público formado por lo más inteligente de nuestra aristocracia y lo más aristocrático de nuestra inteligencia.

Pero, paralela a esa serie de reuniones vespertinas, disfrutábamos de otra de reuniones nocturnas, terminada la cena, destinadas exclusivamente a nosotros los residentes. En ellas teníamos ocasión de escuchar lecturas comentadas de textos clásicos, conferencias sobre las materias más diversas y conciertos, además de poder ver buen cine. Una noche nos leía Moreno Villa un diálogo de Platón; otra, don Manuel Gómez Moreno nos hablaba de arquitectura mudéjar; otra, José Salas nos explicaba el método de Roscharch; otra, Ernesto Navarro nos acercaba a la aeronáutica; otras, todo un cursillo, don Manuel García Morente nos abría las puertas de la filosofía. Y entremezclada con todo eso, la música.

Aquellos conciertos nocturnos fueron, seguramente, de gran eficacia para nuestra educación musical, porque tenían una intimidad de que carecían los otros de por la tarde, sensacionales, espectaculares en cierto modo. Quienes en ellos actuaban eran músicos de bien merecido prestigio, pero al mismo tiempo figuras familiares en la vida musical madrileña, de la que los residentes filarmónicos formábamos parte; así podíamos acercarnos a ellos y plantearles cuestiones musicales que nos interesaban, cosa que no habríamos osado hacer con un Ravel, un Falla o un Stravinsky. Además de eso, el repertorio cultivado en aquellas sesiones íntimas estaba compuesto por la música clásica y romántica que necesitábamos como base de nuestra educación y que, naturalmente, no habría tenido sentido en los conciertos vespertinos. Corvino y Rafael Martínez vinieron con sus respectivos cuartetos; Turina, en calidad de pianista, tocó quintetos con un cuarteto —no recuerdo cuál— del que formaba parte Conrado del Campo; hubo varios recitales de los violinistas Rodríguez Sedano y Rafael Martínez, varios también de la pianista Pilar Cabero; la cantante Lola de la Torre nos dio un recital que yo acompañé como pianista; Federico García Lorca llevó una noche a la bailarina Pilar López; Torner nos dio alguna conferencia-concierto sobre música popular española; Alberto Anabitarte y yo presentamos un programa de canciones francesas... Estoy seguro de que no mencioné todo lo que allí se hizo en ese plano, pero mi memoria se niega en este momento a proporcionarme más datos precisos. Muchos de esos conciertos me correspondió organizarlos, en calidad de delegado o vocal de música en nuestra Sociedad de Deportes. (Eso de que una Sociedad de Deportes tuviese un vocal encargado de organizar conciertos parece un tanto incongruente, pero ello revela la ausencia de formalismos que caracterizó siempre a nues-

tra casa. Había una Sociedad de Deportes antes de que se pensase en confiar a un residente la organización de los conciertos nocturnos. ¿Se iba a crear toda una Sociedad de Conciertos para desempeñar una función que no rebasaba la capacidad de un solo individuo? ¿O se iba a cambiar el nombre de la Sociedad de Deportes porque ella acogiese en su seno al residente encargado de la música? La solución más sencilla, más natural y eficaz fue la de que la Sociedad de Deportes, sin cambiar de nombre, tuviese un delegado de música. Debo advertir que esa decisión la llamo "solución" sólo en un sentido retórico, como retóricas son las preguntas que acabo de hacer, pues la verdad es que el problema de la incongruencia entre la música y el deporte nunca se planteó para nosotros.)

Y ya que estoy recordando la vida musical más íntima de la Residencia, mencionaré ciertas reuniones posmeridianas, casi siempre dominicales, que tenían lugar en el salón, en torno al piano. Edward Wilson —que estaba traduciendo entonces las *Soleidades* de Góngora y hoy es Profesor de Español de la Universidad de Cambridge— leía conmigo a cuatro manos una gran cantidad de sinfonías y cuartetos clásicos que se guardaban en nuestra biblioteca y eran legado del Conde de Morphy; muchas veces, a petición de José Solís —uno de los filarmónicos más entusiastas e insaciables que había entre nosotros—, me enfrascaba en Chopin; algunas tardes pasábamos de la música culta a la popular, y en una ocasión descendimos hasta el cuplé, con gran sorpresa y satisfacción de don Ricardo de Orueta, buen conocedor del género.

Pero aquello no se limitaba al grupo de los residentes filarmónicos: algunas tardes venían a vernos Gerardo Diego, o Gustavo Durán, o Rodolfo Halffter, o Rafael Alberti, o Federico García Lorca, o Adolfo Salazar o Tatiana Enco. En tales ocasiones, el repertorio se ampliaba con el concurso de los visitantes, y era Diego el que nos hacía saborear una sonata de Schubert, o Halffter y Durán que nos hacían oír algo que estaban componiendo o Tatiana Enco que tocaba algo de Ernesto Halffter o de Poulenc, o Federico que improvisaba con su humor inigualable. Aquellas sesiones se interrumpían para merendar y muchas veces se reanudaban hasta la hora de la cena.

Dos libros de música figuran en el catálogo de las publicaciones de la Residencia. El primero, titulado *Cuarenta canciones españolas*, es obra de Eduardo M. Torner y consiste en un haz de canciones —cuarenta, como el título indica— de toda España, armonizadas por aquél, breviario o libro de horas lírico en que se condensa un repertorio familiar para los residentes. El segundo, *Treinta canciones de Lope de Vega*, es un trabajo mío realizado y publicado en 1935 con motivo del tercer centenario de la muerte del poeta. Consiste en poesías de Lope puestas en mú-

sica por compositores de su tiempo y en letras anónimas que de algún modo están relacionadas con obras de aquél, y se enriqueció con sendas colaboraciones de Menéndez Pidal y Juan Ramón Jiménez.

Como esas bellas composiciones, que transcribí en notación moderna, merecían no ser letra muerta —bastante muertas habían estado hasta entonces en los archivos—, organicé un grupo vocal, que se denominó *Cantores clásicos españoles*, para hacerlas oír. Los *Cantores* se presentaron en el Auditorium de la Residencia aquel mismo año, e iniciaron así una existencia que prometía ser larga y fecunda para nuestra música antigua —tan bella como ignorada—, pero que la guerra cortó, como la de tantas otras cosas valiosas, al año siguiente.

Vista ahora, al cabo de los años, la actividad musical de la Residencia viene a ser una confirmación

más —otras encontrará el lector en las páginas de esta revista— del espíritu de nuestra casa. La música, al igual que las ciencias, la poesía, la filosofía y las artes plásticas, era parte esencial de la educación de los estudiantes que allí vivíamos, y ello de manera activa, directa, constante. Por otra parte, la Residencia, como fermento que era de una nueva España, estuvo sumamente atenta a las realidades —necesidades y logros— de la música española, al mismo tiempo que a todo lo que de mejor podía ofrecernos la música universal. Y si la presencia de un Ravel o un Stravinsky en nuestro salón significaba un gran privilegio para nosotros, también había de constituir un aumento de prestigio para España a la hora en que esas grandes figuras diesen testimonio en el extranjero del interés y la sensibilidad del público que en nuestra casa se había congregado para escucharlos.

A la RESIDENCIA en recuerdo cordial  
de Igor Stravinsky



Mexico City, Apr 1961

A. J. F.

## Poyo y Tafí

EN LAS abundantes páginas de una correspondencia cruzada por don Manuel García Morente con un íntimo amigo suyo malagueño, escogemos estos dos lindos apuntes en que García Morente se complace en dibujar el lugarejo de Tafí del Valle, en la República Argentina, y el convento de los PP. Mercedarios de Poyo, en Pontevedra, “uno de los lugares más deliciosos que pueden imaginarse”.

Aunque nacido en Jaén, era García Morente considerado como malagueño en la reducida “peña” de amigos malagueños —José Moreno Villa, Ricardo y Francisco de Orueta, y Gustavo y Alberto Jiménez— con los cuales convivió muchas temporadas en Málaga. Durante largas vacaciones se afirmó la intimidad de esta peña en la animada vida social que el fácil ambiente de Málaga les ofrecía, en frecuentes paseos y excursiones, y en continuas y animadas pláticas en que la información y los juicios de García Morente eran escuchados con tanta atención como afecto, ya tratase de música con Gustavo Jiménez, entusiasta y entendido animador de la Sociedad Filarmónica de Málaga; o conversase sobre arte con Ricardo de Orueta, o de literatura con Moreno Villa, o tratase de cualquier otro género de asuntos con Francisco de Orueta o con Alberto Jiménez. De estas conversaciones entre los seis amigos surgieron iniciativas como las conferencias de Unamuno en Málaga, la organización de espléndidos conciertos en la Filarmónica, la fundación de la revista *Gibraltar*, y otras varias; y también la idea de continuar en Madrid la amistosa vida de relación de Málaga, lo que condujo a la creación de una “república” malagueña en la calle de Serrano donde convivieron los mencionados amigos así como algunos otros malagueños.

Allá por el año 1908, los seis amigos quisieron conservar un recuerdo de una agradabilísima temporada, haciéndose retratar en Málaga. Y ya en Madrid, satisfechos de que la íntima amistad no había sufrido merma alguna, los seis amigos repitieron el retrato, veinte años después.

Las vicisitudes políticas de los años próximos, anteriores y posteriores, a 1931, no entibieron esta ejemplar amistad: García Morente, a su paso por la Subsecretaría de Instrucción Pública, prestó ayuda a la Filarmónica de Málaga y obtuvo un crédito para el Auditorium de la Residencia de Estudiantes, que empezó a construirse en los terrenos donados por el general Primo de Rivera. Pero en 1935, uno de los

miembros más espirituales de la “peña”, Gustavo Jiménez, murió inesperadamente en Madrid. Luego, la tragedia de la guerra civil afectó a todos ellos: Ricardo de Orueta murió en Madrid, víctima de disgustos y privaciones, en 1938; su primo Francisco de Orueta y Estébanez Calderón, sufrió mucho igualmente, y enfermo del corazón, murió repentinamente en Torremolinos, en 1944; Moreno Villa, emigró a México, donde murió en 1955, rodeado de cariño y de respeto, aunque transido de dolor por no ver de nuevo a su Málaga; y Alberto Jiménez (único superviviente de la peña malagueña) emigró en 1936 a Cambridge y luego a Oxford, donde aún continúa viviendo.

•

La guerra civil sorprendió a García Morente en Madrid, donde diariamente visitaba la Residencia para ver a sus íntimos amigos malagueños, a Ortega y Gasset, en la Residencia refugiado con toda su familia, y a otras muchas personas más. Emigrado después, vivió en París una temporada, terriblemente deprimido por las tragedias familiares ocasionadas por la guerra, y angustiadísimo por la ausencia de sus hijas, que aún permanecían en España; pero cuando al fin llegaron sus hijas a París, García Morente aceptó el ofrecimiento que le habían hecho en la Argentina, y acompañado de su familia, en 1937 se embarcó para tomar posesión de su cátedra en la universidad de Tucumán. El Dr. Marañón, que durante aquellos meses convivió en la capital de Francia con García Morente, nos cuenta la despedida de éste: “En el andén, aquella noche, antes de irse a otros mundos, le vimos los que íbamos a decirle adiós, muy emocionado. No nos podía extrañar. A todos nos abrazó. A mí, con efusión, que antes no le había conocido. Me parece verle todavía en la ventanilla hasta que se lo tragó la noche. Yo no le volví a ver más”.

En la Argentina, en 1938, primero, y en España, en 1939, después, escribió García Morente las cartas de las que escogemos los apuntes con que este número de “Residencia” se honra. En él no podía faltar un respetuoso y cálido recuerdo de una personalidad tan íntimamente ligada a toda la labor de la Residencia. Recordamos los Residentes sus brillantes conferencias sobre Bergson, en que preparó a “los Quiñientos” para la visita que el filósofo hizo a la

Residencia en 1916, donde recibió, en la atmósfera liberal de nuestra casa, el testimonio de nuestra admiración y simpatía, en aquellos años tristes para Francia — a la que García Morente, como dice Marañón, tanto quería— en los que tan gustoso era recibir manifestaciones de respeto y de amistad; recordamos su constante presencia en la Colina de los Chopos y su asidua asistencia a la tertulia dominical de nuestro presidente, a la que asiduamente también concurrían Cabrera, Ortega, Alba, Silvela, Sacristán, Palomares...; la “peña” de Málaga, los directores de los laboratorios; el conferenciante o conferenciantes de turno que allí vivían: Valery, o Keyserling, Chesterton o Claudel, Wells o Le Corbusier, Keynes o Sforza, Mme. Curie o Einstein, Baruzi, Max Jacob, Trend, Bruce, Carter, Woolley... y tantos y tantos otros que continuamente enriquecían la sustancia espiritual de los que en la Residencia vivíamos; recordamos su brillante intervención en la reunión del Comité de Artes y Letras de la Sociedad de Naciones, reunión celebrada en aquel Auditorium...

•

Esta es la descripción que, en una carta fechada el 4 de febrero de 1938, hace García Morente, de Tafi del Valle:

“A estas montañas inaccesibles, en donde estamos pasando el verano, me ha llegado tu carta, causándome una grandísima alegría y mucho consuelo. A este lugarejo colgado en un valle a dos mil metros de altura, hemos venido en diciembre huyendo de los calores de Tucumán que no son ninguna broma, sino que llegan a veces a 45°. Para venir aquí hay que optar entre unas diez o doce horas de caballo o mula por vericuetos escabrosos y a veces peligrosos que suben a tres mil metros, o un vuelo de avión de 25 minutos. Naturalmente, hemos preferido lo segundo, y en dos viajes del aeroplano he trasladado a toda mi gente aquí, en donde disfrutamos de una temperatura fresquísima y aun fría de noche. La vida que hacemos es de lo más primitivo, tranquilizador y sedante que puedas figurarte. Nos contentamos con dormir excelentemente, comer, leer, jugar con mis nietecitos que están sanísimos y encantadores y dar largos paseos a caballo. En esto de la equitación somos ya unos verdaderos maestros, sobre todo mi hija Carmencita y yo; aunque para decir verdad, nos han buscado unos caballos tan mansitos y de edad ya tan avanzada, que conmueven. Pero es el caso que nos pasamos casi todos los días unas tres horas subiendo y bajando por laderas de la montaña. El país es hermoso. El valle en que se encuentra situada la aldehuela es inmenso, con unas seis leguas de extensión, todo rodeado de altísimas montañas que llegan a rebasar los 4 000 metros y no bajan de 3 500. El valle mismo, o mejor dicho su fondo, está a 2 000. El pueblecito se compone de unas veinte y cinco casas,

sin calles, una iglesita, cinco faroles de petróleo y un riachuelo cristalino que brinca entre peñascos de granito. Todo el valle está cubierto de prados verdes, espesos y mullidos como terciopelo, y surcado por bosquecillos de sauces llorones tan grandes y tan gordos como gruesas encinas de Alemania. Reinan aquí una paz y un silencio admirables. El silencio es tan profundo, tan auténtico, que muchas veces me pongo a escucharlo y le estoy encontrando virtudes y propiedades metafísicas que quizá algún día exprese en el papel impreso. El correo no viene regularmente, sino cuando puede; y se pasan regularmente diez días sin que venga, pues el aeroplano que de vez en cuando trae gente —poca— de Tucumán, es particular y no hace servicio de correspondencia. Así es que estamos cortados de comunicación con el resto del mundo, sin periódicos, sin cartas, sin llamadas telefónicas, sin apresuramientos, sin quehaceres urgentes, sin noticias de Europa ni de la guerra. Es un verdadero Edén. Tu carta —que me ha llegado con gran retraso, por esa misma razón— ha sido el único acontecimiento desde hace mes y medio...”

Volvió García Morente a España, donde ingresó en el Monasterio de Poyo. De una carta escrita desde el monasterio el 17 de enero de 1939, copiamos este párrafo:

“Este convento en donde por ahora vivo es uno de los lugares más deliciosos que pueden imaginarse. Mucho he buscado y pedido postales o fotografías. Pero se acabaron hace tiempo y las circunstancias no han sido favorables para poderlas reponer, pues los padres que las hacían andan ahora sin poderse ocupar de ello. Está situado sobre la falda de una ladera dando vista a la ría de Pontevedra y a unos centenares de metros de la orilla misma del agua. Desde la ventana de mi celda veo las aguas de la ría de Pontevedra, tranquilas como las de un lago, y enfrente, del otro lado de la ría, el puertecito de Marin. En medio de la ría una isla, la isla de Tambo, se mece entre las aguas como una ballena en descanso. El campo está salpicado de prados verdes, que brillan húmedos al sol y de bosquecillos de pinos, de robles, de eucaliptos, y de esas parras gallegas típicas que se tienden a metro y medio del suelo, apoyadas en pilares de piedra. Parece esto un cuadro de Patinir. El convento es muy grande. Se compone de tres cuerpos de edificio: la iglesia y dos edificaciones contiguas con un claustro cada una. La iglesia es alta, hermosa, del siglo XVII, buen ejemplar de clasicismo gallego. En la fachada, unas estatuas de San Juan Bautista (a quien está dedicada), de Santiago vestido de peregrino y de San Andrés. Dentro, un altar mayor barroco, pero moderado, y las capillas; y fuera de la traza, metiéndose en un hueco, una vieja capilla que contiene el sepulcro de Santa Trahacunda. Esta santa religiosa es titular de una leyenda preciosa, que toda ella transcurre aquí en Poyo y sus

inmediaciones. Pegada a la iglesia por el lado del Evangelio está la construcción más vieja, que es un claustro cuadrado, de estilo gótico muy tardío, ya metido en Renacimiento, con su fuente, sus mirtos, unos hermosísimos camelios y unos millares de pájaros, que anidan en las nervaduras y sobre las cabezas de piedra de venerables abades y caballeros. A ese claustro da el refectorio del convento y una escalera grande de piedra que sube al claustro alto, en el cual están el coro de la iglesia, estancias de respeto y celdas de frailes. Pegado a este cuerpo de edificio está otro mayor y más moderno, seguramente de fines del XVII o aun quizá del XVIII. En la parte baja están la portería, celdas, biblioteca, salones y luego la parte reservada a los coristas (jóvenes ya profesos, pero no ordenados aún). En la parte alta, las celdas principales, en una de las cuales los padres han tenido la bondad de colocarme; y todo lo demás reservado también para los coristas. Aquí en tiempos normales hay muy cerca del centenar de religiosos (unos veinte o veinte y cinco padres, unos sesenta coristas y unos veinte hermanos legos). Pero ahora las obligaciones militares han alejado a la inmensa mayoría de los coristas, a muchos padres y a muchos

hermanos. Sólo quedan unos diez coristas, unos diez padres y otros tantos hermanos. El convento está ocupado por la orden de Ntra. Sra. de la Merced (mercedarios) de redención de cautivos, orden antiquísima, fundada en 1218 por San Pedro Nolasco. Pero este convento ha sido siempre benedictino, desde su fundación, que probablemente tuvo lugar en el siglo VII o a más tardar en el VIII, hasta la desamortización. Hace unos cuarenta años hallábase abandonado, ruinoso y cayéndose a pedazos; entonces la mitra de Santiago lo cedió a los mercedarios, a cambio del que éstos tenían en Conjo (a las puertas de Santiago) que quedó convertido en Manicomio de Galicia. Desde entonces los mercedarios lo han ido amorosamente arreglando, restaurando y alhajando; y hoy no sólo es perfectamente habitable, sino en muchos aspectos digno de admiración y de respeto. La Biblioteca es buena, sobre todo en teología; y aún tiene obras sorprendentemente modernas. Yo estoy aquí encantado. Tengo los principales libros que necesito. Los padres me tratan con un cariño y una consideración que me conmueven; y la vida de devoción y de meditación que puedo hacer, me inunda de paz y de gracias espirituales. . .”

Autógrafos en el álbum de la Residencia



(Christophe Gloub)

Souvenir de mon pègre  
à Madrid

M. Chauv  
1929

Milhaud



Un cambio vnte de  
frente es el ser mas  
felarapio de mundo

Hermano Keyserling  
de abril 1929

Keyserling

Natalie admonishes a naughty  
boy. ~~Chesterton~~



Chesterton

We came to Madrid  
For a day, to expound  
What manners lay hid  
Under Ur and its mound

We delayed our return  
And are glad that we did:-  
Not to teach but to learn  
Does one come to Madrid

June 22 '29

Leonard Woolley  
Katharine Woolley



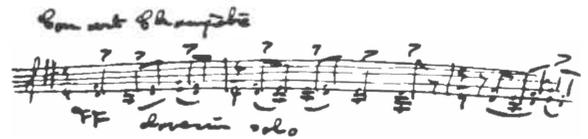
das grosse a l c des arhi-  
letzen aller lãnder!

mit herzlichem dank  
an die herrin der  
casa jimenez ipe

Walter Gropius

8. 11. 30

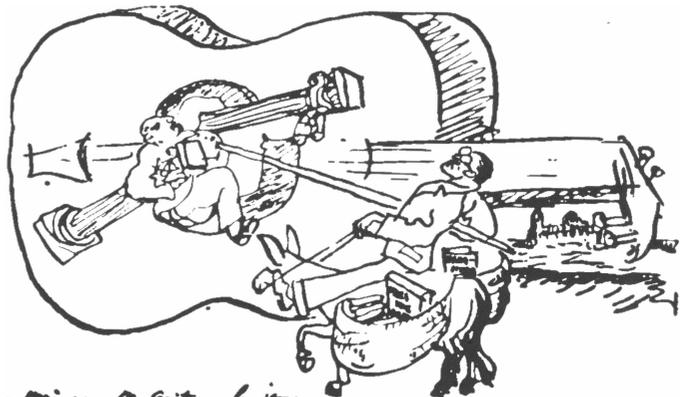
Walter Gropius



en concert de ma vie  
à Madrid tout le mal  
si clair en chantant

Francis Poulenc

Francis Poulenc  
© 1932 2490



- Mais non, Mr. Guitte, le jour  
me venant par après l'après, pour il  
d'écouter : mesurés le temps terrible!

Mardi 9 et 11 mai 1928

Le Corbusier

dit : Le Corbusier



*Paul Claudel con Manolo Jiménez*



*José Ortega y Gasset delante del Cuarto Pabellón*

*Moreno Villa en los comienzos de la Residencia*



*Juan Ramón Jiménez y Natalia*



EL JEFE de la sección de Musicografía y Folklore del antiguo Centro de Estudios Históricos de Madrid, don Eduardo Martínez Torner, arrebatado hoy a estos estudios por la muerte, publicó en la revista *Symposium* un extenso trabajo con el título de *Índice de analogías entre la lírica española antigua y la moderna*. Por su amplitud, apareció en una serie de siete partes en otros tantos números de la revista, correspondientes a los cuatro primeros tomos, años de 1946 a 1950. El conjunto abarcó un total de 196 páginas. La crítica acogió muy favorablemente el estudio de Martínez Torner, y la demanda continuada de los números de *Symposium* en que vio la luz ha agotado la existencia de esos números de la revista. Con el fin de satisfacer los pedidos que se siguen recibiendo, el Departamento de Lenguas Románicas y el Centro de Estudios Hispánicos de la Universidad de Syracuse, editores de *Symposium*, tomaron el acuerdo, autorizados por la viuda del autor, doña Jovita Cue de Torner, de imprimir una segunda edición de las siete partes citadas, formando un libro independiente\*. Se reproduce la versión íntegra que apareció en los números de *Symposium*, sin efectuar modificación alguna, limitándose sólo a corregir las erratas evidentes. Se ha abreviado ligeramente el título, reduciéndolo a *Analogías entre la lírica antigua y la moderna*, el cual, sin alterar los conceptos esenciales del anterior, simplifica la composición de la portada y las referencias bibliográficas.

Torner cuenta en su crédito con numerosas y notables obras de musicografía y folklore, que le han dado justa fama. Cuarenta y seis títulos, de 1910 a 1953, se encuentran registrados en el *Manual de bibliografía de la literatura española*, de los cuales entresacamos a continuación los principales y más conocidos: *La copla* (1910), *Cancionero musical de la lírica popular asturiana* (1920), donde estudia y clasifica 500 melodías recogidas directamente de boca del pueblo; *Característica de la música popular asturiana* (1920); *Colección de vihuelistas españoles del siglo XVI*, Narváez, *El Delphin de música* (1923); *Cuarenta canciones españolas*, seleccionadas y armonizadas por Torner (1924); *Ensayo de clasificación de las melodías de romance* (1925); *Cancionero musical*, antología antigua y moderna (1928); *Temas folklóricos: música y poesía* (1935), entre los que trata de organografía, el cancionero sefardí, danzas

y bailes, el cancionero asturiano, una romería en Galicia, fuentes para la investigación y una extensa bibliografía folklórica; *Danzas valencianas* (1938); *El folklore en la escuela* (1946), cuentos, canciones, romances, adivinanzas, juegos, danzas y teatro, con música: *El ritmo interno en el verso de romance* (1946); *Cuatro danzas de la época de Cervantes* (1947); *Cancionero musical español*, veinticuatro canciones populares (1948); *Ritmo y color en la literatura española* (1949); *Ensayos sobre estilística literaria española* (1953) y una *Bibliografía musical española*, inédita, compuesta de unas 4 000 fichas, la cual se hallaba lista para la imprenta en 1936, pero se perdió en la guerra de España, durante la evacuación de 1939. Torner, por otra parte, logró reunir unos 2 000 discos gramofónicos de canciones, melodías de romances y ritmos populares y tradicionales, con los cuales formó la colección de la sección folklórica de que estaba encargado en el Archivo de la Palabra del Centro de Estudios Históricos.

Por esta copiosa y especializada labor, Torner ha merecido de los críticos, entre los cuales se destaca el musicógrafo e hispanista J. B. Trend, la consideración de maestro de los estudios folklóricos españoles. La preparación de Torner como músico competente y como erudito investigador de la lírica popular le hizo adquirir lugar predominante al lado de Dámaso Ledesma, Felipe Pedrell, Kurt Schindler y otros cultivadores de estos estudios. No fue mero coleccionista de coplas sin melodías, como son muchos de los que se dedican a este género de folklore, ni tampoco dedicó su atención restringidamente al análisis, clasificación y crítica de los tipos y variedades de canciones desde el punto de vista musical. Buscó los cantos tradicionales del pueblo en la forma y espíritu con que se oyen, impregnados de aromas campestres, por las sierras españolas; resucitó de sus antiguas pautas cifradas las melodías de los vihuelistas del siglo XVI; trató de encontrar la íntima correspondencia entre el acento prosódico y el melódico en el ritmo de los romances, y recogió en largas y atentas lecturas los ecos que muchas de estas breves composiciones líricas fueron dejando a través de los textos literarios. Las obras en que Torner desarrolló más extensamente sus observaciones sobre la relación entre el elemento musical de la canción, el ritmo del verso y las tendencias expresivas de la lengua fueron las que publicó en Londres como activo colaborador de la Fundación Luis Vives, después de su salida de España en 1939.

\*Aplazada la publicación del libro a que había de preceder este prólogo, lo incluimos aquí por ser expresión exacta de la obra de un residente.

Se ha despertado en nuestros días la afición por la lectura, el estudio y la edición de los cancioneros y romanceros, y los libros de tonos o de música, esos ramilletes de flores poéticas, a los cuales sientan bien los epígrafes antiguos de "florilegios", "primavera y flor", "floresta", "laberinto amoroso", "espejo de enamorados", "guirnalda esmaltada", "guirnalda de galanes", "vergel de amores", etc. Conocidas son las ediciones y estudios de Bal, Anglés, Rodríguez-Moñino, Montesinos, Margit Frenk Alatorre y otros. Varios poetas contemporáneos se han ejercitado en recordar y rejuvenecer algunas de estas formas líricas. La bibliografía de los cancioneros, acrecentada y analizada recientemente, ha facilitado y fomentado esta nueva corriente erudita. Preciso es reconocer en parte de este movimiento la influencia que Torner debió ejercer con sus publicaciones, conferencias, conciertos y relaciones personales en los desaparecidos

Centro de Estudios Históricos, Residencia de Estudiantes e Instituto-Escuela de Madrid, para promover el interés y renovar el contacto con la poesía folklórica, inspirada en los más dulces sentimientos y emociones del pueblo. A estos sentimientos se refiere Torner en este libro, cuando dice: "La lírica popular, siempre viva, canta de mil modos y en formas diversas el eterno tema universal, el amor". De ahí que el crítico Terrádez<sup>1</sup> haya sintetizado, con justicia, el presente estudio con las siguientes palabras: "Pocas veces una obra de investigación une a su esfuerzo de rebuscas y datos, de comparaciones y distingos, la fragancia y el encanto de ésta". Ello se debe a la perfecta armonía en Torner entre el erudito y el artista.

<sup>1</sup> V. Terrádez, *Boletín del Instituto Español*, Londres, 1948, No. 4, pp. 21-22.



*Sir Arthur S. Eddington*

*En la Residencia*



*Ricardo Orueta, María de Maeztu, José Ortega y Gasset y el Marqués de Palomares, espectadores de un concurso atlético*

*H. G. Wells*



*Marie Curie*

*Keynes con su señora, Lydia Lopokova*



# Celebración del cincuentenario de la Residencia

Al cumplirse el 1º de octubre de 1960 cincuenta años de haber sido fundada la Residencia, surgieron muchos y muy valiosos testimonios de que nuestra obra sigue viva en diversos sectores de la vida española y, al ser comprendida y admirada por las nuevas generaciones, constituye una fuente de esperanza para el futuro.

Mirando a éste tanto como al pasado, se publicó en Oxford el libro *Cincuentenario de la Residencia de Estudiantes. 1910-1960. Palabras del Presidente de la Residencia, Alberto Jiménez Fraud*, algunos de cuyos párrafos creemos oportuno reproducir aquí:

“Esforzándonos por ascender a ese clima de altura que proporciona la educación liberal, creíamos eludir el abismo de incomprensión mutua, cada día más profundo, que separa en dos grupos antagónicos la vida intelectual de la sociedad de occidente: el grupo de las artes y el de las ciencias”... “No es extraño que apoyada la Residencia por poetas que intuían nuestra obra, y por científicos, filósofos, literatos, profesionales, políticos y personalidades sociales que la informaban, animaban y apoyaban, se lanzase a esa difícil empresa de la educación liberal de una minoría directora, en los comienzos del siglo XX, precisamente cuando la política liberal del siglo XIX estaba fracasando por aferrarse a la doctrina de una sociedad atomística y por su incapacidad para iniciar un movimiento de coordinación social, dando por terminado el sistema de libre concurrencia”... “En esa atmósfera de crisis liberal, nosotros —con una creencia liberal más adaptada a los tiempos— queríamos engrosar las filas de los que frente al ideal limitado de la competencia individual, trataban de reforzar de nuevo los ideales estoicos y cristianos, que perseguían un estado de coordinación social; queríamos oponer a la interpretación maquiavélica de la sociedad en términos de lucha por la vida, la optimista doctrina de la consonancia, la concordia, la paz entre los hombres, volviendo al ideal estoico-cristiano de una democrática hermandad; y queríamos reafirmar la ideal figura de hombre que las teorías filosóficas y la intuición cristiana habían hecho crecer y arraigar en Europa, y las ideas y emociones de respeto y de amor entre los hombres”... “Pero la formación de una minoría lleva consigo el peligro de la creación de una clase, que después de dar vida a valores culturales, quiera retenerlos para sí sola —logrando sólo complicarlos y degenerarlos—, por olvidar que la sana función social de una minoría consiste en ir generalizando la cultura por ella adquirida y en dejarse absorber por la clase más contigua, en la cual recaerá, a su vez, igual formación rectora, igual trans-

misión o cesión de su papel rector a la clase contigua ya informada”... “Poco más de un cuarto de siglo es un periodo demasiado corto para que nuestra minoría pudiera gozar de la madurez de sus frutos, frutos de cultura que sólo se desarrollan cuando un número de hombres trabaja para fines comunes, con una filosofía coordinada de la vida. Unidad de trabajo que se realizó gracias a esa comunidad de sentimientos por la cual las ideas se emocionalizan. Emoción que hemos dejado bastante arraigada en la conciencia española para que nos permitamos contemplar con optimismo lo futuro”... “Volvamos amorosamente los ojos a nuestra Colina de los Chopos... Sí, volvamos allá los ojos; no lamentando una esperanza perdida, sino con ánimo confiado de que la brillante promesa se cumplirá en lo futuro. Que los Residentes repartidos por el viejo y por el nuevo mundo, dediquen en este año de nuestro Cincuentenario un especial recuerdo a aquella Colina, donde, con el pensamiento fijo en los mejores ejemplos de nuestra España, quisimos volver a esa tradición crítica y razonable, moderada y tolerante, que estima que sólo en una atmósfera de plena libertad puede florecer la dignidad humana”.

En la prensa española, nuestro Cincuentenario suscitó fervorosos ecos, corroboradores de las palabras optimistas de nuestro Presidente. La revista *Insula*, en su número 169, rindió un homenaje a la Residencia, con trabajos de Jiménez Fraud, Celaya, Valente, Cano y Juan Ramón Jiménez. En el editorial de ese número se dice de nuestra institución: “No sólo fue un centro pedagógico ejemplar, un modelo que luego ha sido imitado pero nunca alcanzado, sino un centro de cultura, un hogar irradiador del espíritu... Hoy nos asombra aquella riqueza de personalidades españolas y extranjeras que se daban cita en los salones de la Residencia de Estudiantes, a cuyo tono amplio de horizontes culturales prestaba su adhesión una aristocracia —a su frente el duque de Alba— que no desdeñaba participar en estas inquietudes espirituales. Aquel milagro de progreso espiritual y de tolerancia, de convivencia cultural, que representó la Residencia, fue logrado gracias a un hombre admirable, un malagueño finísimo y tenaz que se llama Alberto Jiménez Fraud, y a quien enviamos, hasta su modesto retiro oxfordiano, nuestro saludo y nuestro recuerdo más cordiales”.

José Luis Cano, al final de su artículo *Una revista: RESIDENCIA*, dice: “En suma, RESIDENCIA, además de cumplir dignamente su papel de órgano de una institución cultural y pedagógica de gran rango, es-

taba siempre atenta a la mejor cultura y silueta del país, a la poesía como a la ciencia, y hoy nos evoca aquel afán de misión espiritual y de progreso cultural de España que sintieron en aquellos años una minoría de españoles que querían lo mejor para su país, buscando una armonía ideal entre tradición y progreso”.

La misma revista *Insula*, en su número 171, publicó un artículo de “Kirón” titulado *La Residencia de Estudiantes y la Ciencia*, del cual entresacamos el siguiente párrafo: “Así como en el número anterior de *Insula* se dio noticia amplia de aquellos ilustres escritores vinculados, de una manera o de otra, con el círculo espiritual y artístico de la Residencia, así pedimos licencia para dar la nómina de algunos notabilísimos médicos —¡lástima el no hacerlo con todos!— que se formaron, cuando jóvenes, hace cincuenta o cuarenta años, en aquellos centros de formación científica (se refiere el autor a nuestros laboratorios): don Román Alberca, profesor de Neuropsiquiatría (Valencia); don Salustio Alvarado, profesor de Biología (Madrid); don Manuel Alvarez Cascos, Dermatólogo del Hospital de San Juan de Dios (Madrid); don Rafael Baztial, profesor de Otorrinolaringología (Valencia); don Luis Camarón, Decano del Gran Hospital de Beneficencia (Madrid); don Isaac Costero, Director de la Sección de Anatomía Patológica del Instituto de Cardiología (Méjico); don Carlos Elósegui, Director del Instituto Español de Hematología y Homoterapia (Madrid); don Julio García Sánchez Lucas, profesor de Anatomía Patológica (Barcelona); don Francisco García Valdecasas, profesor de Farmacología (Barcelona); don José Gay Prieto, profesor de Dermatología (Madrid); don José Germain, Director del Instituto Nacional de Psicología Aplicada y Psicotecnia (Madrid); don Francisco Grande Covián, Fisiólogo de la Universidad de Minneapolis (U.S.A.); don Rafael Méndez, Director de la Sección de Fisiología del Instituto de Cardiología (Méjico); don Augusto Navarro Martín, Dermatólogo de la Casa de Salud Valdecilla (Santander); don Severo Ochoa, Director del Departamento de Bioquímica en la New York University (Premio Nobel 1959); don Luis Pescador, Jefe de Sección del Instituto Nacional de Cardiología (Madrid); doña Matutina Rodríguez, Jefe del Servicio Provincial de Higiene Infantil (Oviedo); don Carlos Sirvent, Director del Hospital Español (Tánger); don Rafael Vara López, profesor de Patología Quirúrgica (Madrid); don Luis Zamorano, profesor de Anatomía Patológica (Salamanca)”.

En la revista *Mujeres en la Isla*, de Las Palmas de Gran Canaria, aparecieron dos artículos de Mercedes González de Linares sobre la Residencia, uno de los cuales, titulado *La Colina de los Chopos*, termina así: “Fue esta Colina, llena de chopos rumorosos, que en el centro de la ciudad estrepitosa supo trabajar en silencio bajo el sol y pensar a voces bajo las estre-

llas, el centro de un milagro en la cultura española: el de que por vez primera el nombre de España sonara en el mundo, no por victorias guerreras, ni por dominio sobre extensos territorios ajenos, sino simplemente por auténtica valía de lo puro e intrínsecamente español. Acojámonos, pues, a la esperanza de una futura comprensión en nuestro país que haga posible el reverdecimiento de los chopos de nuestra Colina”.

Nuestro Cincuentenario se celebró en México con una comida a la que asistieron: Ketty Aguado de Saenz de la Calzada, Federico Américo, Aurora Arnáiz de Rodríguez Mata, Jesús Bal y Gay, Urbano Barnés, Adela Barnés de García, Antonio Ballesteros y señora, Nuria Balcells de Parés, Gisela Bauer, Aurora Bautista, Cándido Bolívar, Maruja Bolívar, Ovidio Botella, Luis Buñuel y señora, Blas Cabrera, Blanca Chacel de Contreras, Dolores Callao, Pepita Callao de Sbert, Angelita Campos de Botella, Anselmo Carretero, Luis Castillo, Luisa Castro de Barnés, Dora Contreras de Martínez Feduchy, Enrique Díez-Canedo, Odón Durán D’Ocón, Luis Fanjul, Víctor Ferragut, Julio García y señora, Germán García, Rosa García Ascot de Bal, Bernardo Giner de los Ríos, Elisa Bernarda Giner de los Ríos de Alfonso, Consuelo Giner de los Ríos de Quint, Manuel Giner de los Ríos, Rosa Gili de Durán D’Ocón, Urbano González de la Calle y señora, José Guardiola y señora, María del Carmen Leger de Giner de los Ríos, José Luis Lorenzo, Manuel Martínez Feduchy, Carlos Martínez, Mariano Moreno Mateo y señora, Pilar Mateu, Juan Antonio Méndez, Rafael Méndez, Raimundo Morales Veloso, Margot Morán de Ferragut, Ernesto Navarro, Rómulo Negrín, Isabel Oyarzábal de Palencia, Enriqueta Ortega, Ceferino Palencia, Carlos Parés, Marina Peña de Fanjul, Rosa Poy, Concha Prieto, José Puche Alvarez y señora, José Puche Planas, Bert Quint, Wenceslao Rocas y señora, Julia Rodríguez Mata de Navarro, Emilio Rodríguez Mata, Magdalena Rodríguez Mata, Ramón Rodríguez Mata, Marcial Rodríguez, Cuca Ruiz Rebollo de Díez-Canedo, Rafael Sánchez Ocaña, Marcelo Santaló, Antonio María Sbert, Maruja Sender de Marín, Luis de Tapia, Florentino M. Torner, Antonio Velao y señora, Julio Verdeguer y señora.

Se adhirieron a la celebración: Max Aub y señora, Juan Alfonso, Nela Altamira de Acosta, Victoriano Acosta, Pilar Altamira Vda. de Somonte, Angel Azorín, Petra Barnés de Giral, Luisa Bolívar de Madrazo, Américo Castro, Matías Cirici Ventalló y señora, Natalia Cossío de Jiménez, Manuel Cuenllas, Alvaro Custodio y señora, Angel del Río y señora, Joaquín Díez-Canedo y señora, Francisco García Lorca, Gloria Giner de los Ríos, Hermenegildo Giner Lacueva, Francisco Giral, José Giral Pereira y señora, Eduardo Frápolli y señora, Martín Domínguez, Demetrio García de Torres y señora, Amelia Goyanes de Bolívar,

Mateo Hernández Barroso, Jacinta Landa de Mahou, Javier León Trejo, Francisco León Trejo, señora e hijos, José Luis de la Loma y señora, Vicente Lloréns, Casimiro Mahou, Jesús Martí Martín, Diego de Mesa, Constantino Navarro, Javier Oteyza, María Ortiz, Severo Ochoa, Julia Ortiz, Juan Negrín, Ma-

rissa Palencia de Somolinos, Jesús Revaque, Laura Ríos de García Lorca, Valentina Rivero, Antonio Robles y señora, Germán Somolinos, Miguel Santaló y señora, Juan Simeón Vidarte y señora, Lolita Tejero de Cuenllas, Luis de Zulueta y Antonio de la Villa.

## Reuniones anuales en España

Desde 1958 se han venido celebrando en diversas ciudades españolas reuniones anuales de los Residentes. La primera tuvo lugar en León; la segunda, en San Sebastián; la tercera, en Madrid; la cuarta, en Málaga; la quinta, en Palma de Mallorca, y la sexta, en Santiago de Compostela.

De la reunión de Mallorca —abril de 1962— nos envió José Solís la siguiente crónica, que muestra el espíritu que anima esos actos:

“Un año —ese período de tiempo que para el Residente transcurre entre dos reuniones y se llena plenamente con el anecdotario de la anterior y la ilusionada espera de la siguiente— separó nuestra despedida de Málaga de nuestra reunión balear.

Trasunto fiel de las anteriores reuniones, nos adelantamos unos días a la fecha oficial, concertando nuestro viaje desde la península con otros grupos de amigos, para prolongar más los días de viejo compañerismo residencial. Lo mismo que en León, San Sebastián, Madrid y Málaga, saboreamos con delicia estos *prólogos* de pequeñas reuniones, antes y durante el viaje. Se reanudaron relaciones largamente interrumpidas por años de separación, con entusiasmo y fácil naturalidad ante los asombrados ojos de nuestros hijos, a los que —tal nos decían— parecía nuestra separación de horas y no de años. Aún viviendo en nuestro mundo, faltaba a nuestros hijos ese punto de penetración que sólo se conseguía en la prolongada convivencia residencial, ese conocimiento íntimo de nuestro sentir colectivo que ahora, después de haber asistido a nuestras reuniones, van incorporando a su ser. Ahora comprenden claramente cómo los Residentes sienten con fuerza mucho mayor la profundidad de lo que les une, por encima de diferencias accidentales que puedan separarlos y ven que, por encima de diferencias ideológicas, nada une tanto como las conductas, y éstas fueron forjadas en los años de Residencia, nuestros años de la conquista y

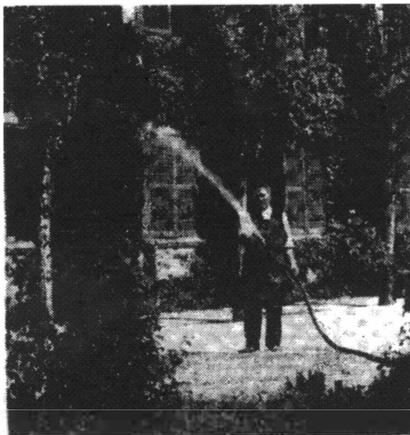
la esperanza, en los que para nosotros suponía mucho más la cooperación que la competición.

No podré dar para los no asistentes a nuestra reunión su descripción exacta. Necesitaria para ello una precisión objetiva, casi matemática, que es difícil tener cuando las horas se cuentan por emociones. Desde que los sonoros y prolongados abrazos nos unieron al grupo de Residentes mallorquines que nos esperaba a nuestra llegada, el tiempo perdió toda su importancia, superado por otros valores más íntimos. Las preguntas, los recuerdos se sucedieron, alegremente interrumpidos por el encuentro con otros grupos de *adelantados*.

Comenzaron las excursiones por la isla, la visita a sus innumerables grutas, hasta la hora de la cita. Por la tarde, la reunión en el Paseo Marítimo para subir juntos a Bellver, donde la luz casi borraba los contornos, y presenciar allí las danzas mallorquinas por un interesante grupo local. Por fin, la cena en un hotel de los alrededores. Y tanto en un lugar como en otro, las charlas interminables, los comentarios sobre las últimas publicaciones de García Pelayo, de Bal, de Cordón, de Garma, los recientes poemas de Celaya, los premios de Buñuel, los Nobel de Juan Ramón Jiménez y Severo Ochoa, los hallazgos de Grande y la jubilar y jubilosa aparición de las *Palabras* con que don Alberto Jiménez nos obsequió en el Cincuentenario de la Residencia y su mensaje personal con la asistencia a nuestra reunión de Natalia Cossío de Jiménez.

Finalmente, concluyendo el *programa oficial*, Celestino Poza nos invita el año próximo a Galicia, con tanta ternura que nadie, ni los Residentes de las provincias más lejanas, se atreve a proponer otra candidatura. Finaliza la reunión. Todavía al día siguiente más visitas a la ciudad y otros lugares de la isla. No es fácil separarse. Y al regreso, en nuestros asientos, todos murmurábamos con enérgico tono el verso de Federico: “¡Iré a Santiago!”.

Se terminó de imprimir  
el día 27 de diciembre de 1963,  
en los Talleres Gráficos  
de LIBRERIA MADERO, S. A.  
Aniceto Ortega 1358  
México 12, D. F.  
Edición de 1,500 Ejemplares.



*Marcelino*

# INSTITUTO DE BIOLOGIA Y SUEROTERAPIA



*Una labor terapéutica eficaz ha de ir conducida por un pensamiento científico amplio, riguroso y alerta. El Instituto refleja su esfuerzo científico en publicaciones periódicas como son los Cuadernos del Departamento de Investigación de IbyS (recientemente iniciados) y la Revista IbyS. Otro exponente de su esfuerzo en este sentido es la "Biblioteca IbyS de Ciencia Biológica" (donde se recoge pensamiento propio y pensamiento ajeno operante sobre aquél), editada por la Revista de Occidente, cuyos títulos son los siguientes:*

ROBERT DOERR, Las investigaciones sobre inmunidad

- I. Los anticuerpos. Primera parte.
- II. El complemento.
- III. Los antígenos.
- IV. Los anticuerpos. Segunda parte.
- V. Habitación a venenos no antigénicos. (Con la colaboración de K. Bücher)
- VI. La anafilaxia. Primera parte.
- VII. La anafilaxia. Segunda parte.
- VIII. La alergia.

FAUSTINO CORDÓN, Inmunidad y automultiplicación proteica.

THEODOSIUS DOBZHANSKY, Genética y el origen de las especies.

D. W. WOOLLEY, Estudio de los antimetabolitos.

A. FREY-WYSSLING, Morfología submicroscópica del protoplasma.

R. HILL y C. P. WHITINGHAM, Fotosíntesis. (Prólogo de F. Cordón)

J. HUXLEY y otros, El proceso de toda evolución biológica.

P. FILDES y W. E. VAN HEYNINGEN, La naturaleza de la multiplicación de los virus.

J. L. TULLIS y otros, Células de la sangre y proteínas del plasma.

J. P. GREENSTEIN, Bioquímica del cáncer.

R. DAVIES y E. F. FALE, La adaptación en los microorganismos.

L. V. HEILBRUNN, La dinámica del protoplasma vivo.

C. JUDSON HERRICK, La evolución de la naturaleza humana.

T. BÜCHNER, Patología general.

TH. BERSIN, Bioquímica de las hormonas.

R. P. WAGNER y H. K. MITCHELL, Genética y metabolismo.

TH. BERSIN, Manual de Enzimología.

*Galería*  
DIANA

MEXICO, D. F.  
Paseo de la Reforma, 489

**LABORATORIOS  
SERVET**

**IMPRESA  
GRAFICA  
PANAMERICANA**

PARROQUIA 911  
México 12, D. F.

**PIDA SUS LIBROS  
EN ESPAÑOL Y FRANCES A**

**LIBRERIA MADERO**

Av. F. I. Madero 12 / Tel. 10-20-68  
México 1, D. F.

---

**ESTE NUMERO CONMEMORATIVO DE *RESIDENCIA* HA SIDO IM-  
PRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LIBRERIA MADERO, S. A.**

**LABORATORIOS**  
**LABYS**

**México, D. F.**

**Laboratorios**  
**SANDOZ**  
**D E M E X I C O**

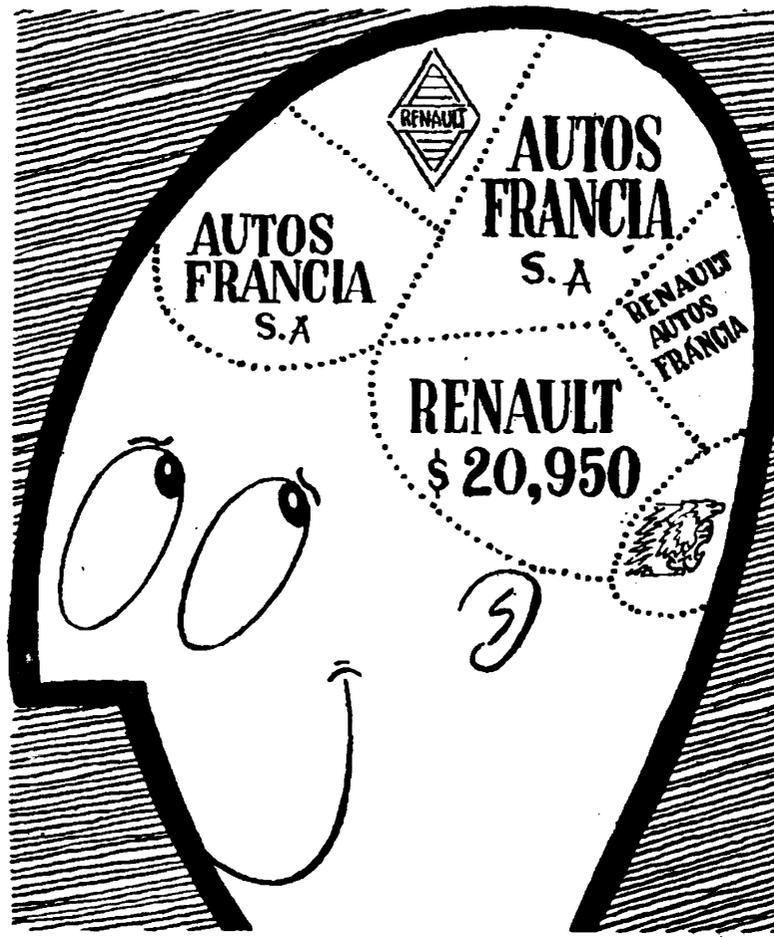


***insectidas***

**PRODUCTOS  
H-24, S. A.**



**NAUCALPAN DE JUAREZ,  
EDO. DE MEXICO**



**CUANDO PIENSE EN RENAULT  
PIENSE EN AUTOS FRANCIA**  
EL DISTRIBUIDOR RENAULT MAS ANTIGUO

— 4 SALAS DE VENTA —

- Reforma, 398
- Plaza Santo Tomás, 17
- Nuevo León, 160
- Av. Cuauhtémoc, 393

— 3 TALLERES DE SERVICIO —

- Dr. Velasco, 146
- Dr. Velasco, 102
- Serapio Rendón, 117



**AUTOS FRANCIA, S.A.**



... y si piensa viajar por Europa  
¡Hágalo en un automóvil nuevo!

Pida informes sobre nuestros planes  
Pregunte a sus amigos

# **B o l e t í n .**

*d e l a*

Corporación de antiguos alumnos de la "Institución Libre de Enseñanza", del "Instituto-Escuela" y de la "Residencia de Estudiantes" de Madrid

## **GRUPO DE MEXICO**

En este Boletín, que viene publicando la Corporación en México desde hace años, y que casi alcanza ya los setenta números, se han ido recogiendo textos significativos para la historia de la Institución, el Instituto y la Residencia, que reflejan lo que representan en la vida española contemporánea. Además de esos textos, que han mantenido alerta en estos años el espíritu renovador de aquellas tres instituciones, el Boletín, con sus noticias de los amigos dispersos y la reseña de las actividades que lleva a cabo la Corporación en México, sirve modesta pero eficaz y puntualmente el propósito que le dio vida

## **P U B L I C A C I O N E S**

A don Manuel B. Cossío en su centenario, México, 1957.

Programa de la Institución Libre de Enseñanza, México, 1958.

A don Julián Besteiro al cumplirse los 20 años de su muerte, México, 1959.

Francisco Giner, Tres ensayos, México, 1960.

A don Antonio Machado al cumplirse 20 años de su muerte, México, 1961.

## **E N P R E P A R A C I O N**

### **El Cancionero**

[Un centenar de canciones de la Institución Libre de Enseñanza del Instituto-Escuela, de la Residencia de Estudiantes y de Misiones Pedagógicas] Letra y música. Viñetas de Manuel Fontanals

México, D. F.- Lisboa 51.-Dep. 3.-Teléfono: 46-68-81

*Residencia. Revista de la Residencia de Estudiantes,*  
se terminó de imprimir en septiembre de 2010  
en los talleres de Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.,  
Calle 2, núm. 21, San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F.  
Tipografía y formación: El Atril Tipográfico, S.A. de C.V.  
Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de  
El Colegio de México.





0166

ISBN: 978-607-462-197-6



9 786074 621976

 EL COLEGIO  
DE MÉXICO